

# UNA VIDA DE REPUESTO

Boris Fishman



Lectulandia

Al parecer, Yevgeny Gelman «no sufrió exactamente» todo lo que debería haber sufrido para poder obtener la compensación que el Gobierno alemán está pagando a los supervivientes del Holocausto. Pero padecer, ha padecido: como judío durante la guerra, como ciudadano de segunda clase en la Unión Soviética y después como inmigrante en Nueva York. ¿Y dicen que no tiene derecho? Quizá su nieto el escritor pueda echarle una mano con ese asunto...

Su nieto Slava desea llegar a ser un estadounidense intachable, pero anhela aún más convertirse en un novelista de éxito; lamentablemente “Century”, la famosa revista para la que trabaja como documentalista, no le da la oportunidad de prosperar. Su imprevista transformación en falsificador de documentos le enseñará que no toda la realidad es cierta ni todas las mentiras una impostura. Arrastrado y confundido por sus propias ficciones, Slava acabará cometiendo un acto irrevocable que, en último extremo, le valdrá para sentir el continente americano como su hogar, pero no sin antes pagar por ello un alto precio.

**Lectulandia**

Boris Fishman

# **Una vida de repuesto**

ePub r1.0

Titivillus 23.03.2017

Título original: *A Replacement Life*

Boris Fishman, 2014

Traducción: María Porras Sánchez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis abuelos y mis padres*

La escritura es un acto de venganza.

REINALDO ARENAS

# Capítulo 1

Domingo, 16 de julio de 2006

El teléfono sonó justo después de las cinco. Una sombra azulona se extendía por el cielo: sin escrúpulo alguno, el día se disponía a comenzar. ¿Acaso no acababa de hacerse de noche? El cuerpo le indicaba que así era. El sol, en cambio, se adivinaba en el recuadro de color cobalto de la ventana y las grandes torres del Upper East Side se preparaban para su baño de oro.

¿Quién podía equivocarse al marcar a las cinco de la mañana de un domingo? El teléfono fijo de Slava nunca sonaba. Incluso los teleoperadores le habían dado por perdido, un logro nada desdeñable. Su familia ya no lo llamaba porque él se lo tenía prohibido. En su estudio, milagrosamente asequible incluso para un empleado júnior de una revista del Midtown, los ecos campaban entre el escaso mobiliario: un futón, un escritorio, una lámpara de techo decorada con vides forjadas en hierro (regalo de su abuelo que no pudo rechazar) y un televisor antiguo que nunca encendía. De vez en cuando imaginaba que atravesaba las paredes como un espíritu de Poe y se reía amargamente.

Pensó en levantarse, atacar el día por sorpresa. A veces se levantaba más temprano de lo normal para inspirar el aire del parque Carl Schurz antes de que el sol avivase la peste a porquería, crema solar y mierda de perro. Mientras los camiones de basura impregnaban el aire de pitidos, él se apoyaba en la barandilla con los ojos cerrados, el río a sus pies todavía negro, amenazador y nocturno, para oler el salitre de un arcano e intocable océano. Madrugar siempre lo llenaba de esperanza, la clase de optimismo que solo estaba disponible antes de las siete o las ocho, antes de acudir a la oficina.

El bendito teléfono volvió a sonar. Derrotado, extendió el brazo para cogerlo. A decir verdad no le desagradaba que lo llamaran. Incluso si resultaba ser un teleoperador, habría atendido con seriedad su pregunta sobre fondos destinados a educación.

—Slava —susurró en ruso una voz acuosa: su madre. Sintió rabia, después algo más indefinido. Rabia porque les había pedido que no lo llamaran. Lo otro porque ella últimamente lo obedecía—. Tu abuela no está —anunció. Entonces rompió a llorar.

No está. Faltaban palabras. En ruso, no necesitabas un adjetivo para completar la frase, pero en inglés sí hacía falta. En inglés, su abuela podría estar viva.

—No lo entiendo —dijo él.

Llevaba semanas sin hablar con su familia, puede que un mes pero, en su cabeza, su abuela, que padecía cirrosis en silencio desde hacía años, seguía confinada en su cama de Midwood, como si el recuerdo se correspondiera con la realidad hasta que

volviera a verla, hasta que él autorizara cualquier cambio. El estómago, hasta entonces en calma, se le revolvió.

—La ingresaron el viernes —explicó su madre—. Pensamos que era otro problema de hidratación.

Slava se quedó mirando el edredón que le cubría los pies. Raído y fino como una camisa vieja. La abuela lo había lavado a mano innumerables veces. Los Gelman lo habían traído consigo desde Minsk, no fuera a ser que en América no vendieran edredones. Y no se vendían, al menos no como este, que tenía una oca entera dentro. La funda se abría por la mitad, no por el lado. En una ocasión, una chica se quedó atrapada ahí en un momento clave. «Lo siento, creo que necesito reiniciarme», había dicho ella. Les había entrado la risa y habían tenido que comenzar otra vez.

—¿Slava? —musitó la madre. Estaba asustada, hablaba en voz baja—. Murió sola, Slava. No había nadie con ella.

—No digas eso —la tranquilizó él, aliviado por la reacción irracional de su madre—. Ella no lo sabía.

—No dormí nada la noche anterior, por eso me marché —puntualizó su madre—. Se suponía que tu abuelo iría esta mañana. Y entonces se murió. —Comenzó a llorar de nuevo, los sollozos se mezclaban con los mocos—. Le di un beso y le dije: «Mañana nos vemos». Slava, por Dios, debí haberme quedado.

—Ella no se habría dado cuenta de que estabas allí siquiera —alegó él con voz espesa. Notaba que le subía el vómito por la garganta. La mañana azul se había vuelto gris. El aparato de aire acondicionado resoplaba desde la ventana, mientras la humedad aguardaba en el exterior, como un ladrón.

—Dejó este mundo completamente sola. —Su madre se sonó la nariz. Se oyó un empujón en el auricular—. Entonces —anunció ella con ferocidad repentina—, ¿ahora sí que vendrás, Slava?

—Por supuesto —aseguró él.

—Ahora sí que vendrá —reiteró ella maliciosamente. La madre de Slava poseía el récord mundial cuando se trataba de pasar a toda velocidad de la ternura a la grosería, pero nunca había empleado ese tono ni siquiera para reprocharle que abandonara a la familia—. ¿Por fin has encontrado una buena razón? La mujer que se habría dejado la piel por ti. La mujer a la que no viste más que una vez en todo el año pasado, Slava... —Entonces cambió el tono para dar a entender que su opinión le daba igual—: El entierro es hoy. Han dicho que hay que celebrarlo antes de las veinticuatro horas.

—¿Quién lo dice? —preguntó él.

—No lo sé, Slava. No me preguntes esas cosas.

—No somos practicantes —protestó él—. ¿Vais a enterrarla también amortajada o cualquier otra tontería de esas que hacen? Oh, no importa.

—Si vinieras, quizá podrías dar tu opinión —refunfuñó ella.

—Iré —aseguró él con voz queda.

—Ayuda a tu abuelo —le pidió ella—. Tiene una nueva cuidadora. Berta.



De Ucrania.

—Vale —respondió él, tratando de ser de ayuda. Le temblaban los labios.

Su abuela no estaba. Nunca había imaginado esa posibilidad. ¿Por qué no? Llevaba años enferma. Pero él siempre había tenido la certeza de que lo superaría. Había superado cosas mucho peores, había superado lo inimaginable, ¿por qué no aguantar un poco más?

Ella no era la típica abuela que te revolvía el pelo dos veces al año (¿o no había sido? El nuevo tiempo verbal, ese embajador hostil, presentaba sus credenciales). Ella lo había criado. Había saltado al césped con él para jugar al fútbol hasta que otros chicos acudían. Fue ella quien lo descubrió enrollándose con Lena la Cachonda entre las moreras y quien se lo llevó a rastras a casa (su abuelo en cambio se habría frotado las manos y le habría dado instrucciones como un entrenador a su boxeador, mientras Lena le hacía una media llave con su busto formidable, pero la abuela no quería saber nada de sinvergonzonerías). Cuando estalló el reactor nuclear, la abuela maldijo al abuelo por dar la lata con la radio, intercambió uno de sus abrigos de visón (que, a decir verdad, el abuelo había adquirido en el mercado negro) por el Lada Zhiguli del vecino, e hizo que el padre de Slava se llevara a toda la familia en el coche a Lituania, donde estuvieron una semana alojados y alimentados a cuenta del visón.

Slava la conocía con el cuerpo. La boca la conocía, pues le había dado de comer a cucharadas. Los ojos la conocían por las caricias de los dedos abotargados. La abuela había pasado el Holocausto. ¿Pasado el Holocausto? ¿Como quien pasa un examen o pasa el balón? La gramática resultaba incorrecta. ¿Resistido el Holocausto? ¿Vivido, sufrido, superado, aguantado? Los participios se quedaban cortos. La verdad es que ella nunca contó nada y nadie la molestó con preguntas sobre el tema. Con solo diez años, Slava no acertaba a explicárselo. Por aquel entonces ya se había empapado de la lógica americana y creía que era preferible saber a no saber. El día que ella faltara nadie conocería su historia. No obstante, nunca se atrevió a preguntar. Se lo imaginaba. Perros ladrando, alambradas de espino y un eterno cielo gris.

—Adiós, Slava —lo interrumpió su madre. Le hablaba como si apenas lo conociera. Se escuchaban interferencias en la línea. Tenía la sensación de que eran las únicas personas que hablaban mientras otros ocho millones dormían. Lo atormentaba lo irreal de la situación. Sin rodeos: la abuela se había ido. La abuela no estaba.

¿Durante cuánto tiempo permanecieron en silencio? Aunque conversaran, solo había silencio entre ellos. Por fin, con voz lejana, su madre apostilló:

—Nuestra primera muerte americana.

Abajo, en la portería, Rich desaparecía en el armario de los paquetes.

Slava se apresuró a adelantarse a él, lo disgustaba tener que acercarse con remilgos mientras Rich (Ryszard, oriundo de Polonia), Bart (Bartos, oriundo de Hungría) o Irvin (Ervin, oriundo de Albania) se aproximaban penosamente. A Slava

le gustaba abrirles la puerta a los señores mayores, no viceversa. No obstante, Rich, Bart e Irvin ocuparon su puesto con entusiasmo cuando lo conocieron, mirándolo entre admirados y resentidos... Un inmigrante como ellos que había progresado en el mundo. En una ocasión, Slava intentó persuadir a Rich para sostener la puerta por sí mismo, pero el hombre levantó el dedo índice para advertirle que se estuviera quieto.

—Slava, ¿cómo es todo? —preguntó Rich desde las profundidades del armario. Acababa de encerrar el vestíbulo y, Slava, ya próximo a la puerta, hacía crujir el suelo a cada paso. Con la precisión de un bailarín, el voluminoso polaco emergió entre la espesura de bolsas de la tintorería y cajas de mensajería y accionó el picaporte—. Bonito día, por favor, ¿okey? —comentó con un desdén conmovedor.

Nuestra primera muerte americana. Bonito día, por favor, ¿okey? Al salir del edificio, los «y si» del día presentaron sus tentadoras alternativas. Rich conseguía llegar primero a la puerta, la línea 6 de metro seguía siendo insuficiente para transportar a la muchedumbre del Upper East Side y la abuela seguía viva, rascándose despacito las heridas ataviada con su albornoz, en el barrio de Midwood. Sí, tenía las vías biliares obstruidas, tenía la bilirrubina alta —Billy Rubin era un chico medio judío, ¡nunca le haría daño!—, pero seguía con ellos, desdentada y gruñona con el abuelo.

Desde la última vez que Slava había acudido al sur de Brooklyn, hacía casi un año —su madre era una observadora inclemente—, una nueva torre de apartamentos crecía en la esquina contigua a su bloque, dos restaurantes en su manzana habían sido clausurados y habían reabierto con otro nombre y un concejal se había visto obligado a dimitir a causa de un escándalo sexual. Una vez en Brooklyn, cuando el metro salió a la superficie a la altura de la estación de Ditmas, Slava vio pasar las mismas tiendas de arreglos y los mismos establecimientos de comida rápida, la misma música retumbando en las ventanillas tintadas de los Camaros destartalados, el mismo concejal corrupto en las vallas publicitarias (el vicio de este otro eran los sobornos). Esta gente había venido a América para que la dejaran en paz.

Alguien que desembarcara procedente de Manhattan divisaría una ciudad extranjera. Los edificios eran más pequeños y las personas más grandes. Iban conduciendo a todas partes y, para la mayoría, Manhattan era un tostón resplandeciente. A medida que el metro se aproximaba a Midwood, las mercancías mejoraban y los precios eran orientativos. Aquí, donde un dátil sabía a chocolate, era toda una virtud persuadir al tendero —chino, en lugar de coreano; mexicano, en lugar de árabe— para que te rebajara el precio que indicaba el letrero. Aún era un mundo en proceso de creación. En algunos de los barrios, el tiempo medio de residencia en el país no llegaba a los doce meses. Estos americanos recién nacidos apenas si gateaban. Algunos, no obstante, ya habían encontrado la tetilla de la prosperidad americana.

El abuelo vivía en el primer piso de un edificio de ladrillo color tostado donde los inquilinos eran o viejos de la Unión Soviética o mexicanos que les impedían pegar ojo. Como cobraba una pensión, no le estaba permitido trabajar oficialmente. A los

Kegelbaum, del 3D, les revendía salmón que les compraba a los mayoristas cuando iban a entregar la mercancía a los establecimientos de productos rusos. ¿Por qué ibas a pagar 4,99 dólares en la tienda si podías pagar 3 en la acera? Los chicos del camión de reparto se reían y le regalaban bacalaos y platijas.

En la puerta contigua a los Kegelbaum vivían los Rakoff, una familia de judíos americanos. Ellos contemplaban horrorizados el marisco que asomaba chorreando de la bolsa de malla que solía llevar el abuelo. Los Aronson (soviéticos, 4A) le compraban al abuelo la nitroglicerina que su médico le recetaba sin necesidad a cambio de una botella de coñac Courvoisier mensual. A los mexicanos (2A, 2B, un apartamento ilegal en el sótano) el abuelo les cortaba el pelo, pues no les interesaban ni el salmón ni la nitroglicerina. La grasa con la que cocinaban estos recién llegados nunca llegaba a agotarse antes de que él se la repusiera. Naturalmente, cada nueva entrega incluía menos cantidad que la anterior.

Slava remontó los escalones hasta el primer piso y se detuvo frente a la puerta del abuelo. Un día cualquiera se oiría su televisor desde los buzones de la planta baja; un acto de venganza contra los mexicanos, que se pasaban el fin de semana estrellando botellas vacías de Budweiser hasta el amanecer. El interior estaba en silencio, mientras al otro lado de la puerta el día discurría en toda su gloria, como cualquier otro.

La puerta se abrió sin necesidad de llamar. Normalmente el abuelo echaba tres cerrojos; en esta parte de Brooklyn, los oriundos de la antigua Unión Soviética todavía codiciaban la fortuna ajena. Pero era un día de luto. Pedía compañía, como los personajes de Tolstói de los pueblos, que colgaban luces en el exterior de la casa después de cenar.

Dentro de la casa flotaba una neblina dulce y se oía ruido de platos en la cocina. Slava se desprendió de los zapatos y caminó de puntillas por el pasillo hasta divisar el salón. El abuelo estaba sentado en el sofá beis, mesándose el cabello ceniciento. En la calle, las mujeres solían fijarse en el abuelo —vestido con cachemir italiano, las manos y los antebrazos surcados por tatuajes azulados—, antes de dignarse a mirar al nieto que lo llevaba del brazo. Hoy el anciano iba con unos pantalones de chándal y una camiseta interior, y parecía un vejestorio. Movía los dedos de los pies como si quisiera asegurarse de que el mundo seguía en su sitio.

El sofá siseó cuando Slava se sentó junto al abuelo. Yevgeny Gelman se quitó las manos de la cara y se quedó mirando a su nieto como si fuera un desconocido y considerara una afrenta encontrarse con otra persona estando ausente la mujer con la que había pasado medio siglo. Slava era consciente de que un millón de diabólicos trastrocamientos les aguardaban.

—Tu abuela se ha marchado —gimoteó el abuelo, hundiendo la cabeza en la camisa almidonada de Slava. Dejó escapar un sollozo y se retiró con premura—. Es un buen traje —alegó.

—¿Ha llamado mamá? —preguntó Slava. Esas palabras en ruso parecían

pronunciadas por otro: nasales, taimadas, agramaticales. La última vez que había hablado en ruso había sido con su madre, un mes antes, aunque él seguía maldiciendo en ruso y continuaba maravillándose en ruso. *Ukh ty. Suka. Booltykh*. No existía equivalente en inglés que las mejorase.

El abuelo escrutó la cara de Slava en busca de las trazas de la pena.

—Mamá está donde Grusheff —explicó—. Me pidió que llamara a la gente para contárselo. Los Schneyerson van a venir. Benya Zeltzer aseguró que intentaría sacar tiempo. Posee tres tiendas de alimentación.

—¿Hay alguien ayudándola? —preguntó Slava.

—No lo sé. Ese rabino, ¿Zilberman?

—Sabes que Zilberman no es rabino —replicó Slava.

El abuelo se encogió de hombros. Había preguntas que no debían formularse.

Zilberman no era rabino. Al igual que Kuvshitz no era rabino, ni tampoco Gryanik. Estos inmigrantes soviéticos merodeaban por las salas de espera del hospital, habían aprendido un poco de hebreo y se presentaban oportunamente para ennoblecer el fallecimiento de personas como la abuela, ofreciendo indicaciones para llevar a cabo un entierro acorde con la Torá a cambio de unos honorarios mínimos. Y ¿por qué no? Sus hermanos y primos cargaban con muebles, conducían ambulancias desde el amanecer, pintaban paredes hasta que les sangraban los dedos... ¿Quién de ellos era el más listo?

¿Acaso estos hombres no ofrecían exactamente lo que sus clientes demandaban? ¿Acaso no atendían, siguiendo el modelo americano, las necesidades del mercado? Sus compatriotas habían pasado demasiados años inmersos en el ateísmo soviético como para observar los ritos judíos ahora que eran libres de hacerlo, pero querían un toquecito de tradición, una gotita sagrada, un *forshpeis*<sup>[1]</sup>. Cuando Zilberman *et alii* entraban en escena, se transformaban temporalmente en Moisés, Chaim, Mordecai. Estos artistas de la zona gris elegían de forma selectiva las prácticas rituales que más les convenían. Como indica el rito judío, aconsejaban que el entierro se realizara lo antes posible. En cuanto a que el ataúd fuera un simple cajón de pino y que no hubiera adornos florales..., ¿de verdad era necesario? Puede que el fallecido no hubiera sido millonario, ni tampoco una personalidad internacional, pero él o ella habían sido el pilar de una familia, la víctima de alguna guerra mundial, un receptáculo de sabiduría. Esa persona merecía algo mejor que una caja de pino barato. En Pompas Fúnebres Grusheff —Valery Grushev creía que, gracias a las dos efes su apellido sonaría como si sus ancestros hubieran emigrado con la aristocracia que huyó de los bolcheviques vía Francia en 1917— tenían féretros de abedul bielorruso, de secuoya californiana, incluso de cedro libanés. ¿Acaso los que lo habían conocido en vida no merecían una oportunidad de despedir al fallecido por última vez en un velatorio? Por cada hito del duelo, Moisés y Chaim se llevaban comisión.

—Te ayudaré si quieres —se ofreció Slava.

—Casi he terminado —aseguró el abuelo—. Tampoco hay tanta gente a la que llamar, Slava.

En la cocina una cacerola cayó sobre otra, interrumpiendo el sonido del grifo abierto. Una mujer se maldijo por su torpeza. El abuelo levantó la cabeza, volvía a tener la mirada alerta.

—Ven —le pidió, asiéndose al antebrazo de Slava—. Las cosas cambian, hace tanto que no vienes.

Se levantó y se apoyó en Slava dejando caer el peso más de lo necesario.

Llegaron al umbral de la cocina cogidos del brazo, como dos novios. El abuelo tenía los lagrimales anegados.

—Berta —anunció con voz ronca—. Mi nieto.

Muertes aparte, el abuelo tenía la oportunidad de congraciarse con su nueva cuidadora presentándole formalmente a su nieto. Como si de un edificio soviético se tratara, cada altura de Berta estaba sobrecargada. Las uñas de los pies pintadas de color plata reluciente, los pies embutidos en plataformas que utilizaba de zapatillas de andar por casa, las piernas ajamonadas atezadas por unas mallas floreadas. Slava sintió una sacudida traicionera en la entrepierna. Berta no había oído al abuelo.

—¡Berta! —bramó el abuelo. Extendió el brazo y dio unos golpecitos en la pared con los nudillos. Berta se giró. Bajo las arrugas y unos ojos pegados a la nariz donde se leía la preocupación, su rostro había mantenido la belleza inmaculada de la juventud. La piel le brilló como la mantequilla fresca.

—¡El chico! —exclamó. Sujetando en alto los guantes amarillos como si fuera a placar a un mangante, se acercó a Slava con pasos torpes y lo rodeó con sus brazos regordetes. Berta también tenía que corresponder al abuelo. Una llamada suya a la coordinadora de la agencia de enfermeras, que recibía del abuelo un regalo mensual en forma de chokolatinas y perfume, y reasignarían a Berta a un parapléjico que necesitara que le limpiaran el culo y que le dieran las gachas a cucharadas. ¡Berta, la esclava, cuyos congéneres tenían atemorizados a judíos como el abuelo! Esto (más que la profusión de carne en los supermercados americanos, la disponibilidad de tecnología avanzada, incluso la caballerosidad que empleaban los americanos para referirse a su presidente) formaba parte de la grandeza misteriosa del país que había acogido a los Gelman de Minsk. Un país que tenía el poder de convertir a los verdugos en criadas.

Berta se aferró a Slava como uno se aferra a un abrigo en invierno, provocándole una erección. En la cocina crepitaba una sartén con mantequilla y cebolla. De ahí el olor dulce. La mesa después del funeral se tambalearía bajo el peso de la comida. Las visitas tenían que verlo: esta casa estaba bien aprovisionada.

Mientras Slava abrazaba en la cocina de su abuela a una mujer que nunca había visto antes con una familiaridad que ambos fingían, comenzó a menguar la emoción por la pérdida de la abuela, como si alguien hubiera salido a hurtadillas de la habitación equivocada. Durante el funeral lo acusarían de indiferencia mientras su

madre y el abuelo se abrazaban y gimoteaban. Las visitas tenían que verlo.

Tras dos años de intentos fallidos sin que publicaran ningún artículo suyo en la revista *Century*, por fin consiguió encajar los hechos. Nuestras grandes epifanías se cocinan a fuego lento pero, una vez listas, se anuncian tan repentinamente como el timbre de un horno. La ayuda del abuelo había sido inestimable. Slava había ido a visitarlos una tarde lluviosa. Habían terminado de cenar, la cuidadora había retirado los platos, la conversación había languidecido. La abuela estaba descansando. El abuelo estaba sentado de medio lado en una de las mesas del comedor, con la palma de la mano en la frente. Slava lo observaba entre los pliegues de un pequeño sofá. Él estaba pensando en las tareas del día siguiente, en la idea que barajaba para una historia.

Su abuelo abrió la palma de la mano como si estuviera convenciendo a otra persona, y exclamó:

—¿Qué? ¿Es demasiado tarde para que se dedique a los negocios? No es demasiado tarde. De tarde nada. —Hizo girar la muñeca. De tarde nada.

Vivir cerca del abuelo, de los vecinos del abuelo, de los malditos barrios habitados por rusos, bielorrusos, ucranianos, moldavos, georgianos y uzbekos... Este sería su lugar si Slava quisiera escribir para algún periódico ruso de los muchos que habían proliferado en el vecindario. Si quisiera vivir entre aquellos que decían «nosotros no vamos a América», excepto para registrar el coche y para ir a Brodvei. Si quisiera comprar en almacenes que vendían varas de abedul para azotarse en la sauna y extraños champús turcos que invertían la calvicie. Eso sí, adiós a *Century*. Si quería que un paramilitar le rompiera el brazo con delicadeza para poder denunciar al supermercado por no limpiar el hielo de la puerta y cobrar una indemnización, estaba en el lugar adecuado. Estaba en el lugar adecuado si quería salir con Sveta Beyn, una doctora de altos vuelos que acababa de comprar un piso de doscientos ochenta metros cuadrados con balcón. Comprado, no alquilado (en realidad, se lo habían comprado sus padres, que se habían tomado la libertad de decorarlo también: mucho lacado, mucho rococó, mucha foto de papá y mamá).

Pero si Slava deseaba convertirse en un auténtico americano, librar su escritura de la polución que absorbía cada vez que regresaba al pantanoso caldo de cultivo del Brooklyn soviético, si Slava Gelman —inmigrante, bárbaro en pañales, con un camino que se dividía ante él como las alas desplegadas de un águila— deseaba escribir para *Century*, no le quedaba más remedio que marcharse de allí. Extirparse, como las piedras del riñón de la abuela.

Dejó de visitarlos, dejó de llamar, dejó que otra persona que no era él pasara las noches junto a la cama de hospital de la abuela mientras las máquinas le depuraban el hígado. La mayor parte del tiempo ella tampoco se daba cuenta. Desde que comenzara su exilio en Manhattan, donde se le resistía la publicación que había

esperado que sucediese de inmediato, Slava seguía pensando en ella. Con un tenedor delante de un plato de *kasha*<sup>[2]</sup>, oteando el río que separaba Manhattan de Queens, antes de quedarse dormido.

Ese era el precio de erosionar la línea divisoria entre allí y aquí, se decía. Eran hechos consabidos, antiguos, aburridos: este inmigrante cambió de nombre para tener éxito en América. Este otro abandonó su religión. Y este de más allá rompió temporalmente con su familia, menuda crisis. Slava no se había marchado para estudiar la condición humana desde una cabaña en el bosque. Se iba a *Century*, la legendaria y hermética revista, aún más antigua que *The New Yorker* y, a pesar del declive reciente, un parangón por siempre jamás. No, Slava no cobraba igual que Igor Kraz, el proctólogo, pero tampoco se pasaba el día toqueteando tubos untados de mierda. *Century* había publicado el primer reportaje sobre Budapest en 1956. Había sido la primera en tomar en serio el expresionismo abstracto. Había desenmascarado a Ivan Boesky y había salvado Van Cortland Park. De acuerdo, eso no había significado nada para ninguno de los Gelman (trató de explicarles que era la Honda de las revistas americanas, un Versace, un Sony). Pero la gente culta y entendida del país —tres millones de personas en el último recuento que hicieron los del departamento de suscripciones— contemplaban *Century* igual que su madre contemplaba a la reina de Inglaterra: con temor, piedad y una curiosidad salvaje. Slava no escribía allí, pero los Gelman no necesitaban saberlo. De todas formas, nunca compraban la revista. Tarde o temprano Slava acabaría escribiendo para *Century* —evidentemente, el éxito era el éxito, incluso si permutabas escritura por proctología; lo cierto es que las cosas no habían salido como había planeado—, y entonces entrarían en razón. Aunque había que pagar un precio, se vería recompensado.

Dos días antes de que su abuela falleciera, gracias a un golpe de suerte —no fue un golpe de suerte, fue una pizca del polvo de hadas de Arianna Bock, que se sentaba en el cubículo de al lado—, le habían asignado un artículo para *Century* después de pasarse tres años intentando inútilmente conseguirlo por sus propios medios. Se había pasado el último día de su abuela en la tierra observando a un «explorador urbano» escalar la tumba de Ulysses S. Grant en Morningside Heights. Era una argucia para atraer lectores —todo el mundo en esta ciudad imposible tenía su manía, y escalar monumentos era la de este tipo—, pero Slava había albergado deseos de redactar un gran ensayo sobre política, continentes, amor. Por eso se despertó de tan mala manera el domingo, se había pasado escribiendo casi toda la noche del sábado mientras ella —¿conscientemente?, ¿inconscientemente?— desgranaba sus últimas horas. No había garantías, pero ¿un pie de autor en *Century*? Solo se le podía comparar a un pie de autor en *The New Yorker*. Se habían firmado contratos para publicar todo un libro basándose únicamente en un pie de autor de *Century*. Finalmente estaba sucediendo. Solo que él no había llegado a tiempo.

Pompas Fúnebres Grusheff ocupaba media manzana de Ocean Parkway. El Grusheff del rótulo cubría las dos fachadas convergentes del edificio. La amplia avenida dormitaba bajo el calor del mediodía, los pocos coches circulaban desgastados por la calle. La marquesina se levantaba sobre postes dorados y unas sirenas asomaban en los cristales de las ventanas ovaladas.

La sala del velatorio era un espacio enmoquetado con una abstracción de zigzags y rayas estilo disco, bordeado de gigantescos arreglos florales, aves del paraíso y anémonas rosa flúor embutidas en vitrinas verticales que le proporcionaban a la habitación un aire a feria de ciencias. Valery Grusheff, con gemelos y pañuelo en el bolsillo, se paseaba entre los dolientes allí congregados.

Estos parecían maquillados para interpretar una escena donde tuvieran que aparentar diez años más; proliferaban las ojeras abultadas y los michelines en la cintura. El abuelo, trastornado pero visiblemente apenado, vestía un abrigo a pesar del bochorno y estaba apartado en una esquina maldiciéndoles entre dientes. En la Unión Soviética —donde su aparentemente insignificante trabajo de barbero en la principal terminal ferroviaria le había dado acceso a todas las mercancías que entraban en Minsk en los trenes nocturnos procedentes de Moscú, Kishinev y Yerevan—, había conseguido sandías, coñac, aparadores y visados para estas personas. Cuando la necesidad acuciaba, se aseguraban de tener a mano su número de teléfono. Pero la democrática América les había permitido conseguir sus propias sandías y sus citas médicas. Ahora a él le tocaba llamar primero a fulano o a mengano para que lo invitaran a las sobras de la fiesta del día anterior, a la que no había sido invitado. No es que llevara la cuenta de las afrentas, pero ¿no podían mostrar un poco de gratitud? Él, desde luego, no volvería a sentar las posaderas en sus sillas.

Los individuos en cuestión saludaron a la madre de Slava con la familiaridad exagerada de la gente que lleva años sin verte.

«Ahora está en el cielo». «Sé fuerte, hazlo por tu padre». «Ahora está descansando». «Sé fuerte, hazlo por tu hijo».

En un rincón, el padre de Slava se tiraba del cuello de la camisa en una silla plegable metálica, más solo que un niño abandonado delante de una escuela vacía. Estaba presente pero pasaba desapercibido, ese era su estado favorito. Ni siquiera había puesto reparos en su día cuando a Slava le pusieron el apellido del abuelo en lugar del suyo.

—Yevgeny Isakovich —saludó un hombre al abuelo. El aludido levantó la cabeza y asintió gravemente, agradecido de que alguien lo alejara de la fila del pésame. Paseó la mirada por la habitación. Por alguna razón, Slava supo que lo estaba buscando. Cuando lo encontró, enarcó las cejas. Slava se aproximó, el abuelo levantó el brazo y Slava lo enlazó con el suyo.

—Mi más sentido pésame —le dijo el hombre al abuelo, dirigiendo la mano al corazón. Llevaba una chaqueta de cuero y una coleta corta que tensaba sus rasgos



arrugados de albañil. Un arito de oro le colgaba de una de las orejas. Extendió una manaza peluda y tomó la palma floja que el abuelo le tendía.

—Gracias, Rudik, gracias —contestó el abuelo.

—¿Está buscando? —preguntó el hombre.

—Sí, sí —respondió el abuelo—. Lo necesitamos.

—¿Viene a mi despacho?

—Te presento a mi nieto —dijo el abuelo, volviéndose hacia Slava.

—Rudolf Kozlovich. —El hombre le tendió la mano—. ¿A qué te...?

—Todavía está estudiando —lo interrumpió el abuelo—. En Harvard.

En el despacho, Kozlovich desenrolló un mapa azulado del cementerio Washington. Era una ciudad en miniatura surcada por avenidas y calles con nombres de árboles: Castaño, Arce, Fresno. McDonald Avenue lo atravesaba por la mitad y el atronador metro pasaba por encima.

—Junto a la tapia no me interesa —precisó el abuelo.

—La han cubierto recientemente de césped sintético —explicó Kozlovich—. El mismo que ponen en los campos de fútbol. No se ve nada desde el exterior.

—Junto a la tapia no me interesa —repitió el abuelo.

Kozlovich trazó una línea con el dedo hasta la otra mitad del plano.

—El despacho del encargado está en este lado.

—¿Y eso qué significa?

—La cuadrilla entra por aquí. Siempre hay más gente por la zona. El inconveniente es que tampoco está lejos del metro.

—¿Dónde hay más silencio?

—Por aquí hay silencio. —Kozlovich deslizó el dedo sobre un centenar de tumbas—. Están construyendo nuevos bloques de pisos al otro lado, pero las obras casi han acabado. Calle de los Tulipanes.

—Le encantaban los tulipanes —recordó el abuelo.

Kozlovich abrió los brazos.

—Estaba escrito.

Rudolf Kozlovich era un personaje conocido. Había llegado a Estados Unidos procedente de Odesa en 1977 o 1978. Exploró el terreno y trazó un plan. Un día, él y algunos peones secuestraron un camión de pieles de los grandes almacenes Macy's. Marta, visón, zorro. Los devolvieron uno por uno en las distintas tiendas, haciéndose pasar por maridos que regresaban con un regalo que no había gustado. Cuando acabaron, se habían sacado más de cien mil dólares antes de que los almacenes pudieran descubrir lo que había sucedido. Con sus cien mil, Rudolf adquirió cien parcelas en el cementerio entre Bay Parkway y McDonald Avenue.

No era extraño verlo en el hospital o en los velatorios. Tenía una red de informadores —oncólogos, enfermeras, directores de funerarias— que habría sido la envidia del departamento de seguridad de Macy's. Los negocios de Kozlovich eran extraoficiales, por supuesto, las propiedades se repartían entre distintos dueños que

percibían un pequeño porcentaje por permitir que utilizaran sus nombres en los contratos, y el cementerio aún poseía algunas de las parcelas. Pero las de Kozlovich eran las más excepcionales y, a medida que disminuían, los precios aumentaban.

A Kozlovich también le urgía vender. Su hijo Vlad había salido del armario, había renunciado al dinero de su padre y se había mudado con su compañero sentimental a Madrid. Una vez allí, Vlad se había replanteado las cosas y había accedido a vivir de la pasta de papá, que Rudolf le proporcionaba sin objeción alguna. En lo tocante a los hijos, sus instintos depredadores lo abandonaban. Como Vlad no tenía ninguna intención de regresar para trabajar en el emporio funerario de su padre, y la exmujer de Rudolf, ex Tatiana Kozlovich, se había fugado a Westchester con un operador de bolsa que había dejado a su anterior marido a la altura de un muerto de hambre, Rudolf se había quedado solo.

—Quiero dos —dijo el abuelo.

—Yevgeny Isakovich. —Kozlovich enarcó las cejas—. ¿Una sepultura por adelantado? Está tentando al destino.

—Pues eso es lo que quiero —declaró el abuelo.

—De acuerdo, pero solo me quedan cuatro de estas. Una sepultura familiar y cuatro dobles. El resto son individuales.

—Dame una de las dobles.

—Con mucho gusto. Veinte mil.

—Quince —repuso el abuelo—. Te estoy comprando dos de golpe.

—Yevgeny Isakovich —Kozlovich frunció el ceño—, lamento su pérdida. Pero sabe que no regateo.

—Quince y... ¿tu hijo no estaba en Europa?

Kozlovich mudó la expresión.

—¿Comunicación? —preguntó con impaciencia.

—Exacto, Rudik —contestó el abuelo, levantando el dedo índice aleccionadoramente en medio del despacho refrigerado—. Comunicación. ¿Por qué estamos aquí? Por ellos. —Hundió una uña en el pecho de Slava—. Si este me dijera «Quiero ir a Europa», le construiría un avión con mis propias manos. Ese es el tipo de abuelo que soy. ¿Tú echas de menos a tu chico? Claro. Por eso te voy a hacer una oferta. Un tipo especial de teléfono. Nada más levantar el auricular ya está sonando en París.

—En Madrid.

—Lo que sea. Un medio de comunicación especial para ti y para tu hijo. Bush debe ser el único que tenga un trasto de estos. Y aunque para una persona como tú el dinero no sea problema, te diré que las llamadas son gratis.

—Un *walkie-talkie* —sugirió Kozlovich—. Con alcance internacional.

—Exacto. Lo más novedoso.

—Y ¿de dónde ha sacado algo así?

—Rudik... —dijo el abuelo. Por un instante se le borró todo rastro de pena del

rostro. Le centelleaban los ojos—. Una chica no cuenta quién la ha besado. Es auténtico, eso es todo lo que necesitas saber. El Ejército japonés los utiliza, o algo por el estilo.

Cuando los Gelman aterrizaron en los Estados Unidos, el abuelo había conocido a un simpático compatriota que sabía dónde descargaban los camiones de la cadena de suministros electrónicos Crazy Eddie. Los dispositivos que el abuelo conseguía —microondas, lavaplatos, discos duros— eran tan modernos que ningún miembro de la familia sabía cómo utilizarlos. El abuelo voceaba por un inalámbrico que podría haber pertenecido al Pentágono como si fuera una lata conectada con una cuerda a la pared de Slava. Pero podía obtener un *walkie-talkie* de largo alcance de la Marina japonesa en el mismo tiempo que Slava invertía en encontrar un periódico.

Kozlovich lo miró fijamente.

—Me queda una doble en Tulipanes —declaró, finalmente.

El abuelo abrió los brazos.

—Estaba escrito.

Entonces se desveló el propósito del abrigo del abuelo: del bolsillo extrajo una fiambarrera donde guardaba un rollo de billetes de cien dólares. Mascullando entre dientes, los tres dolientes contaron hasta ciento cincuenta... una vez, dos y hasta tres. El abuelo no había llevado consigo ni un billete más.

Cuando salieron del despacho, el abuelo enlazó el brazo de Slava y escupió.

—Hay que ver estos maricas. Si vas a Europa, ¿a quién se le ocurre ir a Madrid?

—Lo miró como si hubiera bebido un trago de leche agria—. París, Slava. Nunca seas un aristócrata de baratillo. Demos un paseo.

## Capítulo 2

Las exequias corrieron a cargo de un tipo barbudo con sombrero borsalino y atuendo ortodoxo que hablaba en susurros y hacía alusiones vagas, pero en ruso y con referencias a pasajes de la Torá, que ninguno de los presentes había leído, sobre la vida de la abuela en la tierra.

En contra de los reproches amables del rabino —«Nosotros los judíos tratamos de recordar a la persona en vida», se disculpó, llevándose el puño de la camisa a la boca —, habían dejado abierto el ataúd. En él, la abuela contemplaba impertérrita la muerte. Lucía un camisón largo azul y un gesto cauto y diplomático, como si estuviera echando una siesta y roncara suavemente. Al borde del ataúd, Slava reprimió las lágrimas mientras, tras él, la fila de dolientes cuchicheaba. Entonces el tío Pasha se le acercó a la oreja, trayendo consigo un aroma dulzón a coñac.

—Por el bien de las mujeres, no te vengas abajo —le susurró amistosamente Pasha.

Cuando le llegó el turno, la madre de Slava se desmayó. Clavado en su asiento, Slava observó cómo varios hombres la levantaban del suelo. Una mujer que no conocía —con un tocado malva con plumas y velo— agitó un frasco de sales y su madre volvió en sí con un grito ahogado.

Una vez solos en el coche, con su padre conduciendo en silencio por Ocean Parkway y el abuelo contemplando la avenida desierta con ojos llorosos, su madre se volvió en el asiento del acompañante, visiblemente sofocada, y miró a Slava como si fuera la primera vez que lo veía en todo el día. Como si no tuviera bastante con esos dos hombres, uno petulante y el otro mudo, ¿ahora él se presentaba así, sin más? Sus ojos relampaguearon, parecía a punto de abofetearlo. Él deseó que lo hiciera. En lugar de eso, dulcificó el gesto, como si se hubiera reprimido, y volvió a mirarlo con cariño. Se inclinó hacia él y comenzó a sollozar en su hombro desde el asiento delantero, dos almas afligidas pero unidas.

Si su abuela había sido el guiso, su madre solo había heredado el condimento. Se aferraba a Slava pero no sabía por qué y no preguntaba. La abuela lo hacía porque le habían arrebatado a toda su familia implacablemente. Se había aferrado a él con ahínco, a sabiendas de que moriría antes, siguiendo el orden natural («Es una bendición morir según el orden de la naturaleza», Sofia Gelman *dixit*). La madre se asía a él porque la abuela lo había hecho. Cuando Slava desapareció, solo su madre lo llamaba desde Nueva Jersey para atormentarlo y suplicarle. La abuela no podía. El abuelo era demasiado orgulloso y el padre había sido domesticado por sus suegros, aunque en una ocasión le pegó una patada a la tele mientras gritaba por qué esa gente controlaba sus vidas.

En el cementerio, los Gelman que quedaban en este mundo arrojaron una paletada de tierra en la tumba, mientras el rabino entonaba una selección de salmodias en hebreo que concluyeron cuando el abuelo le hizo entrega de un sobre blanco. El

mensajero de Dios se desvaneció al instante en el calor pegajoso de la tarde. Los Gelman se quedaron frente a la fosa envueltos en un silencio terrible solo interrumpido por el rumor distante de un avión atravesando la atmósfera. La madre y el abuelo se abrazaron, dos náufragos en una isla. Slava y su padre los flaqueaban sin decir nada.

Berta les transmitió sus condolencias de la única manera que podía. Dos mesas plegables en el salón del abuelo rebosantes de platos ribeteados de filigrana dorada: pato con ciruelas pasas; sandía escabechada; tortitas de patata con eneldo, ajo y queso fresco. Era ver un tenedor en el suelo o un vaso vacío del agua de arándanos —la especialidad de Berta— y salía disparada a la cocina con una agilidad pasmosa. En la mesa se hablaba en tono monótono, la pena mezclada con el cansancio.

«Una mujer de las que ya no se encuentran. Tan valiente como una...».

«Berta, esta sopa está...».

«Hazme caso, no había nada falso en...».

Antes, Slava solía sentarse ante una mesa así una vez por semana a degustar los platos de Berta o Marina o Tatiana, todos uniformemente deliciosos, como si todas ellas hubieran tomado clases en la escuela culinaria soviética número uno. Mujeres robustas, preparadas para abotagarse aunque no hubieran cumplido ni los treinta, vestidas con medias de lunares o estampados multicolores, los pechos colgando bajo camisas marineras, las faldas con pedrería de plástico, camisetas donde ponía Gabbana & Dulce.

Berenjenas estofadas; filetes de pollo rebozados en huevo; pimientos marinados con miel de alforfón; pastel de arenque con patatas, remolachas, zanahorias y mayonesa; lazos de pasta con *kasha*, cebolla caramelizada y ajo; *ponchiki* con frutas confitadas; col escabechada; berenjena escabechada; gelatina de carne; ensalada de remolacha con ajo y mayonesa; alubias rojas con nueces; *kharcho* y *solyanka*; coliflor frita; pescado blanco con zanahorias al vapor; sopa del salmón; alubias rojas con cebolla caramelizada en lugar de nueces; col agria con ternera; sopa de guisantes con maíz; fideos fritos con cebolla.

Por teléfono, el abuelo siempre quería saber cuándo iría Slava a visitarlos, pero, cuando se presentaba Slava por fin, el anciano se largaba sigilosamente a ver la tele, mientras la abuela lo miraba con el ceño fruncido. Ella también se cansaba y, tras disculparse, se iba a la cama arrastrando los pies y arañando el parqué. Y Slava se quedaba con la cuidadora. Mientras el día se extinguía y el abuelo hacía muecas frente a la tele, intercambiaban información sobre los abuelos.

—¿Slava? —lo llamó su madre desde el otro lado de la mesa—. ¿Estás bien?

Tenía bolsas bajo los ojos.

—Sí —asintió él—. Claro.

—Y ¿en qué estás pensando?

—En nada.

—Me pregunto si alguien hará un brindis —manifestó ella con resentimiento.

Slava inspeccionó la mesa. El abuelo había convocado a todos los parientes significativos. El tío Pasha y la tía Viv; las chicas de la farmacia donde su madre trabajaba; los Schneyerson; Benya Zeltzer y el resto del clan. Incluso dos Rudinsky. Los Rudinsky ocupaban un lugar especial en el catálogo del abuelo de familiares díscolos. Los Gelman y los Rudinsky habían emigrado juntos, les habían asignado la misma pensión en Austria, donde tramitaron sus documentos, y vivían en la misma manzana en Italia, donde los siguieron tramitando. Vera Rudinsky y Slava Gelman habían jugado juntos a las tiendas. Recortaban pepinos de cartulina verde, les dibujaban granitos en la piel con rotulador negro y se los vendían a sus padres por precios inferiores a los del mercado de verduras de Via Tessera. Sus padres y abuelos se reían, contaban las liras y, cuando los niños volvían a reponer los estantes de V&S Alimenti, bromeaban sobre el dinero que sus hijos ganarían en América y se miraban elocuentemente sin decir nada: ¿juntos? Quizá.

El dinero es un arma de doble filo. Después de instalarse en América, el padre de Vera le pidió un préstamo al abuelo para invertir en una compañía de limusinas. Al abuelo no le gustaba separarse de su dinero a menos que hubiera rédito de por medio, y le pesaba exigirles intereses a los Rudinsky, que habían compartido con los Gelman varios meses de terror apátrida entre la perversa belleza de Centroeuropa y la costa tirrena. Los Rudinsky se batieron en retirada. No hubo escenas; se limitaron a llamar cada vez con menos frecuencia. El abuelo se negaba a llamar si antes no lo llamaban a él.

No obstante, los Rudinsky nunca deshonrarían la memoria de la abuela. Cuando los hombres acudían al mercado de segunda mano junto a Roma para empeñar los enseres traídos desde Minsk en el equipaje y las mujeres iban al mercado de primera mano para gastar en provisiones lo que los hombres ganaban en el de segunda, la abuela se quedaba con los niños y paseaba con ellos por la playa de guijarros, donde los pequeños chapoteaban en el agua verdosa del Mediterráneo. Era ella la que supervisaba a los niños mientras estos zampaban uvas moscatel, tan traslúcidas que parecían encerrar rayos de sol (la abuela no tocaba las uvas; las uvas eran caras, eran para los niños). Era la abuela la que los metía en la cama, aunque no les leía cuentos. Les acariciaba el pelo con los dedos, de piel fina y flácida, hasta que se calmaban y se dormían.

Al mismo tiempo, para demostrar su desagrado, el alto mando Rudinsky había enviado emisarios de bajo nivel: había acudido Vera con su abuelo. Los padres (Garik, taxista; Lyuba, contable) se habían excusado diciendo que tenían turno de noche. A ojos del abuelo, era insuficiente. Slava advirtió que el viejo escrutaba a Vera y a su abuelo, Lazar, con una mueca de desdén.

Slava observó a Lazar. Estaba tan jorobado como una rama a punto de venirse abajo. En el pueblo próximo a Roma donde los inmigrantes soviéticos se instalaron

en su camino hacia América gracias a algún acuerdo geopolítico desconocido, Lazar Timofeyevich Rudinsky continuaría siendo una leyenda años después de que los Rudinsky partieran hacia Brooklyn. El mercado de segunda mano era tan importante que venía gente desde Roma a comprar. Aquellos que habían pasado por Italia antes de los Rudinsky y los Gelman habían mandado recado con los productos que los italianos más demandaban a sus extraños interlocutores: sábanas de lino, pins de Lenin, colonia, cámaras Zenit. También taladros, coñac y gorras del Ejército Rojo. Cada mañana, los hombres soviéticos se envolvían en lino soviético y gritaban a los cuatro vientos del otoño tirreno en su jerga mestiza: «¡Russo producto! ¡Russo producto!».

A Lazar Timofeyevich se le ocurrió una idea. Hizo la ronda entre los hogares de los inmigrantes e invitó a los hombres a una reunión en la casita que les habían asignado a los Rudinsky. Su esposa, Ada Denisovna, se paseaba entre la gente con té y barquillos. Vera y Slava coloreaban en la habitación de al lado; V&S Alimenti estaba trabajando en un nuevo cargamento de pomelos. Después de que los hombres terminaran el té, Lazar Timofeyevich les entregó manuales de italiano básico. Todos tenían que memorizar —no se lo pidió, decidió por ellos— los números en italiano. *Diecimila lire, centomila lire*. Cada vez que alguien fuera a realizar una venta en el mercadillo, cuando el objetivo italiano estuviera a punto de decidirse por una gorra de plato o por un taladro, uno o dos de ellos se adelantarían y echarían mano de sus conocimientos de italiano haciéndose pasar por clientes. Competirían con el objetivo italiano. Para inflar los precios. *Capisce?*

Ahí los tenían, plantados en círculo, diez sesentones, pronunciando las erres marcadas y gesticulando con los dedos como los italianos. *Diecimila lire, centomila lire. Va fangul*. ¿Qué más les quedaría por hacer en esta vida perra?

No obstante, lo consiguieron. Hubo un par de pifias al principio. Syoma Granovsky no consiguió vender un hermoso pañuelo porque Misha Schneyerson estaba tan animado que pujó más que todos los italianos de la multitud. Pero acabaron pillándole el tranquillo y las ganancias aumentaron.

Ahora, la joroba de Lazar le comenzaba en la cintura. A Slava no le hacía falta preguntar por su mujer. Los hogares del Brooklyn soviético estaban habitados por hombres que se habían quedado solos después de que fallecieran las personas que mejor sabían lo mucho que necesitaban que cuidasen de ellos. Los hombres protegían a sus familias en un lugar que podía volverse contra los judíos sin previo aviso, y a su vez las mujeres protegían a los hombres. Ellas murieron antes, dejando a sus maridos las sobras más aterradoras: vivir solos. Les aterrizzaba la soledad. Los aterrizzaba más que América al principio, más que los soviéticos, incluso más que los alemanes en su momento.

Junto a su abuelo, en el extremo opuesto de la mesa, tan alejada que sus palabras se perdían, si bien el rímel con el que se había embadurnado las pestañas podría verse desde el otro lado del patio, se sentaba Vera Rudinsky. Vera. En ruso, fe. Era un

nombre de persona adulta, cosa que daba a entender por qué a Vera le irritaba tanto la lentitud infantil de Slava cuando recortaba las berenjenas de cartón para su supermercado (al final, puso a Slava a marcar precios y se encargó de recortar ella misma). Una adulta en una niña —siempre había sido tan delgada como un palo, la cara tan pálida que parecía azul, como si la vida le hubiera insuflado un único soplo —, Vera era una persona seria, como la abuela de Slava. Verochka, Verusha; todos la llamaban usando algún diminutivo para restarle edad a su nombre. Ve-ra: los labios tímidos que exhalan maravillados. Vera... Un nombre de esposa.

Pero Slava no reconocía a la niña en la mujer que se sentaba frente a él, a la que veía por primera vez desde hacía una década. La pequeña Vera Rudinsky, la que fuera una cigüeña estudiosa, había sido sustituida por una potranca de uñas largas y pelo cardado, con la mirada de una cazadora de maridos en los clasificados de los periódicos rusos (eso pensaba su madre mirándola por encima del hombro), aunque, bajo la espesa capa de colorete, Slava todavía podía distinguir el cruce inesperadamente agraciado entre Garik y Lyuba Rudinsky, dos pingüinos que habían compartido genes en alguna playa de Crimea un cuarto de siglo antes.

Slava cerró los ojos. El pecho le zumbaba como una colmena. Quería marcharse a casa. Quería acurrucarse en el edredón y dar por finalizado ese día funesto. Y mañana, cuando su artículo sobre el explorador fuera juzgado, quizá tendría alguna buena noticia. Abrió los ojos y volvió a ver a Vera. Su transformación era tan chocante que no podía apartar los ojos de ella.

El abuelo se levantó con un vasito en la mano. Pasó un momento antes de que los demás se fijaran en él. Berta taladró con la mirada a tres vecinos eslavos de la misma planta. «Los judíos están de funeral y vosotros aulláis como coyotes, imbéciles degenerados». Probablemente el abuelo había pensado que no invitarlos era de mala educación.

Al fin, los comensales enmudecieron. Los televisores de los apartamentos vecinos ululaban a través de las paredes de cartón, la voz quejumbrosa de una heroína de culebrón se entremezclaba con algún documental sobre la guerra civil rusa. «En nombre de la Revolución», proclamaba una voz glacial, «tomo posesión de este tren».

—Algunos de vosotros quizá sepáis —relató el abuelo— que hace ahora veinticinco años sufrimos un accidente de coche. Era un día azul, tan azul como... — Señaló débilmente la chaqueta del tío Pasha, de un azul violáceo con rayas blancas. La mano libre del abuelo se movía sobre el mantel, buscando migas invisibles—. Aquello sucedió en Crimea. Ella perdió mucha sangre, por eso le hicieron una transfusión. Resultó que la sangre estaba contaminada. De ahí no salió nada bueno. Llevaba una bomba de relojería dentro sin saberlo. Cirrosis. Bueno, al menos consiguió venir hasta aquí. ¿Y qué? ¿Acaso es mejor que su epitafio esté escrito en un idioma que no hablaba?

Berta apoyó una mano regordeta en la muñeca del abuelo.

—Lo sé —dijo él—. Lo sé. Para que lo sepáis... Ella hablaba inglés. De veras.



Cuando tuvimos que estudiar para conseguir la nacionalidad... —Se volvió hacia Slava—. Slavchik, cuéntaselo.

Todos las miradas y los cuerpos de los comensales se volvieron para observar a Slava con regocijo ensayado. Ya había contado antes esta historia. Él asintió.

—Para conseguir la nacionalidad —comenzó, tosió y se enderezó; iba a intentarlo — tienes que estar dispuesto a defender el país. No importa cuál sea tu edad. Hay que comprometerse a lo que se conoce como «portar armas».

La congregados asintieron y sonrieron con cautela.

—Yo tenía trece o catorce años —continuó él. Miró de reojo a Vera. Esta lo observaba obedientemente pero, para ella, no parecía más que otra mesa cargada de salmón, patatas fritas y botellas de colores, otro festín intrascendente, aunque asistiría a este tipo de actos hasta el fin de sus días sin hacer ninguna objeción. Slava se maldijo. ¿También había esperado que Vera se quedara exactamente igual que como la había dejado? Su ingenuidad le pareció ridícula. Luego inspeccionó una vez más la creación chillona al otro lado de la mesa, mientras se preparaba para la pequeña ovación al final de la historia sin dejar de pensar en ella—. Pero yo hablaba inglés mejor que nadie, de modo que practiqué con ella para la entrevista. «Abuela, ¿portarás armas bajo la bandera de Estados Unidos cuando lo exija la ley?». Ella cerraba el puño y lo levantaba en alto como Lenin y gritaba: «¡Sí!».

Los comensales se rieron comedidamente. El abuelo asentía, consintiendo la diversión. Se oyeron algunos vítores. Estas serían las anécdotas que Slava contaría de aquí a su propio funeral: la historia del juramento de «portar armas», la historia de Lena la Cachonda y las moreras. Este sería el retrato de la abuela que heredarían sus descendientes.

—Era mejor que cualquiera de nosotros —concluyó el abuelo, cortando el jaleo.

—Oíd, oíd.

—La nueva generación continúa nuestro trabajo —comentó Benya Zeltzer, repitiendo un viejo eslogan soviético.

Todos miraron a Slava y al nieto de Benya, al que unos padres ilusionados habían llamado Jack.

—Que ellos nunca pasen por lo que hemos pasado nosotros —brindó la esposa de Benya. Todos extendieron sus vasitos de coñac, aunque no los entrechocaron. El chinchín era para las celebraciones.

—Pero que nos recuerden.

—Que nos recuerden, sí.

—Ya sabéis lo que dice el refrán —señaló el tío Pasha, guiñándole el ojo a Slava—. La mejor forma de recordar es comenzar una nueva generación.

Alguien silbó. Las miradas se volvieron hacia los jóvenes, que no se daban por aludidos. ¿Cuántos años tendría Jack Zeltzer, diecisiete? Un volante de pelusilla le cubría el labio.

Gracias al cielo, los comensales comenzaron a conversar entre ellos. El tío Pasha

se levantó de la silla con dificultad y hundió las manos hinchadas en los hombros de Slava. Slava sintió la enorme panza de Pasha contra la espalda. Pasha tenía el mismo contorno de una cómoda, pero lucía una camisa de seda bajo una bonita chaqueta italiana.

—¡Slavchik! —Arrugó la chaqueta de Slava como si se tratase de un papelote. El aroma a coñac volvió a envolver a Slava. Pasha trabajaba como chófer de limusina para Iosif el Cojo y solía empinar el codo durante la jornada dándole a una petaquita de metaxá—. Mírate, Slavchik —le susurró a Slava al oído, con el sudor del labio rozando el lóbulo de Slava—. Tienes la espalda de un jabalí. ¿No tienes a las chicas revolucionadas? Apuesto a que las tienes revolucionadas. No hace falta que tengamos la charla del *prezervativ*, ¿verdad? Por muy hombre que seas, eres demasiado joven para ser padre.

Slava puso los ojos en blanco.

—Está todo bajo control, tío Pasha.

El tío Pasha era primo segundo de la madre de Slava. Pasha tenía un coche grande, daba buenas propinas y en la pista de baile perseguía incansablemente a todas las mujeres sin pareja. Contaba con la autorización de la tía Viv. Máquinas de humo que escupían niebla fría, luces estroboscópicas asaltando la pista, una mujer oronda como un pavo con pintalabios magenta cantando temazos a grito pelado sobre el escenario («*Yellow, yellow roses! You are mine forever! Yellow, yellow roses!*») y tío Pasha trazando elípticas: tenías el lote completo garantizado si pasabas una velada en el Odessa, el Volga o el Krym, los restaurantes donde se reunían los parientes para celebrar los cumpleaños, las únicas ocasiones en las que solían coincidir exceptuando la muerte.

—Eso es lo que quería oír —alabó Pasha—. Tu tía y yo hemos esperado un poco.

Señaló con un dedo rechoncho a la tía Viv, que envolvía su oronda figura en capas de crinolina negra con estampado de margaritas. Su nombre era Vika —Victoria—, pero en América, después de ver *César y Cleopatra* interpretada por Vivien Leigh, había decidido que Viv era más glamuroso.

—Quizá ahora no sea una reina de la belleza —señaló Pasha—. Pero ¿de joven? La gente se giraba para mirarla. No solo los hombres, también las mujeres. Ese es el mejor cumplido, ¿sabes? Que una mujer se fije. Tenía el pelo rojo encendido. Así lo tenía, así lo tenía.

Slava asentía educadamente.

—¿Qué estaba diciendo yo? —se preguntó Pasha—. *Tfoo*, uno viene a decir algo y luego... —Infló los carrillos, se rascó la barbilla y soltó un eructo—. Lo que quiero decir es que allí no se podía trabajar como una persona normal. —Señaló la ventana negra y, por extensión, su vida anterior—. Allí no había trabajo. Tenían cinco personas para hacer la misma tarea. ¿Para qué trabajar entonces? «Si llamas la atención, llamas a los problemas», como solíamos decir. Pero ¿acaso lo de aquí es normal? Creo que lo próximo que inventen los americanos será cómo vivir sin

dormir. Me paso de las cinco de la mañana a las nueve de la noche metido en la limusina. Y no estoy forrado. Tu abuelo siempre me pregunta por qué no vengo de visita. ¡Si estoy en el maldito coche! ¿Crees que estaba así de gordo cuando estábamos en casa? Era campeón de lanzamiento de disco en el instituto. A veces me pregunto: *nu*, Pasha, ¿qué tal el cambio? ¿Es mejor esto que aquello? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

»¿Y sabes lo que te digo? Cuando vuelvo a casa, veo a esa mujer. —Señaló a la tía Viv con un pulgar gordo y peludo. Ella los inspeccionó con el rabillo del ojo. Con retraso, Slava se dio cuenta de que la retahíla del tío Pasha había comenzado con el encomio a su mujer—. Y ella lo arregla todo. Puede que eso de ahí fuera —ahora lo que quedaba tras la ventana era América— no me pertenezca. Pero ¿con ella? Me iría a vivir debajo de un puente con ella. Es una de los nuestros. ¿Me sigues? —Los dedos-salchicha se posaron en las ondas oscuras del pelo de Slava—. Sabes a lo que me refiero, Slava. —El tío Pasha hizo girar un pulgar sobre el omóplato de Slava hasta que este se puso a mirar a Vera—. Eres un hombre, estás ocupándote de tu negocio, lo entiendo. ¿Te crees que a mí me gustaba escuchar a mi madre? Me alisté en el Ejército Rojo prácticamente por salir de esa casa. A las seis de la mañana, me tiraba de la manta. Una mañana, Dios la tenga en gloria, me vació un jarrón por encima de la cabeza. Pero ¿sabes lo que pasó cuando llegué al ejército? Las seis de la mañana habrían sido un regalo del cielo. ¿Qué te parecen las cuatro y media? Y, si no te levantas, no te echan jarros de agua por la cabeza, no: te rompen las piernas, sobre todo si eres un pequeño judío con una gran narizota. Les valía cualquier excusa para ensañarse contigo. Eché mucho de menos a mi madre en el ejército. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, eso pasa cuando eres joven e idiota. No seas idiota, Slava.

Slava no dijo nada. Solo tenías que dejar que el río siguiese su curso. El tío Pasha asió los hombros de Slava como si fueran un timón. Los dos observaron con la mirada perdida el extraño horizonte que se abría ante ellos.

—Tengo que ir al baño —mintió Slava.

—Slava, Slava —suspiró Pasha. Asintió y besó a su sobrino con sus abultados labios azules, luego le dio unas palmadas en los hombros y regresó con tía Viv: el ejército del amor se batía en retirada.

Slava se levantó y se coló en la habitación de al lado, la cocina. Abrió el grifo para dar la impresión de que estaba haciendo algo y observó caer el agua, un cilindro sólido e inquebrantable. Ligeramente molesto, notó que otra presencia entraba en la habitación.

—Son años que no te he visto —dijo Vera en un inglés marcado por Rusia y por Brooklyn.

Slava la miró con una expresión airada y estúpida.

—Te acuerdas de mí —se sorprendió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, confundida—. Estás igual que siempre.

—Tú también —se apresuró a mentir él.

Ella tenía un rostro redondeado con largas pestañas. Vestía con una falda negra demasiado ajustada para ceñirse al protocolo de un funeral. Slava distinguía su rodilla ampulosa tras la media negra. Sintió que un líquido caliente se le removía en el estómago.

—Tu abuela... —comenzó a decir. Luego se cubrió la boca con las uñas y, un segundo después, rompió a llorar. Un segundo después gimoteaba sobre el hombro de Slava, se estremecía a cada sollozo. Se agarró con las palmas a los omóplatos de Slava, apretó los senos contra el pecho de él y empezó a mojarle el hombro de la camisa. Desesperado, Slava arqueó el culo para apartar la entrepierna de la suya.

Ella se separó de él.

—He manchado de rímel tu camisa —señaló, riéndose entre las lágrimas. Él trató de sacudírselo, pero Vera lo impidió tomándolo de la mano—. No, no —protestó. Taconeando, pasó delante de él para dirigirse a la nevera, se inclinó dentro, permitiéndole gozar de una excelente vista de su trasero, y sacó una botella de soda. Después comenzó a frotarle el hombro con una servilleta empapada en burbujas. A Slava se le bajó la erección.

—Debo tener un aspecto horrible —comentó ella, sonándose la nariz en la servilleta de papel burbujeante.

—N-no —farfulló él.

—Ella está ahora en el cielo —aseguró ella, a través de las flemas.

—¿Nosotros tenemos cielo? —preguntó él. Se imaginaba un ascensor celestial que izaba literalmente a los difuntos.

—No importa —dijo ella—. ¿Tengo...? —Se señalaba los ojos.

—No, están bien —aprobó él. Se había retocado con mano experta.

—Oye, ¿todavía hablas italiano? —preguntó ella.

Llevaba mucho tiempo sin emplear las palabras y estas brotaron torpemente:

—*Dove la fermata dell'autobus?* —inquirió.

Ella soltó una carcajada pero volvió a echarse a llorar.

—Estuve allí el año pasado —comentó, cuando se recuperó—. De vacaciones.

—¿En Ladispoli? —preguntó él. Había llegado a pensar que ese lugar había dejado de existir después de la partida de los Gelman.

—No. Florencia, Venecia. Todo muy bonito. ¿Sabes qué te digo? Puedes ir en avión a Las Vegas por la mitad de dinero y de tiempo.

—¿Las Vegas? —se extrañó él.

—El hotel Bellagio —argumentó ella—. El Venetian. Ahí tienes a un tipo que te lleva en una barca de esas y que canta si le pagas. Exactamente igual que en Venecia. En italiano o en inglés, en el idioma que prefieras. ¿Para qué necesitas Venecia? Allí huele fatal, por cierto.

—Ya veo —observó él.

—Me vuelvo un poco loca cuando voy a Las Vegas —confesó, retocándose el rabillo del ojo—. Muy divertido. ¿Tú vas?

Recientemente, Slava había rescatado un artículo de *Las Vegas Sun* para «El Bocinazo», la columna humorística de la que era oficialmente responsable en *Century*, pero no se veía capaz de explicárselo a Vera. Negó con la cabeza.

—Tienes que ir —resumió ella—. Debo retocarme, no puedo estar así delante de ti. Pero escucha: tienes que venir a casa.

Él parpadeó.

—¿Por qué?

—¡La pelea! —Señaló el salón—. Es de locos. ¿Cuántos años llevan así?

—¿Por qué habéis venido esta noche entonces? —quiso saber Slava.

—Porque mi abuelo dice que viene, que le importa un comino lo que diga mi madre. Entonces ella dice que yo voy con él, porque no queda bien si va él solo, como si nadie lo quiere. Pero ella me dice que yo no hable con nadie. Que me quede callada, como si estoy molesta. Pero me alegro de verte, Slava.

—Yo también me alegro —dijo él.

—Los hijos tienen que arreglarlo, como siempre. Un día vienes a cenar y, poco a poco... ¿Entiendes?

—No lo sé —repuso él con cautela—. Es asunto suyo. —Él no quería tener nada que ver en su disputa. Pero ¿y con Vera?

Ella se encogió de hombros.

—Somos pocos. Tenemos que mantenernos unidos.

Se inclinó hacia delante y le dio un beso de labios carnosos y suaves en la mejilla. Él notó que los pelillos de la barba incipiente levantaban el maquillaje de la cara de Vera. Al retirarse, el polvillo beis se dispersó entre ambos. Después Vera abandonó la cocina.

Cuando oyó que se cerraba la puerta del baño, salió al pasillo que lo separaba de la cocina y se quedó allí, tratando de no escuchar tras la puerta. Ella tarareaba. Luego tiró de la cadena y el agua se deslizó por las tuberías. Se echó hacia atrás justo antes de que la puerta se abriera. El rostro de Vera había vuelto a su hieratismo anterior. Le guiñó un ojo y pasó por delante de él.

En el baño flotaba el sutil aroma edulcorado del perfume de Vera. Berta había llenado la pared de toallas para los invitados, escondiendo la del abuelo y la suya de las manos ajenas. Slava se miró al espejo. ¿Cuántas veces había aparecido el rostro ajado de la abuela en el mismo lugar donde ahora aparecía el suyo? Slava sabía que los espejos se cubren cuando fallece un judío para evitar la vanidad. Pero ¿qué clase de luto era si hacía falta una argucia para llevarlo a cabo? Y ¿por qué estaba mal dejar el espejo al descubierto si con ello Slava se acordaba de ella? ¿No se trataba precisamente de eso? Cogió una toalla de uno de los ganchos y la colgó sobre el espejo, sujetando los extremos con dos botes de crema facial de Berta. Esperó a ver si surtía algún efecto, pero no sintió nada. Tiró de la cadena por si había alguien esperando. A pesar de todo, esperaba encontrarse con Vera en la puerta del baño.

En su lugar, se encontró con el abuelo, que parecía perdido.

—Slavchik —lo llamó con voz somnolienta. Los brazos le colgaban a los lados como un soldado de hombros caídos.

—¿Se está marchando la gente? —preguntó Slava.

—No, no —contestó el abuelo.

—Has tenido suerte con Berta —afirmó Slava.

—Es buena —coincidió el abuelo con escepticismo—. Leí un artículo en el periódico sobre una enfermera ucraniana que vivió cinco años con una pareja mayor. Eran de los nuestros, de Riga. Ellos la consideraban de la familia, hasta se la llevaban de vacaciones. Cuando llegó el momento de que ella regresara a Ucrania, les soltó: «Espero que os pudráis en el infierno, asquerosos judíos». Así que nunca se sabe.

Slava se sintió obligado a abrazar al abuelo.

—Necesito que le echés un vistazo a una cosa —le pidió el abuelo, señalando el dormitorio.

—Los dos estamos cansados. Podemos hacerlo otro día —sugirió Slava, que prefería regresar al salón.

—¿Otro día? ¿Contigo? —exclamó el abuelo—. Tendría que esperar un año para verte. El plazo acaba pronto. Solo nos llevará un momento.

El abuelo se dirigió al dormitorio pero se detuvo en el umbral. Slava siguió la dirección de su mirada hasta la cama, el objeto de mayor tamaño de la habitación. La más grande y la más blanda, había insistido el abuelo en Marat, la tienda de la Avenida Z, y aquí estaba. Ahora no podías apartar la vista de ella. Y ahora que solo dormiría una persona, resultaba grotesca.

—Sus pantuflas están aquí, pero ella no —señaló el abuelo—. ¿Qué sentido tiene eso?

Slava le rodeó los hombros con el brazo y dejó que el anciano le apoyara la sedosa cabeza en el pecho.

—Este día no tiene fin —se lamentó el abuelo—. Ahí fuera no hacen más que hablar, pero no entiendo ni una palabra de lo que dicen.

Slava restregó la nariz contra el pelo del abuelo, que era suave y liso como el vientre de una oca, el pelo de alguien con un tercio de su edad. El anciano asintió impotente, con una lágrima gorda y perezosa anclada en el ojo. Por fin, entró en el dormitorio e introdujo un dedo apergaminado en el tirador de la cómoda, de donde sacó un neceser de paja donde guardaba el correo que esperaba a que lo tradujera la madre de Slava. Ella sí que iba a verlo a todas horas. El sobre que buscaba estaba entre los primeros, flanqueado por circulares y formularios. Se sentó en la silla junto a la cama y observó el sobre satinado como si fuera un objeto intocable.

—Mira, por favor —solicitó, tendiéndoselo.

Slava extrajo los papeles mal doblados e inspeccionó las inscripciones. Se topó con el hebreo, tan cuadrado como flexible. Luego vio que también estaba en inglés y dejó escapar un silbidito. Había oído hablar del tema a algunos compañeros de la oficina.

—«Estimada señora» —tradujo—. «La Conferencia de Demandantes Judíos contra Alemania...».

—Sé lo que dice —lo interrumpió el abuelo—. Tu madre me lo ha traducido. Si fuiste víctima del Holocausto, cuentas tu historia y te llevas una indemnización. Dicen que, dependiendo de lo que te pasara, cobras una cantidad grande de una vez o pequeñas cantidades mensuales durante el resto de tu vida. He hecho las cuentas con la calculadora: a partir de diez meses, te sacas un buen pico.

—¿Y quién te lo ha contado?

—Los del Centro Judío. En Kings Highway.

—¿Por qué los escuchas? —exclamó Slava—. Aquello es un hervidero de cotillas.

—¿Y a quién voy a escuchar si no?

La última página del sobre estaba en blanco, salvo un enunciado, donde se leía: «REDACCIÓN. Por favor, describa minuciosamente dónde se encontraba el sujeto entre los años 1939 y 1945».

—¿Cómo sabían a quién tenían que enviarlo? —preguntó Slava, mirando el nombre de la abuela en el encabezamiento.

—La abuela está registrada en ese museo de Israel. El Vashi Yashi.

—Yad Vashem —lo corrigió Slava—. Dilo bien.

—Day Vashem.

—Yad Vashem. No es tan difícil, venga, dilo.

Él se lo quedó mirando y esta vez pronunció correctamente.

—Han tenido sesenta años —comentó Slava—. Y van y lo envían cuando se muere.

—Ya. —El abuelo agachó la cabeza.

Ambos miraron por la ventana y observaron los vapores que emanaban del sur de Brooklyn en la cálida noche de julio. Un tendal cargado con ropa interior oscilaba con la brisa.

—Entonces —prosiguió el abuelo, girándose para mirar a Slava—, ¿puedes escribir algo?

Slava estuvo a punto de echarse a reír. Así era el abuelo: las normas estaban más claras que el agua, pero él iba a pedírselo igualmente.

—Ella... —Slava buscó la palabra adecuada. ¿Se había marchado? ¿No estaba? Aún no habían hallado un término aceptable.

—No escribirías sobre tu abuela —afirmó el abuelo.

—¿Sobre quién, entonces?

—Sobre mí.

Entonces Slava sí que se rio.

—No creo que indemnicen a los evacuados a Uzbekistán.

El abuelo señaló el papel con una uña cuadrada.

—Por lo visto sí, pero no queda claro. A algunos sí, a otros no. En cualquier caso,

es menos dinero. Pero si hay guetos y campos de concentración de por medio, la pasta está asegurada. Venga, hazme una de esas cartas. Eres escritor, ¿no?

Slava alzó las manos.

—Ahora resulta que soy escritor.

—Escribes para el periódico donde trabajas —alegó él—. Eso es lo que nos contaste.

—Es una revista —lo rectificó Slava.

—Entonces, esto es como un artículo para tu periódico.

—En mi periódico los artículos no son inventados.

—¿En este país no se inventan nada? —objetó el abuelo, echando chispas—. ¿Bush no se inventó una razón para cortarle los huevos a Saddam? Cuando las acciones bajan, ¿no se debe a que alguien se ha inventado los números?

—¡Este país no tiene nada que ver con esto!

—No sabes cómo hacerlo, es eso, ¿verdad?

—Sí que sé cómo hacerlo —repuso Slava entre dientes.

—Entonces, hazlo —concluyó el abuelo—. Por tu abuela. Hazlo.

Alguien llamó a la puerta. La cabeza de la madre de Slava —redonda, indefensa — se coló en la habitación.

—¿Va todo bien por aquí, muchachos? —preguntó.

—Todo bien, hija mía —contestó el abuelo con exceso de formalidad.

—El postre está en la mesa —informó ella—. La gente comenzará a marcharse pronto.

—Ya vamos, ya vamos —contestó el abuelo.

—He encargado las lápidas —añadió ella—. Las instalarán en una semana.

—¿Y la mía? —preguntó el abuelo.

—Estará en blanco. Parten de plinto donde pone Gelman. Tu lápida es negra, la de mamá es más clara.

—¿Y la inscripción?

—Irá en ruso. «No hables de ellos con tristeza: ya no están. Habla con gratitud: lo estuvieron». Es un poema..., lo sugirió Grusheff.

—Si tuviéramos que creernos todo lo que dice Grusheff, pensaríamos que tomaba el té con Pushkin —resopló el abuelo—. Probablemente lo haya escrito él. Deberíamos asegurarnos de que no haya más lápidas con la misma frase. Aunque las palabras son bonitas.

—Lo comprobaré, papá —asintió la madre de Slava, cerrando la puerta con delicadeza.

El abuelo se giró hacia Slava.

—¿Necesito recordarte que tu tío abuelo Aaron, mi hermano, yace en una fosa común de Letonia? Murió sin darle un beso a una chica. Ojalá pudieras leer sus cartas, pero están en yidis. Salí corriendo tras él con un cuchillo de carnicero cuando lo movilizaron. Un dedo meñique habría sido suficiente para librarse. Al menos en el



año cuarenta y uno. ¿En mi año? En el cuarenta y tres obligaron a todos los chicos a enrolarse. —Segó el aire con una guadaña imaginaria—. Cayeron como chinches. — Se inclinó hacia delante y susurró—: No iba a presentarme voluntario para ser carne de cañón. De lo contrario, no estarías aquí. Me mantuve con vida.

—¿Y qué tiene que ver Aaron con todo esto? —alegó Slava—. Mira. Pone: «Guetos, trabajos forzados, campos de concentración... ¿Qué experiencias sufrió el sujeto entre los años 1939 y 1945?». El sujeto. No tú. Tú no sufriste.

—¿Que yo no sufrí? —Los ojos del abuelo centellearon—. Si tengo hasta la tumba preparada, que yo no sufrí, dice... Dios bendito, no sabes de lo que hablas — resopló él, como si le hubieran pedido que vendiera un caballo sano por la mitad de precio—. Se llevaron a todos los hombres: Aaron, padre, todos los primos. Como padre era demasiado viejo para ser soldado de infantería, se lo llevaron de peón para trabajos pesados. Dos años después, llaman a la puerta. Me encuentro un esqueleto envuelto en trapos y le grito a mi madre: «¡Hay un mendigo en la puerta, dale algo de comer!». Era algo corriente en esa época. Él se echa a llorar. Era padre. Una semana más tarde nos contó lo de Aaron. Lo mató la artillería. Yo quería ahorrarle a mi madre la pena de perder a su último hombre, por eso me marché a Uzbekistán. No me fui a vivir en un palacio... Me dediqué a robar carteras y a mear en la calle para que creyeran que era retrasado y no me reclutaran a la fuerza. —Apartó la vista—. Oye, al final regresé. Me alisté.

—En un barco en territorio liberado —puntualizó Slava—. Escucha, no me estoy inventando las normas. En el papel pone: «Guetos, trabajos forzados, campos de concentración».

—¿Y tú quién eres, el nieto de Lenin? —se mofó el abuelo—. Quizá no sufrí de la manera que tendría que haber sufrido. —Le dio un capirotazo al sobre—. Pero se aseguraron de matar a todas las personas que lo hicieron. Nos arrebataron todo nuestro mundo en nuestras narices. No más bailes, no más vacaciones, no más comidas con tu madre en la cocina. ¿Un almuerzo como este? —Señaló al salón—. ¿Sabes lo que significa comer un almuerzo como este? ¿Sabes lo que nos encontramos tras la guerra? Tomates del tamaño de tu cabeza. Los fertilizaban con cenizas humanas. ¿Me sigues?

—Entonces ahora quieres vengarte —le reprochó Slava—. Atracar al Gobierno alemán.

—¿El Gobierno alemán? —exclamó el abuelo—. El Gobierno alemán debería estar agradecido por librarse tan fácilmente de esta.

—Este Gobierno alemán en concreto no mató a nadie.

—Entonces, ¿qué? ¿Deberíamos darle las gracias? —El abuelo dio una palmada y el chasquido resonó en el techo.

—Pero ¿por qué? —insistió Slava—. ¿Necesitas más dinero? —Señaló los objetos que los rodeaban: la cómoda, la cama, los apliques en el techo montando guardia en cada esquina.

—¿Dinero? —replicó el abuelo, echándose hacia atrás—. El dinero mueve el mundo. El dinero no es el único motivo, aunque no conozco a nadie a quien le haya perjudicado el dinero.

—¿Por qué nunca me contaste nada de esto? ¿Por qué no me hablaste de la evacuación?

—No queríamos meterte cosas feas en la cabeza. Queríamos que llegaras más lejos que nosotros. Nuestras manos podían ensuciarse con tal de que las tuyas estuvieran limpias.

—Entonces, ¿esto es una rosa y me estás pidiendo que la huela?

—Esto es la familia, Slavik.

—Si no te importa, vamos a saltarnos las palabras elocuentes. Yo no soy Kozlovich. Esto constituye un crimen. ¿Esa es nuestra familia? ¿Sabes cuál es el castigo si nos pillan?

—Yo daría mi brazo derecho por ti si fuera necesario. Eso es la familia.

—¿Si fuera necesario para qué?

—Para que estés seguro. Para que seas feliz. —El abuelo golpeó la mesilla de noche que los separaba—. Esta conversación se ha acabado. No necesito tus servicios.

—¡Y yo no necesito tu brazo derecho!

Permanecieron sentados envueltos en un silencio amargo, escuchando la cháchara amortiguada procedente del salón. Slava saboreó su victoria, como si royera una aceituna hasta extraerle todo rastro de carne.

Ahora resultaba que era escritor. ¿Quién era responsable de esta desviación, en primer lugar? En América, a diferencia de allá en la patria, uno recibía cartas a raudales. Los adultos subían el correo al piso con el rostro ensombrecido. ¿Y si era una carta de James Baker III alertando a los Gelman de que habían cometido un trágico error y la familia tenía que regresar a la Unión Soviética? No podían leerla.

Le entregaban la carta a Slava. Él tenía los deditos ideales para la letra tamaño biblia y las páginas de papel cebolla del ladrillo-diccionario que habían adquirido en un rastrillo en una acera a alguien que ya había aprendido inglés. Mientras los adultos se revolvían inquietos, apoyados contra el quicio de la puerta y mordiéndose los labios, él abría el sobre con cuidado y desplegabla la carta, con el corazón latiéndole como loco. Solo él podía interceder entre su familia y la expulsión a manos de James Baker III. América era un país donde uno podía tener números romanos después del nombre, como un César.

Mientras los adultos lo observaban, Slava buscaba las palabras desconocidas en el ladrillonario. «Tasa de interés anual». «Pago a plazos». «Ocasión estrella». «Para clientes especiales como tú». A pesar de que los Gelman adultos estaban esperando su explicación, Slava descubría, avergonzado, que se entretenía con ciertas palabras del diccionario que no tenían nada que ver con la tarea inicial. Al buscar «tarjeta de crédito» se quedaba prendado de «catedral», de consonantes tan altas —t, d, l—

como las agujas de la susodicha que los Gelman habían admirado en Viena. «Rebaja» lo conducía a «rododendro», que se le embrollaba en la boca como una canica gorda. De «capital riesgo» saltaba a «oronda», como una *baba* rusa que le cubriera los ojos con los senos al ponerle delante un bol de sémola para desayunar. Finalmente, conseguía verificar lo suficiente para garantizarles a los adultos que no, que no parecía una carta de James Baker III. Los Gelman adultos suspiraban, meneaban la cabeza y seguían friendo pescado.

Slava se quedaba con el ladrillonario. Nervudo, majadero, zarzo, malanga, terrazo, abur. «Levitar» se convertía en una palabra judía porque Levy era un apellido judío en América. «Pompón» —toc, toc— era una puerta. Una «fruslería» era una «bagatela», y una «bagatela» era una «bicoca». «Sentencioso» podía significar dos cosas opuestas, y no debía confundirse con «senescente», «tendencioso» o «sensitivo». La polisemia de «escatología» también podía traer problemas. Este idioma consideraba que las postrimerías de ultratumba y del intestino grueso merecían la misma palabra.

Las palabras rusas eran tan maleables como la piel que colgaba bajo el brazo de la abuela. Podías inventar nuevas terminaciones y seguían teniendo sentido. Como campesinos que se toquetearan la corbata en una boda, las palabras se empeñaban en deshacerse en diminutivos: Mikhail en Mishen'ka (pequeño Misha), *kartoshka* en *kartoshechka* (patatita). El inglés era más frío, más sucinto, un juego de agudeza mental. Pero el inglés era un idioma brillante. Por alguna razón, en el dormitorio, funcionaba a modo de coraza frente al abuelo.

El abuelo gruñó y, evitando la mirada de Slava, se levantó. En el piso de abajo había comenzado a sonar un tema de salsa. El bajo machacón se repetía una y otra vez. Cuando se encaminaba hacia la puerta, se estremeció, perdió pie y extendió los brazos como si fuera a caerse. Pero al ver que su nieto no se apresuraba a ayudarlo, se apoyó en la cómoda, se enderezó y salió de la habitación.

## Capítulo 3

La pared que daba al este del club de baile Spartak ya no podía considerarse estrictamente una pared. Tres cuartas partes de Minsk habían sido bombardeadas y no quedaban más que cascotes, lo cual explica por qué es una ciudad tan fea en la actualidad, pues fue reconstruida tras la guerra siguiendo el estilo socialista. Pero los bailes de los sábados por la noche en el club de baile Spartak se habían reanudado antes incluso de que se declarase la victoria frente a los alemanes. La gente necesitaba bailes tanto como necesitaba pan, había declarado Stalin. El país entero se apresuró a reabrir las salas de baile; los pueblos donde no las había reunieron el dinero como pudieron para convertir algún local en un espacio con un gramófono y una pista de baile. Dos meses después del Día de la Victoria Europea, el club de baile Spartak de Minsk volvía a funcionar regularmente a pesar de que solo quedaban en pie tres de las cuatro paredes, lo que significaba que la hermana mayor de Sofia Dreitser, Galina, no asistiría al baile del sábado por la noche porque, en su opinión, las tres restantes podrían venirse abajo en cualquier momento y entonces menudo chasco de baile, no te parece.

Pero a Sofia le encantaba bailar. Tenía que ser muy cuidadosa, pues no tenía padre, ni hermano, ni madre que cuidaran de ella, con esos hombres que volvían de la guerra con una mirada hueca y tanta hambre que haría palidecer hasta la mano de una mujer. Por eso Sofia bailaba sola o con alguna amiga. Esa era la concesión que Galina había conseguido arrancarle a su alocada hermanita. Sofia acudía al baile a condición de que la acompañara Rusya, la chica eslava que vivía en la casa de al lado, que le tomaba el pelo a Galina con su rudeza característica. «¿Te da igual que tu hermana muera aplastada por las paredes con tal de que no la violen?». Pero Rusya se plegaba a sus deseos y Sofia y ella daban vueltas y revueltas mientras miraban con anhelo a los capitanes del Ejército que habían vuelto del frente con sus uniformes, y a los chicos del barrio, que en el lapso de cuatro años se habían convertido en hombres. Ahí estaba Misha Surokin con una cicatriz en forma de media luna cubriéndole el lado derecho de la cara. Y Yevgeny Gelman, el sinvergüenza del vecindario de Sofia, tan impertinente como le recordaba. Y Pavlik Sukhoi, que había adquirido un tic durante la guerra y guiñaba dos veces por cada frase. Eran los mismos y, aun así, no lo eran.

Así, cuando el vals comenzó aquel sábado por la noche, Sofia y Rusya bailaron imitando los movimientos que recordaban de las películas que habían visto antes de la guerra lo mejor que podían, imaginándose en un fastuoso castillo de Austria, turnándose para hacer los pasos del hombre, Sofia aparentando indiferencia hacia los hombres que las miraban lascivamente desde el perímetro de la pista de baile mientras Rusya los alentaba con sonrisas coquetas.

Pero en quien se fijaban los hombres era en Sofia, con su piel impoluta y sus dos coletas tiesas. Rusya había nacido con el arrojo de una granjera, pero también con la

misma cara. Durante la pausa para beber ponche de zarzamora (no se servía alcohol, por lo que los hombres tenían que esconderlo en petacas o botellas de soda y salir fuera a echar un trago por respeto a las mujeres), mientras Rusya se distraía con un teniente con las piernas torcidas, uno de los capitanes se aproximó a Sofia.

La norma es bien conocida: los valientes se quedan con la chica, y la valentía no tiene nada que ver con la apariencia, sino con el valor de acercarse. El capitán Tereshkin era más bien feo. La barbilla se le fundía subrepticamente con el cuello y apenas si le despuntaban unos pelillos en las quijadas. A pesar del bochorno que hacía ese mes de julio, que hasta los evacuados más famélicos lucían un bronceado saludable, Tereshkin era pálido como la nieve. Quién sabe lo que le entró a Sofia en ese instante; uno alimenta sus defensas y, en un momento crucial, no responden. Quizá quería sentir los brazos de un hombre a su alrededor; quizá Tereshkin le daba lástima, porque probablemente no tenía madre, ni hermana, ni hijos; quizá simplemente se había cansado de decir que no. El caso es que, sin saber muy bien cómo, estaba bailando la siguiente melodía con él, una pieza de jazz de la orquesta Rosner de Moscú, mientras Rusya se comía con los ojos a su teniente, que poco interés mostraba por Rusya. Eso lo veía hasta Sofia, a pesar de estar ocupada bailando con Tereshkin.

Cuando sonó la sirena del toque de queda —eran las diez de la noche, las cosas aún estaban turbias—, el capitán Tereshkin le preguntó a Sofia si podía acompañarla a casa. Estaba oscuro, apenas si había farolas. Es posible que no quisiera más que eso, es posible que fuera un caballero, y Galina estaría en casa por si intentaba entrar por la fuerza. No obstante, el camino era largo y Sofia no quería arriesgarse. Había bailado con él, sí, pero ¿porque una mujer bailara con un hombre significaba que tenía que agradecerse con su cuerpo? En cualquier caso, no quería insultar al capitán, porque había bailado con él durante toda la noche, porque quizá él no fuera con segundas, porque ella estuviera un poquito asustada. Entonces fue cuando tuvo la ocurrencia. Le desagradaba tanto como la idea de que el paliducho capitán Tereshkin la escoltara a casa y se disculpó con remilgos, sonriéndole tontamente a Tereshkin mientras buscaba alguna excusa. Pero no se le ocurría ninguna: su astucia tendía a abandonarla por esa época, como si hubiera usado la provisión que tenía para toda la vida para sobrevivir durante la guerra. Qué poca cantidad le había tocado, pensaba. Su astucia solo había bastado para salvarlas a ella y a su hermana. Todos estos pensamientos se le pasaron por la mente, entre cómicos y estúpidos. Oh, capitán, pensaba, si supieras con quién te las estás viendo: una huérfana que poseía un único vestido compartido con su hermana, porque el resto de la ropa que les había donado la Cruz Roja había sido robada y empeñada por el colaborador bielorruso que continuaba ocupando la mitad de su casa. Ese día lo llevaba puesto, era más bien un sarafán que un vestido, la clase de prenda que su madre se ponía para limpiar la casa antes de la guerra.

Al final, Sofia se excusó para ir al baño, lo que equivalía a salir a los matojos de

fuera, pero salir a los matorrales de fuera equivalía a pasar junto a Zhenya Gelman, que estaba en un círculo con sus amigos riéndose y bebiendo de una botella sin etiqueta, pues ya era demasiado tarde como para molestarse en alejarse.

Zhenya Gelman era bien conocido en el vecindario. Por lo que se le conocía ya es otra historia. «Un chiquillo de jardín ajeno», le decía la gente antes de la guerra. Un sinvergüenza, por no decir criminal. Tenía cualquier cosa que necesitaras, ya fueran remolachas del huerto del viejo Ferbershteyn o un juego de cucharillas de plata sacadas de Dios sabe dónde, y mejor no preguntarse cómo las había conseguido.

Sofia se alegró al ver que Zhenya había sobrevivido, se había alegrado por él como se alegraría por un hermano, pero antes de la guerra no había querido saber nada de chicos como él y ahora menos todavía. Los chicos como él acababan en la cárcel antes de cumplir los veinte años. Incluso al acercarse a él aquella noche seguía sin estar segura de lo que hacía, pero no se le ocurría nada mejor. Su cabeza era como un reloj detenido. Hasta le sorprendía que se le hubiera ocurrido esa solución, por mala que fuera. Además, Zhenya tenía novia. Tenía diez novias. Quizá no quisiera nada de ella a cambio.

Se quedó parada tras él casi un minuto hasta que sus amigos advirtieron su presencia y mudaron la expresión. Él se dio la vuelta.

—Sofia Dreitser —anunció él, con una sonrisa tosca.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó ella.

Tras él, los chicos soltaron un par de risotadas, pero Zhenya se giró a medias y las risas cesaron de inmediato. Sofia y él se apartaron. Zhenya le puso una mano en el hombro y se inclinó hacia ella con solemnidad, pero ella le lanzó una mirada tan furibunda que él le quitó la mano de encima al instante.

—Ahí adentro hay un capitán —comenzó ella.

—Tereshkin —especificó él.

Ella lo miró sorprendida.

—¡Tiene los ojos de un oficial de reconocimiento! —exclamó Zhenya con su chulería habitual.

Menudo comentario, considerando que Zhenya había sido evacuado al este, que luego había conseguido falsear la edad en su carné de identidad hasta que la guerra estaba en las últimas y después, cuando por fin había sido llamado a filas, se las había arreglado para que lo destinaran, sabe Dios con qué artimañas, a un barco en territorio liberado para trabajar como operador de radio. Zhenya Gelman sabía tanto de manejar radios como ella pero, cuando el mundo a su alrededor tocaba a su fin, encontrar lugares seguros se le daba mejor que a nadie.

—Déjame adivinar —dijo él—. El capitán quiere acompañarte a casa.

Ella se ruborizó y apartó la vista.

—¿Sabes? Pareces una polluela que acabara de salir del cascarón con ese sarafán que llevas.

—Muchas gracias, Zhenya —repuso ella, enfadada.

—Así que has venido en busca de Zhenya el matón para que te ayude a salir del embrollo en el que te has metido tú solita —observó él—. Cuando las cosas marchan bien no me diriges la palabra, pero cuando vienen los problemas...

Cuando el muy idiota se dio cuenta de lo que estaba diciendo, ya era tarde. Pobre Sofia, con toda la familia muerta, sin saber siquiera dónde estaban enterrados. Cuando llegó el momento de liquidar el orfanato de Minsk, los nazis arrojaron a los niños a un hoyo gigante y cubrieron de arena sus cuerpecitos. Mientras les tendían los brazos para pedir auxilio, los alemanes les tiraban caramelos. Así se las gastaban los nazis con los niños. Por eso esperaba que sus padres y su abuelo hubieran muerto de un disparo. No sabían cómo habían perecido, se pasaba las noches en vela pensando en ello, pero si había alguna información al respecto, estaría en algún despacho del Ejército o de la KGB, y ella esperaba no entrar nunca en un lugar así.

—Lo siento —se disculpó él—. Ven conmigo.

—Zhenya —aclaró ella—, te estoy agradecida por la ayuda. Pero no puedo devolverte el favor. Comprendes a lo que me refiero.

—Ya me has insultado una vez —le reprochó él—. No me insultes una segunda.

Cuando el capitán Tereshkin notó que un brazo le rodeaba la cintura, se le encendió el rostro al creer que sería Sofia. La sonrisa se convirtió en un gesto de sorpresa cuando comprobó que el brazo pertenecía a Zhenya Gelman, «un chiquillo de jardín ajeno», alguien conocido en todo el vecindario y también conocido por él, que había crecido unas manzanas más allá.

—¡Capitán! —gritó Zhenya. Cogió a Tereshkin de la mano—. Tengo que invitarlo a un trago.

—¿Po-por qué? —masculló Tereshkin.

—Porque le ha hecho compañía a mi dama durante toda la noche. Ha sido un gesto muy caballeroso: nunca dejes a una dama sola. Así que se lo debo. ¿Qué bebe? Sabe que estoy especializado en coñac armenio.

Tereshkin se puso del color de la remolacha. Le sacaba media docena de años a Gelman y ambos tenían una complexión similar, pero Gelman había boxeado antes de la guerra y uno evitaba a toda costa vérselas con Zhenya Gelman.

—Zhenya, lo siento —claudicó—. No tenía ni idea. De verdad. Tienes que creerme.

—¡Eso es lo que estoy diciendo precisamente! —exclamó Zhenya—. Es usted un buen hombre y me gustaría agradecerse.

Zhenya prácticamente lo obligó a beberse el coñac. Luego chuparon la misma rodaja de limón, aunque Zhenya le cedió galantemente el primer lugar a Tereshkin. Luego brindaron por la madre patria y por las mujeres que les rodeaban. No se hacían mujeres como las rusas. Si las mujeres rusas estaban hechas de leche fresca, las mujeres del resto del mundo eran de agua. No importaba si eran judías o no (Zhenya no pudo resistirse a obligar al capitán a secundarle en este punto). Las mujeres rusas eran como el chocolate, como el terreno fértil bajo sus pies. Eran la mantequilla ideal

para su pan; las amapolas que se mecían en el viento. ¡Por las mujeres rusas!

—Creo que debería acompañar a mi novia a casa, ¿no te parece? —le propuso Zhenya a Sofia después de que Tereshkin se liberara del efusivo abrazo de Zhenya y se esfumara pretextando el toque de queda. Zhenya le guiñó el ojo. Se las había ingeniado para conseguir un diente de oro, que estaban muy de moda.

—No sé si a tu auténtica novia le parecerá bien —objetó Sofia.

—¿Y esa quién es? —preguntó él.

—Oh, habrás perdido la cuenta —comentó ella—. Ida. O como se llame.

—¿Ida? —preguntó él, arqueando las cejas—. Me he deshecho de Ida como de un saco de patatas. Le pregunté si quería venir hoy. Y va y me dice: «Me duelen las muelas». ¿Qué te parece? Salí disparado, como un cometa. Me salían chispas de los pies de lo rápido que iba. Se podía encender un cigarrillo con el talón de mi bota. ¡Que le dolían las muelas!

—Ida —dijo Sofia, altanera—. Ida, que tiene un padre que distribuye cerveza y vodka por toda la ciudad. Ida la millonaria. Y tú vas y la plantas.

—Yo voy y la planto —corroboró él con orgullo.

—Bueno, hasta yo estoy impresionada —concedió ella.

—Entonces, ¿qué me dices? —preguntó él—. Es insultante tener que aclararlo, pero no tengo ninguna segunda intención. Solo quiero asegurarme de que llegas bien a casa. Antes de la guerra vivíamos a catorce casas de distancia. Prácticamente somos familia.

—¿Cómo es posible que sepas cuántas casas nos separaban?

—Porque las conté —repuso él.

Sofia estaba en lo cierto, pero solo en parte. Zhenya terminó en la cárcel, pero no antes de cumplir los veinte: ya tenía veintiuno. Varios años después de aquel baile, cuando volvían de otro club con algunos amigos, oyeron que les gritaban desde el otro lado de la calle: «¡Mira a esos perros judíos! ¡Habría estado bien que demostrarais la misma energía en el frente, judíos asquerosos!». Ella le advirtió muy seria: «Zhenya, no». Pero él ya estaba cruzando la calle. No fue porque estuviera borracho, de haber estado sobrio habría hecho exactamente lo mismo, lo mismo que haría durante el resto de su vida; puede que nunca supiera si su marido acabaría el día durmiendo a su lado o en una celda, pero siempre supo que lo haría con el orgullo intacto. Zhenya portaba una navaja para este tipo de ocasiones. Le hizo unos feos cortes al tipo. Como el padre de Zhenya sobornó al juez, solo le cayó un año de condena en lugar de tres. Por esa misma época estaban comenzando a construir un estadio de fútbol y así fue como saldó su deuda con la sociedad. A pesar de que Zhenya nunca se lo comentó a su nieto Slava, sus manos habían vertido el cemento donde se asentaban las localidades que ocupaban todas las semanas, gritándoles a Gotsman y Aleinikov.

Sofia Dreitser esperó fielmente a que pusieran a Zhenya Gelman en libertad. Sus peores miedos sobre él se habían hecho realidad, pero cuando Sofia Dreitser se



volcaba en algo, no daba marcha atrás. Zhenya Gelman supo cómo encontrar un lugar seguro cuando el mundo a su alrededor tocaba a su fin. Y seguía conservando a su familia, exceptuando a su hermano mayor, al que habían matado en la guerra, una familia grande, ruidosa y beligerante que la recibió de la misma manera que una ola arrastra a un cuerpo. Ella quería todas aquellas cosas y la mayoría de los días eso equivalía a quererlo a él.

Así que se tragó el orgullo y no solo esperó, paciente y fiel, a que regresara de la cárcel, sino que también le dio la bienvenida a casa con su comida favorita, chuletas de cordero y puré de patatas «estilo nube», como él lo llamaba, por ser ligero como las nubes sin necesidad de mantequilla. Ella aguantó a su lado hasta que se convirtió en Sofia Gelman; hasta que engendraron a Tanya Gelman; hasta que Tanya conoció a Edik Shtuts, un hombre completamente diferente de su propio marido; hasta que Tanya y Edik engendraron a Vyacheslav Gelman, aunque ella, Sofia, prefería el diminutivo Slava; hasta que abandonaron ese lugar que estaba manchado con la sangre de su familia por un lugar que no significaba nada para ella excepto las posibilidades que le ofrecía a su nieto, al cual había consagrado su vida desde el mismo momento que se aproximó en 1945 a Zhenya Gelman en el club de baile Spartak para decirle necesito tu ayuda.

Cuando Slava abandonó Brooklyn se llevó consigo un cuadernito que pretendía rellenar con detalles sobre la vida de su abuela. Aquella sería su manera de sentirse próximo a ella. El problema residía en que no sabía casi nada sobre la vida de la abuela. Incluso cuando estaba bien de salud, ella tenía la misma opinión de su historia personal que uno tendría de un trágico error. Hay personas que no pueden dejar de reconcomerse con sus trágicos errores —Slava pertenecía a esa categoría de personas; su mente se revolvía inquieta repasando una y otra vez la desconcertante lista de fallos que había cometido en *Century*—, pero había otras personas que preferían vivir como si sus trágicos errores nunca hubieran sucedido. La abuela de Slava pertenecía a esa categoría de personas. Quería saber si Slava había terminado los deberes, si tenía novia, si comía lo suficiente (podía prepararle una trucha hervida que duraría toda una semana). La vida de Slava parecía insignificante comparada con la de su abuela, y él se sentía avergonzado entreteniéndola con lo que le había dicho una chica en el instituto, pero la abuela escuchaba sus palabras arrobada, tanto que repetía sus palabras en silencio mientras él las pronunciaba.

Con el resto de la gente, la abuela era estirada, implacable, impermeable. Incluso de joven, el abuelo solía quejarse de dolores en el pecho, de dolores en las piernas, de dolores en la cabeza. Esto irritaba sobremanera a la abuela de Slava. Fulminaba a su marido con la mirada, como si fuera un niño, avergonzada e irritada.

Cuando estaba en el instituto, Slava se aprovechó de la conexión que su abuela y él tenían para urdir una estratagema. Fingió que le habían pedido en clase de Historia

que preparase una redacción para un mural sobre las biografías de los familiares de los alumnos. No le habían encargado nada por el estilo —el profesor de Slava, el señor Jury, era un borrachín de nariz colorada que se echaba la siesta en su silla mientras ellos se pasaban la clase haciendo deberes—, pero la abuela no se arriesgaría a que Slava sacara una mala nota.

—¿Qué puedo contarte, pepinito? —se ofreció ella.

—Cuéntame por qué me llamas así —le pidió él.

—¿Pepinito? —se extrañó ella. Sonrió con timidez; no lo sabía; nunca había pensado en ello.

—Háblame de la guerra —sugirió él cautelosamente.

Ella volvió a sonreír y comenzó:

—Bueno...

La frase terminó ahí. La lengua se movía pero no producía palabras. Él quería decirle cuéntamelo porque me gustaría contárselo a mis nietos algún día. Cuéntamelo porque te sucedió a ti, y por tanto debería saberlo. Cuéntamelo porque así estaré más unido a ti, y quiero estar unido a ti. Pero tenía quince años y no sabía cómo expresar este tipo de pensamientos. Solo sabía que quería saber más. Era consciente de que ella le contaría cualquier cosa si él la alentaba a hablar de lo innumerable. Y, aunque comprendía lo importante que era para él saberlo —a pesar de que el resto de la familia había accedido a no molestar a la abuela con el tema—, le faltaba el valor para obligarla. De modo que le dijo:

—Olvídate de la guerra. Cuéntame cómo os enamorasteis el abuelo y tú.

Escribió la historia del club de baile Spartak en su cuadernito varios días después de decidir no regresar a Brooklyn. Su familia todavía tenía que entender lo que estaba sucediendo, aunque su madre ya había empezado a dejarle mensajes en el contestador automático: primero imperativos, luego suplicantes, luego fingiendo mala salud, luego fingiendo buenas noticias, luego aduciendo que necesitaba un consejo, luego desistiendo airadamente. Pero la abuela sí que entendía el motivo de su desaparición, se consolaba él. A pesar de que nunca lo llamó, a su manera lo comprendía, aunque solo fuera porque creía firmemente que todos los actos de su nieto eran sinceros e intachables.

Sin embargo, la historia de cómo la abuela y el abuelo se enamoraron era la única historia que Slava tenía. Aunque se esforzaba en repasar una y otra vez su escueta colección de detalles, con tan poca cosa sobraba tanto espacio en su cuaderno de bolsillo como en la cama de un viudo. Una vez se le ocurrió que podía haber ampliado el contenido de su parca historia si se inventaba o se imaginaba algún pormenor: cómo era la casa donde vivía la abuela, la manera de incidir la luz de las escasas farolas sobre las cabezas del abuelo y ella durante el camino de regreso. ¿Acaso no se había inventado un pretexto para obligarla a que le contara la historia? Pero ahora que ella ya no estaba le parecía una sinvergonzonería. Las páginas de su cuaderno encerraban la verdad, y maquillarla con ocurrencias habría sido faltar a ella.

No iba a mentir como lo hacía el abuelo, como todos habían tenido que mentir. Su madre se había graduado con las mejores calificaciones en la Universidad Estatal de Bielorrusia, pero los honores habían recaído sobre el eslavo que había obtenido el segundo puesto porque era impensable que una judía fuera la número uno. La Estatal solo admitía a dos judíos por cada mil estudiantes, ¿cómo iba a ser la mejor una de ellos? Cuando la invitaron a decir unas palabras durante la ceremonia, con la medalla de plata al cuello, la madre de Slava sonrió frente al micrófono y declaró: «Quiero darle las gracias al comité...».

Slava conocía demasiadas historias parecidas. Estas circulaban libremente durante la cena. Por cada historia que su abuela se negaba a contar, el abuelo de Slava relataba tres. Podía tirarse hablando hasta la mañana siguiente. El tipo de conversaciones mantenidas a la hora de la cena cuando todos vivían juntos —listas de la compra, citas médicas, los progresos de Slava— aburrían al abuelo sobremanera, que ignoraba la cháchara y se ponía a ver la televisión por el rabillo del ojo. No obstante, si la conversación derivaba hacia algún tema relacionado con la vida soviética, les dedicaba toda su atención y se embarcaba en descripciones interminables. Estas historias no tenían ni principio ni fin y carecían de un contexto que les proporcionara a los oyentes un recordatorio de quién era quién o cómo funcionaban las cosas. Pese a que intentaba concentrarse lo mejor que podía, Slava perdía el hilo inevitablemente y se sentía fracasado por dejar que ese material se le escapase de entre los dedos como polvo de oro arrastrado por un torrente. Pero su ineptitud a la hora de asimilar los detalles le daba libertad para observar cómo el abuelo contaba las historias, eso sí que era un verdadero torrente. *On zakhlebyvalsya*. De tantas cosas que quería decir, se atragantaba.

## Capítulo 4

Lunes, 17 de julio de 2006

—Todo el mundo está sobre ascuas —comentó Arianna Bock, la ocupante del cubículo vecino al de Slava. Sus iris asomaron por encima de la mampara de fibra de vidrio que los separaba.

—Es un día importante —contestó Slava, tratando de parecer relajado.

—¿Un día importante para Slava Gelman? —bromeó ella, mecanografiando sobre un teclado imaginario.

—¿Has visto mi artículo? —preguntó él—. Está en la base de datos.

Ella asintió, con un leve gesto de disconformidad. Él la estudió: piel pálida, un trazo rojo en los labios, una mata de pelo color antracita. Tenía una marca de nacimiento en el párpado derecho que abarcaba las dos mitades. Cada vez que parpadeaba se rompía para volver a recomponerse.

—¿Qué pasa? —se alarmó él.

—Nada, es genial —aseguró ella.

La decepción le hizo mella, pero Slava no se solazó en ella.

—Es la hora de tu paseo —farfulló con sequedad.

Cada mañana a las once en punto, Arianna se desvanecía para tomar su reconstituyente, como lo llamaba él. Por ella como si estaban asediando el castillo: todo podía esperar hasta que regresara. Su inconsciencia le causaba a Slava admiración y resentimiento a partes iguales.

Ella sonrió y le perdonó la aspereza.

—Y ¿dónde vas a ir hoy? —preguntó.

—Eso no lo sabes hasta que sales a la calle —señaló ella—. De eso se trata. Deberías acompañarme.

La mera idea de vagar por ahí sin un propósito laboral le causaba ansiedad. A diferencia de Arianna, él tenía cosas que hacer. Slava le debía varias bromas a «El Bocinazo». Después de su ascensión al puesto de editor jefe dos años atrás, Beau Reasons había decidido que la revista necesitaba humor, y por eso le habían encargado a Slava que peinase los periódicos regionales en busca de gazapos, pifias y dobles sentidos, a los que *Century* agregaba un comentario irónico (la réplica, según la jerga de la revista). Si Slava encontraba en el *Provincetown Banner*: «El perro Claude Monet, cuya desaparición la semana pasada ha seguido de cerca este periódico, fue hallado ayer junto a la orilla del río Pamet».

*Century* añadiría: «Creería que allí la luz era más apropiada». Si Slava conseguía pulirse la pila de *Union-Tribunes* y *Plain Dealers* de su escritorio antes de la hora de salida, la emprendía con sus propios artículos a medio escribir. No había tiempo de ir... ¿adónde? Estaban en Midtown, un frío bosque de rascacielos, camisas a rayas,

faldas lápiz, zapatos planos, pasadores, bolsas de bocadillo del mismo papel que Slava empleaba para forrar sus primeros libros de texto americanos, cuerpos esquivándose continuamente, instrucciones aulladas por el móvil... No, a Slava no se le había perdido nada en el mundo exterior. Su vida estaba pautada y herméticamente sellada: en un extremo, la oficina donde se pasaba las horas del día, en el otro el apartamento donde dormía, entre ambos el largo trecho de metro de la línea 6. Nada de paseos.

Estudió la clavícula de Arianna, oh traicionero tirachinas. Ella sabía cómo sacarle partido: en verano podías contar con los dedos de una mano el número de veces que no llevaba tirantes. Tampoco es que Slava las contara. A diferencia de Slava, que se quedaba en la oficina para trabajar en sus cosas, Arianna se marchaba a casa a las seis en punto. «Necesito vagar», declaraba, como si se hubiera deslomado segando un sembrado. Arianna, que era verificadora de datos, tenía el mismo entusiasmo que el boli rojo con el que se recogía el moño. Si ese era su rollo, él no tenía tiempo para ella. Además, Slava se mantenía alejado de situaciones que pudieran dar lugar a algo más. Tenía muy poco tiempo libre y este era sagrado.

No obstante, ocasionalmente su curiosidad vencía su voluntad leonina y Slava se quedaba escuchando los ruidos que hacía ella al otro lado de la mampara. Dientes blancos y bien definidos destripando el extremo de un lápiz anticuado. El sonido hueco de una pulsera al golpear el plexiglás del escritorio. El crujido de una espalda estirándose en ambas direcciones, seguida de los nudillos. Los progresos conejiles de unos dientes royendo los bordes de una pipa de calabaza. Los chasquidos metálicos de unas botas con algún tipo de espuela. Risas desorbitadas, como si no hubiera nadie más en la habitación.

A veces, cuando ella no estaba sentada en el escritorio, Slava echaba un vistazo por encima de la mampara. Arianna se alimentaba casi exclusivamente de ensaladas, salvo un par ocasional de huevos duros con mayonesa. Los envases de plástico se quedaban en el escritorio, abiertos y a medio terminar, hasta el final de la jornada, cuando él oía cómo las consumiciones del día rebotaban en las paredes de la papelera: vaso de café, envoltorio de ensalada, cáscaras de huevo. En ocasiones, o bien estos artículos no llegaban a destino y aterrizaban en el suelo, o bien ella los dejaba tirados en el escritorio. Arianna tenía la actitud típica de los americanos hacia el servicio: para eso les pagaban. *Souvenirs* de la ensalada del día decoraban su mesa: un triángulo de lechuga, una aceituna verdosa, una anchoa entera. Después de que se marchara, Slava le ordenaba la mesa.

Había sido gracias a Arianna que a Slava le habían encargado cubrir la última hazaña llevada a cabo por un explorador urbano. Beau había aparecido ante el redil de los miembros más jóvenes de la plantilla —verdaderamente era un redil, los dieciséis júniores se sentaban tras una barandilla como los rinocerontes del zoo—, y les había propuesto escribir un artículo en *Century* —¡una invitación para contribuir en *Century*!— como quien estuviera haciendo el recuento de anuncios para el

siguiente número.

Mientras todo el mundo se dedicaba a flipar —todos menos Peter Devicki, naturalmente; Peter, el único júnior que había publicado algo en la revista, había levantado la mano antes de saber siquiera lo que Beau quería—, Arianna clavó la vista en la sien de Slava. Él la miró. Los ojos de ella eran dos faros. De haber podido, habría levantado la mano por él.

—Oye —le estaba diciendo ella, con los brazos por encima de la mampara. Cinco pulseritas de cobre tamborilearon sobre la fibra de vidrio. Arianna lucía las uñas masculinamente cortas y femeninamente rojas—. Te parecerá una horterada, pero a veces lo hortera es lo correcto. Imagínate que esta tarde triunfas. Haz algo para celebrarlo como si ya lo supieras.

—¿Como qué? —resopló él—. ¿Quieres que celebre mi victoria con champán en el despacho de Beau?

—No te burles —protestó ella—. Te he dicho que tenía que ser una cursilada. Te diré lo que vas a hacer: vas a coger el teléfono, vas a llamar a tus padres y les vas a decir que compren el número de la próxima semana. Porque aparecerá un artículo tuyo publicado en él.

—Da mala suerte celebrar antes de tiempo —objetó él.

—La idea es hacerlo a destiempo.

—Se creen que llevo tres años escribiendo en esta revista —reconoció él—. Eso es lo que les conté cuando me contrataron para que no se sintieran mal.

—¿Preferirían que te dedicases a otra cosa?

Slava se encogió ostensiblemente de hombros.

—Vale —suspiró ella—. Me tengo que ir.

A Slava le desilusionó que se rindiera tan rápido.

—¿Cómo sabías que quería hacerlo? —le preguntó atropelladamente—. ¿Por qué me miraste de esa manera cuando llegó Beau?

—Tendría que estar sorda y ciega para no darme cuenta —contestó ella.

Él la observó alejarse. A pesar de que la espiaba continuamente, no se le había ocurrido que ella también pudiera hacerlo. No es que Arianna Bock estuviera pendiente de todo. Esto Slava lo sabía como si fuera su marido; en el último año y medio había pasado mucho tiempo a menos de treinta centímetros de su presencia jeroglífica, más del que había compartido con ninguna otra persona, vaya estadística melancólica. Ella paseaba resueltamente por el redil de los júniores sin reparar en el silencio sepulcral, se le olvidaba lo que le decían y descartaba eficientemente las cosas que no veía claras. En la reunión de equipo del viernes por la tarde le contestaba al señor Grayson, su voluminoso jefe, como si ambos fueran editores veteranos en lugar de alguien cuyo empleo dependía de la buena voluntad de su interlocutor. Una vez él le preguntó si estaba interesada en verificar los datos de un artículo y ella contestó: «¿Va en serio?». Todos se echaron a reír, el señor Grayson incluido.

Slava echó un vistazo al teléfono de su mesa. Todavía estaban todos allí, en casa del abuelo. Solo Slava se había marchado. Los hechos del día anterior, de los que Arianna le había distraído momentáneamente, volvieron a invadirle la cabeza. Había que reconocerlo: ella llenaba todo su espacio mental.

La idea se le había ocurrido a Beau. Él había sustituido a Martin Graves, el patriarca, que había fallecido después de cuarenta y seis años al timón de la revista (en pos de la leyenda, el señor Graves no dejó este mundo en brazos de una enfermera, sino ocupando el sillón de su despacho, mientras criticaba con voz débil un haz de copias de la revista). La última etapa del señor Graves había estado marcada por ciertos intereses peculiares. Por ejemplo, publicaron un extraño reportaje cuyo autor era un caníbal de Papúa (dictado en dani, el idioma caníbal), transcrito por un lingüista canadiense, y uno aún más extraño firmado por Frank Moy, el reportero de guerra, sobre culebrones. Aunque nadie se atrevió a tocarle un pelo a Martin Graves hasta que lo jubilaron los ángeles.

En cualquier caso: el periodista al que se lo habían encargado les había fallado; ya se habían gastado el dinero. ¿Y si Beau enviaba un júnior a cubrir la noticia? Esos pobres desgraciados, enajenados por sueños de grandeza, creían que podían escribir mil veces mejor que los sobrevalorados colaboradores de postín. Por si fuera poco, lo harían gratis. *Century* les pagaba a los colaboradores tres dólares por palabra: haz la cuenta. Beau enviaría a dos júniores por si acaso: una tarifa de dos por cero seguía dando cero, y la rivalidad engendraba innovación. A veces hacía lo mismo con periodistas más experimentados, gesto que era recibido con gran consternación, pues ninguna editorial les propondría publicar un libro si en el pie de autor de sus artículos aparecía simplemente la palabra «Redacción». Los redactores tratarían el asunto clínicamente: la reunión de redactores del lunes por la tarde estaría abierta a toda la plantilla y se sometería a votación si se publicaba el artículo de Peter o el de Slava.

Berta cogió el teléfono. En ese momento de flaqueza, el abuelo no debía preocuparse de atender el teléfono.

—Le diré que se ponga —informó ella.

—Sí —contestó el abuelo un minuto más tarde, como quien respondiera a una pregunta que le hubieran formulado. Su voz sonaba como un rastrillo sobre gravilla.

—Compra una copia de la revista la semana que viene —le pidió Slava, sintiéndose estúpido.

—¿Qué? —se extrañó el abuelo—. ¿Cuándo?

—Perdona... ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué? —volvió a repetir.

—Venga. Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Quién es?

—Compra la revista, ¿vale? —repitió Slava.

—¿Por qué?

—Publicarán un artículo que he escrito.

—¿Y dónde crees que voy a encontrarla? ¿Cómo se llama?

—Se llama *Century*, ya lo sabes.

—*Sintrri* —dijo él—. Espera, déjame que lo escriba.

—No, *Century*. No te estás esforzando.

—Tengo ochenta años y mi mujer murió ayer. ¿Eres capaz de entender eso o has seguido con tu vida como si nada? ¿Ese, como una ese rusa?

—No. Sí. Ce, como una ese rusa.

—¿Y luego?

—E es igual en los dos idiomas. Después viene una e al revés, la ene. Luego la te... es igual en los dos. Luego una herradura.

—¿Qué herradura?

—Dibuja una herradura y ya.

—¿Bocarrriba o bocabajo?

—No, bocarrriba.

—Antes tenía caballos. Uno se llamaba Escarabajo y el otro se llamaba Chico.

—Luego viene una erre. Una erre inglesa. Como nuestra ya pero del revés.

—Ya del revés... —repitió el abuelo, abatido—. Necesito a Berta.

—Ella habla menos inglés que tú —repuso Slava—. Vamos, puedes hacerlo. Ya del revés. Y luego (esta es la última), una i griega. Es igual en los dos idiomas.

Al otro lado de la línea, el abuelo estudió el papel.

—*Sintrri* —leyó.

Durante los años anteriores, Slava había intentado proponerles a sus jefes de *Century* artículos como los que solía ver en la revista todas las semanas. Rezó y compartió el pan con cinco jóvenes evangélicos de Ohio que habían acudido a Nueva York a poner a prueba su fe en el lugar más depravado que se les había ocurrido. Saltó de un trampolín con un doctor en semiótica que se había fugado con el Circo Big Apple y que estaba escribiendo una semiótica de la cuerda floja. Un sábado, Slava sustrajo noventa y un dólares de su exigua cuenta bancaria y cogió un autobús Peter Pan para llegar al pueblo de Massachusetts donde la cuarta sinagoga construida en América iba a convertirse en la primera sucursal de la cadena de papelerías Staples en el pueblo. Un panadero local, que había continuado vendiendo productos *kosher* a pesar de que quedaban pocos judíos para apreciarlos —hacía bien en persistir; pronto los gentiles comprarían más productos *kosher* que los propios judíos, otro artículo que Slava intentaría venderle a *Century*—, se había plantado en la gran inauguración para protestar («¿Quieres destruir nuestro patrimonio?», decía su pancarta escrita con rotulador vacilante. «¡Ven a Staples! Te lo ponemos fácil™»). El panadero le proporcionó otra exclusiva a Slava: le reveló que estaba por celebrarse una subasta clandestina internacional donde un industrial belga con inclinaciones neonazis y un judío ortodoxo británico (primo del panadero en tercer grado) se disputarían el mapa



personal de Europa de Hitler (el primo lo quería para destruirlo).

Ninguno de sus intentos había dado frutos, Slava no entendía el motivo. ¿Habrían recibido sus artículos? Slava hizo indagaciones en el departamento de informática, pero al parecer su cuenta de correo funcionaba bien. Al señor Grayson le costaba trabajo leer los encargos nuevos e insustanciales. Archibald Dyson (redactor jefe) probablemente nunca llegó a leer los correos de Slava. Slava podía escribirle un correo a Arch informándole de que se había tirado a su mujer en la puerta de una licorería el martes por la tarde y Arch nunca se enteraría. Arch consideraba que él era *spam*.

Una tarde en la que Slava se sentía especialmente desesperanzado una imagen del abuelo se le representó en la pantalla del ordenador: «Le he sacado los ojos a un hombre por llamarme “perro judío”. He sobornado a todos los *goyim*<sup>[3]</sup> que han hecho falta para que tu madre entrara en la Universidad Estatal. Nos fuimos de Rusia con lo puesto y poco más y ahora tus padres poseen un Nissan Altima y un Ford Taurus. Así que levanta el culo de tu silla ergonómica y húnделе las narices al tal Dyson en esos artículos que escribes. Un consejo: pellizcarle con dos dedos en la base del cuello ayuda. Conocemos a la gente de su calaña, señor Archibald, en peores situaciones nos hemos visto, ¿por qué demonios no lee esto?».

Slava le hizo caso, aunque se saltó el pellizco en el cuello y le costó una diarrea nerviosa, pero no obtuvo el resultado deseado por el genio del abuelo.

Slava se esforzó más. Un fin de semana decidió transformar su cuarto en una sala de operaciones y compró una pizarra blanca. En el lado izquierdo copió el índice del anterior número. A la derecha de cada entrada asignó una categoría a cada artículo:

- Perfil de un personaje excéntrico.
- Entrevista a algún famoso.
- Artículo sobre una proeza.
- Reportaje internacional.
- Tema social destacado.
- Recuerdo de infancia autobiográfico y trivial.

Con la gente famosa y los reportajes internacionales lo tenía difícil: no conocía a ningún famoso y no podía permitirse el gasto que suponía cubrir la guerra más cercana. Pero el resto sí: si ellos tenían un personaje excéntrico, él tenía un personaje excéntrico (el panadero). Si ellos tenían una proeza, él tenía una proeza (los evangélicos). En cuanto al tema social, si bien la evacuación judía de Rhode Island no era un problema tan acuciante como la proliferación de madres menores de edad, el artículo pertenecía al mismo espectro, eso era innegable. ¿Necesitaba Slava escribir un artículo biográfico sobre sus tiempos en la liga infantil de béisbol o de cómo su madre le enseñó a hacer pasteles? Slava maldecía a su madre por no haberle enseñado nunca, y al clan Gelman al completo por tenerle ocupado traduciendo propaganda de

tarjetas de crédito hasta que fue demasiado mayor para apuntarse a la liga infantil.

No, el problema no estaba en los temas. La clave tenía que estar en el estilo. Slava regresó al número anterior y releyó cada artículo. Luego fue a una papelería donde guardaba los números viejos y releyó los seis últimos, esta vez latitudinalmente: el artículo que abría los seis números; el siguiente de los seis; el último. Experimentó el mismo estremecimiento místico que los egiptólogos que descubrieron el plato del almuerzo de Nefertiti: había conseguido descodificar el patrón. Como la pizarra estaba llena, Slava comenzó a pegar notitas en la nevera, mientras el electrodoméstico recibía con eructos la primera condecoración desde su estreno.

Artículo A. Obertura: el escenario. Frase uno: fecha específica. «El 27 de enero de 2005, Avery Coulter se asomó al exterior de su casa con el propósito de limpiar el camino tras la fuerte nevada que había tapizado Rochester, Nueva York, la noche anterior».

Obviamente, la prosa debía ser elegante —difícilmente uno podía quitar la nieve a paletadas si no salía al exterior, verdad, pero a quién le importaba si el resultado era una frase tan sinuosa—, y el tono templado y reservado, que nunca se pasaba de subjetivo, era como la caricia de una madre en la mejilla. A falta de madre, bueno era un Beau Reasons.

A continuación, observamos a Avery retirar la nieve del camino a paletadas; su vecino tiene un Range Rover; el municipio recientemente retiró los detritos que atascaban los conductos del arroyo cercano (la aleatoriedad de los detalles suma puntos a la elegancia aristocrática y misteriosa del texto). Tatatachán... Avery siente un tirón en la espalda. Sabe que algo va mal. Punto y aparte.

Sección dos: el tema. «Cada año, decenas de miles de americanos sufren lesiones de espalda a causa de la nieve que retiran de sus casas, lo cual se traduce en millones de bajas laborales y decenas de millones de dólares en facturas médicas. Muchos americanos poseen sopladoras de nieve, pero la maquinaria de calidad es un lujo que no está al alcance de todo el mundo, ya que estos dispositivos cuestan de quinientos dólares en adelante. Mientras Coulter, de profesión emprendedor, guardaba cama tras su infructuosa limpieza del camino —según *Forbes*, Coulter dispone de bastante capital como para permitirse un millón de sopladoras, pero esa mañana se le había antojado hacer algo de ejercicio—, pensó: tiene que existir una manera mejor de hacerlo».

Sección 2A: la cita. «“Llevaba sin quitar la nieve con la pala desde que tenía diecisiete años”, declaró Coulter. “Supongo que lo tenía bien merecido. Me pasé una semana hecho polvo. Estuve pensando en la gente que no puede permitirse ese lujo. Y entonces fue cuando se me ocurrió: SnowGlow”».

«Coulter, que se especializa en las aplicaciones de la energía nuclear al ámbito doméstico, visualizó un inofensivo campo radioactivo capaz de fundir la nieve de tu patio [¡nótese cuán delicadamente expresa la intimidad! No cualquier patio, sino tu patio] a una velocidad de un metro cuadrado por segundo. Atavíate con un traje

protector, advierte a los vecinos, aprieta un interruptor y, *voilà*: la nieve se convierte en aguachirle».

Y allá vamos. Una sección biográfica sobre Coulter, citas de un socio actual (zalamero) y un socio anterior (pasivo-agresivo), un comentario escéptico sobre una posible injerencia de alguien de Energía, un plano general sobre el estado de la energía nuclear y, finalmente, un colofón casi autista: «Este año, el invierno ha sido especialmente duro en Rochester. Coulter se encuentra ante su casa, pulverizando la nieve recién caída con SnowGlow. Con su traje protector se asemeja a un extra salido de *Amanecer rojo*. Según sus cálculos, en lo que va de estación ha repetido la operación dieciséis veces. Últimamente pasa más tiempo que nunca en casa. Casi ha oscurecido, cuando su mujer lo avisa de que la cena está lista. “¡Un minuto!”, grita. Suena como un niño que no quisiera desprenderse de su juguete».

Era demasiado fácil. ¿Por qué había tardado tanto en hacerlo? Para celebrar su descubrimiento, Slava se sirvió un vaso de brandy de la botella que había aceptado a regañadientes del abuelo, que sentía lástima por los hogares donde no había alcohol de buena calidad. Slava brindó con la botella. El chinchín llenó la habitación y despertó al genio del abuelo nuevamente. El genio volvía a gruñir a Slava. ¿Cómo sella un aspirante astuto un éxito seguro?, le preguntó. Slava se dio una palmada en la frente.

El lunes llegó al trabajo cargado con cuatro botellas de brandy: una para Paul Shank, el redactor de «El Bocinazo»; otra para el señor Grayson (uno tenía que mantener a la retaguardia satisfecha); otra para Arch Dyson; y otra —qué demonios— para el mismísimo Beau Reasons. Tartamudeando, Slava les tendió las botellas a sus correspondientes asistentes y, aunque solo se le cayó una por culpa de los nervios, tuvo la mala fortuna de que le sucediera con la asistente de Beau y, por si fuera poco, se la tiró encima del pie. Un pequeño detalle de la bodega de su familia, con motivo de... Se quedó mirando de hito en hito a los asistentes, que esperaban una explicación con asqueada perplejidad. Slava había fallado a la hora de inventar una razón plausible que justificara los regalos; su abuelo no habría cometido semejante error de novato, pero el genio había vuelto a refugiarse en la botella y no había vuelto a hablar.

—¡Es un soborno! —exclamó Slava medio histérico, pero su giro humorístico no caló y no se atrevió a repetirlo; se consoló pensando que había soltado el bombazo ante el asistente de Paul Shank, que no era la estrella más rutilante del firmamento de la revista, aunque al fin y al cabo era el redactor de «El Bocinazo», que precisamente era una columna humorística. Quizá el asistente, en un alarde de solidaridad, no le contara nada. ¡Puede que el asistente se quedara con la botella! ¡El zar no le había fallado a su pueblo, habían sido los ministros, los intermediarios entrometidos! Slava regresó a su escritorio embargado por una mezcla de anticipación, confusión, resentimiento y vergüenza. No recibió noticias inmediatas del ala de los redactores. Eso podía ser buena señal: no la había cagado demasiado. Y lo mantenía a flote haber

desvelado el enigma gracias a su análisis textual, como una mujer que se supiera embarazada pero que lo mantuviera en secreto. Apenas unos días más tarde, *Century* le encargó a Slava (a medias con Devicki, pero encargo al fin y al cabo) un artículo. ¿Coincidencia? Saca tus propias conclusiones.

Un hormigueo recorría la sala de reuniones, cuatro veces más llena de lo habitual, impregnando el aire de un delirante ambiente ante la proximidad del fin de semana. Los cuerpos se apiñaban en las baldosas de pizarra y los paneles que cubrían los conductos del aire acondicionado, los asistentes de redacción traían sillas extra, los concurrentes se disculpaban por los pisotones y, en general, se experimentaba: 1) una alegre sensación de vértigo provocada por la insólita cercanía física, y 2) un repentino desmoronamiento de la jerarquía. Desde su esquina, Slava localizó a Arianna algunos asientos más adelante y se sintió orgulloso de ser, en parte, el causante de tanta conmoción.

A la cabecera de la mesa de reuniones, con los brazos sobre el respaldo del sillón, se sentaba Beau. La víspera de su ascenso al trono de la revista, la sección de cotilleos del *New York Post* había publicado lo más salaz que había podido sonsacar a la gente que lo había conocido en su camino hacia el éxito: «Beau tiene sesenta, aparenta cuarenta y actúa como si tuviera veinte», había declarado una mujer anónima. Eso era falso —las arrugas le circundaban los ojos y dos alas plateadas enmarcaban una mata de pelo color tofe—, pero su halo era incuestionable. Vestía una camisa Winchester color melocotón y mascaba chicle con un control asombroso. El chicle era una noticia que iba a diseccionar hasta llegar al fondo del asunto (y era exfumador). A pesar de su nombre —su madre sentía fijación por el rollo sureño—, Beau era un yanqui del norte de pura cepa. Había comenzado trabajando en diarios: sección de sucesos en Cape Cod, sección de sucesos en Boston, sección de sucesos en Nueva York y, de ahí, a *Century*. Por lo visto, en las facultades de Periodismo se enseñaba el artículo con el que Beau se había ganado a Martin Graves, un complicado reportaje de veinte mil palabras publicado en dos entregas, uno de los primeros en abordar las exoneraciones por análisis de ADN, gracias al cual un hombre que había cumplido once años de cárcel por homicidio involuntario había sido puesto en libertad.

Slava había leído el famoso reportaje en numerosas ocasiones, pero le costaba entender el salto entre el reportaje de Beau y el artículo sobre Avery Coulter. El artículo sobre Avery Coulter desvelaba rápidamente sus secretos; era una cuadrícula, un Manhattan. El reportaje sobre el ADN era más un Moscú, un París; muchas angosturas, callejones sin salida, parábolas, aunque la conclusión no perdía fuerza por muchas veces que se leyera. El no saber dónde residía el misterio le resultaba frustrante. Slava estudió a Beau en la cabecera de la mesa de reuniones como si ese acto le permitiera extraer del alma del otro hombre alguna pista para resolver la incógnita. Pero no funcionó.

Beau estaba conversando con Kate Tadaka. Ella sostenía un móvil en cada mano

y reía junto al oído del jefe, sus pómulos ligeramente sonrojados. Kate capitaneaba la sección de críticas y recogía premios nacionales de periodismo en su tiempo libre. A pesar de estar a más de seis metros, se notaba que era una persona que sabía que olía tan bien al final de un largo día de verano como al principio. Esta certeza llenaba a Slava de un deseo ambiguo y fútil.

Se giró hacia Arch Dyson, vestido con un traje de lino color crema. Si había un hombre que supiera llevar un traje de lino color crema, ese era él. Su edad oscilaba entre los cuarenta y los setenta y cinco. Un día, el año anterior —¿tanto tiempo había pasado desde el oprobio de Slava?—, al ver a Arch sentado en el despacho del señor Grayson, a Slava le entró un no se qué y se dedicó a tomar nota del atuendo del redactor punto por punto, hasta del cinturón. Al fin de semana siguiente, en lugar de leer y teclear, Slava se fue de compras. Regresó a casa llevando en bolsas el equivalente a dos semanas de sueldo. Cuando llegó a la oficina el lunes así de acicalado le entraron ganas de esconder la cabeza debajo del ala, aunque estaba decidido a llevar a la práctica la máxima americana «la ropa hace al hombre». En efecto, varios júniores le silbaron y exigieron saber el motivo de que se hubiera puesto una chaqueta lila y una corbata de cachemira. No obstante, por muchas veces que Slava pasó ante el despacho de Arch, el redactor no se percató de esa alma gemela en el vestir que vagaba por los pasillos. A última hora de la tarde, Slava, desesperado y derrotado, desistió con Arch y, en una jugada desesperada, se dirigió al luminosísimo despacho de Kate Tadaka. Cuando Slava se acercó al susodicho umbral redujo el paso, el mundo se le venía encima a juzgar por el ruido que le atronaba la cabeza y, cuando se puso a tiro de la redactora, le lanzó la mirada más elocuente de su vida. En realidad, se la lanzó al escritorio de Kate Tadaka... Ella se había tomado el día libre. Cuando, de regreso al redil, Avi Liss le preguntó por centésima vez por su delirante disfraz, Slava le soltó que su prima había muerto dando a luz. A Avi le desapareció el rictus jocoso de la cara y Slava sintió la primera satisfacción del día.

Archibald Dyson, Kate Tadaka, Paul Shank: la clase de gente que regañaba a sus hijos por no reciclar las bolsitas de té en el cubo del compost, que donaba su ropa usada a los sin techo con un fervor enfermizo y que, en las páginas de la revista (quitándole el sitio a Slava), se dejaba el plumín de la estilográfica defendiendo un sistema de salud equitativo, los derechos de los intelectuales y los alimentos hechos de harina integral. Por eso Slava no les interesaba lo más mínimo, así se los llevaran los demonios a todos. En aquel momento en la sala de reuniones, Slava notaba la sensación familiar de estar ante algo obvio para todos menos para él.

Por fin llegó la hora. Beau echó un trago largo de soda. Un sol ígneo azotaba las ventanas de la oficina como si fuera un aspirante más a colaborador. Al otro lado de la calle habían desaparecido los andamios de un edificio de oficinas estilo academicista francés, dejándolo plantado sin saber qué hacer, una vieja dama entre los afilados aguijones de acero que se arracimaban a su alrededor.

Se oyó el zumbido lejano del motor de un camión procedente de la calle.

Veintisiete pisos por debajo, los puntitos caminaban frenéticos por la acera con exquisito desinterés. La plantilla de *Century* estaba precintada en un contenedor helado de cromo, acero y plexiglás; para conmemorar el centenario el verano anterior la compañía que tenía la patente les había obsequiado con una redecoración. No más quemaduras de cigarrillos en las moquetas. Ahora el personal caminaba sobre un suelo radiante de hormigón.

—He de decir que esta idea ha tenido éxito —manifestó Beau, secándose la boca—. Mi sobrina, que está en la universidad y admira mi trabajo, me preguntó el pasado otoño: «Tío Beau, ¿debería ir a la Facultad de Periodismo?». ¿Sabéis lo que le respondí? Le respondí: «Pasa un año trabajando en *Century*. Es igual que la Facultad de Periodismo y encima te pagan». —Varios redactores soltaron alguna risita y Arch Dyson enseñó los colmillos como una foca puesta al sol.

—Al grano —propuso Beau. Entrecerró los ojos y leyó de la hoja que tenía entre manos—: «Fred Duncan es un explorador urbano».

Fred Duncan practicaba escalada y espeleología en construcciones municipales. Una vez hizo senderismo en la línea D de metro, incluidos los túneles, desde Coney Island hasta el final, en el Bronx. Su siguiente parada era Ulysses S. Grant, en Morningside Heights. El Mausoleo de Grant —de solo cincuenta metros de altura— estaba muy por debajo del mayor logro de Duncan hasta la fecha (el Municipal Building de Manhattan, con 177 metros), pero sus muros de caliza gris eran más pulidos que los de cualquier otra de las cimas que había coronado.

—Intenta subirte a una pared lisa —repuso Duncan malhumoradamente cuando Slava le preguntó por teléfono por qué había elegido la tumba como objetivo. Slava decidió no recalcar que el monumento en realidad estaba administrado por el Servicio de Parques Nacionales.

Morningside Heights era arbolado y tranquilo, igual que el Upper East Side, salvo por los negros y los dominicanos que pululaban por allí. Duncan aparentaba unos cincuenta años y lucía un matojo color gris atlántico en la base del cráneo y un nido calvo en medio. Estaba enzarzado con cuerdas y mosquetones. Peter Devicki lucía un aspecto muy periodístico vestido con una elegante americana de cuadros.

—Me alegra haberme puesto esto —comentó Peter, subiéndose el cuello de la chaqueta. El muy guasón. Slava lo estudió con odio: mata de pelo rojizo; nariz con tabique pronunciado; boca ligeramente abierta; bigotillo brotando en el erial de su cara manchada.

—Prueba a vestirte con catorce kilos de equipo —rezongó Duncan, y escupió. Tenía los dientes separados por paréntesis de nicotina. Señaló el mausoleo con la cabeza, que se erguía a menos de doscientos metros—. Esto es lo que necesitáis saber —anunció—. Puede que alguno de vosotros quiera apuntarlo mientras el otro lo coge de la mano.

—Es un experimento —le informó Peter alegremente.

—Es el mausoleo de mayor tamaño de Norteamérica —explicó Duncan—. Que

yo sepa, nunca ha sido escalado. Esto no es, repito, no es ilegal. Por lo menos no está claro. Tampoco es que eso me moleste. La mitad de los jueces de esta ciudad saben quién soy. ¿Estáis listos?

Los dos jóvenes asintieron y sacaron sendos cuadernos de reportero, delgados y nuevecitos. Duncan, con las partes pudendas empaquetadas como un bebé, echó a andar tintineando hacia el mausoleo.

Slava repasó las notas que había preparado la noche anterior. Una historia del mausoleo y de su ocupante; un artículo del *New York Post* sobre la infancia de Duncan subiéndose a los vagones del metro en el Bronx; el equipo que Duncan había especificado que utilizaría (a Beau le gustaba que se mencionaran las marcas: espoleaba a posibles anunciantes). Ambos observaron a Duncan comenzar su ascensión.

Muchas otras personas hicieron lo mismo. Señalaban, se encogían de hombros, proseguían su camino. Incluso una paloma iridiscente posada a los pies de Slava — como criatura volante, uno creería que sentiría curiosidad por un caballero que fuera a invadir su espacio aéreo—, aunque le llamaba más la atención un triángulo de pizza tirado en el suelo, al que se aproximaba con tanto recato como una chica en un baile.

Slava se maravillaba en ruso. En la Unión Soviética también había un mausoleo famoso. La tumba de Lenin en la plaza Roja. Los Gelman lo habían visitado en comandita cuando fueron a Moscú para arreglar los papeles de inmigración. Tanto si dejaban Rusia como si no, parecía una herejía ir a la capital y no pasarse a saludar al abuelo Lenin. Solo al abuelo de Slava lo molestaba tener que perder el tiempo yendo a ver a «ese mamarracho muerto».

Habían esperado bajo una lluvia fría y espinosa. Los peregrinos solo podían pasar en fila y en grupos pequeños y los que tenían que esperar fuera para atisbar al Gran Maestro eran tratados sin contemplaciones. Cuando por fin los Gelman accedieron al interior (Slava con unos pitos en el pecho que auguraban un resfriado y la abuela renegando por lo bajo ante tamaña injusticia), a Slava le sorprendió que el mamarracho muerto de la urna de cristal no le asustara. Lenin era diminuto, como un abuelito, con unos labios acerados donde se intuía una broma que solo él entendía. Eran los *militsionery* que lo custodiaban los que daban miedo. Slava se había esperado que fueran jóvenes, frescos, lozanos, pero eran hombres gordos de ojos hundidos y alcoholizados rodeados de pliegues de grasa.

Al otro lado de la urna, un niño —de la edad de Slava pero con cabello pajizo y ojos de un azul límpido— también estudiaba la cara del fiambre. Slava se había soltado de la mano de su madre para demostrarle lo adulto que era al hombre tras el cristal y notó, lleno de compasión, que el otro niño todavía se agarraba a la de la suya.

El abuelo había dicho que los eslavos era criaturas malévolas y vulgares, pero ahí estaba el gemelo eslavo de Slava y Slava lo quería. Se comprendían el uno al otro. Así, cuando el otro niño se acercó a Lenin con un dedo levantado, Slava supo, como

si la mano fuera suya, que solo quería señalarle a su madre la curiosa expresión de Lenin, que no pretendía tocar el cristal, como asumió el policía más cercano, que empuñó la porra con cara de satisfacción. Como Slava, el niño tenía los dedos pequeños y fácilmente retractables. La porra rasgó el aire y acabó aterrizando en el muslo del propio policía. Este se puso a aullar. Slava casi se pone a dar palmas. «¡Desgraciado!», le gritó la madre del niño al policía. Era como si hubiera expresado en alto el sonsonete que llevaba repitiendo la abuela toda la mañana. «*Tikho tikho tikho tikho*», susurró el abuelo a los del otro lado de la tumba. Silencio silencio silencio silencio. El abuelo nunca se ponía de parte de la ley, pero le podían las ganas de ser útil.

Compárese con Ulysses S. Grant, visto desde las plazas recién pavimentadas de Riverside Park: tras pasar por varias profesiones fallidas —granjero, agente inmobiliario, habría sido el ingeniero del condado si no le hubieran quitado la plaza—, entró en el campo de batalla y, cual madre coraje, consiguió que el país no se desmembrara. No obstante, las vicisitudes de su vida temprana solo hicieron que se granjease aún más las simpatías de sus compatriotas tras su tardío renacimiento. Por el contrario, la sífilis de Lenin se consideró un secreto de Estado; si no tuvo hijos con su mujer, Krupskaya, fue por su devoción incondicional a la Revolución, aseguraban. No se podía tocar su sarcófago sin recibir castigo físico. No obstante, en América el amor no entendía de porras.

Cuando Slava quiso acordarse de Duncan, este ya había descendido al suelo y exclamaba impresiones que Peter garabateaba en su cuaderno mientras asentía profusamente. Slava se quedó mirando el suyo en blanco. Se adelantó y trató de redactar algo de lo que Duncan decía, pero tenía la cabeza en otra parte.

No puede decirse que, aquella noche, Slava siguiera todas las pautas que había extraído de la exégesis de *Century* tras asomarse al alma emprendedora de Avery Coulter. No fue difícil comenzar dibujando un escenario pero, para cuando Slava recordó el resto de las normas, iba por la mitad y navegaba a la deriva en el mar del recuerdo ensayístico. Slava se encogió de hombros: tal es la tiranía impulsiva del corazón artístico. ¡Aquí tenían un recuerdo autobiográfico! Beau no había especificado el formato: ¿por qué no podía ser un ensayo? Destello patriótico incluido, de corazón; eso no podía ser malo.

De vuelta a la oficina, Beau se caló unas gafas de concha en el puente de la nariz. —Entonces, ¿qué me decís de estos dos? —inquirió.

No hablaron mucho. A cada comentario, Slava se hundía más en su silla. Los treinta y cuatro miembros de la redacción que había presentes ese día, sin contar con Peter Devicki y Slava Gelman —catorce júniores, ocho redactores y trece periodistas que ese día estaban en la redacción— votaron. No hubo abstenciones. Cuando Beau anunció «artículo número uno» y releyó la primera frase, se levantaron treinta y dos manos. Cuando Beau dijo «artículo número dos» —por Dios santo, ¿acaso había necesidad?—, las dos restantes se alzaron: la de Arianna Bock y otro loco. Cuando



Slava se giró para mirar a Peter Devicki, algo aún más terrible que treinta y dos manos en su contra estaba a punto de suceder. No, Peter, no, suplicó Slava mentalmente. Pero Peter iba a humillarlo una vez más, alzando la mano para unirse a los otros dos y votar por Slava.

—Voy a sacarte de marcha —anunció ella—. Necesitas beber y olvidar.

—¿Igual que necesitaba visualizar mi victoria? —preguntó Slava—. Tengo a medio Brooklyn buscando la revista.

Ella bajó la vista.

—No, no —rectificó Slava, restándole importancia con el gesto—. Lo siento.

—Lo que escribiste es precioso —admitió ella—. Pero ¿qué tenía que ver con Fred Duncan? ¡Les gustó! Pero no tenía nada que ver con el encargo.

Instintivamente, Slava miró a su alrededor para comprobar si alguien los podía oír.

—Tú lo sabías desde que lo leíste esta mañana —le reprochó él—. ¿Por qué no dijiste nada?

—Yo no soy redactora —se defendió ella—. Faltaba una hora para la reunión.

—Claro, por eso te fuiste de paseo.

—¿Me habrías hecho caso? —razonó ella—. Lo dudo. Me habrías mirado y habrías pensado esta no tiene ni idea de lo que está hablando.

Él apartó la vista.

—Tienes dos opciones —propuso ella—. Lectura poética. —Enumeró a continuación con los dedos de una mano—: Poesía de mala calidad, alcohol de mala calidad aunque, por alguna extraña razón, mola. Personalmente, creo que es un plan un poco lento para esta noche. Número dos. —Los dedos de la otra mano—. Concierto, bar, música, copas. Te invito a la entrada si eres capaz de adivinar lo que los dos tienen en común.

—¿Poesía? —probó él.

—Poesía, poesía.

—Pero ¿tú escribes poesía?

—No lo sé —contestó ella—. Quizá. Vayamos al bar. Necesitas una copa.

—De verdad, Arianna —dijo él—. No necesito tu caridad.

—Slava —exclamó ella. Se acercó más, tanto que él apartó la vista. Ella esperó hasta que volvió a mirarla—. Habrá otras oportunidades.

—Gracias —susurró débilmente.

Arianna se inclinó sobre el escritorio de Slava, ofreciéndole una vista momentánea de su trasero, y escribió algo en su cuaderno.

—La dirección —señaló, mostrándoselo, aunque él acertó a mirarla solo un instante después—. Que pases buena tarde.

Cuando ella ya se marchaba, echó un vistazo a sus garabatos. Bar Kabul. Little

Darlings. Quinta Avenida Este 361.

Slava contempló la oficina. En ese momento los otros júniores no se fijarían en él ni por todo el oro del mundo, así que podía estudiarla a sus anchas. Cuántas tardes se había quedado después de que todos los demás se marcharan. En su apartamento no tenía fax ni impresora, y aquí los cuadernos eran gratis. Mientras Consuela (Honduras), Piotr (Polonia) y Ginger (St. Kitts) aspiraban los vestigios de la jornada laboral y devolvían la oficina al estado prístino que les recibía todas las mañanas, Slava escribía y leía, en busca de ideas para algún artículo. Luego investigaba durante los fines de semana o por las mañanas, cuando podía inventarse una cita con el médico («Usted es el menos robusto de todos los júniores, señor Gelman», le comunicó una tarde el señor Grayson, que de triatleta no tenía nada). Slava había mentido una vez tras otra.

¿Qué pasaría si fuera al bar Kabul? ¿Se sentiría decepcionada Kate Tadaka por su falta de diligencia? ¿Agitaría Arch Dyson la cabeza con desaprobación al pasar junto a la silla vacía de Slava? ¿Aullaría Beau Reasons al comprobar que las esperanzas que había puesto en Slava Gelman, ese joven y prometedor empleado, eran infundadas? A Slava le habría gustarlo suspenderlos sobre el vacío en la terraza junto al despacho de Beau. Entonces sí que se fijarían en él.

Saltó de su silla y echó a correr tras Arianna, no sin antes tropezar con Avi Liss, que avanzaba en actitud contemplativa mordiendo una manzana verde por el redil de los júniores. Avi casi cayó de bruces con una expresión dolida.

—Perdón —masculló Slava, tratando de ayudarlo a levantarse. Durante todo el episodio, Avi mantuvo los dientes clavados en la manzana. Cuando Slava salió al vestíbulo como una exhalación, las puertas del ascensor se cerraban con un impávido ding.

## Capítulo 5

El bar Kabul no había importado de Afganistán más que el nombre: un antro de paredes desiguales pintadas de colores chillones y un pequeño escenario con un pesado telón de terciopelo falso. Felizmente, no había kílimes por el suelo ni kebabs en la carta.

En el exterior dos jóvenes enjutos fumaban tabaco de liar. Uno llevaba unos pantaloncitos vaqueros cortados a mano, una camiseta interior agujereada y botas, el otro vestía zapatos de cordones desparejados y pitillos negros con cremalleras que iban de la espinilla al tobillo. Slava los saludó con un gesto de cabeza. Ellos levantaron sus cigarrillos.

—¿Little Darlings? —preguntó Slava, todo un experto.

—Little Darlings —respondió Pitillos Negros, con un triángulo de pelo cubriéndole el ojo—. Bonita chaqueta.

Arriesgándose a llegar tardísimo, Slava se había desviado hasta su apartamento y se había engalanado con el conjunto que le había fusilado a Arch Dyson. Llevaba en el armario desde aquel funesto día, inutilizado y resentido.

—Bonitos vaqueros —le correspondió Slava.

—Son de una tienda de segunda mano —informó Pitillos—. En la Setenta y Siete con la Tercera.

—Yo vivo cerca —señaló Slava.

—Pues pásate —añadió Pantaloncitos. Le pegó un puntapié al asfalto con la puntera de la bota—. Cómprate unos Clarks. También tienen unas Timberland cojonudas. Prácticamente nuevecitas.

—La gente de esa zona viste bien, pero se deshace de la ropa nada más comprarla —comentó Pitillos. Y gritó—: ¡Toma ya!

Y los dos chocaron la mano.

—¿Qué gastas, una cuarenta y cuatro? —preguntó Pitillos, echándole un vistazo a la entrepierna de Slava.

—¿Cómo dices? —preguntó Slava, dando un paso atrás.

—De talla de pantalón.

—Oh —dijo Slava a la defensiva—. No.

El otro frunció el ceño.

—Odio equivocarme.

Slava se acercó a la ventana. No le llevó mucho distinguir a Arianna entre los cuerpos apretujados en la pista de baile. El local era pequeño, más pequeño de lo que parecía en su página web. Ella estaba pegada al escenario, el moño se le había deshecho y balanceaba los hombros. El grupo estaba compuesto por un teclado, una tuba y un tambor militar que uno de los integrantes llevaba colgado de la cintura. Se abrió un pequeño claro cuando Arianna y un tipo flaco con pinta de tísico y sombrero fedora se pusieron a bailar. Él trató de introducirle las rodillas entre las piernas, pero

ella lo apartó y volvió a perderse entre la multitud, cosa que alegró a Slava.

—¿Cómo es ella? —preguntó Pantaloncitos. Tenía la mano en el pomo de la puerta, Pitillos iba tras él—. Te la cuidaremos.

Slava sonrió con satisfacción.

—No creo que necesite ayuda —repuso él—. Es la de delante, la morena del pelo largo. La que va de gris...

—Lleva un Balenciaga —comentó Pitillos con reverencia.

—No le digáis que me habéis visto —les pidió Slava.

Los observó entrar en el bar y meterse en la pista pisando fuerte. Pitillos bailaba con un gesto de sorpresa perenne en los labios. El dúo se abrió paso hacia un grupo de chicas y las arrinconaron con movimientos acrobáticos.

Slava se quedó rezagado junto a la puerta, aparentando que tenía algo que hacer, algo más complicado que entrar sin más. Ella lo localizó rápidamente, no parecía sorprendida. Se abrió camino entre la multitud y lo abrazó, aplastando los senos contra su tórax. Nunca habían compartido tamaña proximidad física. Por lo visto, habría que escribir nuevas normas de comportamiento para fuera de la oficina. Él le olisqueó el cuello: perfume, champú, sudor que hasta hace poco era vodka.

—¿Qué demonios llevas puesto? —se extrañó ella.

Él se sonrojó: no se acordaba del día que se había disfrazado en la oficina. Aquel día ella no había hecho ningún comentario. Por un momento, se arrepintió de haber ido.

—Tú también te has cambiado —repuso a la defensiva.

Ella lo arrastró a la pista de baile, no sin antes detenerse en la barra para ofrecerle un vaso de vodka con limón, generosamente servido porque conocía al camarero. Pantaloncitos y Pitillos levantaron los pulgares en su dirección.

Los Little Darlings se componían de cuatro jóvenes delgados con vaqueros ajustados y camisetas. Vestían de riguroso negro salvo por las pajaritas rosas que llevaban al cuello —al fin y al cabo, eran roqueros pero coquetos— y llevaban un lado de la cabeza afeitado. Interpretaban una especie de *rock and roll* bastante difícil de bailar, aunque Slava lo dio todo, tratando de recordar los movimientos que el abuelo exhibía en los escenarios de los restaurantes rusos a los que Slava solía acompañarlo. Al final de la guerra, el abuelo había servido en la Marina soviética con todo el abanico de nacionalidades de la unión, donde había aprendido el *kazachok* ucraniano, el *lezginka* georgiano y el polirruso *chechetka*. A veces, cuando quería enfatizar algo, se arrancaba a bailar uno así por las buenas. Slava se rebullía en su exiguo emplazamiento en la pista de baile del Kabul tratando de imitarlo. A su vez, Arianna se balanceaba y se cimbreaba de una forma tan grácil que resultaba exasperante.

—¿Por qué se llama Kabul? —preguntó él con falso interés. El nivel de ruido implicaba otra visita a su cuello.

—¡No lo sé! —gritó ella—. ¿Por el rollo Rock the Casbah o algo así? ¡No lo sé!

—Lo de la Casbah se refiere a Marruecos, creo —opinó él, volviéndose a acercarse.

—Deberías dedicarte a verificar datos, Slava —chilló ella—. ¡No le des más vueltas! Baila, bebe. ¡Has venido a olvidar!

—¿Y cómo voy a hacerlo, si me lo recuerdas? —le reprochó él.

—Oh, sé que no poseo ninguna influencia sobre ese cerebro. —Le dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza—. No noto nada en esta yema del dedo. Me lo rebané.

Él le apretó la punta del dedo como si fuera un botón. Ella le dejó hacer.

—No te fíes de nadie —confirmó ella.

Sobre el escenario, los Little Darlings cantaban sobre columpios y cerveza a pleno pulmón. La cara de Arianna aparecía y desaparecía con las luces rojas intermitentes. Por fin, él la convenció para sentarse. Ella respiraba entrecortadamente, como una patinadora que acabara de terminar su número sobre hielo. Ostentaba un velo de pecas en torno a los ojos.

—Enséñame cómo te ligas a una chica en un bar —le pidió.

Él protestó con un gruñido.

—¿Acaso eres célibe, Slava? —preguntó ella—. Por favor, dime que nunca te apuntas cuando organizamos algo los del trabajo porque estás arrimándole a alguna.

—Es exactamente por eso —afirmó él.

—Hazme un resumen —le pidió ella.

En resumen: Slava entró en su primera clase americana peinado como un viejo, ataviado con una sudadera de terciopelo falso a rayas y envuelto en el olor a papel del Ivory, el jabón que gastaban los Gelman (el más barato, cuatro pastillas por setenta y nueve centavos). Treinta pares de ojos americanos evaluaron a aquel nuevo despojo y continuaron lanzando notitas y bolitas de papel chupado. Slava no podía desviar la atención de sí mismo tan fácilmente. Hasta el año siguiente ni siquiera fue capaz de intentar que Diana Gencarelli se fijara en él. Su padre era el dueño de una panadería en Bay Ridge, donde Slava acudió a comprar en una ocasión con la esperanza de ver a Diana cubierta de harina. La ayudaría a desprenderse de ella y luego pasearían cogidos de la mano frente a las tiendas árabes de comestibles. Cielos, Diana no estaba allí. Diana no estaba allí ni siquiera cuando se lo encontraba cara a cara en la Escuela Pública 247. El resumen comenzaba cuesta abajo.

En los años subsiguientes, Slava Gelman sí captó la atención del sexo opuesto. No se parecía a la mayoría de los habitantes del sur de Brooklyn (se imaginaba que si abandonaba el vecindario aceleraría la alteración física, como si los elementos funcionaran de manera distinta en Manhattan). No podía hacer nada respecto a su altura —procedía de las raquílicas llanuras—, pero había conseguido rascarle a Dios una piel aceitunada que lo libraba de que lo identificaran como un bárbaro de Europa del Este y solían tomarlo por turco o por español, gracias a unos ojos negros que completaban la imagen mediterránea. En la mano tenía una cicatriz alargada que se hizo con seis años de un tajo en la piel con una esquirra de botella; las interrupciones

las recibía con un gesto de impaciencia de la mandíbula, donde despuntaba una barba incipiente. En cualquier caso, junto a Arianna, que se meneaba con su bonita ropa, se sentía como un trapo. Se despojó de la chaqueta. Dos a cero. De todas formas hacía demasiado calor.

El vodka se deslizaba garganta abajo como por una tubería oxidada. Los hechos de las cuarenta y ocho horas previas discurrían en dirección contraria. Todo se mezclaba, se coagulaba, se asentaba, se consumía, se vaciaba. Se sentía un poco desquiciado. Se rascó la mandíbula, luego se levantó de un salto y se sentó en la mesa de al lado. Disfrutó al ver que Arianna lo miraba sin entender. Fingió que quedaba con un ligue imaginario en el cuarto de baño. Luego se inclinó hacia ella.

—Tengo sesenta segundos —le explicó—. Es una chica encantadora, superencantadora. Pero no estamos hechos el uno para el otro. La cosa no marcha. ¿Sabes a qué me refiero? No es culpa de nadie. Y entonces te sientas en la mesa de al lado. Dime cómo te llamas. Y tu teléfono. Tienes treinta segundos.

Arianna se quedó mirándolo de hito en hito.

—Ahora son veinte —indicó él—. Venga. Mea muy rápido.

Arianna se echó a reír y comenzó a aplaudir.

—Te doy permiso para que lagues conmigo cuando quieras —aseguró. Movía la lengua de una manera extraña cuando bebía del vaso.

Slava no quería dejar escapar la sensación que lo había embargado un momento antes, cuando estuvo un paso por delante de ella y no al revés. La música atronaba gracias a un altavoz del tamaño de una carretilla que había justo encima de ellos; pensar con claridad no era fácil. Pero él no necesitaba pensar. Todo lo sucedido en la oficina comenzaba a quedar felizmente atrás. Sabía que la sensación solo duraría esa noche, pero qué más daba.

—Llévame a otro bar —pidió ella—. Aquí no puedo oírme pensar.

Tomaron una ruta serpenteante a través del vecindario, sórdido y a la vez aburguesado. Slava solo había estado en él una o dos veces, siempre a propósito de alguna investigación para algún artículo. Se detenían todo el tiempo porque ella iba señalando lugares de referencia. Trabajó de voluntaria en aquel jardín. Alguna sala de conciertos mítica se ubicaba antes allí. Aquí —anunció con exceso de efusividad— se lo había montado con un tío en un callejón oscuro. Él no replicó nada a propósito.

—Así que no eres el único que liga en los bares —añadió sin necesidad. Él saboreó su victoria.

Él le preguntó por su ropa, con la esperanza de resultarle más fascinante. Ella le explicó que llevaba unos pantalones de punto elástico. Se suponía que adelgazaban la figura.

—«Podrías aguantar una caja fuerte con esas caderas, Arianna», como solía decir mi querida madre —comentó ella.

Viraron para no pisar la falange de unas mujeres casi desnudas que estaban comiendo en la acera.

—¿Ya no vive? —preguntó Slava con precaución.

—¿Mi madre? —dijo Arianna—. Oh, claro que está viva. Vivita y coleando. — Enlazó su brazo con el de Slava y él intentó caminar al mismo ritmo que ella—. Viven en Brentwood —explicó—. Mamá Bock pensó que era preferible considerar que su hija tenía las caderas aptas para parir en lugar de la hija más culona de la sinagoga. —Esperó un momento—. Esta es la parte donde tú dices que no se me nota.

Slava sonrió.

—¿Y tu padre?

—Tiene una fábrica de elastano. El Águila viste a la mitad de mi clase de yoga.

—¿Por qué el Águila?

—El Águila —repitió ella con un acento latino adorable—. Así lo llaman las señoras nicaragüenses de la fábrica. —Se tocó la punta de la nariz con la yema del dedo muerto—. Es más escarpada de lo habitual.

—Pero tú no la has heredado —observó Slava.

—Me operé la nariz, encanto.

—No se te nota —opinó él.

—Eso es.

—¿Tenéis buena relación? —preguntó él.

—El otro día mi madre me llamó diletante por no ser una friki del *kosher*. Yo le digo: «Vaya, mamá, ¡eso son palabras mayores!». Por lo visto, el rabino dedicó un sermón completo a los diletantes. —Se aferró más al brazo de Slava—. Pero me gusta la poesía gracias a mi padre. Robert Frost era su favorito. «Frost es como la vida, Arianna... Tan profundo como uno quiera que sea». Después mi madre le quitó las ganas de todo. —Se acercaron a un cruce y se detuvieron, aunque estaba verde para ellos. A Slava no le importó—. Se mudaron a un vecindario más religioso. En las cenas que frecuentan no se habla de Frost. Ahora el Águila es un obediente cumplidor de la Torá.

—No tenemos por qué hablar del tema —precisó Slava.

—No me importa —contestó ella, girándose hacia él—. No me importa contártelo.

—Quiero escuchar un poema tuyo —le pidió él.

—Negativo —repuso ella—. Yo no escribo poemas.

—Eso es mentira.

—No seas tonto —protestó ella.

Él retiró el brazo y la tomó del hombro, atrayéndola hacia sí. Bajo los dedos, notaba la piel de Arianna tirante a la vez que voluptuosa. Se intuía tupida, como si poseyera varios niveles y ocultara en las profundidades el centro de Arianna.

Ella puso los ojos en blanco.

—No tienes clase ninguna. Cero. Insistes en avergonzarme.

—Perdona, bonita —disintió él—. Hoy la patente de la vergüenza es mía.

Ella volvió a poner los ojos en blanco.

—Nadie te obligó a escribir ese artículo. Uno recoge lo que siembra. —Se echó hacia atrás y lo observó. Tenía el aliento suave, especiado con algo terrenal pero agradable—. Me encantó lo que escribiste. Supe que era tuyo nada más leer la primera línea.

—¿Por eso me apoyaste? —preguntó él.

—Por supuesto que no —dijo ella—. La mayoría de los judíos de América procedemos de ahí. Me crie oyendo las historias de mi abuela. Uno se forma una imagen concreta. Y, entonces, vas y lees algo como lo que tú has escrito y no se parece en nada a lo que creías.

—Entonces esa es la razón.

—No —rezongó ella—. Eres agotador. En parte sí, pero la razón número uno es que era un ensayo bueno, buenísimo de verdad. Le diste vida. Pero no es el tipo de artículo que aparece en *Century*. A Beau no le encajaba, pero ¿eso es lo más importante?

Él asintió. De repente, se sentía muy cansado. Notaba el cansancio sobre los hombros como un peso implacable que lo consumía. Se imaginó que se sentaba en la acera y se quedaba ahí un largo rato.

—¿Por qué no vamos a la lectura de poesía? —preguntó.

—Esas cosas son un aburrimiento. Solo voy para ver si la gente es mejor que yo. Si son malos, soy la más feliz del lugar. Feliz, feliz, feliz. —Repitió, dándole golpecitos en el pecho.

—Dices en voz alta lo que otros piensan —observó él.

—Soy una humana 2.0 —bromeó ella. Se echaron a reír para luego quedarse callados.

Se observaron sin decir nada, demasiado rato para que no significara lo que significaba. Él aproximó los labios a los de ella, con la mano en su mejilla. Se besaron lentamente, mientras el tráfico humano de la Primera Avenida los arropaba entre sus brazos indolentes, con esa combinación de curiosidad y resentimiento tan propia de la ciudad. Slava sentía un hormigueo desconocido; a su vez, sentía indiferencia por los viandantes a su alrededor, pero también un cierto compañerismo.

Cuando se retiró, le dijo:

—Venga, quiero oírlo.

—¡Dios! —exclamó ella—. Vale.

Lo tomó del brazo y lo condujo a la vuelta de la esquina. El resplandor y el ruido de la avenida se alejó. Slava notaba la pared del edificio en la espalda, los ladrillos aún conservaban el calor del día. Le sacaba solo unos centímetros a ella. Si se hubiera puesto tacones sería más alta que él. Ella estaba a su lado, apoyada en su brazo.

—Es un poema sobre el tiempo —explicó, exasperada.

—El tiempo —repitió él.

—El tiempo, el tiempo —corroboró ella—. De lo que la gente suele hablar cuando no tiene nada que decirse.



—Los cielos celestes, esa clase de cosas.

—¡Slava! —exclamó ella—. Si buscas capullo en el diccionario, te encuentras. —  
Le propinó un puñetazo en el pecho.

—Lo siento —coincidió él.

—Me has calentado y ahora estoy demasiado cachonda para recitarte el poema.

—Dilo —la incitó él.

Ella fijó la vista en su cuello. Trató de retenerla por la barbilla, pero ella le apartó el brazo de un manotazo. Hablaba en un tono tan apresurado y monocorde que tuvo que pedirle que parase y recomenzara.

—Déjame terminar y ya —imploró ella.

—No —se negó él, obligándola a mirarlo—. Por favor. Despacio.

Entonces recomenzó. Esta vez lo recitó con claridad y él la escuchó atentamente, pero apenas si pudo concentrarse en las palabras.

El bar al que se dirigían, Los Francotiradores, apareció demasiado pronto. También aquí Arianna conocía al camarero. Eran verdaderos asesinos, al menos en lo referente al alcohol, o quizá fuera la amistad de Arianna la que les había proporcionado esas copas llenas hasta el borde. La música era más dulce, él la tomó por sureña, y en la barra había una fila de bebedores solitarios y comprometidos con la causa. Antes de sentarse, ella le pidió que la hiciera girar en la pista. Le pesaba la cabeza de la borrachera y trató, con el ruido, de distinguir por qué estaba ahí: ¿para estar con ella o para no estar consigo mismo? Slava no era un gran bebedor, pero al observar a los parroquianos sentados de un extremo a otro de la barra, aislados de los demás y del mundo con una pinta de cerveza fría en la mano, se sintió fascinado por el gran pasatiempo americano. Ocuparon dos taburetes y él engarzó las piernas con las de Arianna.

—No me has contado nada de ti —señaló ella—. Y yo te he hablado hasta de mis caderas, por Dios.

—Mi abuela murió ayer —soltó él de repente.

—Mierda —exclamó ella, como si hubiera hecho algo malo—. ¿Lo dices en serio? ¿Estás bien? No contestes a eso. No sé por qué la gente lo pregunta.

—Se veía venir desde hacía tiempo —la tranquilizó él.

—Lo siento. —Ella le cogió las manos.

Él meneó la cabeza y le dijo que no se preocupara.

—¿Estabais muy unidos?

—Sí. No. Es difícil contestar a eso.

Liberó una mano y trató de atraer la atención del camarero.

Ella se apeó del taburete y regresó un minuto después con dos vasos de chupito.

—No se brinda —advirtió él.

Ella asintió y se bebió el contenido de un trago. Él le dio un sorbito al suyo.

—Cuéntame algo sobre ella —le pidió.

Slava echó un vistazo por encima del hombro de Arianna. Los bebedores estaban desacreditando su noble soledad a base de estudiar las pantallas de sus teléfonos móviles.

—No tienes por qué hacerlo —añadió.

Notaba la boca seca.

—Mi abuelo —comenzó él—. Hay que reconocerle el mérito. Con ochenta años tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. —Se terminó la bebida, una quemazón marrón en la garganta.

Ella esperó a que continuase.

—Ella era una superviviente —explicó él. Se llevó los dedos a la frente para mayor claridad (una superviviente del Holocausto), pero Arianna no necesitaba que se lo explicase—. Solo sobrevivieron ella y su hermana —continuó él—. El resto de la familia... desapareció. La indemnización tarda sesenta años en llegar. ¿Cómo la calculan? ¿Cinco mil por una madre, cuatro por un padre, tres por un abuelo o abuela? ¿Y si te criaron los abuelos? ¿Qué pasa si los abuelos hicieron de padres? Hay que admitirlo: es complicado.

—No digas esas cosas.

Él la estudió. ¿Las preguntas como esta dejaban de existir si no las sacabas a colación? La cogió de la mano. ¿Para reprimir su irritación? ¿Para predisponerla hacia él? Tenía los dedos suaves y secos. Ella permitió que le estrechara las manos.

—La cuestión es —prosiguió él— que la carta de la indemnización le llegó solo unos días antes de morir. —Abrió las manos—. Antes de no estar.

—Lo siento —se compadeció ella.

—Mi abuelo dice «Envíala de todas maneras. Escribe sobre mí». Pero él fue evacuado.

—No puedes hacer eso —objetó ella.

—¿No puedo? —inquirió él—. ¿Sabías que abonaban las cosechas con cenizas humanas? Después de la guerra los tomates eran del tamaño de la cabeza de un niño.

Le dio a las palabras la misma inflexión que su abuelo, aunque no estuviera hablando en ruso. Le supieron a sonidos nuevos pero familiares. Sabía cómo pronunciarlas. Ella apartó la vista.

—¿Tú lo culparías? —continuó él—. ¿Crees que planeaba marcharse de Minsk en 1941? No, huyó de los alemanes. Luego regresó y fue un judío bajo el dominio soviético durante cuarenta y cinco años, lo cual equivalía a un ser infrahumano. Luego América. Aquí ya no eres un judío. Aquí eres un inmigrante. Vuelve a tu país, comunista de mierda. ¿No crees que se lo deben?

El ensayo de los argumentos del abuelo le salió con una facilidad pasmosa. Apoyó la mano en la frente, para ver si notaba algo.

—Quiero contarte una historia —propuso Arianna cuidadosamente—. Había una familia soviética que se instaló cerca de nosotros. En realidad, fuimos sus mecenas.

Yo me carteaba con el hijo antes de que abandonaran Rusia... Ya conoces la historia. Y llega mamá Bock y dice: «Harry, consíguelos inscripciones para la sinagoga». Y mi padre, aunque no es tan espabilado como mi madre, a veces te sorprende. Y responde: «No sé si estarán interesados, Sandy». Lo que quiere decir es que no son gente religiosa. Y Sandra dice: «¿Cómo pueden llegar a ser religiosos si la gente como nosotros...?». Y bla, bla, bla. Harry, como siempre, al final hace lo que dice Sandra y los inscribe en la sinagoga. El trámite cuesta ciento cincuenta dólares por persona, multiplicado por tres, y esto sucedió hace quince años. Además, la sinagoga dispone de un número limitado de asientos, por lo que le toca hablar con el secretario y conseguir un permiso especial. Pero no los vemos en la sinagoga. En lugar de ver a los Rubin (así se llamaban), vemos a otra familia, también son tres, todos americanos. Comienzan a charlar con mis padres, es el servicio del viernes por la noche y todo el mundo se ha tomado un par de copas. Y les cuentan que una familia rusa les ha vendido sus inscripciones. Deberías haberle visto la cara a Sandra. Después de tantos *liftings*, tampoco es que su cara transmita muchas emociones, pero en ese momento podría haber sido una cantante de ópera. No dijo ni una palabra porque estaba muerta de vergüenza. Harry solo se rio. ¡Ella quería llamar a la policía! Y él le dijo: «Déjalos tranquilos. Piensa por todo lo que han pasado. Verás cómo dentro de treinta años les interesa».

—Qué alarde de magnanimidad.

—Slava, estoy de tu lado.

—¿Por qué llamas a tus padres por su nombre?

—No lo sé, lo he hecho siempre así. Aunque a veces no lo hago.

—Tu padre también quebrantó las normas: consiguió un favor especial del secretario.

—¿De verdad lo vas a comparar? —se asombró ella—. Era por una buena causa.

—¿Y quién decide qué causa es buena? Tú misma lo has dicho: una dispensa de treinta años. Dejemos que los salvajes les mientan un poco a los alemanes.

Ella le cogió del antebrazo.

—No-puedes-hacerlo.

—No haces más que dar instrucciones.

Ella se apartó.

—Lo siento —se disculpó él—. No estoy siendo yo mismo. Es por...

—Lo sé.

Lo sabía. No había nada que pudiera decir que ella ya no supiera. No se le pasaba el enfado, pero se obligó a ignorarlo.

—¿Tus abuelos todavía viven? —preguntó.

—Solo mi abuela. —Ella valoró su esfuerzo—. Tiene noventa y cuatro añitos. Va a nadar todas las mañanas. Envía correos electrónicos con declaraciones zen.

—Nada más y nada menos.

A ella se le iluminó la cara.

—«Hola, Ari, mi muñeca». Así es como me llama. «Por fin soy lo bastante vieja como para que me importe un bledo lo que piense la gente. Ojalá hubiera llegado aquí cincuenta años antes». Y al día siguiente me dice: «Ari, muñeca, ¿crees que a los noventa y cuatro años una mujer no puede menear las caderas? Sí que puede». Mi abuelo falleció, todos sus amigos han muerto y, de repente, le encanta tomarse una copita de whisky y bailar al ritmo del *jukebox*. ¿Conoces el poema que dice: «Por el camino costeamos una fila larga de olmos. Los miró un momento por el vidrio de la ambulancia y dijo: ¿Qué son todas esas cosas velludas ahí afuera? ¿Árboles? Estoy harta de ellos e inclinó la cabeza»? Dios, estoy divagando.

—¿Tapaste el espejo cuando falleció tu abuelo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo tenía cinco años. Tenía un recital de baile ese fin de semana, me dedicaba a hacer piruetas como una loca. Me entristecía que los espejos estuvieran tapados. Me pusieron el nombre de su padre. Ariel. ¿Y a ti?

—No lo sé —confesó Slava—. Slava significa «gloria». O «fama». Dependiendo del contexto. Yo tapé un espejo. No sentí nada.

—Es como fumar hierba, las primeras veces no sientes nada —se rio ella, quitándole estridencia a la conversación. Esta vez él decidió escucharla—. La *shivá* dura una semana —precisó ella—. Mantienes tapados los espejos. Luego compruebas cómo te sientes.

—Ya veo —comentó él.

—O no —continuó ella—. Estás sobrepasado, todo se te viene encima y no quieres saber nada del tema. Preferirías no hacer nada antes que tener que pasar por todo eso. Pero al menos puedes elegir la medida.

—A mí también me gustaría enseñarte algo —señaló él.

—Por favor.

—Me refiero a que me gustaría encontrar algo que poder enseñarte.

—No estaría aquí si no creyera que fueras capaz.

—Solo le estás haciendo un favor a un compañero de trabajo.

—Si eso es lo que piensas, entonces no eres tan listo como creía, Slava. Voy a reconocerlo, todo era una argucia para salir contigo. Ha sido más difícil que conseguir trabajo en *Century*.

Una sonrisa líquida se le dibujó en la cara.

—Las ventajas de sufrir una mortificación profesional. ¿Por qué yo?

—No eres como los demás.

—Eso es un hecho probado.

—¿Qué es lo que quieres, Slava? —preguntó ella—. ¿Tantas ganas tienes de publicar en *Century*?

—Supongo que no —confesó él—. Recuerdo la primera vez que vi la revista. Estaba matando el tiempo en la biblioteca. En Hunter me sobraba tiempo para matarlo en la biblioteca. Me había leído la mitad de las revistas del estante de

publicaciones. Y entonces me encontré con *Century*. Había un artículo sobre una violación en Sudáfrica, y Sheila (Sheila Garbanes, impertinente, facilona, molona, una periodista de la plantilla) había escrito un artículo sobre dos filósofos de la Universidad de Chicago. No tengo ni la menor idea sobre filosofía, pero me lo leí del tirón.

—Dios, yo también leí ese número —recordó ella.

—Arch...

—Firmaba uno sobre granjeros. El padre tiene una granja orgánica y el hijo una granja industrial —relató ella—. ¿Te imaginas que estábamos leyéndolo a la vez, a cincuenta manzanas de distancia?

—Quiero escribir algo que la gente vaya a leer —declaró él—. Y que digan: ahí está el tipo que escribió esto.

—Pues hazlo —le alentó ella—. Levántate mañana y escribe algo nuevo. Y envíalo a otro sitio. Que no sea *Century*. A otra parte. ¿Me estás escuchando? Mírame.

—Lo haré —prometió él, enderezándose.

—Una cosa más —advirtió ella—. No le des más vueltas a partir de ahora. No te servirá de nada.

—Vale —accedió él.

—Y, por último, la tercera cosa.

—Sí.

Él trató de enfocar la vista.

—Llévame a casa.

En el taxi, le arrancó la manga del Balenciaga sin querer. Dio un respingo hacia atrás al acordarse de la tasación de Pitillos, pero ella apartó la manga sin más. Tenía la lengua fresca y esponjosa, el aliento nublado y limpio a pesar de todo lo que habían bebido. Se mordieron mutuamente los labios, inspirándose el uno al otro. Él se imaginó que le insuflaba aire hasta el último rincón del cuerpo, hasta llegar a la yema insensible, donde se detendría.

Al volante, Hamid Abdul se esforzaba por no mirarlos. Oh, Hamid, hermano expatriado. Mira cómo Slava reescribe su estatuto de inmigrante con este espécimen americano de piel suave. Mira cómo Slava bebe la leche de esa piel americana, Hamid. Mira cómo sus dedos desaparecen de tu espejo retrovisor. Estamos confraternizando con los nativos, Hamid, así nos insertamos mejor, ¿verdad?

Irvin el portero no compartió el interés de Hamid en la presa de Slava. Solo quería que Slava «firrmase» el recibo de unos pantalones que había llevado a lavar en seco. Slava le aseguró que iba a comprarse unos pitillos vaqueros y se iba a dejar de pantalones. «Comprriendo», asintió Irvin obedientemente.

—Qué edredón más raro —comentó Arianna cuando entraron en el apartamento, al ver la abertura en forma de rombo en la funda. Slava se detuvo ante la puerta del baño.

—Es viejo —le explicó antes de pasar.

Cuando regresó, ella estaba dormida sobre sus sábanas limpias con la ropa puesta, las rodillas se le destacaban bajo el tejido de los pantalones. Él apagó las luces, salvo la lámpara del escritorio que había iluminado tantos borradores. Arianna dormía un sueño inocente, por fin se había calmado ese desconcertante estado de alerta en el que parecía vivir. Se preguntó qué aspecto había presentado su abuela en el momento de expirar. ¿Fue consciente o deliraba? ¿Sintió dolor o todo lo contrario? ¿Estaría ahora manteniendo una conversación con sus muertos, su madre, su padre y su abuelo? «Hola, cuánto tiempo ha pasado. Sois vosotros. ¿Por dónde empezamos? Voy a hablaros de los que se presentaron después de que os marcharais: Zhenya y el salón de baile y Zhenya y la cárcel y Zhenya y Tanya y Edik y el pequeño Slava y Crimea y el accidente de coche, y luego América, pero antes Italia, con sus uvas carnosas, el mar —¡nunca aprendí a nadar!—, y sí, América...». Se detuvo. Esos recuerdos eran los que él recordaba. Pero ¿cuáles habían sido los de ella?

Se quedó mirando el teléfono mucho rato. Era tarde, demasiado tarde para llamar, pero levantó el auricular inalámbrico de todas maneras y se metió en el baño para no despertar a Arianna. Sí, Arianna, iba a escribir otra cosa.

—¿Qué pasa? —preguntó el abuelo—. ¿Ha sucedido algo malo?

—Siento llamar tan tarde. ¿Estabas durmiendo?

—¿Qué es todo esto?

—Háblame de cuando la abuela estaba en el gueto —le pidió Slava.

El abuelo permaneció callado, intentando entender.

—No sé —dijo—. ¿Por qué preguntas?

—Querías que hiciera algo. Por eso te pregunto por ella.

—Oh —exclamó el abuelo, sorprendido—. Pero tienes que escribir sobre mí.

—No puedo escribir sobre cómo era Uzbekistán, ¿verdad? Piensa.

—Oh —repitió el abuelo—. Ya lo entiendo. A ella no le gustaba hablar del tema.

—Con ninguno de nosotros —precisó Slava.

—Bueno.

—Bueno.

—No sé qué quieres que te cuente.

Slava estaba demasiado cansado para hablar. La borrachera lo había abandonado, como si fuera un anfitrión poco hospitalario. El cansancio permanecía. Era un tipo especial de cansancio que le sobrevenía rara vez, siguiendo un proceso químico interno que no comprendía. Le costaba esforzarse, también mentir.

—Ella estuvo en el gueto —relató por fin el abuelo—. Escapó. No pesaba nada; los partisanos vivían a base de mondaduras de patata en los bosques. Tuvieron que vadear tantos pantanos que la piel se le caía cuando se quitaba las botas. Se ocupaba del rebaño de vacas.

—¿Vacas? —se extrañó Slava.

—Vacas. No sé.

—¿Qué más?

—Qué más. Estuvo presente cuando una mujer ahogó a su hijo en un búnker. Los fascistas estaban en el piso de arriba. Como el bebé lloraba, los delataba a todos. Muy desagradable —abrevió.

Slava se aclaró la garganta.

—¿Qué me dices de sus padres?

—Su padre le pidió que regresara al gueto a buscarlos, pero su madre le dijo que no. «Vete, busca a tu hermana, no vuelvas». Su hermana ya se había escapado. Imagina que dejas a tus padres y los matan un mes después. —Se detuvo—. Eso es todo lo que sé. Ella nunca quería hablar del tema.

Permanecieron un minuto en silencio.

—Júrame que no se lo dirás a nadie —le pidió Slava.

—¿A quién se lo iba a decir? —protestó él.

—Júralo —le ordenó Slava.

El abuelo lo juró.

—Familia —musitó Slava con amargura.

—Oye, espera. He llamado a un par de tiendas... Nadie ha oído hablar de *Sintrri*. ¿Quieres que vaya a preguntar más lejos?

—Olvídalo —dijo Slava.

—No, te la compraré.

—No te preocupes —dijo Slava, y colgó.

Vacas. ¿Qué pintaban las vacas con los partisanos, que se ocultaban y se movían con frecuencia? Las querían por la leche, obviamente. ¿Las sacrificarían para obtener comida? Pero ¿por qué iban a poner a una chica de ciudad de quince años a cargo del ganado? ¿Era un castigo? Tampoco los partisanos que combatían contra los fascistas sentían un cariño especial por los judíos.

¿Qué más hacía durante esos días y esas noches, pasando cada vez más frío, bajo la coraza del cielo tachonado de estrellas? Montaba guardia (por qué no). Sí (continuó): durante el día cuidaba de las vacas y por la noche montaba guardia en el campamento. «Apiádate de la chica», se imaginó que le suplicaba un antiguo vecino a Zelkin, el comandante. Zelkin le espetó: «¿Crees que en la guerra los niños se diferencian de los adultos?». Lo respetaban porque no se aprovechaba de las chicas de la misma manera que otros comandantes, de modo que el vecino no dijo nada más.

Slava salió del baño y se sorprendió al redescubrir a Arianna Bock en su cama. Los últimos dos días le habían otorgado una dosis de extrañeza a su vida.

—Vadearon tantos pantanos que la piel se le caía cuando se quitaba las botas —le dijo a la figura durmiente de Arianna—. Comía mondaduras de patata. Vomitó su primera comida normal. De lo rápido que comía; se metía montones de comida en la boca y vomitó.

Arianna no contestaba. Él asintió y se dirigió al escritorio. Encendió el portátil y alejó la luz del flexo de Arianna. Ella dejó escapar un ronquido de sorpresa y volvió a

dormir sin hacer ruido.

Vacas, vacas, vacas. Ahora su abuela hablaría con él. Ahora no habría ninguna imposición. Ahora seguiría el movimiento de sus labios. Ahora la abrazaría y no se separaría hasta que pudiera hablar igual que ella, hasta que se convirtieran en la misma persona.

Sofia Dreitser, quince años, con domicilio en la calle Karastoyanova número 45, luego en el gueto en Vitebskaya número 111 y ahora en la *zemlyanka*<sup>[4]</sup> número 6, contando desde el abedul torcido con la corteza arañada. Tampoco es que pasara mucho tiempo en el escondrijo. Durante el día, cuidaba de las vacas. Tenía los dedos rígidos de tirar de las tetas y moretones en los flancos por las coces anémicas de las bestias. En las frías noches se sentaba al borde del campamento y temblaba bajo un chaquetón raído que alguien le había prestado con la sola compañía de una carabina que no habría sabido utilizar en caso de necesidad. Por la mañana dormía una hora o dos después de que la relevaran y soñaba con su padre, que transportaba mercancías en un carro antes de la guerra, que galopaba en el sueño con unos enormes bloques de hielo, más y más rápido, porque el hielo se estaba derritiendo con el aire cálido de la mañana. El domingo era su día libre. Dormía el día entero.

Una tarde, después de varias noches en vela, se quedó dormida mientras las vacas pastaban a un kilómetro del campamento...

**REDACCIÓN. Por favor, describa minuciosamente dónde se encontraba el sujeto entre los años 1939 y 1945.**

... Creí que el sueño me había vencido un minuto, pero, cuando me desperté, el sol había costado la mitad del arco del cielo. Los animales no estaban.

Uno de los partisanos, un bielorruso llamado Piotrus, dijo que había que matarme por haber perdido las vacas. Una boca menos que alimentar, ahora que no podrían comérselas. Piotrus era un paria en su pueblo, Khutorka, por irse con los partisanos. La mayoría de los bielorrusos, mangoneados por los rusos y los polacos desde tiempos inmemoriales, no dudaban en unirse a los alemanes. Pero Piotrus era lo bastante viejo como para haber visto los estragos que la artillería alemana había causado entre los soldados rusos durante la Primera Guerra Mundial. Por eso se unió a los partisanos. A ojos de los del pueblo, era un amante de los judíos, porque, a veces, los partisanos aceptaban combatientes judíos. Piotrus ni siquiera podía volver a comer a casa de su madre. Por eso se pasaba el tiempo pensando maneras de que lo volvieran a considerar antisemita.

En la unidad nunca habíamos tenido que matar a ninguno de los nuestros. Una vez habíamos emboscado un camión de provisiones



alemanas. Las ruedas delanteras reventaron al pisar la fila de púas de horqueta que Livshitz había soterrado durante la noche en la tierra baldía. Y habíamos ejecutado a un colaborador bielorruso. Estaba tomando un té, tenía un azucarillo pegado al diente cuando se desplomó en el suelo, mientras sus padres observaban la escena con resignación. Pero nunca uno de los nuestros.

Zelkin (el comandante), Piotrus y algunos otros estaban debatiendo en la pequeña tienda donde Avdosya horneaba el pan. Me habían metido en una celda improvisada. Tsadik, uno de los niños que se unieron a nosotros después de que los nazis arrasaran el orfanato de Minsk, escuchaba lo que decían y luego venía a contármelo. Las balas eran una posesión preciada, por lo que descartaron pegarme un tiro. Construir una horca en mitad del bosque cuando podríamos tener que salir corriendo en cualquier momento se antojaba absurdo.

Mientras estaban allí sentados bebiendo el destilado casero que le habían quitado al colaborador bielorruso, se oyó un mugido distante. ¡Las vacas volvían solas! Pegué un salto en mi sitio. Piotrus salió corriendo de su tienda haciendo guiños con los ojos (se tenía por un gran tirador y siempre estaba apuntando a posibles blancos, hasta un trozo de pan antes de llevárselo a la boca). Y entonces, detrás del mugido perezoso de las vacas, se oyó un sonido aterrador. Cortaba el aire y luego se prolongaba como un goteo de savia. Palabras en alemán.

En ese momento, por estúpido que parezca, no pude evitar pensar lo mucho que se parecía a nuestro yidis. No había hablado ni una palabra en ese idioma desde la noche que me había fugado del gueto. De repente — qué pensamiento más estúpido cuando tu vida toca a su fin— lo echaba enormemente de menos. *Fargideynk di veg*, me había dicho mi padre antes de marcharme. Recuerda el camino. «Vuelve a buscarnos. Aún somos jóvenes, podemos trabajar. Podemos ser útiles». Por primera vez desde que yo tenía uso de razón, mi madre lo interrumpió. «Vete y no vuelvas nunca más. Encuentra a tu hermana, permaneced juntas. No quiero volver a verte aquí». Trataba de mostrarse severa, y no discutí porque no quería avergonzarla.

El gueto de Minsk fue liquidado un mes después. «Liquidado», qué palabra tan extraña. Me recuerda un diluvio, un torrente de agua clara y vivificante. No hubo supervivientes. Hoy no puedo recordar con exactitud el rostro de mi madre. Recuerdo cada arruga y cada pliegue de la cara de mi padre. El rostro de mi madre es un borrón.

Sonaba como si los alemanes estuvieran solo a un centenar de metros de distancia. Dos de nuestros exploradores llegaron al claro donde habíamos acampado, gesticulando como locos en el código acordado.

Alguien quitó la palanca del artilugio que servía para bajar la hoguera a un hoyo semejante a una tumba. Varios muchachos se colocaron tras un túmulo de tierra y lo empujaron hacia el fuego como caballos de tiro. Las mujeres recogían la colada como locas. En cuestión de minutos, todo nuestro grupo estaba bajo tierra, las *zemlyankas* camufladas bajo un lecho de hojas de abedul. Los alemanes, siguiendo a las vacas, pasaron lejos del claro. La leyenda de que las vacas saben volver solas al redil es una patraña. Finalmente, oímos ruido de disparos y lamentos de animales. Parecía que el corazón se me iba a desangrar. Tsadik estaba agazapado contra mí y notaba sus pantalones empapados junto a mi brazo. Oí que alguien trataba de camuflar el vómito en un escondrijo cercano.

Nadie salió hasta bien entrada la noche. De la tierra salían hilillos de humo sibilantes donde antes había estado la hoguera. No se habían acercado lo suficiente para verlo. Algunos dijeron que la culpa era de los exploradores y no de las vacas, pero la mayoría, sabiendo que se habían escapado por los pelos de la muerte, no se sentían con ánimos de castigar con ella a nadie a menos que fuera alemán. Incluso Zelkin se tuvo que apartar a fumar, con la cara descompuesta. Y así fue como me salvé. Menuda ironía, librarse de la muerte a manos de los tuyos gracias a los alemanes.

Le había llevado cuarenta y cinco minutos escribir la carta, esa nueva vida. Lo que habían destruido los nazis, Slava lo había recuperado. Hizo la cuenta en un cuaderno: hacer lo mismo por cada persona que habían asesinado le llevaría quinientos trece años seguidos. Releyendo la carta, sintió una mezcla de satisfacción e intranquilidad. La de la página era la abuela y no lo era. No podía explicar el motivo, incluso después de releer la carta varias veces. Finalmente desistió, comprobó una vez más que no incluía referencia alguna al género del solicitante y escribió el nombre de su abuelo en la parte superior.

Se quedó dormido solo cuando el familiar azulón comenzó a apropiarse del cielo. Tenía la cabeza llena de imágenes y sonidos extraños: un hombre lavándose con el agua de un pozo, con una camisa basta y tirantes colgándole encima de las piernas; un camión militar gris que traqueteaba sobre un camino rural lleno de baches; el agudo fagonazo de un disparo en el bosque. Y la abuela. La abuela vadeando un pantano, la abuela ahogando a un bebé, la abuela echando los hígados en la hierba después de comer demasiadas mondaduras de patata.

La cama estaba vacía cuando se despertó. Tenía una nota pegada en el espejo del baño. «¿Lo hicimos? Deberíamos. Besos».

## Capítulo 6

Viernes, 21 de julio de 2006

Viernes por la mañana en *Century*: dieciséis pares de pies tamborilean impacientemente sobre el suelo radiante de hormigón del redil de los jóvenes ante la perspectiva del fin de semana. En su despacho, el señor Grayson toqueteaba el dial de la radio buscando algún adelanto de las matinés de música clásica del fin de semana. Los periodistas se escabullían de sus despachos cuando Beau no miraba y las puertas se abrían y cerraban con sigilo.

Resuelve el acertijo: Slava no había dormido en su cama desde la noche que compartió con Arianna, pero no había dormido con nadie más. Habían pasado juntos todas las noches desde el Kabul. Ella vivía al otro lado del parque, en el Upper West Side, un breve trayecto en autobús. Podía regresar a casa en menos de treinta minutos, se decía cada vez que pensaba lo mucho que se había desviado de su rutina. El martes por la tarde, ella se colocó junto a su escritorio hasta que él le prestó atención.

—Son las seis, hora de irse —señaló ella.

—¿A vagar? —preguntó él.

Ella se rio.

Tenían intención de coger el metro, pero acabaron caminando cincuenta manzanas. La ciudad estaba llena de barrios de los que Slava no sabía nada, y Arianna volvía a marcar la ciudad con chinchetas a su paso. Su primer apartamento en Nueva York, donde se sentaba en el alféizar a fumar sin parar mientras escuchaba a Madonna. Se dio su primer beso en esa esquina. Esa era la cafetería donde se había tropezado con Philip Roth. Él le había preguntado si estaba bien y ella no había sido capaz de contestarle.

Desde los ventanales de su apartamento se divisaba la estela nervuda del río. Era idéntico al río que discurría a una manzana de distancia de la ventana de Slava, solo que más marrón.

—¿Y ahora qué? —había preguntado él, plantado en mitad de la habitación sin saber qué hacer, con el gato de ella merodeando entre los pies de ambos. Ella lo tomó de las manos, se las llevó a los hombros y se quitó la falda. El tanga se le desprendió como la piel de una fruta y su perfume salado le asaltó la nariz a Slava. Al caer sobre el lecho, él notó que tenía los muslos húmedos. Después comieron sobras en la cama, mientras el gato pugnaba por quedarse con el pollo de su ensalada.

—Esta noche no duermas tan lejos —le pidió ella antes de apagar la luz. No eran ni las nueve.

En casa del abuelo, el más longevo de los Gelman había leído el falso testimonio a la mañana siguiente, asistido por la madre de Slava, que recurría al diccionario

cuando se topaba con alguna palabra difícil. Cuando por fin terminaron, llamaron a Slava y se echaron a llorar como gesto de agradecimiento. Luego dieron por finalizadas las aguas artificiales y salieron disparados en busca de un notario. «Lo escribiste —porque te sucedió a ti, tienes que empezar a pensar de esa manera— y tu nieto te lo tradujo», aleccionó Slava a su abuelo antes de colgar. «¿Lo entiendes?». «Lo entiendo», aseguró él.

Slava observó con pesar el reloj de la pared. Las once y treinta de la mañana. Tenía que terminar tres entregas para «El Bocinazo» antes de que finalizara la jornada. Después de una mañana improductiva, Slava solo había identificado un germen de bocinazo, perteneciente a las editoriales del *Times-Picayune* de Nueva Orleans: «Con la desaparición de los servicios jurídicos de oficio, la legislación estatal ha dejado la ley de sanidad en bragas».

Era un dos en uno: aplicar un símil a un comentario poco afortunado. Cerró los ojos, inspiró, espiró, contó hasta tres... y ahí lo tenía: «No obstante, la ley que aplica a jerséis permanece intacta». Le cogías el tranquillo después de hacer uno o dos.

Se suponía que Slava no se encargaba de la réplica. De eso se ocupaba Paul Shank. En un tiempo muy lejano, Slava se había saltado alegremente esta regla no escrita, creyendo que, si le enviaba algo brillante a Paul Shank, si lo impresionaba y le hacía la vida más fácil, Paul Shank alucinaría y pensaría: esto es brutal, dejemos que el chico escriba algo más. Pero cuando Paul Shank no cumplió sus expectativas —llegó a publicar en una ocasión la propuesta de Slava, aunque sin discutirla con el brillante joven, haciendo que Slava se sintiera como si el polvo de la noche anterior no lo hubiera llamado—, Slava decidió iniciar una rebelión modesta y dejó de enviarle réplicas a Paul Shank en el acto. Esta maniobra tampoco provocó comentario alguno por parte de su superior.

Así, Slava escribía las réplicas «para el cajón», al igual que lo habían hecho los grandes escritores censurados durante el periodo soviético. Él era Mandelstam, Pasternak, Bulgákov. Se desternillaba solo de pura indignación. Luego notó que últimamente se había estado comunicando consigo mismo cada vez más.

Agotado, volvió a repasar los periódicos. Un pueblo de Texas se había rebautizado con el nombre de un canal por cable a cambio de parabólicas gratis (*The Paris News*, noreste de Texas). Un hombre de Vermont había inventado unos esquís para sillas de ruedas (*Rutland Herald*). Pero gazapos, ni uno. El reloj avanzaba. Se le ocurrió una idea traviesa: inventarse un gazapo. ¿Acaso el *Rutland Herald* llamaría para quejarse? No si se inventaba el periódico también. Volvió a desternillarse. Durante dos años, se había pasado la jornada laboral peinando las noticias de Fayetteville, Champaign, Westerly. Al principio detestaba estas ciudades provincianas y las noticias que engendraban —ejemplo: después de un debate encarnizado que duró un año, el Club de Vela de Westerly había decidido construir muelles para las lanchas neumáticas—, que le tocaba hojear hasta que vislumbraba la aguja en el pajar que le dejaba un bocinazo más cerca de la libertad para ponerse a

trabajar en sus proyectos. Sin embargo, llegó un momento en que comenzó a considerar a sus personajes prominentes y a los reporteros y reporteras que informaban sobre ellos como una especie de cómplices. Lubbock, ahí te tenemos de nuevo. Conocía muchas de sus calles, aunque solo fuera de nombre. Se preguntaba qué aspecto tendrían en la vida real. Él nunca había ido más allá de Nueva Jersey.

Se oyó una conmoción procedente del vestíbulo. A través de los nudillos con los que se estaba frotando los ojos, Slava distinguió a Beau encaminándose hacia el redil de los júniores. A su paso iban surgiendo cabezas de periodistas y redactores de los despachos que acotaban el pasillo, y varios decidieron unirse a la procesión del jefe como quien sigue al director de un coro. Cuando Beau llegó a su sección, tenía todo un séquito a sus espaldas.

—Buenos días —saludó Beau, supervisando a los júniores. Se dio un tirón de los tirantes con los pulgares. Sostenía un cúter en la mano—. ¿Señor Grayson? —vociferó.

Con una gran exhalación, el capitán de los júniores, pajarita en ristre, se levantó de un salto (el señor Grayson fumaba tres paquetes de Merits al día. Para su setenta cumpleaños, los júniores hicieron una colecta para regalarle un cartón de Nat Shermans del estanco de la calle Cuarenta y Dos; dos años después, él aún alababa entre toses las bondades del tabaco, a pesar de que todos sabían que continuaban intactos en el último cajón de su escritorio).

El señor Grayson hizo descender su calvorota.

—¿Señor Reasons?

—¿Cuántas páginas de publicidad hay en este número?

—Jo, jo, jo —repuso el señor Grayson, contemplando el suelo—. Tendría que contarlas para estar seguro. Sesenta y cuatro me parece, señor Reasons. Sesenta y cuatro. Pero no se fíe del todo.

—¡Sesenta y cuatro! —aulló Beau—. Y hace dos años, ¿cuántas había?

Todos los júniores se giraron para mirar al señor Grayson.

—Oscilarían entre las veinte y las treinta —contestó el señor Grayson obedientemente—, según creo recordar.

—De veinte a treinta —repitió Beau en tono acusador—. ¿Y qué sucedió hace dos años?

—Creo que fue cuando usted empezó a trabajar aquí, señor Reasons —confirmó el señor Grayson con timidez.

—He conseguido multiplicar el número de anuncios por dos o más y ¿qué clase de cartas recibimos? —exclamó Beau—. «Hay demasiados anuncios». Los lectores tardan una hora en llegar al primer reportaje. —Puso las manos en alto—. Pero no pasa nada. Nos debemos a nuestros lectores. Vamos a modificar el diseño de la puesta en página. A partir del mes que viene la revista se publicará en tres versiones: normal, semianuncios y cero anuncios. Como la leche. Pero tendremos que hacerlo manualmente en uno o dos números antes de que puedan reprogramar las puestas en

papel. ¿Quién es el encargado de puestas en papel de esta sección?

Todas las cabezas se giraron hacia Avi Liss, que levantó la mano temerosamente.

—Tú serás el encargado —anunció Beau. Sostuvo en alto el cúter—. Esto es tecnología punta, ¿vale? Basta con un tajo, del margen hacia abajo. Cuidado con los dedos..., este cacharro corta el cristal.

Como Avi permanecía sentado, Beau blandió el cúter con impaciencia frente a su empleado.

—Pero... —titubeó Avi.

—¡No tienes que cortar los tres millones de ejemplares! —exclamó Beau, entre risas—. Es una iniciativa piloto. Solo son veinte mil. Lo tomas o lo dejas.

Avi se aproximó hasta Beau, rodeó el cúter con los dedos y regresó avergonzado a su escritorio. Se hizo el silencio y los timbrados de los teléfonos rellenaron el vacío. Beau miró fijamente a los júniores. Los júniores miraron fijamente al jefe.

—Era una broma —confesó Beau decepcionado. Se giró a su séquito de redactores—. En vuestra sección ha tenido más gracia. —Se giró hacia Avi—. Devuélveme el cúter.

Avi se lo devolvió con la cabeza gacha. Se oyeron algunas risitas forzadas entre la multitud.

Slava echó un vistazo al siguiente periódico de la pila, deseando que Beau continuara con sus chanzas. En la portada había una foto de unas excavadoras junto a la orilla de un río. Se le ocurrió un bocinazo, perfecto para un periódico imaginario al que dejar en evidencia.

*Star-Bulletin de Paiute* (Colorado): «La pasada noche cedió el muro de contención de hormigón que encauzaba el río. “Que me lleven los demonios”, exclamó Mac Turpentine, el ingeniero jefe, cuando contempló la hecatombe a la mañana siguiente».

*Century*: «Se lo llevarán por vía fluvial».

—La semana que viene tenemos un número excelente —oyó que Beau decía, asintiéndole a Peter. Slava ardía de celos en su silla—. Necesito saber en qué punto están un par de cosas.

*Gazette* de Rinkelrinck (Arkansas): «Varios conductores que circulaban por la autopista 36 en dirección Este denunciaron la presencia de un hombre desnudo en el arcén junto a la salida 11, próximo a la Freiduría Fran's. El sujeto blandía una espada samurái en dirección a los conductores, pero no interrumpió el tráfico. Fue detenido y puesto en libertad casi de inmediato, dado que no había incurrido en ningún delito concreto recogido en el código penal. Finalmente, lo acusaron de exhibicionismo y de tenencia de un arma peligrosa».

*Century*: «También llevaba una espada samurái».

El teléfono del escritorio de Slava sonó: 718. Prefijo de Brooklyn. No reconocía el número. En la breve pausa del monólogo de Beau sonó áspero y estridente. Slava cogió el auricular y volvió a colgarlo.

—Señor Heady —preguntó Beau—. ¿Cómo vamos con los saborizantes alimentarios?

Solo hacía falta dotarla de algún detalle específico —Freiduría Fran's— y la historia ya parecía real. Incluso podías salirte con la tuya e inventarte una ciudad llamada Rinkelrinck. A ver si Paul Shank se daba cuenta. Seguro que así al fin se fijaba en él.

Charlie Headey le respondió a Beau explayándose demasiado en los detalles. Beau lo escuchó hasta el final educadamente, pues se sentía mal por la broma del cúter. Luego se giró hacia Avi Liss y le preguntó por la puesta en página, aunque estaba perfectamente informado gracias al departamento en cuestión. Como era de imaginar, Ari jodió la oportunidad de rehabilitarse por pasarse una eternidad farfullando acerca de plazos y fuentes.

—Señorita Bock. ¿Qué hay de «El “leonardo” desaparecido»? —inquirió Beau.

Arianna expuso unos falsos progresos con brevedad y fluidez; apenas había empezado a trabajar en el artículo. Beau le agradeció sin palabras su eficiencia.

*Advertiser* de Fanning (Dakota del Norte): «En respuesta a las declaraciones del alcalde, que acusó a la constructora de mala praxis, Propiedades Dakota replicó que había habido juego sucio. “Es una conspiración”, explicó a los reporteros Jim Foulbrush, el director general. “Me persiguen como una manada de lobos salvajes porque necesitan a un cabeza de turco”».

*Century*: «Menos lobos, Caperucito».

El teléfono volvió a sonar. Estaba claro que tenía que cambiar el tono. Echó un vistazo a la pantallita: el mismo número. Al ver que Beau se replegaba por el pasillo, descolgó el auricular.

—*Allo?* —preguntó en ruso una voz ronca—. *Allo?*

—¿Sí? —contestó Slava obedientemente.

—Al habla Israel Abramson —anunció su interlocutor—. *Allo?* Me resulta difícil oírlo. —Un carraspeo al otro lado de la línea—. Perdone —continuó, en un tono que oscilaba entre la disculpa y la decepción—. ¿Está ocupado?

—¿Ocupado? —dijo Slava—. No. Disculpe, ¿quién es usted?

—Me he enterado de que le ha escrito una carta a su abuelo —dijo Israel—. Es muy buena.

Slava estaba atónito, sin palabras. No podía ser verdad.

—Yo no le he escrito ninguna carta a mi abuelo —replicó rápidamente.

—Tómeselo con calma, jovencito —lo tranquilizó Israel—. Su secreto está a salvo conmigo. Por cierto, Israel no es mi verdadero nombre. Me lo cambié cuando llegué aquí, para mostrar mi solidaridad. Antes era Iosif, pero ya sabe quién más se llamaba así.

Slava no contestó, le salían chispas de la cabeza. ¿No grabarían las llamadas en *Century*?

—¡Stalin! —exclamó Israel—. ¿No conoce la historia? Ese maldito carnicero. En

mil novecientos cincuenta y dos, mi primo trabajaba en el hospital infantil de...

—Espere, espere, espere —lo frenó Slava—. Israel... Lo siento. ¿Cuál es su patronímico?

—Todavía hay quien tiene modales, eso está muy bien —aprobó él—. Arkadieвич. Israel Arkadieвич.

—Usted..., usted... —farfulló Slava.

—Quiere que vaya al grano —adivinó Israel—. Lo entiendo perfectamente. Quiero que escriba otra carta para mí. Le escribió una carta muy buena a su abuelo. Necesita matizar un par de cosas, pero por lo demás es buena. Yo también escribo, entiendo de estas cosas.

—Entonces quizá debería de escribirla usted solo —gruñó Slava—. Así se aseguraría de que todo estuviera a su gusto.

—Oh, no sea llorica.

—No quiero hablar de esto en el trabajo —dijo Slava—. ¿Cómo ha conseguido mi número de teléfono?

—El mismísimo fugitivo del gueto me lo ha proporcionado.

—Lo llamaré —prometió Slava. Y colgó.

Oyó que Arianna tamborileaba con los dedos en la mampara. La semana anterior habían cogido por costumbre pasarse notitas. Cada vez que Slava oía un golpecito, se encontraba con dos dedos que le tendían un cuadrado de papel doblado desde el otro lado del bastidor.

A: ¿Verdadero o falso? Leonardo da Vinci tenía seis dedos en la mano izquierda.

S: Falso.

A: ¿Verdadero o falso? Hoy no llevo ropa interior.

S: Verdadero.

A: ¿Verdadero o falso? Me quedaré hasta tarde si nos lo montamos en la oficina.

S: ¿Dónde?

A: En el sofá del despacho de Beau. Considéralo tu venganza.

Hoy su trozo de papel decía:

A: ¿Va todo bien?

S: A las mil maravillas. Tengo que hacer una llamada.

A: Vaaaaaale.



Slava comenzó a marcar dígitos. Se equivocó varias veces. Si tuviera la previsión de su abuelo, si Arianna no hubiera interferido, probablemente no lo hubiera llamado desde el teléfono de su escritorio. Probablemente se hubiera ido a la biblioteca para llamar desde el móvil. Más adelante se preguntaría por qué lo había hecho así.

—Sí —contestó su abuelo con desaliento.

—Acabo de mantener una conversación telefónica alucinante —bramó Slava en ruso.

—¿Quién es? —balbució el abuelo.

—Oh, venga ya —dijo Slava—. ¿Entiendes lo que podría pasar si alguien nos descubre?

—Por favor, no me grites.

—No estoy gritando. Estoy susurrando en alto.

—Estaba orgulloso de mi nieto, qué quieres que te diga.

—No me vengas con esas. A todo esto, ¿quién es ese hombre? ¿Lo necesitas para algo?

—¿Si lo necesito para algo? Apenas puede caminar.

—No estás familiarizado con las leyes de aquí —le recriminó Slava—. Pero se toman esta mierda muy en serio.

—Escúchame bien —advirtió el abuelo, con firmeza—. No hace ni una semana que tu abuela murió. ¿Te acuerdas de eso o ya has seguido con tu vida? Porque aquí, nosotros todavía recordamos...

—¡Eso no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo!

—Aquí todavía estamos de luto —continuó él—. Y tú me vienes con tus preguntas filosóficas... Tu abuela está en un ataúd. Ahí tienes filosofía, Einstein. No sé lo que decirte.

—¿Quién es él?

—¿Quién?

—Israel. Iosif. Como se llame.

—También es de Minsk. Crecimos juntos. Vamos juntos al doctor Korolenko. Yo tengo gota y él tiene algún problema en la rodilla.

—Tú no tienes gota.

—No te preocupes por eso. No pudo venir el domingo, por eso me llamó para darme el pésame. Tú eres escritor, pues aquí tienes otra historia.

—¿Quieres que ir a la cárcel se convierta en una tradición familiar? —aulló Slava. Se arrepintió inmediatamente. El abuelo no sabía que él estaba al tanto.

El viejo tosió trabajosamente. Era un anciano frágil y Slava insistía en atacarlo. Luego le dijo como si tal cosa:

—No sé a lo que te refieres.

—Tengo que irme —dijo Slava, tan enfadado como pudo, y colgó.

El corazón le golpeaba el pecho sin piedad. Se obligó a inspirar y espirar. Estaba exagerando. *Century* no grababa las llamadas telefónicas, ¿para qué iban a hacerlo? Le diría a Israel que no, que había sido un malentendido, que su abuelo era un cuentista, que eran sus enredos de siempre. Israel refunfuñaría y luego todo se acabaría. No podía hacerlo, ¿no? *Century* no grabaría las llamadas telefónicas, ¿no?

Con la frente sudorosa, Slava abrió el buscador de internet. Tras escribir «compensaciones supervivientes holocausto» apareció una larga lista de artículos de prensa sobre las últimas novedades en el programa de indemnizaciones. Un grupo de presión reclamaba una ampliación de los criterios de elegibilidad. No era lo que estaba buscando. Tecleó de nuevo «compensaciones supervivientes holocausto» y luego añadió «fraude». Si al final acababa esposado en el banquillo, tendría una coartada. Podría decir que había estado investigando para un artículo o buscando un comentario gracioso para «El Bocinazo». Compensaciones supervivientes holocausto fraude: puaj.

Localizó un enlace que prometía: catedrático Andrew Morton, de la Facultad de Derecho de Stanford, un «destacado experto en los acuerdos, apelaciones y abusos relacionados con las reparaciones a las víctimas del Holocausto». Y también amante de la aliteración, había que añadir. En California eran poco más de las nueve de la mañana. Se quedó esperando a oír lo que estaba haciendo Arianna. Como estaba ocupada al teléfono, se levantó y se marchó sigilosamente a la biblioteca de los verificadores de datos. Se refugió de las miradas indiscretas en un rincón oscuro que no había sido afectado por la renovación. Estaba inspeccionando los recovecos en busca de trabajadores de *Century*, cuando recordó que se había dejado las búsquedas abiertas en la pantalla del ordenador y salió disparado hacia su escritorio. Casi tira al suelo a Arianna.

—¿Qué pasa contigo? —se quejó ella, con una mueca de dolor.

—Luego te lo cuento —le prometió él.

—Despacho del profesor Morton —contestó una voz juvenil y vivaracha cuando por fin marcó. Hablaba con un tono altanero, como si su dueña se supiera la guardiana de las puertas asediadas de la vida de Andrew Morton.

Slava dejó de caminar de un lado a otro y se sentó en un sillón rasgado.

—Con el profesor Morton, por favor —pidió.

—¿Y quién he de decirle que llama? —Al otro lado de la línea, la protectora del profesor Morton irradiaba un halo profesional.

—Peter Devicki —mintió Slava—. De la revista *Century* —añadió con seriedad.

—Oh —se sorprendió ella. Esas palabras mágicas siempre abrían puertas—. Solo un segundo. Es de la revista *Century* —le anunció al profesor, como si ella le hubiera pedido a Slava que llamara. Él murmuró algo y se echaron a reír.

—¿Hola? —contestó una voz chillona al otro lado de la línea—. ¿Peter? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Devicki —insistió Slava—. Estamos escribiendo un reportaje sobre las

compensaciones que se están ofreciendo actualmente a los supervivientes del Holocausto. Dado que es usted un experto en la materia... —Esperó, y añadió con cautela—: Estaríamos interesados en saber qué pasaría en caso de fraude.

—De acuerdo —dijo Morton.

—Nos interesa saber particularmente si se contempla algún tipo de pena en el caso de que alguien, ya sabe, falseara las historias que acompañan las solicitudes.

—¿Ha sucedido algo? —quiso saber Morton.

—¿A quién? —replicó Slava.

—Estaba hablando de solicitudes falsas.

—Oh —dijo Slava—. No, no. Se trata de un caso puramente hipotético. Nos gusta explorar todas las posibilidades..., ya sabe.

—*Century* —entonó Morton con timidez.

—*Century* —se hizo eco Slava.

—Crecí leyendo esa revista, ¿sabe? Mi padre las coleccionaba y yo se las quitaba de la estantería.

Tenías que concederle un minuto a los fans.

—En cualquier caso, la clave está en el dinero —se recondujo Morton—. ¿Saca algún beneficio esta persona? ¿Ha sido acusado el presunto solicitante fraudulento?

—¿Disculpe? —dijo Slava.

—Acusado. ¿Ha sido acusado el presunto solicitante fraudulento?

—Acusado —repitió Slava.

—Sí, claro —dijo Morton—. Existiría una responsabilidad penal. En este momento no podría explicárselo en detalle, pero estamos hablando de dinero obtenido de manera fraudulenta. De modo que se considera robo. Fraude. El derecho penal lo persigue. La cuestión es: ¿hay algún estatuto federal o estatal que considere que exista responsabilidad penal? ¿Dónde está sucediendo esto?

—En Nueva York —dijo Slava—. Supongo. ¿Hay alguno?

—No lo sé, señor Devicki —repuso Morton, divertido—. Yo vivo en California.

—Entonces, tenemos que averiguar si existe alguna responsabilidad penal según las leyes de Nueva York —concluyó Slava con desánimo. ¿Acusado? ¿Responsabilidad penal?

—Luego, claro está, tendríamos la ley alemana —continuó Morton—. Si esto constituyera un delito según la ley alemana, podría formularse una orden de extradición. Lamento ser tan hipotético. Como esto no ha ocurrido, no puede compararse con otros casos.

—Extradición —repitió Slava. Luego añadió débilmente—: Pero ¿cómo puede estar uno sujeto a las leyes alemanas siendo ciudadano de...?

—Constituye robo a un gobierno extranjero —le cortó Morton—. No hace falta que seas ciudadano alemán para ser juzgado.

—Ya veo —musitó Slava. Trató de insuflar energía a su voz—. Ha sido de gran utilidad.

—Ha sido un placer —aseguró Morton—. *Century* no te llama todos los días.

—Una última cosa —añadió Slava, hurgando en el costado de una vieja librería de madera que exhibía manuales de botánica y horticultura. «El arte de la puticultura», había escrito alguien a boli encima de uno de los títulos—. ¿Cómo lo descubrirían? —inquirió—. Que es falso.

—Todos los fondos de financiación tienen sus mecanismos de verificación —explicó Morton.

—¿Existen archivos? —preguntó Slava—. ¿De la guerra?

—Son escasos —confirmó Morton—. Los alemanes destruyeron muchos de ellos y los rusos nunca han querido desprenderse de los suyos. De modo que todo se reduce a cuán persuasiva sea la historia. Si los hechos no disparan las alarmas.

—Ya veo —dijo Slava gravemente—. Bien, gracias por su tiempo.

Cuando Morton se disponía a preguntarle cuándo se publicaría el artículo, Slava colgó. Permaneció inmóvil en el sillón y deseó haberle preguntado a Morton a qué alarmas se refería.

—Oye... —Arianna lo sorprendió. Estaba en el umbral de la biblioteca, abriendo la puerta con la cadera. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Volvía a admirarse de lo preciosa que era. Dedos tan largos y finos como lápices, tan delgados que los tenía azules por las mañanas, aunque hubiera treinta grados en el exterior. Solía frotarlos entre los suyos, el doble de gruesos, para calentárselos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Entra —le pidió él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ven.

En la pantalla del móvil todavía aparecía el número de Morton, «Llamada finalizada». La atrajo tomándola del cuello y la besó, apartándola del teléfono.

—Slava, Avi está calentando sus lentes a la vuelta de la esquina ahora mismo.

—Entonces vamos al sillón. —Señaló un asiento ajado detrás de un biombo de bambú, el hogar del pensionista de Austin Miller. Todas las tardes, Austin, ayudante de redacción, se echaba ahí unas siestas proverbiales dignas de latitudes más ecuatoriales.

—Para —protestó ella—. Mejor en casa. —Se apartó y se alisó la falda. Contento de que no hubiera oído de casualidad la conversación, se rindió—. Voy a dar un paseo, por si te apetece venir —sugirió ella.

Estaba a punto de rechazar su oferta cuando pensó: Arianna debería saber qué cosas hacen saltar las alarmas. Al fin y al cabo, era verificadora de datos; era su trabajo.

—Sí, me apetece —asintió él.

—¿De veras vas a acompañarme?

—Solo tenías que acostarte conmigo para conseguirlo.

En la calle hacía menos bochorno que el día anterior. La escoba de las estaciones

comenzaba a barrer el verano bajo la alfombra. Se protegieron los ojos con la mano al salir a la claridad. Arianna sacó unas grandes gafas de sol de su bolso con múltiples hebillas.

—Cuando deje este lugar —le contó—, voy a escribir una novela sobre los trabajadores de una redacción que trabajan hasta altas horas y de noche se convierten en vampiros.

—¿Adónde? —preguntó él.

—Tú eliges —lo animó ella.

—No sé cómo se juega a esto. No quiero quedarme aquí parado.

—Pero si somos las únicas personas de toda la manzana que no se están moviendo. —Él siguió la dirección de su mirada: la calle era un hervidero, inquieto y tenso. Ella le pidió que cerrara los ojos. Alguien que salía del edificio le dio un empujón y lo miró con mala cara—. Cierra los ojos —repitió ella, ajena a todo.

Él levantó las manos y se apartó de las puertas giratorias para ir a una triste pared donde se congregaban los fumadores del edificio.

—Si esperas un minuto, sabrás adónde ir —le aseguró ella, uniéndose a él.

—Estoy esperando —comentó él con impaciencia.

—A veces no funciona —reconoció ella.

Él puso los ojos en blanco.

—Si estoy con alguien que es impaciente e irritante y no me viene la inspiración, entonces cierro los ojos —explicó ella—. Así me siento como si estuviera en el interior de una pintura de Van Gogh. Me rodea un torbellino y yo soy un punto inmóvil en el centro.

Él levantó un dedo y le tocó la marca de nacimiento del párpado. Ella se estremeció, pero mantuvo los ojos cerrados. Tenía la piel del párpado suave y fatigada. No se maquillaba nunca.

Divisó al señor Grayson, que salía de los ascensores agarrado a un paquete de Merits como si fuera un salvavidas.

—Vale, vámonos —la apremió.

—¿Adónde? —preguntó ella, abriendo los ojos.

—Al parque —propuso él—. La gente aún va al parque a sentarse.

—Y qué sabrás tú... —comenzó a decir ella, pero él le tapó la boca con la mano. Ella se escabulló y él comenzó a perseguirla. Corrieron por la Sexta Avenida. En Bryant Park los habitantes de Midtown sudaban sobre sus ensaladas. Los visitantes del parque acudían creyendo que pasarían su hora del almuerzo en un rincón ignorando a la muchedumbre que se agolpaba a su alrededor, pero al final no les quedaba más remedio que compartir con extraños las mesitas minúsculas de café que circundaban el perímetro. Durante treinta minutos se sentaban unos junto a otros, desviando la vista para no mirarse.

Slava y Arianna se sentaron en la hierba, todavía cálida como solo pasa en verano. A pesar de llevar el bolso y una falda de vuelo, Arianna se arrellanó en el

suelo con una eficiencia grácil y silenciosa. Las piernas se extendían hasta el infinito contra el verde, pálidas como el estuco.

—¿Qué tal te encuentras? —se interesó ella—. Me refiero a lo de tu abuela. No has hablado mucho del tema. Perdona si no querías que lo sacara.

Él apoyó la cabeza sobre sus muslos. El aire estaba ahíto de verano.

—En Uzbekistán —comentó, recordando algo que le había contado su abuelo en una ocasión—, se bebe té caliente cuando hace calor y no al revés.

—Siempre que te pregunto por ella me hablas de él.

Él pensó en ello.

—Estuvo enferma seis años. Sufrió un accidente de tráfico y la fastidieron con la transfusión sanguínea. Se contagió de cirrosis. Su hígado se negaba a funcionar. Todas las toxinas que el hígado elimina se le quedaban dentro. Prácticamente no le servía. Le salían ronchas por toda la piel. Le picaba horrores, le daban ganas de arrancársela a tiras. Tenían que ingresarla en el hospital a menudo por deshidratación. Primero algunos meses, luego todos los meses, después todas las semanas. Y, aun estando así, no se quejaba. Le preguntabas cómo estaba y te contestaba: «*Very good*». Eran las dos únicas palabras que sabía decir en inglés, y lo decía de tal manera que parecía un chiste y te reías y así desviaba tu atención. ¿Qué clase de persona hace eso? —Levantó la vista hacia Arianna—. En el otro extremo, tenemos a mi abuelo, que si cree que te has olvidado de él por un instante, te lo echa en cara. Él es el que habla. A él lo conozco. A ella no. Y me gustaría. Mejor dicho: me habría gustado.

Ella no dijo nada, solo le apoyó la palma de la mano en el pecho. Él le agradeció el silencio.

—¿Ahora qué tengo que hacer? —quiso saber él—. Después de tapar el espejo.

—No tienes que hacer nada —aseguró ella.

—Pero hay reglas —protestó él.

Ella sonrió.

—Hay reglas, sí. El luto dura siete días. Tú ya estás en la recta final. Te sientas en taburetes bajos.

—¿Por qué?

—Para no estar cómodo —explicó ella.

—Así te acuerdas de la persona.

—Sí. La gente te trae comida para que no tengas que cocinar. Te hacen compañía para ayudarte a atravesar los peores momentos.

—¿Se puede pensar en ello directamente o se pecaría de orgullo?

—No, puede que para un cristiano represente un problema, pero no para nosotros —opinó ella—. Solo que resulta doloroso. En la *yeshivá* tenía un profesor que decía: «El judaísmo te pide que te superes a ti mismo y te proporciona ayuda cuando no puedes hacerlo». Así es como quiero vivir. Ese es un Dios misericordioso.

—Pensé que nuestro Dios era un Dios enfadado —confesó Slava.

—También lo es —rio ella—. Está encarnado en mi madre. Pero no tienes que

tomarte todo al pie de la letra. Te asfixiarías y no querrías saber nada de la religión.

—¿Eso fue lo que te pasó a ti? —preguntó él.

—No, pero me lo puedo imaginar —dijo ella.

Arianna le introdujo la mano debajo de la camisa.

—Este calor es de locos —se quejó él.

—Agosto —recitó ella—. Eres una alucinación erótica.

—¿Lo has escrito tú?

—Qué más quisiera.

Un trompetista solitario soltó un tururú frente a un micrófono en el escenario del extremo oeste del parque. Había un concierto programado para más tarde.

—¿Has intentado publicarlos? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Son para mí.

—Quizá seas tímida —opinó él.

—Y tú quizá seas exhibicionista.

—¿Sabes a lo que quieres dedicarte?

—¿La verificación de datos no te parece una carrera seria? —bromeó ella—. Aún no lo sé. Estoy esperando una señal. Te envidio... Sabes exactamente lo que quieres.

—Claro, por eso he cosechado tantos triunfos.

—No tienes paciencia.

—Cuéntame algo sobre la verificación de datos —le pidió con cautela.

—Claro —accedió ella—. ¿Qué quieres saber?

Él se encogió de hombros.

—Todo. Llevo sentándome a tu lado un año y medio (y durmiendo en tu cama una semana) y no tengo ni idea de qué va.

—¿Te quedarás a dormir el fin de semana? —preguntó ella.

—Dependerá de lo bien que contestes a mis preguntas.

Ella se echó a reír; su rotunda dentadura brillaba al sol.

—¿Sobre verificación de datos? —se extrañó ella, tumbándose con la cabeza sobre las palmas—. No sé. Compruebas la información del artículo. —Se encogió de hombros.

—El reportaje en el que estás trabajando ahora.

—Es sobre un cuadro que ha desaparecido en un museo italiano. Pero la mitad del tiempo no puedes contactar con la gente porque están durmiendo la maldita siesta. Como si yo hablara italiano, además. Y Sheila, bendita sea, no se acuerda del nombre del conservador. Pero le avergüenza entregar un artículo incompleto, de modo que la muy perra se lo inventa. En lugar de dejar el nombre en blanco se saca uno de la manga. Oh, qué más da, ya lo encontrará Arianna. Pregúntame cuántas horas pasé esta mañana tras las huellas de Massimo el Falso Conservador.

—Pero ¿cómo funciona? Ya sabes —insistió él—. Si te dijera..., ¿qué hace saltar... las alarmas?

—Las alarmas —repitió ella—. Bueno, ellos describen unos hechos. Mejor dicho, ellos relatan unos hechos. Pongamos, por ejemplo, la semana pasada: Lehman Brothers. La compañía de la década, bla, bla, bla. Simons relata unos hechos. Yo tuve que repasar todo el artículo y subrayar todo lo que podría considerarse un hecho. Luego tengo que verificar que sea cierto.

—Pero ¿qué se considera hecho y qué no?

—¿Un hecho? El señor Grayson me mataría si me oyera decir esto pero... Un hecho es algo que puede cabrear a alguien si no es verídico. Por eso los artículos sobre un asesinato en la tribu perdida de waka-waka en la isla perdida de Wango-dango son, en cierto modo, los más fáciles de verificar. Esa gente no lee *Century*. No les importa si no has contado bien con cuántas rayas de boñiga de vaca se pintan la cara.

—Pero ¿hay cosas que no es necesario verificar?

—Las impresiones personales. Las conjeturas. Las cosas que no pueden verificarse no pueden estar mal, ¿entiendes? Si no hay constancia de ello, no puede verificarse. Disculpa, pero... ¿por qué te interesa tanto esto?

Él no le veía la cara pero se imaginaba la expresión, la manera de entrecerrar los ojos cuando se ponía escéptica.

—Me interesas tú —alegó rápidamente, y se levantó raudo para besarla.



## Capítulo 7

Viernes, 28 de julio de 2006

Israel vivía en un bajo cavernoso en Quentin Road, frente a la tienda de comestibles rusos y cerca de una delegación achaparrada de la Biblioteca Pública de Nueva York. Se accedía al salón a través de una cocina con paredes de siniestro linóleo que bien podría haber pertenecido a una barcaza. Unos armarios polvorientos albergaban unos paquetes de galletas saladas colosales y varios rascacielos de latas de atún, cortesía de la sinagoga local. Las mismas porquerías se apilaban en los armarios del abuelo, pero él tenía a sus cuidadoras para transformarlas con su magia ucraniana. Un calendario de medicamentos dominaba la pared de Israel donde, a falta de modelo, un fármaco anticolesterol posaba sugerentemente. Había tres calendarios de otras tantas farmacias rusas amontonados debajo, todos idénticos, como si Israel quisiera repetir el año.

—Mi pequeño castillo —proclamó Israel, abarcando su casa con los brazos mientras entraba en el salón.

Era una cita de una antigua película soviética donde un hombre que regresaba a casa se metía en el apartamento equivocado porque los bloques de hormigón donde vivía eran todos idénticos y se enamoraba de la mujer que vivía allí. Israel era bajo y orondo y se sujetaba el balón de la tripa con un par de pantalones de deporte azul marino. Tenía un rostro con más surcos que un mapa topográfico, donde dominaba el paisaje una nariz aquilina. La movió ligeramente cuando Slava se presentó.

Slava había ignorado a Israel durante una semana. Su plan inicial había sido ignorarlo para siempre. La semana después de su llamada, en lugar de dedicarse a peinar el *Charlotte Observer* y el *East Hampton Patch*, Slava se inventó tres gazapos y fue en busca de su abuela al bosque bielorruso. La noche que Arianna se había quedado dormida en su cama su abuela se le había aparecido. Una visión despiadadamente breve pero, durante cuarenta y cinco minutos, el tiempo se había detenido para que él pudiera entrar en otra dimensión y hablar con la anciana. Si continuaba escribiendo sobre su abuela, Arianna continuaría dormida en su cama, el sol continuaría desterrado tras la ventana, la ciudad se estancaría en el tiempo. Pero entonces el relato llegó a su fin. Cuán despiadado es cualquier relato; no puede llevarse más allá del fin que este ha escogido, ni siquiera para mantener a tu abuela con vida. Por eso Slava necesitaba viajar con su abuela una vez más. No obstante, cuando intentó escribir algo sobre ella sin intención de utilizarlo para la solicitud de indemnización, en ausencia de los detalles verídicos que le había proporcionado el abuelo, por escasos que fueran, no le salió nada. La historia no tenía propósito alguno, no tenía marco. Qué desgraciado se sentía Slava. ¿Qué clase de escritor era si no podía inventar sus propias historias?

El tercer día de inactividad levantó el teléfono. Israel no le había vuelto a llamar y Slava habría preferido ir llamando puerta a puerta por todo Brooklyn antes que preguntarle al abuelo, con quien tenía intención de seguir furioso a causa de su caballerosidad. El abuelo le había contado que tanto él como Israel acudían a la consulta del doctor Korolenko. «Korolenko gota rodilla problemas Brooklyn NYC», tecleó Slava, y ahí tenía el número: 718.

—Consulta del doctor Korolenko, le atiende Olga.

—Hola, Olga. Mi abuelo me ha pedido que llame para confirmar su cita.

—Claro. ¿Qué día la tenía?

—Esa es la cuestión, que no se acuerda. Cree que la tiene el miércoles o el viernes de la próxima semana. Está seguro de que no es a principios de semana.

—¿Su nombre?

—Israel Abramson. ¿Lo ve?

—¡Israel Arkadievich! Es uno de nuestros pacientes favoritos. Pero no, no aparece ningún Abramson en la agenda para la semana que viene.

—No, me dijo que estaba seguro de que tenía la cita el miércoles o el viernes.

—Quizá se equivocó —opinó Olga—. Tengo un hueco libre el miércoles por la mañana, si le viene bien.

—Bueno, ¿para cuándo tiene la próxima cita?

—No tiene que venir hasta septiembre.

—Sabes qué, déjala como está. Se lo explicaré. Es que él debería acordarse de estas cosas. Le compré un cuadernito para su cumpleaños precisamente para esto, ¿crees que lo ha estrenado siquiera?

Ella se echó a reír.

—¡Hay que ser paciente con los mayores! ¡Solo han pasado dos semanas desde su cumpleaños!

—Sí, claro —dijo Slava, maldiciéndose por el arabesco innecesario—. A veces se me olvida que es un anciano. Ya sabes lo que pasa: no quieres que se hagan mayores. Bueno, Olga, una última cosa. Me ha dicho que la última vez la furgoneta que lo fue a buscar lo estaba esperando una manzana más arriba. ¿Me podrías confirmar que tienes la dirección correcta?

—Aquí me aparece el veinte setenta de Quentin Road, ¿está mal?

—No, está bien. No sé por qué el conductor estaría esperándolo en la manzana que no era.

—Tenemos a otro paciente que vive en el veintiuno treinta, quizá fue un malentendido. Lo comprobaré.

—Oh, no pasa nada. Sería un malentendido. Ya sabes, el hombre se preocupa sin motivo. Le diré que se tranquilice.

Ella volvió a reírse.

—De acuerdo. ¡Ojalá todos los nietos se preocuparan tanto por sus mayores! Pásate alguna vez a saludarnos con el abuelo, ¿vale?

—Aquí soy el maestro —apuntó Israel a la vez que eructaba, señalando la ventana del salón, que asomaba por encima de la acera apenas treinta centímetros. Pasaron un par de pies, añadiendo nuevas motas a la polvareda que cubría el cristal—. *El maestro y Margarita*. ¿Lo has leído?

Slava asintió.

—En clase.

—Estoy relejendo a Gógol —continuó Israel—. «¿Adónde te diriges, Rusia?». Él sabía perfectamente hacia dónde se dirigía. Directa a un cubo de mierda. —Israel se volvió a girar hacia la ventana—. Puede adivinarse de qué humor está una persona por su forma de caminar —observó. Se quedaron mirando el penoso avanzar de un cojo ante la ventana—. ¿Qué dicen sus andares? «Que me devuelvan mi pierna buena» —bromeó Israel, y soltó una risotada. Tosió con violencia contra el puño, con el consiguiente temblor de cejas erizadas—. Cuando solo se tiene un hilito —anunció con solemnidad cuando se recuperó—, uno tiene que arreglárselas para tejer una manta entera con él. —Se llevó las manos a las caderas, como si se dispusiera a hacer ejercicios de calistenia—. Como te dije, yo también escribo un poco. —Tosió de nuevo—. Tengo la garganta como un desierto, perdona. Siéntate, siéntate, no te quedes de pie como un inspector. —Se dirigió al sofá, que tenía los laterales de ante sujetos por cinchas de plástico dorado—. Te quiero decir una cosa, de escritor a escritor: admiro tu manera de trabajar.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Slava, hundiéndose en el sofá.

—No necesitas que yo me invente una historia —explicó él—. Para la solicitud, quiero decir. Pero aquí estás. Quieres husmear un poco. —Israel hizo un movimiento con la nariz—. «Textura», ¿no era eso lo que querías?

—¿Dónde está su familia, Israel Arkadievich? —inquirió Slava.

—Puedes llamarme Israel —dijo él—. Ahora estamos en América, aquí podemos tutearnos. En la patria puedes salvarle la vida a alguien que se esté ahogando y no te dan ni las gracias, pero todo el mundo te llama Israel Arkadievich. Aquí mucho *jelou jauaryu*, pero no te ayudarían ni aunque te estuvieras ahogando. ¿Me equivoco?

—Supongo que no —coincidió Slava, pensando en ello.

—Mi mujer lleva muerta dieciocho meses —explicó él—. Que la tierra la acoja en su seno. Seguro que lo habías notado. —Los dedos nudosos barrieron la habitación—. «No salta la sartén y no silba la tetera», como se decía antiguamente.

—Lo siento —dijo Slava—. No lo sabía.

—Mi hijo... —Señaló la ventana con tristeza, como si el hijo estuviera tras ella, en la calle—. Un par de años después de llegar aquí, Yuri comenzó a juntarse con los de los sombreros negros. Le organizaron la vida en esa sinagoga. Dejó de comer en

nuestra cocina, se puso ese sombrero. Mi mujer vivió para verlo, cosa que lamento profundamente. Y entonces... puf. Se marchó. Ahora vive en Israel. —Israel sacó la lengua—. Llevan esos tirabuzones hasta los hombros, como dos vergas colgando, perdona que te diga. ¿Cómo consiguen rizarse esas cosas? ¿Con tenacillas? Valientes vanidosos. —Estaba a punto de escupir, cuando recordó que estaba en su salón—. Mira. —Hurgó en una escudilla de hojalata que había en la estantería y luego le tendió un trozo de papel deteriorado.

Slava abrió la fotografía con la punta de los dedos, el papel estaba tan desgastado como una hoja seca. En el reverso, en letra cursiva y emborronada color violeta, ponía: «Yuri... Demasiado tarde». En el anverso, un joven de cara redonda y barba rala de un mes miraba a la cámara con una sonrisa dentada y candorosa. Ninguna ortodoncia le había enmendado la dentadura. El retratado ya llevaba en la fotografía el atuendo de los ortodoxos. Un traje de chaqueta negro, donde se distinguía la caspa a pesar de la calidad mediocre de la foto, una camisa blanca con los cuellos marchitos y debajo una camiseta blanca con matojos de pelo asomando por el pescuezo. Tras él se veían unos pesados cortinajes bermellón que solo podían pertenecer a una sala de fiestas del vecindario de Israel.

—¿Por qué te cambiaste de nombre? —preguntó Slava.

—Israel no tiene la culpa —precisó él—. ¿Acaso no hay un montón de ortodoxos viviendo aquí? Además, me lo cambié antes de que todo esto pasara. Quería apoyarlos. ¿Quién es Iosif? Iosif era yo en la Unión Soviética. Esa persona se acabó.

—Es agradable conocer a alguien que conocía a mi abuelo de joven —comentó Slava.

—Esa sí que es buena —se rio Israel.

—No le gusta hablar del tema.

—Menudo problema. Si es capaz de decirle a un caballo cómo tiene que trotar.

—Además, no me creo lo que dice —confesó Slava.

Israel le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Y ¿por qué te ibas a creer lo que yo te contara?

—Si me mientes, no escribiré tu solicitud.

Él se echó a reír.

—¡Muy bien! Te estás volviendo astuto. Es cosa de familia.

—¿A qué te refieres?

—No pretendía ofender —replicó Israel.

—Pero ¿a qué te refieres?

—A qué me refiero. —Israel se inclinó hacia delante—. ¿Sabes cómo tu abuelo consiguió su cuidadora? —Dio una palmada por cada nombre—: Marina. Berta. Olga. Cambian sin parar.

»Tu abuela (que la tierra la acoja en su seno) tenía una enfermera doce horas al día que le costeaba el Ayuntamiento. Eso es mucho, que lo sepas. Por la calle ves a esas abuelas americanas que no son más que sacos de huesos, que han pagado sus

impuestos durante cincuenta años y no reciben ninguna ayuda. Cuando ves a esas mujeres se te parte el corazón. A su lado me siento como un saltador de pértiga.

»A lo que íbamos. Tu abuelo decide que doce horas al día no son bastante. Quiere que tu abuela tenga una persona las veinticuatro horas. Entonces, le da un dinero a la enfermera de las doce horas y le pide que llame a la agencia y que solicite una extensión del número de horas. “El marido se ha puesto malo por ayudar a cuidar a la mujer”, les cuenta. “Necesitan una persona a tiempo completo”.

»Entonces viene el inspector del Ayuntamiento. Por cierto, todo esto lo he sabido por boca de tu abuelo, porque es un fanfarrón. El inspector llega y tu abuelo está sentado como un vegetal. Se pone a babear con la cabeza colgando como si se le fuera a separar del resto del cuerpo. El inspector comienza a llamarlo (“Yevgeny, Yevgeny”), y tu abuelo comienza a gruñir y a rechinar los dientes. Representó todo el numerito delante de mí en la consulta de Korolenko. Todo menos lo de mearse encima. Tu abuelo debería haberse mudado a Hollywood.

—Y así consiguieron las veinticuatro horas —concluyó Slava—. Berta.

—¿Sabes quiénes reciben normalmente ayuda las veinticuatro horas? —preguntó Israel—. Los tetrapléjicos, los veteranos de guerra y los psicóticos. Pero él quería una cuidadora a tiempo completo para tu abuela y la consiguió. Tu abuelo consigue cosas.

—Me consiguió a mí —puntualizó Slava. Al otro lado del ventanuco, la luz comenzaba a fugarse del cielo.

—Eres demasiado listo para eso —observó Israel.

—No estés tan seguro —replicó Slava.

—Lo conozco desde hace sesenta años —dijo Israel—. «Un chiquillo de jardín ajeno», lo llamaban. Conseguía lo que hiciera falta. Salchichón, caviar, coñac, pieles. Salvo la gente del Partido con privilegios especiales, nadie tenía acceso a aquellas cosas. Ni siquiera yo sé cómo él, siendo barbero, conseguía lo que conseguía. ¿Sabes lo adinerada que era tu familia antes de venir aquí? Eran ricos en secreto, pero lo eran. No todo el mundo lo habría aguantado. ¿A cuánta gente tenía comprada con perfume Climat, plátanos o vacaciones en Crimea para que mantuvieran la boca cerrada y no contasen lo que había conseguido para él, para tu abuela, para tu madre o para ti? Una vez lo vi por la calle. Hacía un calor de mil demonios y llevaba puesto un abrigo. Parecía que llevara un cochinillo escondido. Le pregunté: «Zhenya, ¿qué haces con ese abrigo?».

—Llevaba algo debajo —apuntó Slava.

—¡Quince tripas de salchichón pegadas al forro! —confirmó Israel entre risitas—. ¡Como lanzaderas espaciales! El salchichón era tan fresco que podía hablar. ¿Entiendes lo que te podía pasar si te detenían con quince tripas de salchichón? Eso constituía «tentativa de lucro», «empresa privada», estaba penado con la cárcel.

»Un salchichón fue a parar a la chica que vendía los billetes en la oficina de Aeroflot de la calle Karl Marx. Otro al director de la guardería donde iba tu mamá de pequeña. Otro al pediatra de la clínica local, para que tu mamá no tuviera que esperar

tres días a que la llamaran si se ponía enferma, Dios no lo quisiera. Uno se quedaba estupefacto con él. Yo nunca fui capaz de intentar algo así.

—¿Por qué no?

—Por qué no. No lo sé. Supongo que depende de la pasta de la que estés hecho.

—Israel tosió en la manga. Slava se levantó y fue a buscarle un vaso de agua. Al grifo le faltaba la zapatilla y toda la encimera se puso perdida de agua. Slava la secó con un trapo.

—Lo envidiaba —le confesó Israel cuando Slava regresó. Sorbió el agua con ansia—. Ah, qué buena está. Gracias. Después de la guerra, ibas a un restaurante con una chica y los *zhloby*<sup>[5]</sup> borrachos se te echaban encima: «¡Mira los perros judíos, qué bien se lo pasan!». Y tenías que agachar la cabeza porque no querías problemas, porque pueden salirte un millón de tipos así de debajo de las piedras. Pero te hierva la sangre, porque hasta ese momento quizá estabas intentando impresionar a la chica.

»Pero tu abuelo no se quedaba sentado sin hacer nada. Se levantaba y hacía papilla al *zhlob* allí mismo, con todo el mundo mirando, hasta la policía. Todo el mundo se ponía firme cuando Zhenya Gelman entraba en un restaurante.

Israel se terminó el agua y se secó la boca con un pañuelo.

—Durante la guerra hubo varios intentos de fuga de los guetos —continuó—. Pregúntame cuántas veces intentaron fugarse los soldados soviéticos de los campos de prisioneros alemanes. No los podrías contar ni con los dedos de una mano. Pero siempre te venían con lo mismo: «Así que “combatiste” en Uzbekistán, ¿eh, judío?». Porque la guerra no llegó a Uzbekistán. Al final de la guerra fueron condecorados como héroes de guerra de la Unión Soviética más de un centenar de judíos, quizá doscientos. Como te puedes imaginar, habrían sido muchos más si el cabrón de Stalin no hubiera sido antisemita. Si hasta había veteranos de guerra judíos sin piernas. Pero la gente te miraba como si pensarán que te las habías amputado tú para que pareciera que habías estado en el frente.

—¿Estuviste en Uzbekistán durante la guerra? —preguntó Slava.

—No, me estaban dejando la pierna como un colador en Járkov —contestó Israel. Deleitó a Slava con un pasito de ballet y se levantó la pernera del chándal para revelar una pantorrilla venosa con marcas de metralla—. A mí tampoco me vendría mal una pierna nueva.

—Bueno, tu valeroso Yevgeny Gelman sí que estaba en Uzbekistán —rezongó Slava.

—Soy demasiado viejo para andar con resentimiento, Slava —dijo Israel, restándole importancia con un gesto—. Es más perjudicial para mí que para él.

Slava suspiró.

—Debería volver pronto a casa —señaló—. El trayecto es largo.

—Iba a preparar algo de cena para los dos —protestó Israel—. La comida es de microondas, pero buena.

—La próxima vez —aseguró Slava.

—Nunca he estado en Manhattan —comentó Israel—. Me gustaría ir alguna vez. Todas esas luces. Se ve en la tele. ¿Puedes dormir con todas esas luces?

—Has dicho que lo que escribí necesita mejoras —dijo Slava.

—Oh, tu texto es bueno, Slava —alabó él—. Tiene ese silencio tan nuestro. Ese terrible silencio ruso que los americanos no comprenden. Siempre andan armando ruido porque necesitan olvidar que la vida tiene fin. Pero nosotros recordamos, por eso tenemos silencios, hasta cuando gritamos y reímos.

—¿Entonces? —se exasperaba Slava—. Quieres silencio. Yo te daré silencio.

—Piensa una cosa, Slava —advirtió Israel, chasqueando la lengua—. Imagina que eres el Fritz Fritzovich de turno que lee estas solicitudes, mal rayo lo parta. Y te llega esta solicitud. Dónde estaba el sujeto entre los años 1939 y 1945. ¿Y se supone que este... este Adolf va a creerse que un hombre de ochenta años, un inmigrante chocho, ha escrito lo que tú has escrito?

—Un nieto podría haberlo traducido —repuso Slava en tono cortante—. Eso no es impensable. Las palabras son del nieto y el nieto domina el inglés. Eso no significa que la historia sea falsa.

—De acuerdo, el nieto domina la lengua —concedió Israel—. Pero el relato. ¿Estás intentando evitar que te detecten o qué? Es como un espectáculo de títeres, ¿sabes? ¿Cómo se llama? No son títeres... lo de las marionetas.

—No sé qué quieres decir.

—Tienes una escena de una película. Un momento hermoso, bellamente escrito, las vacas. Pero no hay principio, no hay desarrollo, no hay final. ¿Quiénes somos? ¿Dónde vivíamos? Lee algunos libros. El gueto de Minsk fue creado en tal y tal fecha. Vivíamos en tal y tal calle de esta fecha a esta otra. Nos trasladaron aquí cuando levantaron las alambradas. Después sí que puedes comenzar con tus frases hermosas. Pero necesitas más que eso. Las frases hermosas son como una mujer preciosa que no sabe cómo cocinar. No es tu historia. Olvídate de ti mismo por un momento.

—¿Y dónde se supone que tengo que meter todos tus silencios en esa versión enciclopédica? —quiso saber Slava.

—¡Oh, eso tienes que descubrirlo tú! —Israel se echó a reír.

—Un hecho no puede ser falso si no es un hecho —señaló Slava dándoselas de experto—. Si empiezas a meter números y fechas van a sacar sus archivos. Así es como verifican los hechos, Israel. Lo sé de buena tinta.

—Cuando llegue el momento sabrás lo que tienes que hacer.

—¿Y por qué no lo escribes tú? —propuso Slava—. Yo te lo traduciré. Esa es la solución.

—No, no —terció Israel, desechando la idea con un gesto—. No te pongas soberbio conmigo. Mira, no puedes enseñarle a un judío viejo cómo hacer dinero. Te contaré un chiste y luego podrás volver a tu Manhattan. Hay dos tipos mendigando en una calle de Moscú. Uno tiene un cartel donde pone: «Soy Ivanov». Lo que viene a

ser lo mismo que soy esclavo. «Por favor ayude a un menesteroso». En el otro cartel pone: «Soy Abramov», es decir, un judío. «Por favor ayude a un menesteroso». Y toda la gente que pasa le da limosna solo a Ivanov, le dan más y más. Se diría que le están dando dinero a Ivanov solo para joder a Abramov. Al final, pasa un tipo judío y le dice a Abramov: «Abramov, ¿estás mal de la cabeza? ¡Pon un nombre eslavo en el cartel!». En ese momento Abramov se gira hacia Ivanov y le dice: «Mira, Moisés, este imbécil me quiere enseñar a ganar dinero». —Israel se retorció de la risa—. ¿Qué es lo que dicen esos mendigos negros en el metro? «He perdido mi trabajo y estoy intentando volver a empezar». ¡Patético! Un viejo ruso les daría mil vueltas.

—Creo que infravaloras tus habilidades para el mercado negro —gruñó Slava.

—Incluso un hombre sin piernas sabe correr si hace falta —repuso Israel, encogiéndose de hombros—. Todos nos hemos graduado en esa academia. Pero para algunos de nosotros es demasiado tarde. De todas formas me interesa lo que te suceda a ti.

—Me van a arrestar por falsificar una solicitud de indemnización para mis abuelos —rezongó Slava.

—No hace falta gritarlo a los cuatro vientos —advirtió Israel, echando un vistazo a la ventana.

—Me marchó —anunció Slava.

—Para tu información —dijo Israel, taladrando a Slava con la mirada; era más bajo que Slava pero tenía la mirada firme—, no me engaño: sé por qué me habló de la carta. Él no regala nada por las buenas, lo hace para demostrar que puede. Verás, deberle algo a Yevgeny Gelman es casi un cumplido, saber que le has proporcionado algo útil a un hombre como él... Mientras que yo no puedo ni coger aliento sin toser. Pero, Slava, no finjas que haces esto para ser un buen nieto.

—No finjas que eres escritor —contraatacó Slava.

—¡Opa! —exclamó Israel—. Quizá seas el nieto de tu abuelo, pero también eres el nieto de tu abuela. Ella era más feroz que él. Esa es la mejor parte de tener hijos. Sacan lo mejor de los dos. Dos al precio de uno.

—Tú consigues tu carta y yo, a cambio, consigo estar con mi abuela durante mil palabras —confesó Slava.

—Oh —exclamó él—. Ya veo. Eso es bonito.

—No te preocupes, llevará tu nombre.

—No estoy preocupado.

—Pues deberías —dijo Slava—. Estamos cometiendo fraude. Fraude internacional, por lo visto. Sé que eso no significa nada para ninguno de los dos.

—Siempre estamos detrás de ti, Gógol —bromeó Israel. Le dio una palmada a Slava en el brazo—. Buen viaje.

Al salir, Slava se preguntó a qué se habría referido Israel. Si detrás de Slava para defenderlo o detrás de Slava para esconderse.

De camino al metro Slava miraba de cuando en cuando a su alrededor. ¿Vigilaría



alguien sus pasos? Como la luz del día se agotaba era difícil estar seguro. La calle era un hervidero de sospechosos habituales: abuelas con bolsas de redecilla, un mexicano estevado, un poli mascando chicle. Todos estaban en movimiento, nadie se detenía cuando lo hacía él. Slava sintió un alivio resentido.

A bordo del tren que lo llevaba a casa Slava repasó los detalles de la conversación: le atravesaban la mente vergas colgando, tetrapléjicos, Járkov y metralla, pero estas visiones se negaban a echar raíces y florecer, todas ellas eran o bien irrelevantes o bien demasiado imprecisas para escribir una carta que acompañase la solicitud. ¿Qué le había sucedido a la abuela después de escapar por los pelos gracias a los alemanes? ¿Más vagabundeos por el bosque? No, esa no era la dirección adecuada. Ojo con los relatos excesivamente parecidos: Slava estaba seguro de que harían saltar las alarmas.

Había algo que le preocupaba desde aquella primera noche. No había sido capaz de captar bien a la abuela en la historia del abuelo. Israel tenía razón cuando decía que se podía perfeccionar, pero estaba equivocado en cuanto a las mejoras. En la carta del abuelo Slava había descrito los actos de la abuela, pero no la había descrito a ella. ¿Cómo era ella? No podía conjurar una escena de antes o después de la guerra, pues no le serviría. Y ya era lo bastante difícil imaginársela como una niña abandonada de quince años sin tener que disfrazarla de chico.

Le faltaban tres estaciones para que el metro se metiera bajo tierra. Suspiró y marcó el número de teléfono del abuelo.

—Hola —comenzó Slava precavidamente.

—Hola a ti también —contestó el abuelo.

—¿Alguna noticia? —se interesó Slava.

—Ha llegado la cama nueva —contestó el abuelo—. Es bonita. Más pequeña pero bonita. De madera japonesa. Primero trajeron una de noventa, pero ese es el ancho de una cama de hospital. No pienso dormir en una cama de hospital. Oh, no importa. Ya no puedo seguir viviendo aquí. ¿Cómo puedo vivir aquí si aquí era donde vivía con tu abuela?

El abuelo hacía tiempo que había olvidado su discusión. Él no guardaba rencor. El rencor era poco práctico.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Slava, yéndose por las ramas.

—Como un caballo de carreras. ¿Y tú?

—¿Has hablado con mamá?

—Más que tú —repuso el abuelo—. Ha venido todas las noches.

—¿Necesitas algo?

—Necesito volver a mil novecientos setenta y cinco —gruñó—. Tu abuela y yo en la playa de Yevpatoriya. ¿Sabes lo difícil que era conseguir un pase de vacaciones para marido y mujer al mismo tiempo? La mayoría de la gente tenía que irse de vacaciones por separado. Y las autoridades siempre preguntándose por qué el país

tenía esos problemas de adulterio. Panda de degenerados. ¿Recuerdas cuando te llevamos allí, que pensaste que había agua en un vaso y era vodka, y te quedaste dormido bajo la mesa de la playa?

—¿Me puedes contar algo más sobre la abuela? —pidió Slava—. ¿Algo sobre el gueto?

—Te he contado todo lo que sé.

—Intenta recordar algo más. Lo necesito.

—¿Para qué?

—Simplemente lo necesito.

El abuelo se tomó un momento para sopesarlo.

—No le gustaba hablar del tema —contestó, al fin.

—Lo sé, ya me lo has dicho. Pero tuvo que contarte algo más. ¡Cómo puedes haber vivido cincuenta años con alguien y no saber más!

—Ahora vienes a darme lecciones sobre cómo tengo que vivir con una mujer. ¿Por qué no te limpias los mocos primero?

—Estoy a punto de meterme en un túnel.

—Me alegro por ti.

—El móvil no funciona en el túnel.

—Hubo pogromos —señaló el abuelo—. En el gueto. Lo llamaban reducir el rebaño.

—¿Y?

—¡Eso es todo!

—De acuerdo —se conformó Slava.

—Llama más a menudo —dijo él—. Acuérdate de tu abuelo.

## Capítulo 8

Sábado, 29 de julio de 2006

Ella dormía completamente desnuda. Por la mañana, a Slava le gustaba hurgar con el dedo en los pliegues que su rostro había impreso en la almohada. Ella se revolvió para que la dejase tranquila. Él esperaba y luego volvía a comenzar. El gato colaboraba subiéndosele a la cabeza. Se llamaba Esmoquin, pero Arianna siempre se refería a él como la Bestia. No parecía un bicho muy bestial, más bien una masa de manchas negras y blancas que se desplazaban cuando el animal se movía. A veces, Slava y el gato se miraban fijamente por encima de una Arianna durmiente, retándose el uno al otro.

Por fin ella abrió los ojos.

—Sabes que si lo dejaras él también lo dejaría —dijo ella.

—No podemos parar —repuso Slava—. Por ti nos comportamos como animales.

Ella se echó a reír.

—Si tanto me queréis, dejadme dormir.

—Eres como una estufa debajo de esa manta. Podrías abastecer una fábrica.

—Ajá, por eso duermes tan lejos —le reprochó ella.

Se desembarazó de la manta y saltó encima de Slava. El gato se replegó con resentimiento. El peso de Arianna era sólido, tranquilizador.

—¿Es sábado? —preguntó él.

—Espero que sí, de lo contrario llegaré tarde al trabajo —dijo ella.

—¿Entonces no...? ¿No haces *sabbat*?

—¿Si no voy a la sinagoga? No, todos los sábados no. Algunos sábados. Eso es cosa de mi madre. Yo elijo lo que más me conviene.

—¿Y hoy por qué no vas? —preguntó.

—Porque aquí es donde estoy contenta.

Slava se quedó mirando el techo.

—¿Quién eres? —exclamó.

—Lo sé —se rio ella.

—¿De dónde has salido? —preguntó él.

—De Los Ángeles —explicó ella—. Allá en el oeste.

—¿Qué pensaste cuando te bajaste del avión la primera vez?

—La verdad es que ya había estado aquí antes.

—Sabes a lo que me refiero.

—Pensé: «Este es el lugar donde mañana todo será diferente».

—Creo que por eso no me gusta —opinó Slava.

—No conoces nada más que tu barrio —replicó ella.

—Precisamente por eso —dijo él.

—Algo me dice que ese no es el motivo.

—Mejor hablamos de ti —pidió él.

—Me sentía sola —explicó ella—. Por algún motivo, no podía hablar con nadie en la universidad. A veces sientes las cosas muy intensamente y te aferras a ellas sin saber por qué te sientes así siquiera. Y yo no quería hablar con nadie. Era como si todo esto fuera un secreto mío y no quisiera compartirlo con nadie más.

—Te sentabas en el alféizar y fumabas sin parar.

—Eso es. Pero un día lo dejé. Me cansé de fumar. Quería ser una persona sana. El día que se me metió en la cabeza esa idea fui a una clase de yoga. Cuando terminé, fui a otra. Y cuando esa también terminó...

—Fuiste a una tercera.

—Estuve solo la mitad. Cuando iba por la mitad, dije ya no más. Me levanté y me marché.

—Eres una progresista.

—No te creas. Ya no quería continuar profundizando. —Se llevó la yema insensible al entrecejo—. Alguna vez volveré. Hay cosas que no tengo y eso está bien. Hay cosas que quiero y que mi madre también querría para mí, y eso también está bien. ¿Sabes lo que quiero ahora?

—Dímelo.

—Que prepares el desayuno.

—No puedo —repuso él.

—*Pourquoi?* —exclamó ella, echándose hacia atrás—. Pensé que teníamos el día para nosotros.

—¿No hemos tenido toda la semana? Tengo que hacer un recado.

—¿Qué tienes que hacer a las diez de la mañana del sábado?

—Una cosa —adujo él, apartando la vista—. Hay personas que trabajan los fines de semana.

—No me vengas con esas, Slava —protestó, apartándose de él.

Se quedaron tumbados en la cama mientras ella miraba el móvil. La moldura del techo comenzaba a desconcharse por una esquina.

—¿Cómo comenzaste a verificar datos? —preguntó él con cautela.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Pero por qué esto es tan importante para ti? —quiso saber ella.

—Bueno, te oigo todos los días —dijo él—. «Señor Maloney, ¿la barra de su bar está hecha de pino o de abedul? ¿Podría llamar al fabricante?».

—Sí, supongo que, desde tu punto de vista, suena extraño.

—El señor Maloney se ha pasado la vida entera sin saber si es de pino o de abedul. ¿Cuándo le ha preguntado alguien de qué era su barra?

—¿Adónde quieres llegar?

—¿De verdad es importante? —preguntó él.

—Supongo —opinó ella, bajando el móvil—. Pero, piensa en ello. El bar

Maloney's de Nueva Jersey. Pongamos que no hay abedules en Nueva Jersey. De hecho, los hay, lo he verificado. Pero pongamos que no hubiera. Resulta que alguien lo sabe, ven que ese dato está mal y se preguntan: Además de esto, ¿qué está mal? Pierden la confianza. No le puedes dar motivos a un lector para que pierda la confianza.

—Vale —admitió él—. Pero no siempre estamos ante una situación donde tienes que decidir entre dos cosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Pongamos que *Century* no contratara a mujeres. Montarías en cólera.

—Vale —admitió ella.

—Ahora, pongamos... No sé... Una mujer árabe. Una mujer árabe podría decir: «Si Dios quiere, algún día contratarán mujeres». Algo que tú interpretarías como...

—Ingenuidad justificada por el miedo.

—Vale. Ella no es... progresista. Pero ella podría verlo de otra manera. Podría ser más feliz que tú.

—Porque no ha vivido otra cosa.

—Pero para ella eso es un hecho, el resto no importa.

—Entonces tu argumento es que las mujeres americanas y las mujeres árabes no lo ven de la misma manera.

—¿Te conformarías con ser madre y ama de casa?

—No.

—Pero, a diferencia de la mujer árabe, nadie te lo ha inculcado. Si te dieran un artículo que dijera «Las mujeres árabes no son libres», eso sería un hecho verídico desde el punto de vista americano. Pero no sería verdad desde el punto de vista marroquí. Por lo menos no sería una proposición de verdadero o falso.

—Puede que esa mujer fuera más feliz que yo, pero seguiría sin ser libre, lo mires por donde lo mires. No quiero ser ama de casa y madre, digamos que es una respuesta mecánica a la situación de mi madre, pero soy libre de elegir. No me acosarán por ello.

—Bueno, pegarte no te pegarán —insistió Slava.

Ella se tumbó de espaldas.

—¡Slava!

—Durante la guerra —expuso Slava—, mi abuelo huyó. Durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando alcanzó la edad de reclutamiento consiguió que le cambiasen la fecha de nacimiento en el carné de identidad. Luego se subió a un tren y volvió a huir, aún más al este. Si no lo hubiera hecho probablemente estaría muerto. Y yo no estaría aquí. Lo cual te haría más infeliz. —La miró de reojo, pero su intento de restarle gravedad al asunto falló—. ¿Hablamos de un héroe o de un cobarde? ¿Cuál es cuál?

—No lo sé. Un poco de cada uno, supongo. Un héroe para ti, un cobarde para otra persona. Un héroe para mí.

—Uno elige lo que más le conviene —comentó Slava.

—¿Por qué no?

—¿Desde cuándo «elijo lo que más me conviene» se ha convertido en «ignorar los hechos inconvenientes»?

—Desde que intentas cabrearme.

Él rechazó la idea con un gesto de la mano. Un momento después, volvió a la carga:

—No lo pilló. Es como el testigo en el estrado que pone la mano sobre la Biblia, ¿todo lo que sale de su boca es verídico a menos que se pruebe lo contrario? ¡Y tú hablas de inocencia! ¿Porque ha puesto la mano sobre la Biblia? ¿Se oye un trueno y, de repente, ya no es capaz de mentir?

—Pero puede comprobarse que una mujer tiene dos hijos, no tres —contraatacó ella—. Este pueblo se fundó en mil seiscientos setenta y tres y no en mil setecientos veinticinco. Las gallinas ponen huevos. El hombre llegó a la luna. ¡Si hasta hay un vídeo! —Ella se quedó mirándolo—. Tienes que reconocer que tu argumento es limitado.

Él se encogió de hombros y observó cómo el ventilador giraba sobre ellos. Arianna no tenía aire acondicionado. En el exterior, el sol desaparecía bajo nubes pasajeras.

—Quizá hoy haga más fresco —comentó él.

—¿De verdad? Ahora vas y te pones a hablar del tiempo.

—Es un tema recurrente en la poesía —rezongó él. El gato ladeó la cabeza, oliéndose una oportunidad.

—Muy bonito —lo reprendió ella—. No se va en serio hasta que no hay bronca. ¿Por qué no puedes preparar el desayuno?

—Tengo que hacer un recado —repitió él en tono monocorde. Luego añadió—: Es para mi abuela.

—Oh —dijo ella—. Claro, lo siento. ¿Volverás aquí cuando termines?

—No, tengo que pasarme por casa.

—Vale, puedo pasarme yo más tarde.

—Arianna.

—Vale, un día de descanso —aceptó ella—. Lo capto.

—No es...

—No pasa nada, tienes razón.

—Mañana...

—Dame solo cinco minutos.

Izó la pierna izquierda por encima de la derecha de él y se le subió encima. Notó contra el sexo la delgada hilera de pelo entre sus piernas. A pesar de los estragos del sueño, tenía el aliento fragante: jabón, almizcle, pipas de girasol. Lo meció con la mano y le besó. Su erección no se hizo esperar y ella se encaramó sobre él. Comenzó a bambolearse a un ritmo constante, como si él no estuviera allí. Cuando estaba a

punto de alcanzar el orgasmo se inclinó hasta rozarle el torso; ambos sudaban. De tan pálidos, los pechos de Arianna eran traslúcidos. Se apretó contra él, le sujetó la cabeza con las manos y comenzó a embestirlo. Nunca le habían follado así. En realidad, nunca lo habían follado.

Arianna no abrió los ojos hasta que se corrió. Luego le dio un beso en la frente y le dijo:

—Gracias, cariño.

Volvió a casa en metro con las piernas mojadas de Arianna. Se dio una ducha larga y, mientras tanto, pensó. El crujido violento de la puerta de la escalera cuando se dirigía a la calle sacó a Irvin de su ensoñación de viñedos albaneses.

—Hola, señorr Gellma —suspiró—. ¿Sale caminarr? —Levantó dos dedos—. Lluefe poquito. —Señaló el techo con el ceño fruncido.

—Creo que va a escampar —opinó Slava.

Irv —diminutivo que algunos inquilinos empleaban con el portero— asintió con el entusiasmo de un albanés que pillase a un serbio en su jardín. «Serás capullo, con lo bien que podías estar descansando en casa en tu día libre, y sales a pasear con la lluvia».

—Esperre, porr fafarr —le dijo. Abrió el armario y hurgó entre los abrigos. Sacó un paraguas largo y robusto con una cabeza de cebra tallada en el mango—. El señorr Seetrick olfida —explicó—. Señorr Seetrick solo sale cenar sábado, trrae de fuealta, ¿okey?

—Gracias, Ervin. —Como deferencia a los valores liberales propios de la solidaridad inmigrante, Slava insistía en llamar al albanés por su nombre auténtico, aunque a menudo se preguntaba si el portero notaba la sutil diferencia. Como Erv/Irv no se pronunciaba sobre este asunto, Slava intentaba marcar más la diferencia y acababa deformando la pronunciación de tal manera que llamaba al portero algo así como «Airfffff». El aludido reaccionaba evidentemente asqueado, si bien esta actitud lo intrigaba, aunque no sentía que le correspondiera corregir a un inquilino. Tantas humillaciones le había deparado América.

—Esperre, esperre, esperre. —Irvin levantó la mano—. Esperre. —Desapareció debajo del mostrador y regresó con media barra de pan en una bolsa de plástico. La dejó caer aparatosamente contra el mostrador—. Parra pájarros —anunció—. Parra darr comerr.

Slava dudaba.

—Quizá sea mejor que lo hagas tú, Ervin.

—Ellos hambre ahorra —dijo Irvin, decepcionado—. Por la tarrde: hambre.

Slava obedeció y cogió el pan.

—Trrozoz pequeños, darr trrozoz pequeños —indicó Irvin, al tiempo que unía el pulgar y el índice—. *Bon appétit.*

Slava echó a caminar. Caminó hasta el río, cerró los ojos y olió la sal del aire. Mil palomas brincaban por el suelo honrándolo con su indiferencia, pero cuando abrió la bolsa de plástico de Irvin —tras diez minutos intentando deshacer un nudo imposible, había lanzado una palabrota y la había rasgado—, sus sentimientos hacia él cambiaron. Siguiendo las instrucciones de Irvin, deshizo el pan en trozos pequeños y los desperdigó con delicadeza. Las palomas avanzaron balanceándose hasta el pan y pugnaron por picotearlo.

Una hora antes, en la cama de Arianna, solo quería marcharse, pero ahora, sin ella, la echaba de menos, como si tuviera una pregunta a la que solo ella pudiera dar respuesta. ¿Se había peleado con ella porque estaba en desacuerdo o porque le molestaba recibir instrucciones? Si ella afirmaba que lo encontraba interesante, ¿por qué olvidaba preguntarle su opinión? Cuando lo hacía, era para pelearse con él. Frustrado, arrojó el pan contra la baranda. Cayó al suelo con un golpe sordo y espantó a las palomas. Cuando se reagruparon, lo miraron con resentimiento. Él les hizo un corte de mangas y se dirigió hacia la biblioteca.

Una luz amarilla e indolente inundaba la delegación de Yorkville de la Biblioteca Pública de Nueva York. La sección infantil estaba atestada de niños pequeños que se arrastraban por las alfombras y chillaban de cuando en cuando para protestar por su encierro mientras sus madres charlaban sentadas en unas mesas tamaño miniatura. Slava encontró al bibliotecario que se encargaba de las consultas y le preguntó por libros de referencia sobre el Holocausto en el este de Europa. Libros donde figurasen fechas, cifras, nombres de calles. Libros que convirtieran una solicitud de indemnización inventada en una mujer hermosa que supiera cocinar, a juzgar por la valoración de Israel Abramson.

—¿Estás seguro, que no quieres los vídeos de Baby Einstein? —comentó el bibliotecario. Miró despectivamente en dirección a los niños aulladores—. ¿Es para un proyecto de investigación?

—De ficción —especificó Slava.

El bibliotecario asintió.

—Eso se lleva ahora mucho.

Anocheecía plácidamente cuando Slava marcó el número de Israel. Mientras oía los tonos, observó a un hombre y a una mujer trajinar en la encimera de la cocina del apartamento al otro lado del patio; de su radio se escapaban unos compases de instrumentos de metal. Coincidiendo con un *crescendo*, la mujer le dio un culetazo al hombre.

—¿Hola? —repitió Israel.

Slava le espetó:

—Estabas equivocado.

—Esas eran las palabras favoritas de mi hijo.

—Estoy aquí sentado con media biblioteca, Israel. El gueto de Minsk fue fundado en tal y tal fecha. —Slava echó un vistazo a su cuaderno—. Veinte de julio. Tuvo cien



mil reclusos. Fue el mayor gueto que construyeron los alemanes en territorio ocupado en la Unión Soviética. Etcétera.

—Vale, muy bien.

—Primero: una persona que solicite una compensación no es un historiador. La gente que escribió estos libros sabe cuántos reclusos había. La gente del gueto no tenía una ficha técnica.

—De acuerdo, pero saben cuándo se fundó. Saben dónde vivían.

—¿Alguna vez has rellenado una solicitud, Israel? ¿Solicitó Yuri alguna beca? Imagina que eres el tipo que lee las solicitudes: todas van a empezar diciendo que la cosa empezó el veinte de julio y que vivíamos en una dirección u otra. Pero no le puedes dar una dirección. Disponen de archivos con esa información. Más bien tienes que... No sé... Distraerlos. Tienes que conseguir que no les importe que no haya una dirección concreta, que en realidad no haya ningún detalle verificable. Así es como comprueban los hechos, te lo conté. Lo sé por alguien que sabe del tema. Hay que contarles una historia para que olviden que es una historia. Esa es nuestra mejor posibilidad.

—Slavchik, pajarillo, no estamos intentando que te admitan en Harvard. Queremos una historieta aburrida sobre los pobres judíos en el Holocausto. —Israel se sonó la nariz—. Mira, otro anciano judío, por compasión, vamos a darle un penique. Si se encuentra con Anna Karénina va a hacerse preguntas. Isaac Babel está muerto, amigo mío. Mataron a los mejores judíos. Solo quedan los judíos aburridos. Vamos a darles un penique. ¿Me sigues?

—Te equivocas —objetó Slava—. Creo.

—Quieres hipnotizarlos. Quieres contarles un bonito cuento de hadas.

—Algo así.

Una pausa.

—No lo sé —dudó Israel—. Te seguimos, Gógol. Qué piensas tú.

—Por cierto, Gógol era antisemita —señaló Slava.

—¿Es que crees que los judíos somos una bicoca?

Slava colgó con la satisfacción pírrica de un niño que se hubiera salido con la suya. El problema seguía ahí. A pesar de toda la historia que había leído, no podía insertar a su abuela en ella. Detrás de los interminables párrafos de letra pequeña de los libros que le había dado el bibliotecario podía distinguir el olor a lona empapada por la lluvia de los camiones que transportaban a los prisioneros fuera del gueto para que picaran hormigón, pero a ella no la veía. ¿Qué clase de cerebro era el suyo que funcionaba sin ningún esfuerzo para unas cosas y tan mal para otras? Necesitaba un punto de partida, pero no se le ocurría ninguno. No importaba cuántas notas tomara Slava en alguno de los cuadernos que había robado de la oficina, siempre terminaba el ejercicio contemplando la pared o la pareja al otro lado del patio.

Al final salieron de la cocina. Probablemente se dirigirían al comedor a cenar lo que habían preparado. Y luego buscarían el rumor esmaltado del dormitorio, medio

sueño, medio realidad, la suavidad de un cuerpo junto al otro, hasta quedarse dormidos, irrisoriamente temprano, con el murmullo de la televisión y la lamparilla despreocupadamente encendida hasta la mañana siguiente.

En el patio las ventanas parpadeaban. Arianna no había llamado. Era raro haber pasado juntos todas las noches de la semana excepto la del sábado. Slava la había llamado al móvil, pero le había saltado el contestador. Tenía la noche libre, como le había pedido.

En lugar de imaginarse a su abuela en el gueto, se imaginó a Arianna. Arianna en medio de una calle polvorienta del gueto flanqueada por macetas con flores en las ventanas y jardincitos en la parte de atrás: hogares, al fin y al cabo, aunque dentro del gueto. Sin esfuerzo alguno, Arianna se había opuesto a que la indemnización de la abuela se derivase a su abuelo (¿se había opuesto? De hecho lo había prohibido, con delicadeza, pero tajantemente: no puedes). No le había asaltado ni la sombra de una duda. Pero ¿y si Arianna hubiera comido mondaduras de patata para desayunar y cenar (nada de almuerzo) durante un año? ¿Y si hubiera visto cómo se le caía la pálida piel de las piernas después de vadear pantanos un día tras otro? ¿Se sentiría dividida? ¿Podría vivir sesenta años sin mencionar lo que le había sucedido y seis años sin quejarse mientras su cuerpo se descomponía? ¿Y si, a su vez, la abuela hubiera nacido en América? ¿Se opondría de la misma manera que Arianna? Su imaginación no se atrevía a llegar tan lejos, le parecía un sacrilegio imaginarse que tantas muertes podían deshacerse sin más.

Tenía lo que le había contado el abuelo: una fábrica, una redada, un bebé muerto, una botella de leche. Tenía lo que le contaban los libros que tenía delante. Tenía lo que sabía de la abuela. El resto se le tendría que ocurrir sobre la marcha. También tenía un extra de confusión añadido: a su protagonista le tocaría disfrazarse de Israel Abramson, pero en el fondo no era más que un nombre en el encabezamiento de la página. ¿Acaso era imposible que Israel no tuviera una hermana? ¿Acaso la belleza de la invención no radicaba en que podía tenerla?

**Por favor, describa minuciosamente dónde se encontraba el sujeto entre los años 1939 y 1945.**

**ISRAEL ABRAMSON**

Fue solo después del pogromo de cuatro días de julio de 1942 que decidí fugarme del gueto, sin importar las consecuencias. En realidad fue mi hermana la que tomó la decisión.

Nuestro trabajo en el gueto consistía en clasificar las prendas de vestir de los asesinados. Faldas aquí, pantalones allí. Después de un tiempo, los alemanes aprendieron la lección y obligaban a la gente a desnudarse antes de matarlos. A finales del cuarenta y dos la ropa no

tenía ni agujeros, ni sangre, pese a que el olor de las personas aún impregnaba la tela: sudor, heno, leche agria y otra cosa que debía de ser miedo. Sostener la ropa de un difunto o ver un cadáver tirado en la calle se convirtieron en hechos cotidianos. Una vez, Sonya —que así se llamaba mi hermana— vio a un bebé que intentaba mamar del pecho de su madre, pero la madre estaba muerta, completamente muerta. Y tenías que pasar de largo, continuar hacia delante.

Un día, regresábamos a casa en el camión que nos trasladaba al almacén donde se clasificaba la ropa. En la parte de atrás íbamos Sonya, dos chicas más, un guardia y yo. Cuando nos disponíamos a girar en Komsomol'skaya, el guardia se inclinó hacia mí y me dijo: «Esta noche habrá una redada. No vayas a casa. Escóndete en algún sitio». Le contesté que no podía dejar atrás a Sonya, pero me dejó claro que la oferta era solo para mí. Yo no sabía qué hacer, pero Sonya abrió los ojos como platos y bisbiseó: «Vete». «Ahora», ordenó el guardia. Y salté. Siempre lo recordaré. *Herr Karitko*. Era un soldado viejo. Con la cara afilada y arrugada. No era alto. Quizá le gustaban los muchachos. Los alemanes no eran todos iguales.

Ya entonces era frecuente encontrar cadáveres en las calles. Los bielorrusos que hacían las veces de policía bajo las órdenes de los alemanes eran incluso más sádicos. Habían sacado mesas al aire libre. Iban de calle en calle y se sentaban a tomarse una cerveza y un plato de muslos de pollo entre una ejecución y otra. ¿Sabes qué pinta tiene un muslo cuando llevas un año sin catar uno? Yo tenía escorbuto; había perdido la mitad de los dientes. Siempre tenía la boca cerrada y hablaba entre dientes, porque si estabas enfermo te disparaban en el acto.

Estaba aturdido, ¿dónde estaba Sonya? La guerra te obliga a tomar decisiones que nadie debería tomar. Pero ella era la clase de chica que, si te decía que saltaras, tú saltabas. Era más dura que cualquiera de los chicos de la calle. De hecho, era la única chica que tenía permitido jugar con los muchachos, aunque tampoco es que ella le hubiera pedido permiso a nadie. Una vez, los chicos de la calle de al lado vinieron a jugar un partido de fútbol y le entraron a Khema de mala manera. Empezó a echar sangre y mocos por la nariz. Sonya se acercó al chico que lo había agredido, un auténtico bestia de metro ochenta y trece años escasos, y le dijo: «Cuidado con esa rama». Y señaló hacia arriba. Cuando él fue a mirar, ella le propinó un rodillazo en la entrepierna y una patada en la espinilla. Mientras el otro aullaba, ella lo agarró de la oreja, lo llevó hasta donde estaba Khema y solo se la soltó después de que se disculpara y le limpiara los mocos a Khema con su propio jersey. Así era ella.

No se me ocurría ningún sitio adónde ir salvo a la casa de nuestro vecino Isaac, porque madre y padre aún no habían vuelto de la fábrica (cosían uniformes alemanes). Isaac vivía con su joven esposa y el bebé. Tenían un sótano de doble fondo, y nos habían asegurado que seríamos bien recibidos allí si alguna vez lo necesitábamos, el Altísimo no lo quisiera.

Cuando llegué, Sonya ya estaba allí golpeando las tablas del suelo con el pie. «Te has tomado tu tiempo, hermano», me dijo, y me guiñó el ojo. Quise preguntarle cómo había llegado allí, pero no había tiempo.

Acabábamos de cerrar la puerta de la casa de Isaac cuando los alemanes aparecieron en la calle. Teníamos tanta prisa por meternos en el sótano que Isaac no echó bien el pestillo de la trampilla del suelo. Pero era demasiado tarde para cerrarlo del todo: ya entraban en la casa. Fuimos afortunados: uno de ellos se coló por la ventana de un salto, aterrizó sobre el pestillo y lo cerró del todo. Los oíamos en el piso de encima. «Salid, Juden, pst, pst». Yo contenía la respiración y me aferraba a la mano de Sonya. De lo oscuro que estaba apenas se veía cuántas personas había en el sótano. Quizá una docena. La esposa de Isaac, Shulamit, se encontraba a mi lado con el bebé en brazos. Alguien ahogaba el llanto con el puño.

Cuando lo oí, se me heló la sangre. Al principio era un sonido tenue e interrumpido, como un lamento, pero fue creciendo de intensidad, en desconsuelo. Shulamit le tapó la cara al niño con la suya y comenzó a besarlo en los labios para detener el sonido. «Calla, *mein liebe*, calla, *ikh bet dir*, calla». Todavía la oigo decirlo. Se habría tragado al niño de haber podido. Pero el bebé continuaba berreando. Arriba se hizo el silencio. En ese instante no había otro sonido en el mundo.

Para entonces los ojos se me habían acostumbrado a la oscuridad y vi que Sonya tenía la vista clavada en Shulamit. Me daba miedo verla así, comprobar que era capaz de mirar a alguien de esa manera. No sé hasta qué punto lo que pasó a continuación sucedió a consecuencia de que Sonya le lanzase a Shulamit esa mirada tan suya. ¿Le habría arrancado el niño de los brazos a Shulamit y lo habría hecho ella misma si Shulamit no hubiera intervenido? Quizá los ojos me estaban jugando una mala pasada. Quizá tenía tanto miedo que imaginé que Sonya había tenido algo que ver. Nunca le conté a nadie esta historia y ahora la cuento solo porque Sonya está muerta, al igual que mis padres, *מרק' משת*, también lo están. Al igual que lo están todos mis amigos. Soy el Último Mohicano, así me llaman mis nietos.

No fui testigo de cómo Shulamit lo hizo. Estaba justo a mi lado, tendría que haberlo visto. Debí de cerrar los ojos, incapaz de mirar.

Cuando los abrí, el llanto se había detenido. Shulamit sostenía un almohadón blanco sobre el niño. Este no se movía.

Por fin, los soldados arrojaron al suelo todos los cacharros de la cocina y salieron de la casa. Al caer la oscuridad algunos de nosotros nos arrastramos al huertecito que había al otro lado del sótano y enterramos al niño. Isaac cavaba en la marga con las manos y la mirada perdida. Shulamit no reaccionaba ni cuando Isaac la llamaba. Perdió la cabeza. Sobrevivió a la guerra, pero nunca volvió a estar en sus cabales.

Durante cuatro días comimos remolachas y zanahorias, lo que crecía en el huerto, a un metro del niño muerto. El huerto nos mantuvo con vida.

Cuatro días después nos aventuramos al exterior. Todo estaba en silencio. Había cadáveres por doquier. Las dos familias que compartían la casa donde vivía mi familia habían sido asesinadas. El pogromo había comenzado durante la jornada laboral, gracias a eso madre y padre habían conseguido esconderse en la fábrica, en una carbonera de acero. Cuando regresaron a nuestra calle y vieron a los vecinos asesinados, mi padre cayó de rodillas, creyendo que sus hijos habían perecido. Isaac se le acercó, apenas consciente, y le tocó el hombro. «Los tuyos sí han sobrevivido», le dijo.

Nos tuvieron que sacar del sótano asiéndonos de las axilas. Me avergonzaba necesitar tanta ayuda. Alguien le había dado a padre un litro de leche. La tenía en las manos, tan blanca y tan pura como la nieve recién caída. Como yo era el varón, me la dio a mí primero, pero yo se la entregué a Sonya sin poder mirarla a los ojos siquiera. Bebió de la botella como un animal hambriento. En ese momento la odié.

Cuando terminó me miró y declaró: «Tenemos que huir de aquí. No importa si morimos en el intento». Los alemanes habían hecho circular rumores de que los judíos que se fugaban del gueto eran espías nazis o portadores de enfermedades venéreas, por lo que los partisanos, que no necesitaban que los alentasen a odiar a los judíos, a veces ejecutaban a los huidos del gueto nada más verlos. Pero si moríamos, dijo ella, al menos moriríamos a manos de los rusos, no de los alemanes. También convenció a madre y padre.

Al escucharla quise oponerme, pero también quería ser un hombre. Había cerrado los ojos cuando Shulamit había ahogado al niño con el cojín, pero ahora no los cerraría. Costara lo que costara, conseguiríamos escapar.

## Capítulo 9

Lunes, 31 de julio de 2006

El lunes, Slava llegó a la oficina temprano. Su única compañía era el señor Grayson, que mojaba su pajarita en un *bagel* con mantequilla. Saludó alegremente a Slava con la mano. Cuando oyó que Arianna llegaba, se encaramó a la mampara. Ella levantó la vista y sonrió.

—Ayer no hablamos —dijo él.

—La verdad es que ayer no era persona —admitió ella—. El sábado por la noche me pasé. Llegué a casa a las cuatro o así. Estuve durmiendo hasta la tarde.

—Oh —musitó él. En su imaginación, Arianna se había quedado esperando en casa a que él estuviera listo para volver a verla. Maldijo su inmadurez.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Nada, nada —se apresuró a decir él.

Compartieron un silencio incómodo.

Se oyó una tos a su lado. Avi Liss estaba plantado junto al escritorio de Slava agarrado a una pila de impresiones.

—Lo siento, tortolitos —dijo—. ¿Puedo interrumpir? Los de composición quieren saber si Sheila te va a dejar que cortes el artículo sobre el Vaticano. Así pueden alargar lo del béisbol.

—Sheila está en una clínica en el desierto haciendo una dieta para eliminar toxinas —repuso Arianna con naturalidad—. Tienen una de esas piscinas infinitas.

—Estoy seguro de que estás al tanto —farfulló Avi.

—Y te hacen un masaje especial —continuó Arianna—. Te masajean seis personas a la vez. Doce manos. ¡Doce!

—Cuando sepas cómo hacerlo, ¿te pondrás en contacto con ellos directamente? —intentó Avi.

—Y Louboutin va a inaugurar una *boutique* allí el próximo otoño —proseguía Arianna—. Ya sabes. El de la suela roja...

Desapareció de la vista e izó uno de los zapatos de tacón sobre la mampara, exhibiendo una suela diabólicamente roja. Eso era todo lo que se veía: el tacón evanescente, el tobillo pálido y los dedos aprisionados en la pala. Llevaba puesto un vestido: cualquiera que pasara junto al cubículo de Arianna disfrutaría de lo lindo.

Avi y Slava se quedaron congelados con un gesto bovino. El tacón desapareció y Arianna regresó a su puesto.

—Tengo que irme —carraspeó Avi, y se esfumó.

Slava trató de apisonar el bulto que crecía alegremente en su entrepierna.

—¿De qué iba eso? —preguntó, también con la voz un tanto ronca.

—Avi, el pobre judío, me toma por una pija americana. No quiero que se lleve un

desengaño. —Sus ojos relampaguearon con insolencia. Estaba aprendiendo a descifrar sus expresiones. Esta significaba: «No me importa pero sí me importa». Sintió un pellizco de satisfacción al descubrir esa brecha en su invencibilidad, pero se sintió culpable al instante.

—Gracias por defenderme —le agradeció ella, guiñándole el ojo.

Slava se quedó mirándola patidifuso. No se le había ocurrido que una persona como ella necesitara ser defendida. Ella mantuvo la expresión un momento y luego se echó a reír. Estaba de broma.

Slava se había pasado el domingo traduciendo la carta de Israel al ruso para que Israel pudiera escuchar lo que Slava había escrito.

—Vaya, la verdad es que no sabes hablar ruso —criticó Israel—, pero suena como si supieras lo que estás haciendo en inglés. Es hermoso. ¿Quién es la chica?

—Tu hermana —dijo Slava—. Por así decirlo.

—Te pregunto en quién está inspirada.

—En nadie —aseguró Slava—. Es producto de mi imaginación.

—Parece una mujer de armas tomar. Debe ser una de las nuestras.

—No es una de las nuestras —aseveró Slava.

—¡Entonces es alguien real! —rio Israel—. Te he pillado. Ay, mocoso. Casi no puedo darle la vuelta a la manzana, pero aún puedo darte cien vueltas a ti.

—En América existe un refrán: «Más moscas se cogen con miel que con hiel». Pruébalo alguna vez, Israel.

—Dios mío, eres un hueso duro. Espero que conozcas a una chica americana, Slava. Para ti es más fácil que para nosotros, aunque ya no tengas remedio. Pero tus hijos lo tendrán más fácil, sobre todo si los tienes con una chica americana. Así tus nietos ni sabrán dónde está Minsk. Que le den a Minsk.

Slava le dio las gracias por la lección.

—Entonces, ¿hablaste con tu abuela? —quiso saber Israel—. Era ella la que miraba a Shulamit, la que se bebió la leche.

—En cierto modo —admitió Slava.

—La próxima vez que la veas, dale recuerdos de mi parte. Dile que antes de que Yevgeny Gelman, ese sinvergüenza, la atrapara entre sus garras, contaba con otro admirador en Karastoyanova. Ojalá encontraras una mujer como ella, Slava.

—¿Y cómo tendría que ser? —se interesó Slava.

—No era una persona de trato fácil. Podía tenértela guardada durante décadas. ¿La gente que no le gustaba? No gustaba saliva con ellos. Y nunca hizo nada que no quisiera hacer. Pero tenía un gran corazón. Nunca he conocido a una mujer que quisiera tanto a los demás, incluida mi querida y difunta Raisa. Tu abuela era de todo menos falsa. Para bien y para mal.

—Todo lo contrario que mi abuelo —opinó Slava—. ¿Qué veían el uno en el

otro?

—El matrimonio es un misterio —terció Israel—. Al final es imposible buscar una explicación lógica. Tolstói se equivocaba: todas las familias felices son diferentes, mientras que las infelices son todas desgraciadas de una manera predecible y deprimente. Cuando dos personas son capaces de compartir su vida, se produce un pequeño milagro.

—Entonces, no depende de uno —dedujo Slava.

—No, no —negó Israel—. Todo lo contrario. Tienes que trabajártelo.

—Entonces no lo entiendo —rezongó Slava.

—Yo tengo un pie en la tumba y sigo sin entenderlo —sentenció Israel.

Intimidado por la presencia de Arianna al otro lado de la mampara, Slava estuvo mirando el teléfono de reojo todo el día, esperando que sonase y apareciese el número del abuelo. Ya se habría enterado de que le había escrito un carta a Israel. Venga, llámame. Cuando no querías saber nada, él iba en tu busca, cuando sí querías, ni pío.

Slava levantó el auricular, comprobó que el teléfono daba tono y volvió a colgar. Era un objeto que el abuelo habría sabido apreciar: una consola de nave espacial disfrazada de teléfono de toda la vida. Slava no sabía qué funciones podían programarse con cada botón. Conferencia, transferencia y una cosa llamada ABS. ¿Sería ese el botón para grabar las llamadas? Para su limitado ámbito de trabajo en la revista le bastaba con saber pulsar del uno al nueve. Agarró el auricular de un manotazo y marcó el número con saña.

—¿Cómo está? —le preguntó Slava a Berta cuando esta cogió el teléfono.

—Habla por las noches —contestó ella, impasible.

—¿Y qué dice?

—Negocia, cuenta. No lo sé. Escuchar es de mala educación.

—Lamento que no te deje dormir —dijo él.

—Es mi trabajo —repuso ella—. Debemos honrar a nuestros mayores.

Encallaron en un silencio incómodo. Después de una eternidad el abuelo cogió el teléfono del dormitorio.

—¿Qué? —exclamó—. Hola.

—Nada. ¿Cómo estás?

—El médico dice que es normal.

—¿El qué es normal?

—Hablar en sueños con Dios después de... ya sabes. De un fallecimiento. Me despierto y no sé si estoy en este o en otro planeta. Es como si tuviera dos cuerpos. Todo se me escurre de las manos. Para él es fácil decir que es normal, como a él no le pasa...

—Seguro que es algo pasajero —opinó Slava.

—Eso es lo que ha dicho él, «pasajero» —repuso el abuelo—. ¿Pasajero como la



vida, o qué? *Tfoo*, mal rayo les parta a todos estos médicos. He oído que le has escrito una carta a Israel.

Slava sonrió.

—Así es —asintió.

—Pobre hombre. Su mujer: no está. Su hijo: está chalado. El hombre tiene dos medallas al valor y un puñado de metralla en el cuerpo, y encima vive solo en un cuchitril subterráneo. Su piso no puede compararse con el mío.

—Sí, él no fingió ser un vegetal —ironizó Slava.

—En realidad es bastante acogedor. Como en *El maestro y Margarita*. —Mencionó el libro por identificarse con Israel. El abuelo no leía—. Leí la primera y la última página de ese libro. Su piso no es tan bonito como este. No hay más que ver el tamaño de mi cocina.

—Y tienes una mujer que te prepara la comida. Él se alimenta de sopa enlatada.

—Exacto.

—Tú vives mucho mejor que él.

—Se hace lo que se puede, Slava, se hace lo que se puede.

—Tú eres listísimo y él es tonto —concluyó Slava. Se recriminó su mala leche. No era un enfoque práctico si llamaba para pedir algo. Tenía que pensar como el abuelo.

—En la consulta del médico siempre le digo: «Déjame que te ayude con estas cosas». Pero dice que no le tientan.

—¿Crees que dice la verdad? —preguntó Slava.

—¿Por qué no iba a decir la verdad?

—¿Acaso todo el mundo dice siempre la verdad? —razonó Slava.

—Yo sí. Yo no tengo nada que ocultar.

—Ah, ya veo —repuso Slava.

—Oye, hoy me he enterado de una cosa por un pajarito —dijo el abuelo.

Slava se animó. Quizá no hiciera falta preguntar.

—Vera Rudinsky ha quedado a cenar con unos amigos.

—Ah —dijo él, sorprendido de oír el nombre de Vera. Desde la comida del día del entierro, Arianna había ocupado su mente.

—¿Y qué clase de pajarito es?

—La clase de pajarito que sabe lo que hay que saber. Ella quiere presentártelos. A sus amigos.

—Es tan vulgar —observó Slava, no demasiado convencido.

—De búlgora nada, es una de los nuestros. Esa chica tiene el culo como un tomate. Me fijé en cómo la mirabas... Todo el mundo se dio cuenta. No te estoy diciendo que te cases con ella. Pasa una noche con ella. ¿Sabes cómo se hace, no?

—¿Estás demasiado deprimido para salir a la calle, pero eso no te impide alcahuetear?

—Hago lo que hay que hacer. Entonces, ¿qué? ¿Has llamado para preguntar cómo

está tu abuelo?

—¿Por qué no?

—Porque tengo un par de años más que tú. Quieres otro nombre.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Porque eres mi nieto —adujo el anciano con satisfacción.

—Y un nieto tuyo...

—Agarra la oportunidad por las pelotas.

—¿Y cuál sería la oportunidad? —quiso saber Slava. No oyó la respuesta y repitió la pregunta.

—Ayudar a la gente —contestó el abuelo.

—Tu especialidad —repuso Slava.

—Sí, mi especialidad —se mofó el abuelo—. Venga, remángate ya la falda, mujercuela. Estás pasándote con el flirteo. ¿Quieres un nombre o no?

Slava lo hizo esperar.

—Sí —confesó finalmente.

—¿Y a qué vienen tantos preliminares? Algunos tenemos los días de vida contados. Sal con Vera esta noche y te daré el nombre mañana. Ya me dirás si tengo que llamarte a su apartamento. —Soltó una risa pícaro—. Si yo tuviera tu edad, me habría sobrado tiempo.

—No te necesito —arguyó Slava sin convicción—. Le preguntaré a Israel. Él me dará nombres. Tu barrio está lleno de gente que está deseando que le regalen dinero.

—Hazlo —le retó el abuelo—. Pero ten cuidado, no vayas a decirle algo a la persona equivocada.

—¿Y eso qué significa?

—Tengo que irme, pepinito —dijo el abuelo.

—Así me llamaba la abuela. No me llames así.

—Lo siento —se disculpó, súbitamente serio. Permanecieron callados mientras esperaban a que se disipara el resentimiento. Huir el uno del otro resultaba imposible. Otras personas le darían un porrazo al teléfono, se mudarían a otra parte del país, se cambiarían el nombre, pero Slava y el abuelo estaban unidos como un matrimonio. Estaban casados a la vieja usanza, sin posibilidad de librarse el uno del otro. Podían ser mezquinos el uno con el otro, esperar a que cicatrizasen las heridas y volver a la carga. Eran eternos.

—Por ti, tu abuela se habría tirado debajo de un tanque —le riñó el abuelo—. Y Vera es esa clase de chica. Una de los nuestros. Una chica que te antepondrá a cualquier cosa. Tampoco es mema, no está todo el día pintándose las uñas. Tiene un sueldo, un piso.

—¿Qué pasa? ¿Es que eres demasiado orgulloso para ir a hacer las paces tú solo?

—No tienes ni idea —siseó el abuelo. Slava se imaginó el escupitajo escapándose entre el diente de oro al otro lado de la línea. Era la misma expresión que tenía cuando rajó a un hombre en Minsk cincuenta años atrás, una expresión de la que

Slava siempre había estado protegido.

—De acuerdo —accedió Slava—. Dame un nombre.

—¿Qué te has creído, que nací ayer? —bromeó el abuelo, que volvía a mostrarse simpático—. Primero la cita, el nombre mañana. Buena suerte, donjuán. —Y, diciendo esto, colgó.

Vera llamó poco después de que Slava hubiera terminado de hablar con el abuelo, como si este hubiese dado una señal. El abuelo lo había orquestado de la siguiente manera:

*El abuelo de Slava al abuelo de Vera:* «Slava quiere salir con Vera esta noche, ¿a ella no le importaría llamarlo? Él no quiere ponerla en un compromiso».

*El abuelo de Vera a Vera:* «Slava quiere salir contigo. Por lo visto el chico es tímido, tendrás que pedírselo».

*Vera a Slava:* «¿Qué haces, Slava? El abuelo me ha dado tu número. Les he hablado a unos amigos de nuestras aventuras italianas. Quieren conocerte».

Vera se había puesto una cazadora de cuero ambarina, una blusa de cuello chimenea y vaqueros, e iba encaramada a unos talones negros acabados en punta fina. Recordaba a una yegua al galope al bajar las escaleras de su apartamento. Se había ahuecado el pelo creando el efecto de una ola embravecida y los párpados cargaban con una sombra ultramarina salpicada de brillos de idéntico color, dándole una apariencia lasciva a una cara que aún era joven e inmadura.

—¿Dónde vamos? —preguntó él—. Estás guapa.

—Gracias, Slava —sonrió ella—. Vamos a la Primera Avenida, junto a la sauna.

—Podemos coger la línea F —propuso él.

—No, no, taxi —puntualizó ella—. ¿Llamas, por favor? —Tras hurgar en el bolso le entregó a Slava una tarjeta—. Pregunta por Vova.

Vova era un antiguo boxeador que tenía las manos del tamaño del volante. Un corte de pelo militar coronaba su cabeza cuadrada.

—¿Dónde vamos, Verochka? —preguntó cuando la joven pareja se acomodó en el asiento trasero.

—Primera Avenida. A casa de Lara —indicó ella.

—¿Quieres que también vaya a buscarte? —preguntó Vova.

—Sí, por favor.

—Llámame cuando estés lista.

Circulaban en un silencio festivo, la calles estaban resbaladizas tras una lluvia breve e indecisa.

—¿Tu amigo habla? —dijo Vova al fin.

—Lo siento, Vovochka —se disculpó Vera—. Ha sido de mala educación no presentártelo. Cuéntale algo de ti a Vova, Slava.

—Trabajo en una revista —graznó Slava.

—¿Una de las nuestras? —inquirió Vova—. ¿No será una revista de *fitness*?

—Una americana —replicó Vera con orgullo.

—¡Una americana! —Vova se pegó una palmada en la boca—. Resulta que llevamos gente importante en el taxi. ¿Y trabajar en una revista te da bien de comer?

—Pues me estaba planteando ser taxista —contraatacó Slava. Odiaba a los rusos que se creían reyes por tener un taxi. Vera le dio un codazo a Slava y le lanzó una mirada cortante. Avergonzado, recordó que su padre era taxista. No obstante, su comentario tuvo el efecto deseado y el interés del boxeador en proseguir la conversación se desvaneció.

Se detuvieron junto a un edificio que era idéntico al del abuelo, también de ladrillo, con un arco en la entrada repintado y vuelto a repintar. Slava no se había dado cuenta de que los rusos jóvenes continuaban viviendo en estos vecindarios aunque fueran lo bastante mayores como para vivir donde les placiera. Se quedaron sentados en el coche hasta que Slava se dio cuenta de que le tocaba pagar.

—¿Cuánto es? —inquirió.

—Diez.

Slava estaba a punto de entregarle trece dólares cuando vio que Vera le lanzaba una mirada ultramarina y angustiada. Le metió la mano en la cartera y sacó otros cinco. Mudo, Slava le pagó dieciocho dólares al conductor.

—Él cuida de mí —explicó vagamente mientras accedían al interior fluorescente del edificio de su amiga.

Los invitados rondaban los veinticinco, todos estaban emparejados y hablaban en ruso. En otro momento, Slava habría sentido ansiedad pero, insólitamente, las últimas semanas se había expresado en ruso con más frecuencia. Slava se quedó apartado mientras Vera intercambiaba una complicada serie de besos y saludos con su amiga Lara y el novio de Lara, Stas.

—Chicos... —anunció Vera, tomando a Slava del brazo y conduciéndolo al salón. Se sintió algo menos incómodo al notar esa mano cálida y familiar—. Este es Slava. Slava es escritor. —La asamblea silbó con admiración—. Trabaja en la mejor revista del país.

—¿*Playboy*? —preguntó un chico barrigón con americana. Los demás chicos se echaron a reír. La chica que se asía de su brazo hizo amago de darle un puñetazo en la tripa.

—Ellos son Leonard y su Galochka —explicó Vera—. Leonard es nuestro literato oficial. Tendréis algo de qué hablar. Esos son Lyova y Oslík. Chicos, saludad y procurad que Slava se sienta a gusto, por favor. Chicas, vamos a poner la mesa.

Cuando la novia de Leonard se levantó, Leonard agitó sus rizos de poeta y dio unas palmaditas en el asiento que había quedado libre a su lado. Había media docena de chicos, todos bebiendo copas.

—¿Qué bebes? —preguntó Leonard.

—¿Vodka? —propuso Slava.

—¡Respuesta incorrecta! —exclamó Leonard, mientras los demás se desternillaban de risa.

Por lo visto Leonard era el cabecilla. En sus vasos se apreciaba un líquido color caramelo.

—¡Galina Mikhailovna, palomita mía! —gritó Leonard en dirección a la cocina, utilizando el patronímico de su mujer, como hacían los esposos en los viejos tiempos.

Galochka, que estaba colocando un plato de arenque en aceite sobre el mantel de encaje, levantó la vista. Las chicas estaban trabajando con una facilidad pasmosa. Una estaba poniendo en la mesa platos con el borde dorado, otra añadía vasitos tallados y una tercera descargaba fuentes de ensalada Olivier y patatas hervidas. Slava desearía estar con ellas. Vera lo pilló mirando y bisbiseó: «¿Todo bien?». Slava, avergonzado, asintió.

—Palomita, ¿puedes traerle a nuestro invitado una copa de coñac? —bramó Leonard.

—Yo me encargo —le susurró Vera a Galochka, y se dispuso a abrir una de las botellas.

—Entonces, ¿qué clase de escritor eres? —Leonard se había vuelto hacia Slava—. Yo leo mucho. A diferencia de estos zoquetes. John Grisham, James Patterson. Y Suze Orman es buenísima. El año pasado, leí *El conde de Montecristo*.

El resto de los chicos asintieron arrobados.

—¿Por qué te llaman Oslík? —preguntó Slava con delicadeza a un chico delgado con vaqueros y sudadera. Oslík significaba «burro».

—¿Oslík? —contestó Leonard por él, todo sonriente—. ¡Oslík! —exclamó, y bramó—: ¿Por qué te llamamos Oslík?

—En mi bloque no hay ascensor —explicó Oslík con una risilla—. Un día veníamos de hacer la compra y tuve que cargar con ella hasta la quinta planta.

—¡Como un burro! —exclamó Leonard.

Oslík se rio con los demás.

—Si Oslík se cree que voy a casarme con él en esas condiciones —le advirtió una chica de estatura baja y nariz bulbosa que estaba ayudando a poner la mesa—, está muy pero que muy equivocado. —Todos volvieron a echarse a reír.

—¡Chicos! —gritó Vera—. ¡A vuestros puestos, por favor! La mesa casi está lista. Leonard, ¿podrías servir la bebida? Chicas, ¿qué bebe cada una? Yo quiero vodka.

Cuando todos se dirigían a tropel hacia la mesa, el móvil de Slava sonó. Lo abrió antes de darse cuenta de que no debería haberlo hecho: sería el abuelo, que querría cotillear. Si por él fuera, se plantaría a tu lado a contar los jadeos mientras echabas un polvo.

—Hola —saludó Arianna—. Estás en algún sitio.

Slava se quedó helado. Después de una larga pausa se dirigió corriendo a un rincón del salón.

—Estoy de funeral —soltó.

—¿Qué?

—¿La *shivá*? —Trabajaba con el material que tenía a mano—. Estamos intentando hacer el proceso de luto. Como me explicaste.

—Oh, vale. Solo hay que hacerlo durante siete días después de... Bueno, no importa. Es bueno para ti. Vale, no hay problema. Siento interrumpir. Dile a todos que los acompañe en el sentimiento. De parte de tu amiga del trabajo. —Se rio por lo bajo.

—¿Qué querías? —preguntó Slava. Al levantar la vista, comprobó que Vera lo observaba con escepticismo. Se dio cuenta de que estaba encogido en un rincón y que estaba tapando el teléfono con la mano. Se enderezó, como si estuviera hablando con el abuelo.

—Un bar, un concierto —dijo ella—. No era nada del otro mundo.

—Esas son las cosas que nos gustan —comentó Slava, tratando de aparentar normalidad.

—¡Sla-va! Está todo listo —gritó Vera en inglés. Varias personas dejaron escapar un alarido y luego se echaron a reír. Slava la miró con odio.

Al otro lado de la línea, una pausa larga y lacerante. Luego Arianna manifestó:

—Debería irme.

—Espera...

—Te veo el lunes, ¿vale? —Y, diciendo esto, colgó.

Slava se maldijo. Luego maldijo a Vera. Luego se maldijo otra vez. Vera volvió a llamarlo a grito pelado.

Cuando todos estuvieron sentados y Leonard hubo llenado sus vasitos con su mano rosada, Vera levantó el vaso.

—Verochka, se supone que los anfitriones levantan el vaso primero —señaló Leonard.

—Leonard —siseó Lara—. Sabes que no me importa. Vera es como una hermana.

—Gracias, Larochka —dijo Vera—. Este se ha pasado leyendo *El conde de Montecristo*, con tanto protocolo. —Todos se echaron a reír mientras Leonard fruncía el ceño, y Slava captó que Vera era la única persona de la mesa que tenía permiso para contradecirlo—. Me gustaría dar la bienvenida a Slava a nuestra mesa —continuó Vera en ruso—. Y me gustaría decir unas palabras en honor a la abuela de Slava, que falleció hace una semana. Una mujer orgullosa, una mujer fuerte. La recuerdo perfectamente, de cuando era pequeña. Era una mujer bondadosa, pero ¡ay de ti, si te metías con ella!

Una vez más los comensales se echaron a reír. Oslík dio una palmada en la mesa.

—¡Por las abuelas! —exclamó.

—*Babushka*, oh, *babushka* —recitó Leonard con expresión soñadora. Por su tono se intuía que las palabras pertenecían a un poema. Esperaba poder volver a tomar las riendas de la conversación. Todos se volvieron hacia él, pero no era capaz de recordar el resto de la estrofa—. ¡Algo, algo! —se rescató, y todos se echaron a reír.

—Slava, ¿qué se siente al sentarse a una mesa rusa? —preguntó Vera mientras los demás bebían—. ¿Es distinto a estar con tus amigos americanos?

—Es muy íntimo —opinó Slava, esperando haber dado con la respuesta que ella quería.

Todo el mundo rompió en carcajadas histéricas; Leonard resplandecía, a sabiendas de que volvía a ocupar la cúspide de la pirámide masculina. Vera le tocó a Slava el brazo. Slava sintió su aliento en el lóbulo de la oreja.

—La palabra «íntimo» solo se usa para el dormitorio —le explicó en ruso—. En este contexto, usarías la palabra «cálido», «cercano».

Slava abrió los ojos como platos para regocijo del grupo. Las carcajadas se redoblaron. Luego Slava le puso una mano a Leonard en el antebrazo y le lanzó una mirada insinuante. A Oslík le divirtió tanto la gracia que tuvo que retirar la silla de la mesa para poder doblarse de la risa.

—¡Por Slava! —brindó Oslík.

—¡Por Slava! —corearon todos, incluso Leonard, que le propinó una palmada tan fuerte en la espalda que Slava casi escupe un trozo de arenque.

—Bueno, nos prometieron historias de Italia —recordó Lara cuando todo el mundo se hubo calmado.

—Vamos a comer —trató de animar Slava al resto.

—¡Venga!

—La burguesía mira al pasado y el proletariado mira el futuro —recitó Slava, creyendo que un eslogan soviético podría distraerlos, pero le salió una chapuza.

—Me acuerdo —dijo Vera en ruso, mirando a Slava— cuando a la familia de Slava por fin le tocó acudir al consulado. Para la entrevista que les permitiría emigrar a América. Ninguno hablaba ni una palabra de inglés. Pero no puedes dejar que un niño de siete años responda. Entonces todo el mundo comenzó a chapurrear a la vez, y el cónsul va y pregunta: «¿Por qué queréis ir a América?». (Esto último lo dijo en inglés). Y nadie entiende ni una palabra. Ese tipo de situaciones..., ya sabéis. Podían denegarte la solicitud. Porque en esa época ya rechazaban a mucha gente. Id a Israel, decían.

»Y Slava lo entiende, pero ¿cómo podía responder? Entonces va y dice: “Para conocer a mi tía Frida”. Y el cónsul se echa a reír. Y todos se ríen. Y, mientras tanto, su madre o su padre (¿quién de los dos fue, Slava?) entendió al niño. Porque llevaban esta respuesta ensayada, ¿sabéis? “¿Por qué queréis emigrar a América?”. *Svoboda*: libertad. ¿Y cómo se dice *svoboda*?

—*Freedom!* —gritó la mesa.

—¿Y cómo te acuerdas de la palabra?

—¡Por la tía Frida! —coreó la mesa a todo pulmón.

—Por eso, cuando Slava dijo «tía Frida», alguien se acordó y dijo «freedom». Y así fue como pasaron. Podría decirse que, de no ser por él, su familia no estaría aquí.

Y Vera sonrió con orgullo.

Todos lanzaron vítores y aplaudieron a rabiar.

—¡Por Slava! —aulló Oslík.

—¡Por Slava! —coreó el resto.

Slava cedió y sonrió con cierto embarazo. Todo el mundo quiso brindar con él, le derramaron el coñac en la muñeca, le dieron palmaditas en la espalda y Leonard se arrancó a cantar la *Marsellesa*. A su lado, Vera resplandecía.

Tres horas después, con un último trozo de arenque flotando apáticamente en un lago de aceite y los restos de un paquete de cigarrillos consumido en un cenicero de porcelana, el grupo había intercambiado posiciones. Los chicos estaban en la mesa terminándose el coñac y las chicas fumaban en el sofá. La chaqueta de Leonard colgaba exangüe del respaldo de su silla. Se había desabrochado los primeros botones de la camisa y tenía un brazo echado por encima del hombro de Slava, como si fueran viejos camaradas que hubieran combatido en Járkov. De vez en cuando Slava oía que mencionaban su nombre en el círculo de chicas y oteaba sobre los rizos pushkinianos de Leonard para averiguar qué decían. Era difícil porque Leonard respiraba ruidosamente junto a su sien. Slava miraba a Vera, que a su vez miraba a Slava, como si estuviera equipada con un dispositivo que la alertara cada vez que él requería su atención. Ella asentía y sonreía.

Galochka, la novia de Leonard, se acercó a Leonard y Slava.

—*Popochka* —le dijo a Leonard. Significaba «culito»—. ¿Has acabado de comer? —Se acomodó en el regazo de su hombre, que la recibió con un gruñido—. Voy a alimentarte hasta que tengas la barriga tan grande que ninguna otra mujer te quiera. Entonces serás todo mío.

Leonard se giró hacia Slava.

—¿Quién ha dicho que las mujeres no hablan con franqueza? —Se volvió hacia Galochka—. Palomita, por favor, estamos hablando. —Galochka le dio un besito a Leonard en la frente y regresó al sofá.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Slava, por decir algo.

—No lo sé —contestó Leonard, entrecerrando unos ojos ahítos para consultar el reloj—. Nuestros padres tienen la consulta al lado.

—Ya veo —dijo Slava. Leonard se pimpló dos dedos de coñac y se quedó mirando la pared pensativamente—. ¿De qué especialidad? —preguntó Slava cumplidamente.

—Gastroenterología —respondió, distraído—. Los míos, los suyos son podólogos. ¿Y Vera y tú?

—Acabamos de retomar el contacto —explicó Slava.

—Ella es especial —dijo Leonard.

—Es lo que dice todo el mundo —repuso Slava—. La verdad es que no hemos hablado. Me quita el plato y sale corriendo.

Leonard se centró en Slava a pesar de lo bebido que estaba.

—No quiere interrumpir.



—¿El qué? ¿Esto? —se extrañó Slava.

—¿Sabes una cosa? —dijo Leonard—. Eres un buen tipo, Slava. ¿Sabes por qué? —Enarboló los dedos (Slava se sorprendió al ver la alianza de oro en la mano izquierda; Galina y él no tendrían ni veinticinco años, pero estaban casados) y se puso a contar—: Uno: no eres un bocazas. Tú observas. Eso es un don. La gente habla demasiado. Les gusta oírse hablar. Dos: cuando Vera dijo que el famoso Slava vendría, te seré sincero, como estoy borracho, soy sincero, pensé, este tipo va a ser un capullo. Y eres un capullo, un poco. Te crees mejor que nosotros. Pero eres buen tipo. Me gustas.

Muy a su pesar, Slava sonrió. Leonard, con su panza, sus dedos hinchados y sus arrugas incipientes, se había convertido en una versión en miniatura del hombre que sería dentro de treinta años, algo que para él era un logro. Los interrogantes de su vida ya tenían respuesta —América, pero una América intrínsecamente rusa; Galina; la consulta que heredaría de sus padres—, y no tendría que volver a hacerse esas preguntas nunca más.

—Tú también eres un capullo encantador —repuso Slava.

—Bien. —Leonard le dedicó una sonrisa radiante—. Bebamos por nuestras mujeres. —Y alcanzó la botella.

—¿Va a conducir Galina? —se interesó Slava.

Leonard se llevó un dedo a los labios y le guiñó el ojo. Luego mordió el tapón y lo extrajo con la boca. Después lo escupió en la mesa.

—¡Serás salvaje! —le gritó Galina desde el otro lado de la habitación—. Si te partes los dientes no pienso llevarte al dentista.

—Levántate, levántate —animó Leonard a Slava, con una botella en una mano y tirando de Slava con la otra. Todo el mundo alzó la vista. Leonard intercambió una mirada con Oslík, que se levantó de un salto y salió corriendo hacia el estéreo. De los altavoces salió una canción de pop ruso—. ¡Opa! —gritó Leonard. Le dio un trago a la botella y se la pasó a Slava, que la recogió sin más—. Bebe, bebe —insistió Leonard en voz baja, mientras arrastraba a Slava, ahora asido de la cadera de Leonard, al centro del salón.

—«La niebla violeta» —entonaba el cantante—, «navega sobre nuestras cabezas».

Slava observó a Leonard hacer una cabriola sin descalzarse los mocasines; las llaves del bolsillo dejaron escapar un tintineo mercantil. Su centro de gravedad pivotó de tal manera que Slava se encontró abrazándolo por detrás.

—¡Adoro esta canción! —chilló la novia bulbosa de Oslík.

Leonard apoyó la pierna en el suelo y se volvió hacia Slava.

—*Nu?*

Obedientemente, Slava hizo otra cabriola con la pierna izquierda.

—¡Ese es mi chico! —tronó Leonard. Lo despeinó, admirando su equilibrio a pesar de haber bebido casi tanto coñac como él.

El volumen del coro iba en ascenso: «Conductor, no te apresures/ Es que no entiendes/ Que me despido/ Para siempre de ella». Toda la habitación chillaba al unísono y se mecía de un lado a otro. Fue el turno de Leonard de dar un puntapié con la pierna derecha. Y allá que fue Slava a imitarlo. Leonard echó un trago, Slava echó otro. Comenzaron a dar vueltas por el salón, entre los cánticos y los gritos de los demás. Slava debió de demostrar unas aptitudes inesperadas para realizar esas maniobras primarias, pues pronto se encontró solo en mitad del salón, mientras Leonard pedía tregua en los brazos de Galina y empujaba a Vera a la pista de baile.

—¡Ve-ra! ¡Ve-ra! —coreó la multitud, dividiendo su nombre en las sílabas que Slava había pronunciado tantas veces de niño. La habitación flotaba y él le tendió la mano. Ella puso los ojos en blanco y se levantó para ir a su encuentro, dando vueltas y revueltas, un coqueteo tímido, mientras él daba saltos y hacía piruetas. No se lo habían planteado, pero encajaban. Los tutoriales del abuelo, tan inútiles en el bar Kabul, dirigían ahora los brazos y las piernas de Slava, y ella..., ella bailaba sobre los tacones como si fuese descalza, aunque un rato después se los quitó, despertando un aplauso. Al fin, la canción terminó y cayeron rendidos sobre la alfombra. Los pisotones en el suelo atronaban en la habitación.

Como cuando terminaron todo el mundo quiso intentarlo, retiraron la mesa y enrollaron la alfombra para convertir el salón en una pista de baile.

—Los vecinos de abajo me van a cortar el cuello —se lamentó Lara, negando con la cabeza.

—Llévales esto, discúlpate y verás cómo todo sale bien —le indicó Vera, tendiéndole una botella de coñac sin abrir.

—¿Has visto la que hemos armado? —le farfulló Leonard a Slava, a pesar de que estaba hundido en la considerable pechera de Galina. Slava se aproximó a la figura desplomada de Leonard y le plantó un beso húmedo en la mejilla—. Ay, Galinochka, qué traviesilla eres... —murmuró Leonard. Todo el mundo rompió a reír. Estuvieron bailando hasta que dieron las doce de la noche.

En la atmósfera sofocante de la calle, mientras esperaba con Vera a que llegara el taxi del boxeador, Slava se sentía tan entusiasmado como un niño. Repitió un movimiento de su *pas de deux*.

Ella sonreía.

—Si eres feliz, yo soy feliz —sostuvo ella. Él caminaba de puntillas por la acera, repasando la noche y riéndose solo—. Oye, escúchame —dijo—. Tengo una idea para juntarlos. —Había dejado de hablar ruso.

—¿A quién? —parpadeó él.

—A nuestros padres.

—¡Ve-ra! —exclamó, de broma—. Déjalo estar. No es asunto nuestro. Ya son adultos.

Ella se encogió de hombros y apartó la vista, decepcionada.

—Le dije a mi madre que habíamos hablado.

—¿Se enfadó?

—No, se alegró —afirmó ella—. No lo puede hacer ella misma, pero si lo hago yo, está bien. Somos pocos para dividirnos con peleas. ¿Lo he dicho bien?

—Claro.

—Hablas como un americano, como si hubieras nacido aquí.

—Vinimos con la misma edad —repuso él.

—Pero yo me quedé en Brooklyn. Hablaba ruso casi todo el día. A veces días enteros sin inglés. En Italia, mis padres siempre querían que yo jugase contigo. Slava es un buen chico, estudia su libro de traducción. Tú escapaste y yo me quedé, y mis padres todavía me dicen: «¿Por qué no te parecerás a Slava?».

El entusiasmo de Slava se disipaba en el bochorno. Se oyó un bocinazo y luego otro, al tiempo que Vova se acercaba a la acera con una floritura. Slava, que no le tenía ninguna simpatía al boxeador, se sintió profundamente agradecido.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Vova alegremente cuando la joven pareja volvió a acomodarse en su espejo retrovisor.

—Muy bien —musitó Vera.

—¿Y dónde está mi tartera con las sobras? —preguntó Vova, insinuante. Slava deseó reventarle la cabeza.

—Oh, Dios mío, qué vergüenza —se disculpó Vera, tapándose la boca—. Y la comida estaba buenísima. La madre de Lara vino temprano y se encargó de cocinar. Permíteme que suba.

Vova puso el coche en marcha antes de renunciar a su martirio. Por fortuna fueron el resto del camino en silencio. Slava pensaba en Arianna. A pesar de que se había sentido culpable después de su llamada, no había vuelto a pensar en ella en toda la noche. Solo había pasado una semana desde el bar Kabul, ¿acaso no podía pasar una noche con sus amigos? ¿Entonces por qué le había mentado acerca de su paradero? Dejó escapar un gemido exasperado, despertando la curiosidad de Vera.

—Nada, nada —farfulló.

—Hemos llegado, muñeca —anunció Vova tras detener el sedán junto a la acera del edificio de Vera. Las miradas de Vova y Slava se encontraron en el espejo retrovisor y ambos pasaron a la acción al mismo tiempo. Vera estaba sentada junto a Slava en el asiento de atrás, en el lado opuesto al conductor, por lo que fue una carrera justa para ambos caballeros. La puerta del conductor (Vova) y la puerta trasera izquierda (Slava) se abrieron al mismo tiempo y ambos se dispusieron a rodear el vehículo (Vova por el lado del capó, Slava por el del maletero) para abrir la puerta de Vera. Llegaron al mismo tiempo. Vova bajó la cabeza con una sonrisilla tirante, de mal perdedor.

—Gracias, Slava —le dijo Vera, besándole la mejilla—. Una noche muy agradable. ¿Lo has pasado bien?

A juzgar por la cara larga, no esperaba respuesta. Echó a andar sobre las losas humedecidas por la lluvia que conducían a su entrada. A Slava se le pasó por la

cabeza echar a correr tras ella para disculparse, pero ¿para qué? Vova, a su lado, lo miró como un compadre lunático. Cuando Vera entró en el vestíbulo, se despidió con la mano. Como una pareja de musical, Vova y Slava hicieron lo propio. Un silencio sobrenatural flotaba en el vecindario.

—Entra —indicó Vova.

—No, iré caminando —se excusó Slava—. Te voy a pagar, no te preocupes.

—Entra, entra, galán —le ordenó Vova—. Vas en metro a Manhattan, ¿verdad? A estas horas tienes que coger la línea Q. Andando. —Patéticamente, Slava obedeció.

—Menuda actuación, Romeo —comentó Vova cuando subieron al coche. Slava pensó que quizá había insistido en llevarlo para poder atormentarlo de camino a la estación de metro—. No te sientas mal —continuó Vova—. Con una chica así no tienes ninguna posibilidad la primera vez. Los padres tienen que conocerte y toda la vaina. Mamá tiene que dar luz verde.

—¿Hablas por experiencia propia? —inquirió Slava.

Vova estudió a Slava en el retrovisor.

—Estoy intentando ayudarte, Casanova —le espetó—. Un poco de competición ayuda. Las espabila.

—No sabes cuánto te lo agradezco —rezongó Slava.

—Pues no se nota —dijo el otro—. Solo estamos charlando entre hombres.

La llovizna comenzó a serpentear por las ventanillas del taxi. Slava contempló las calles vacías de unos barrios que llevaba años sin ver. Se equivocaba, no estaban igual que siempre. Aquí las cosas también cambiaban, aunque de forma más imperceptible. Se preguntó si Arianna habría salido sola. La vio con el pelo alborotado sobre los hombros bailando al son de los Little Darlings. Se le pasó por la cabeza pedirle a Vova que lo llevase hasta el Upper West Side pero no podía hacer eso, no así, oliendo al perfume de Vera.

Al bajarse del taxi de Vova en la estación de la línea Q, Slava le dio ocho dólares de propina. Intercambiaron un apretón de manos a través de la ventanilla, la minúscula palma de Slava desapareció en la manaza de Vova, como un cacahuete.

—¡No temas, *chuvak!* —lo animó Vova, arrojando un moco seco a la calle—. Estamos en el mismo bando.

Y, diciendo esto, se alejó.

## Capítulo 10

Agosto de 2006

Pese a su estado frágil y doliente, el abuelo cumplió. Tras pasarse un par de días intentando entender las conexiones o trazar un mapa entre ellas, Slava tuvo que desistir. Durante las primeras cuarenta y ocho horas recibió llamadas de un judío de Bujara llamado Lev que, si no había puesto un pie al oeste de Kazajistán, en territorio nazi no digamos; una mujer joven que quería que Slava escribiese la historia de su padre, que había sido procurador del Ministerio de Asuntos Forestales soviético; un pensionista de la ciudad de Perm que empezó quejándose de una nieta testaruda (que estaba soltera, por cierto) y una pareja de Baskiria que le contó a Slava que el Gobierno soviético había creado un centro especial para judíos soviéticos en el este, que ellos habían visitado en dos ocasiones, (él) en calidad de poeta oficial de Ufá y (ella) en calidad de redactora de la revista literaria *Kalibr*. Slava le dijo que sí casi a todo el mundo. Solo rechazó a una abuela que quería que le escribiera al presidente Bush para pedirle un piso más grande y a un anciano que necesitaba que lo llevaran al supermercado. A todos los demás los aceptó.

En sus relatos, la abuela de Slava retiró escombros de los destrozos causados por las bombas. Remendó uniformes alemanes, procurando no tocar esas aspas espantosas. Hirvió jeringas en un hospital. Resultó ser una joven terca. No despuntó en el colegio. Era disciplinada. Le gustaba la ropa. Por fortuna, su padre era sastre. Slava la observó saborear un trozo de pan moreno con aceite de girasol.

Parapetado en su escritorio por una colina de periódicos y revistas sin leer que ocultaban su alijo de libros de historia, Slava observaba el reloj de la oficina arrastrarse con una lentitud exasperante. Cuando las manecillas por fin alcanzaban las seis y Arianna se marchaba en dirección al norte de Manhattan, convencida de que él se quedaba trabajando, Slava se apresuraba a coger el metro con destino a Brooklyn. Se hizo todo un experto a la hora de distinguir los acentos de los empleados de ventanilla, los distintos tipos de sacudidas y zumbidos de los trenes, los anuncios de ultramarinos, los cielos nocturnos y el humor regional de Brooklyn.

A Lev el judío de Bujara le concedió el inglés desbaratado de Irvin («Muro de campo era como gigante, más grande que árbol. Escalar solo si quieres suicidio y todos que dicen que chica guapa polaca de pueblo te da comida por muro, esos todo mentira. Muro imposible. Y no chicas guapas polacas»). El funcionario forestal —el nacido burócrata soviético morirá como tal— añadió como apéndice a su carta un listado de recortes de periódico y mapas. Con fruición académica, señaló que los bosques del oeste de Bielorrusia y del este de Polonia que servían de guarida a los partisanos y que los alemanes temían pisar —Perelaz, Zabelowo, Chrapiniewo, Lipiczanska, Jasinowo, Nalibocka, nombres tan impenetrables como las mismas

frondas— suponían un refugio tan inexpugnable para los sediciosos que, después de la guerra, los soviéticos consideraron la gestión forestal parte de la seguridad nacional.

Todas las noches, en el trayecto del metro a la casa correspondiente, Slava se detenía en una pastelería rusa y compraba mazapanes, chocolatinas, un *babka*, a veces una botella. En la tienda —Todo Barato, Bazar Barato, Aquí Más Barato— prefería que la fila para pagar fuera larga. Mientras tanto, los platos se enfriaban en la mesa del piso donde lo esperaban, pero ir con las manos vacías era una afrenta y, además, le permitía husmear en su antiguo barrio con la excusa de investigar. Se quedaba escuchando las conversaciones de la fila: ucranianos si pronunciaba la *ge* aspirada, georgianos si acentuaban la vocal que no era. Estas personas tan dispares, unidas como ingredientes de una ensalada por obra y gracia del Gobierno soviético, en América se veían obligadas a continuar hablando ruso, su único nexo, si querían entenderse unos con otros, y lo hacían porque el odio de un ucraniano por un ruso era más familiar que su amor por un americano. Los hermanos que se habían quedado en el Viejo Continente habían avanzado en la historia y ahora eran ciudadanos de países independientes, podían sacar sus lenguas autóctonas de debajo de la alfombra, darles lustre y un lugar prominente, pero aquí, en Brooklyn, ellos se habían quedado detenidos para siempre en la era soviética. Habían sido abandonados a su suerte en una nueva isla, aunque sus hijos tendrían otras oportunidades. Aunque a juzgar por Vera y sus amigos, los hijos no se diferenciarían mucho de los padres.

A veces, cuando vagaba por los barrios de Bensonhurst, Midwood o Brighton, Slava calculaba lo lejos que estaba ella. Vera le provocaba sentimientos contradictorios. Con siete años, había sido como una hermana, pero ahora era una mujer y, aunque se avergonzaba de sus sentimientos —¡mira que comparar Las Vegas con Italia!—, sentía una afinidad especial cada vez que pensaba en ella. Ella habitaba en lo más hondo de su mente como una luna pálida, ni aquí, ni allí. Cada vez que su abuelo estaba a punto de proporcionarle un nombre y una dirección nuevos, cual camello surtiendo a su yonqui, Slava contenía la respiración, preguntándose si sería el nombre de Vera, pero también deseando que no lo fuera: de la misma manera que el abuelo había sido capaz de cobrarles intereses a los Rudinsky, Slava no era capaz de acostarse con una Rudinsky sin más. Por más vueltas que le daba no conseguía explicarse el motivo. ¿Sería algo psicológico? Ella simbolizaba su infancia perdida y... Cuando llegaba ahí se detenía: aunque no tuviera mucho que ver con el resto de su familia, los rollos psicológicos le agotaban la paciencia, igual que a todos ellos.

Cuando Slava llegaba a la casa correspondiente, lo festejaban y lo alimentaban, lo interrogaban sobre su vida romántica (a continuación lamentaban la falta de novedades) y criticaban a su abuelo. Él siempre tenía que reconducir la conversación hacia la guerra, la guerra infinita. Los allí reunidos —las familias se presentaban ante él al completo— se sentaban frente a él como quien se presenta frente el juez. Los niños se agarraban de las manos moteadas de los ancianos para escuchar las historias

que nunca tuvieron la temeridad de preguntar. El dólar americano sacaba a la luz las historias que el amor y la consideración habían mantenido silenciadas. Slava, que trabajaba de acuerdo a la filosofía de la nación que los había acogido —las cosas buenas de la vida son un derivado del egoísmo—, tenía la oportunidad de regalarles a los descendientes sentados a la mesa, los hijos y los nietos, el ansiado acceso a los rincones más impenetrables del alma de sus progenitores, y todo porque sus predecesores querían hacer dinero fácil. Qué barato se vendían: los terrores del alma a cambio de un puñado de euros. Slava no era el juez, era un intermediario, un prestamista, un alquimista: convertía las mentiras en hechos, las palabras en dinero, el silencio en conocimiento.

Arianna había mencionado que Nueva York había sido su secreto durante sus primeros meses en la ciudad. Ahora Slava tenía su propio secreto. Era un secreto demótico. No tenía nada que ver con una gloriosa ciudad. Los cómplices de su secreto eran feos y chabacanos, profanos y groseros. Grasientos y jorobados, de aliento nauseabundo, amaratados, peludos y calvos. Pero todas las noches escribía para una publicación invisible, para un puñado de lectores, quienesquiera que la Conferencia de Demandantes empleara para evaluar solicitudes. Pero el hecho de saber que alguien, en alguna parte, en un momento por determinar (Slava se estaría cepillando los dientes, sentado en el retrete o calentándose el almuerzo distraídamente), leería algo que él había escrito, le transmitía una sensación erótica. Sí, le ponía. Pensaba en Beau y Arch Dyson con indiferencia. Y qué si ellos no lo sabían, él sí. Por cada palabra que escribía, cada carta que terminaba, se imaginaba que entraba en sus despachos y arrojaba un montón de ellas a sus pies. Añadía una muesca por cada carta —número 7, número 11, número 20—, cual donjuán con sus conquistas en el cabecero de la cama.

Las familias no querían dejarlo marchar. Le rogaban que se quedara incluso después de terminar el trabajo. Estas personas, que normalmente se comportaban como mártires —la lluvia les había empapado la ropa tendida, las galletas subían de precio solo en la tienda donde hacían la compra—, habían sido autorizadas por fin —no, se habían visto obligadas— a hablar. Después bajaban la guardia y rompían a chillar como energúmenos, como si los vecinos de la casa de al lado no estuvieran escuchando. Recaía sobre Slava —que escuchaba solo a medias las peripecias de la guerra para poder rapiñar los detalles esporádicos que, según él, hacían que la narración pareciera auténtica— la responsabilidad de comprobar que las ventanas estaban cerradas; una vez incluso golpeó una pared para comprobar su grosor.

Una noche, después de visitar a los Dolin en Gravesend (carpa rellena, arenque bajo abrigo de piel, carne cubierta de gelatina), iba de camino al metro que lo llevaría a Manhattan cuando notó que alguien lo seguía. Al principio descartó la idea, pero no, sus sospechas eran ciertas. Cada vez que doblaba la esquina, la chaqueta de cuero a sus espaldas lo imitaba. No había nadie más en la calle a esas horas, solo televisores parpadeando tras las cortinas y la sauna de Neck Road, que arrojaba vapor por los

conductos de ventilación. Slava no podía girarse para echar una ojeada sin descubrirse. El corazón le latía con desconsuelo. Sabía que algo así podía ocurrir, pero, como no le había pasado hasta ahora, se había confiado. Los apartamentos donde había entregado sus cartas no eran más que hitos en un gigantesco atlas compuesto de ánimas sin carta, almas que querían saber qué se proponían los del 4C y por qué. Pero ¿por qué iban a seguirlo hasta el metro? ¿No tenía más sentido que lo siguieran desde el metro, para averiguar a qué casa iba?

Al fin, dobló una esquina al azar y echó un vistazo apresurado. Era un chaval, como mucho tendría dieciocho años. Sorprendido, Slava se detuvo sin querer, delatándose al instante. El chico también se paró. Se observaron a media manzana de distancia. A Slava se le dormían los dedos de cargar con las bolsas de comida con las que siempre lo obsequiaban, que invariablemente tenía que tirar en algún cubo de basura lo bastante alejado porque no podía aparecer con ellas en casa de Arianna, aunque le partía el corazón tirar la comida. Sin tener un plan en la cabeza, Slava dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el chico.

El chaval no echó a correr. Slava se detuvo a menos de cien metros. A pesar de la escasa iluminación, vio que el chico exhibía una pelusilla a falta de bigote. Tenía las manos metidas en la chaqueta, ¿qué guardaría ahí?

—¿Qué es lo que quieres? —le ladró Slava en ruso.

El chico pegó un respingo. No se esperaba el ruso. Vaciló.

Slava ladeó la cabeza, exigiendo una respuesta. Se excitó al comprobar que no se sentía inseguro. Que vengan a por mí, pensó. Pero luego recuperó la cordura. ¿Cómo iba a ser su perseguidor un chico de dieciocho años?

—¿Qué quieres? —preguntó Slava con recelo.

—¿Eres tú el que escribe las cartas? —quiso saber el chico.

—¿Quién ha dicho eso? —se defendió Slava.

—En el portal —aclaró el otro—. Decían que ibas a venir.

Slava maldijo a los Dolin entre dientes. No les podías sacar sus propios secretos ni con sacacorchos, pero en otras situaciones eran tan bocazas como críos.

—¿Qué es esto, un chantaje? —quiso saber Slava—. No tienes ninguna prueba. —Trató de esbozar una mueca de desdén pero ni él se creía su farol. No se necesitaban pruebas para llamar a la Conferencia de Demandantes.

—¿Un chantaje? —se extrañó el chico, preocupado—. ¿Y para qué?

—No importa —repuso Slava rápidamente.

El chico echó un vistazo a su alrededor y se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Slava se puso rígido, lo cual solo aumentó el nerviosismo del chico. Dio unas zancadas en dirección a Slava y le entregó unos folios grapados y doblados por la mitad. Oleg Smeshko, ponía en la portada. Slava hojeó el resto, eran como veinte páginas. La tipografía era grande y barroca. Slava detectó una frase que no le gustaba: «Su cerebro creyó que iba a explotar». Luego otra más prometedora: «El



humo que despedía su cigarrillo ondeaba como una bandera».

—¿Puedes leerlo? —pidió Oleg, los ojos clavados en el suelo.

—¿Lo has escrito tú? —preguntó Slava.

Oleg asintió.

—¿Y por qué no llamaste a la puerta cuando estaba en casa de tus vecinos? —exclamó Slava.

—Ellos se lo habrían contado a mis padres —repuso Oleg. Se pasó la manga bajo la nariz.

Slava echó otro vistazo al relato. Las bolsas de la otra mano pesaban como piedras, aunque el olor que emanaba de ellas era delicioso: rollitos, pollo, encurtidos. Todo iría a la basura.

—¿Por casualidad no tendrás hambre? —preguntó Slava.

—¿Hambre? —repitió Oleg, parpadeando—. Puedo comer en casa.

—Vamos a sentarnos —propuso Slava.

Oleg echó una ojeada alrededor.

—¿Dónde?

—En el bordillo —indicó Slava—. ¿No se preguntarán tus padres dónde te has metido?

—No, creen que he ido a casa de mi amigo.

—¿Has llamado a tu amigo y le has dicho que te cubra?

Oleg frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Toma. —Slava le tendió el móvil.

Mientras Oleg marcaba, Slava se sentó en el borde de la acera y echó un vistazo al título del relato. Se llamaba «Viajes inverosímiles a ninguna parte». No hacía falta cambiarlo. Slava extrajo un rollo de cebolleta de una de las bolsas, un pepinillo de un envase de plástico y un trozo de pollo, lo juntó todo y se lo entregó a Oleg cuando terminó de hablar.

—¿Tú no vas a comer? —preguntó Oleg.

—Voy a ayunar un par de días —se excusó Slava—. Esta comida te mata. Pesaba dos kilos y medio menos cuando comencé..., ya sabes.

—¿Es difícil? —inquirió Oleg, mordiendo el aperitivo con cautela.

Slava se quedó mirándolo.

—¿Las cartas? Lo más difícil es que se te ocurra la idea inicial. Pero luego la escritura compensa.

—¿Te pagan? —preguntó Oleg, masticando.

—¿Pagarme? —se extrañó Slava—. No.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Slava se echó a reír y no contestó. Observaron la calle desde su asiento, los coches esporádicos que pasaban a toda velocidad dejando una estela de canciones rusas en el aire. Dos hombres mayores en pantuflas pasaron a su lado tomados del brazo, dando su paseo vespertino.

—Se les van a congelar las pelotas ahí sentados en el bordillo —le dijo uno al otro al pasar.

—¿Sobre qué trata tu cuento? —preguntó Slava. Señaló las bolsas. Oleg asintió y Slava comenzó a preparar otro rollo.

—Va de un chip que te ponen en la cabeza —explicó Oleg. Sus enormes ojos oscuros se volvieron aún más grandes—. Sirve para que puedas viajar adonde quieras. A otro país, a otro planeta. Bueno, todo está en tu cabeza... Es como si hubieras estado allí y, cuando vuelves, te acuerdas de haber estado allí. Pero tu cuerpo no se ha movido del sitio, ¿entiendes? —Slava asintió—. ¿Lo entiendes? —repitió Oleg.

—Lo entiendo, lo entiendo —aseguró Slava.

—Pero el tipo se queda atrapado —continuó Oleg—. La historia trata de su viaje de vuelta a la Tierra.

—Como Odiseo —señaló Slava. Oleg no pareció reconocer la referencia—. ¿Y qué pasa? ¿Vuelve a casa?

Oleg miró a Slava con una sonrisa lobuna, le pegó un mordisco a su segundo rollo y exclamó:

—¡Tienes que leerlo!

Slava asintió con admiración. Le gustaba estar ahí sentado. El bochorno del día había pasado, nadie lo esperaba; sería invisible por un tiempo.

Oleg hizo una pausa entre mordisco y mordisco.

—¿Puedo leer una? —pidió—. Una carta.

Slava se quedó mirándolo.

—Claro. Pero tienes que guardar el secreto.

—Lo prometo —aseguró Oleg, con solemnidad. Luego le tendió la mano y Slava se la estrechó. Tenía la piel esponjosa como un recién nacido.

—Si sacas buenas notas —le recomendó Slava—, tus padres te dejarán tranquilo con tus cuentos.

Oleg asintió apesadumbrado.

—Irás a la universidad, ¿verdad? —preguntó Slava.

—Voy al Brooklyn College.

—Tienes que ir más lejos.

—¿Con qué dinero? —Slava arrojó a la calzada un pedacito de acera que había rascado con la uña.

—Escribe una carta —le propuso—. Eso debería bastar para que te admitiesen un semestre en algún sitio. El resto ya se te ocurrirá.

—Mis abuelos no cumplen los requisitos —argumentó Oleg—. Ni siquiera somos judíos.

Al menos, los Dolin habían olvidado convenientemente mencionar que su carta era una fábula.

—En esa carta puedes ser quien tú quieras —alegó Slava con cautela.

Oleg asintió con el rostro ensombrecido. Si Slava le hubiera ordenado que dejara de comer, que volviera a su casa de inmediato y que les confesara a sus padres que el joven pragmático al que estaban criando les había salido rana, Oleg habría obedecido. De modo que esto era lo que se sentía al tener un hermano pequeño.

Slava le puso un folio ante los ojos.

—¿Ves esto? —preguntó—. «El humo ondeaba como una bandera». Cambia «bandera» por «banderola». ¿No te suena mejor?

Oleg asintió.

—No tienes que darme la razón sin más —le riñó Slava—. ¿Es mejor o no?

Oleg volvió a asentir.

—¿Por qué?

—No lo sé —reconoció Slava—. Pero lo es. Mejor aún: «Una banderola de humo ondeaba en su cigarrillo». Venga, termina esta frase: «El bochorno impregna el ambiente como un...».

—Como una banderola —contestó Oleg, obediente.

—No, no, busca una palabra nueva. El humo del cigarrillo ondea como una banderola. El bochorno no se parece a una banderola. No se parece a nada. Es invisible, pero no hay forma de quitárselo de encima.

—El bochorno impregna el ambiente como un mal pensamiento —completó Oleg.

Slava lo felicitó con una palmada en la espalda.

—Ahí lo tienes.

El chico sonrió tímidamente.

Durante este periodo, Slava continuó recalando por las noches en el número 322 de la calle Diecinueve Oeste. Arianna nunca proponía pasar la noche en su apartamento y, aunque a veces él le recordaba lo injusto de la situación, lo cierto es que prefería el piso de ella, a pesar de que su nevera estaba llena, pues ahorrraba si comía en casa, y la de ella estaba congénitamente vacía. Se alimentaba exclusivamente de comida para llevar. A Slava le salía más cara una noche con ella que una semana solo, aunque nunca se lo mencionó a Arianna y ella nunca pareció darse cuenta.

No obstante, el resto de su apartamento estaba plagado de huellas de presencia humana. Todo en él resultaba bonito, incluso el bastidor de madera calada que los constructores habían instalado para convertir el estudio en un piso de un dormitorio. Arianna lo había pintado de blanco y había tallado la parte superior hasta darle la apariencia del perfil de la ciudad. Luego dibujó sobre las hojas un montón de ventanas con rotulador negro. «Cuando vagueo me dedico a esto», le explicó. «Me gusta pensar en qué está sucediendo en las ventanas. ¿Qué sucede en esta ventana?». Señaló con la uña un punto negro. «Están discutiendo», se contestó a sí misma.

Ella adoraba la ciudad. Según ella, la tranquilizaba; una idea inconcebible para

Slava, pues era un lugar increíblemente ruidoso, aunque su comentario le hizo fijarse, cuando regresaba de Brooklyn un domingo por la noche, en la llanura pétreo en la que se convertía el Upper West Side a esa hora, con los ventanales brillantes que resplandecían ante espectadores anónimos. Nueva York se agota y Nueva York también duerme. Ella volvía a Brentwood dos veces al año, para la Pascua y Rosh Hashaná. No soportaba ir con mayor frecuencia: se sentía sola en sus calles vacías, que le traían el recuerdo de una infancia y una juventud incómodas. Aunque llevaba viviendo siete años en Nueva York y conocía todos los rincones que se le antojaban —rara vez salía de Manhattan—, repetía los mismos recorridos que cuando era una recién llegada.

Él envidiaba su amor por Nueva York, un sentimiento que él no experimentaba por la ciudad ni por ningún otro sitio, ya que había dejado Minsk a una edad demasiado temprana para sentir algo por ella que no fuera un miedo impreciso a que le pegaran por ser judío y el aroma mágico de los arbustos de lilas que salpicaban el jardín. Quizá no le importara ir a su apartamento por ese motivo, pensaba tumbado en la cama junto a Arianna, mucho después de que ella se durmiese. En ese reducido espacio, con el gato correteando como un demonio y la televisión puesta sin ningún propósito más que evitar el silencio, él podía impregnarse del refugio que le proporcionaba a ella la ciudad, de la misma manera que los pobres en los países pobres se enganchaban al tendido eléctrico municipal para conseguir luz. Nunca habló del tema con ella. En cierta medida le guardaba resentimiento; ella tampoco había nacido aquí. Ella también era una especie de emigrada. Pero se había trasladado a un lugar que estaba hecho a su medida, como si hubiera detectado su destino ideal antes de salir de Los Ángeles. A Slava ni le disgustaba ni le gustaba su lugar de nacimiento. Lo daba por hecho, como la trucha el agua. Comprendió que estaba en un lugar concreto cuando aterrizó en el JFK. Y era un lugar que él no había elegido, al contrario que Arianna, que sí había elegido Nueva York. ¿Significaba eso que tenía que continuar buscando su propio sitio? Él no podía detectar cuál era el lugar idóneo para él. En lugar de caer rendido por las noches, este ejercicio de *pinball* lo mantenía en un continuo duermevela, y muchas mañanas se despertaba exhausto.

Lo único que Slava prefería de su lado de la isla era el río. A veces, antes de dirigirse al trabajo, daba un rodeo y cruzaba el parque antes de encaminarse al sur, a la oficina. Al otro lado del río, pasado Queens y Long Island, más allá del horizonte, estaba Europa y, todavía más allá, el Minsk de Slava. ¿Seguía aquella siendo su ciudad o Nueva York la había reemplazado? Si estuviera allí, a estas alturas habría terminado el Servicio Militar, probablemente se habría casado y tendría un niño, puede que dos. Se preguntaba si la abuela seguiría viva en esa vida de repuesto. Quizá las transfusiones sanguíneas solo se malograban si se hacían fuera de la Unión Soviética. Quizá la sangre soviética no funcionaba en otros sitios.

Arianna le había preguntado en una ocasión en qué trabajaba todas las noches que se quedaba en la oficina. Él había intentado mirarla a los ojos y le había dicho que

prefería no hablar del tema, si no le importaba. Estaba esbozando un relato sobre su familia y no quería gafarlo. Ella había asentido y le había acariciado la mejilla. Nunca había vuelto a sacar el tema. Él se sentía culpable pero también complacido por la maestría de su mentira: la había mirado a los ojos, le había pedido permiso para no contarle más, aparentemente lo había dejado en manos de ella. Por supuesto que haría lo que él le había pedido. Había fabricado una mentira tan próxima a la verdad como las circunstancias le permitían —una historia familiar— para aliviar el peso de la culpa, pero esta no había hecho más que aumentar, pues sentía que le estaba tomando el pelo a sus espaldas.

Si alguna vez Slava regresaba de Brooklyn y ella estaba despierta, cenaban juntos y después ella solía salir a dar un paseo. «¿Adónde?», preguntaba él. «Si acabo de llegar». Ella nunca le recordaba que llevaba horas esperándolo. «Uno cortito», apuntaba con una sonrisa, y se marchaba sin darle tiempo a contestar. Regresaba media hora después, con un café —no le quitaba el sueño— o un periódico, o plátanos, o nada. Una vez volvió con un cuadrito que le había regalado un vendedor porque quería asegurarse de que tuviera algo suyo. Ilustraba con colores brillantes, tropicales, a una chica con coletas saltando sobre un charco.

Una noche, cuando ella se estaba atando las zapatillas, Slava la llamó.

—Quiero ir contigo —anunció, sintiéndose culpable—. Dondequiera que vayas.

—Es solo ir y volver del parque.

—Me gustaría acompañarte.

—Pues vente —accedió ella—. No sabía que te apetecía.

—¿Por qué crees eso? —preguntó él.

—No tienes que hacer lo mismo que yo.

—¿Ah, no?

—Slava, no nos peleemos. ¿Quieres venir? —se detuvo, arrodillada en el suelo, con una zapatilla desabrochada. Se le iluminó el rostro—. ¿Me dejas llevarte a un sitio? Creo que te va a encantar.

—¿Al parque?

—Ya lo verás. Necesitaremos una linterna.

—¿Una linterna?

—Tú solo sígueme —replicó ella.

Se encaminaron hacia el este. Él la cogió de la mano y ella se la estrechó: iban a intentarlo. Las calles del Upper West Side comenzaban a sosegar, con la excepción de Broadway. Cruzaron Amsterdam y luego Columbus: se dirigían a Central Park. Pero cuando llegaron a la orilla del parque, ella continuó caminando, adentrándose en el perímetro.

—¿De noche, Arianna? —se escandalizó él.

—No te acojones.

Él trató de librarse de su malestar.

—¿Vamos a desenterrar tu máquina del tiempo del instituto?

—Para eso tendrías que ir al instituto Brentwood. Está en la grada de la derecha si te pones de espaldas al edificio. —Echó a caminar a oscuras como si fuera de día, machacando ramitas a su paso.

Slava se despidió con nostalgia de la última farola.

—¿Qué has escondido aquí? —preguntó, adentrándose en Walden.

—Un paquete de Marlboro Light. ¿Te imaginas cómo será fumarse uno cuando los desentierre dentro de veinte años? —No estaba completamente a oscuras, gracias a alguna que otra farola, pero Arianna se alejaba de las luces en busca del amparo de los árboles—. ¿Sabes por qué adoro el parque? —preguntó—. Es el único lugar de Manhattan donde no hay carteles. Podríamos estar a la altura de la calle Ochenta y Cinco o la Noventa y Cinco. Ahora han empezado a poner mapas en las farolas para indicarte dónde te encuentras. Me entran ganas de arrancarlos.

Slava levantó la vista hacia el poste de la farola más cercana: ahí estaba, un mapa laminado. Dejándose llevar —quería realizar un acto heroico por ella— pegó un salto hacia la luz y sacó el mapa de su soporte.

—¡Slava! —gritó ella—. Ponlo en su sitio. —Él reconoció la expresión (una mezcla de sorpresa y vergüenza) incluso a esa distancia, y volvió a colocar el mapa en su lugar. Caminaron en silencio el resto del trayecto. Por fin, Arianna se detuvo al borde de una hilera de robles; la farola más cercana estaría a unos trescientos metros—. No hay nada mejor que esto —aseguró ella—. Llevo un tiempo sin hacerlo.

—¿Ya soy digno de que me cuentes el plan? —preguntó él.

Ella se giró para mirarlo.

—Otra cosa insólita sobre el parque: los sin techo tienen la mejor vista de Nueva York. —Señaló hacia Central Park West, donde los picos de los edificios despedían un débil resplandor más allá del perímetro—. Y nosotros también —añadió.

Caminaron entre los robles hasta dar con un claro, disimulado junto a un sendero para bicis por un montículo de pedruscos. El terreno, cubierto de césped, presentaba una ligera pendiente. Slava miró a su alrededor con inquietud.

—No, mira hacia arriba —le indicó ella.

Siguió la dirección de su mirada. Le llevó un momento entender qué pretendía ella que viera, pero ahí estaban, más presentes que en ningún otro lugar de la ciudad: estrellas. No había muchas, y las que se distinguían se veían borrosas u ocultas tras algún retazo de nube, pero luego volvían a surgir, tan encantadoras cuando se apartaba el telón como niños jugando a ser adultos. Arianna resplandecía: eran sus niñas.

—¿Vienes aquí sola por la noche? —preguntó Slava, con incredulidad.

—Cuando era joven y lo bastante estúpida como para andar sola por Central Park por la noche —aclaró ella—. Llevaba años sin hacerlo. Ven al césped conmigo.

Slava miró a su alrededor. No se habían cruzado con un alma desde que habían entrado en el parque. Se le estaban acostumbrando los ojos a la oscuridad, lo que antes era negro ahora era azul. Nervioso, se acomodó junto a ella. El césped estaba

cuidadosamente cortado, los jardineros del Departamento de Parques llegaban hasta los rincones más recónditos.

—Cuando era pequeña —le contó ella—, mi padre me sacaba al jardín trasero, nos tumbábamos así y me animaba a buscar formas en las nubes. Un dinosaurio. Un maletín. Una disculpa. O, cuando íbamos a la playa, yo contaba historias sobre las olas. El mar es una lengua escupiendo pepitas. El mar es una cabeza repleta de pensamientos revueltos. El primer poema que escribí surgió a raíz de uno de esos días.

—¿Qué aspecto tiene una disculpa?

—Retorcido, como una joroba.

—Lo echas de menos —señaló él.

—Ahora es diferente. Se avergonzaría de ir a mirar olas con su hija.

—¿Por qué?

—No lo sé. Los padres no te cuentan por qué cambian.

Escucharon el impreciso zumbido de la ciudad, que surgía más allá de la línea de luz que aguardaba tras el límite del parque. Colgando como un mal pensamiento, pensó Slava, acordándose de Oleg con una sonrisa. En su relato de ciencia-ficción, Oleg había unido inconscientemente la historia de Odiseo con el fallido golpe de agosto de 1991, cuando Gorbachov, líder del mundo no-libre, se enteró del golpe de Estado en la capital al llegar a su residencia de vacaciones en Crimea. Después de que el protagonista de Oleg, que lleva el nombre poco sutil pero inspirador de Juan Fuerte, en sintonía con el futuro tecnológico aunque agrario del relato, viaje con la mente a Usuria (una extraña fusión entre la palabra «usura» y la antigua región de Iliria; Slava comenzaba a analizar las claves de la mente del joven escritor), reprograman los códigos, todos los viajes mentales se suspenden temporalmente y los exploradores en tránsito como Juan Fuerte se quedan en un limbo. Slava le había enviado algunas correcciones a Oleg y, como había prometido, una de las cartas falsas. Oleg le había reenviado el texto corregido, un segundo relato protagonizado por el encargado de una cadena de cafeterías en la Luna, y una osada sugerencia de mejora para la carta del Holocausto, deleitando a Slava. A menos de veinticinco kilómetros al sur de Central Park trabajaba el nuevo hallazgo de Slava, su agente secreto.

—Dicen que si eres capaz de distinguir la más pequeña de las Pléyades —comentó ella—, tienes una visión de diez. Ahí está. —Arianna extendió un dedo, pero Slava no tenía una visión de diez—. Después de que Atlas cargara a hombros con el mundo, Zeus convirtió a sus siete hijas en estrellas para que pudieran hacerle compañía.

Slava se acodó sobre el césped, como si quisiera tener una mejor perspectiva pero, en realidad, la observaba a ella. Vestida con las deportivas, unos calcetines grises y una sudadera —tenía frío a pesar del calor— era más hermosa que una mujer arreglada. A pesar de que se encontraban en una situación confusa y tensa, esto era un

hecho incontestable. Tenía ganas de abrazarla pero no fue capaz de hacerlo. Si mantenía las distancias al menos se mantenía fiel a su traición, pues no fingía entregarse a ella cuando en realidad había tantas cosas que le ocultaba.

Volvió a tenderse sobre la hierba y contempló las estrellas, ¿dónde iba a mirar si no? Desaparecerían tan pronto como Arianna y él regresaran donde las luces, aunque continuarían allí en las alturas, como algo en lo que creer a pesar de la falta de pruebas.

—Un salero —dijo él.

—¿Eh? —Ella se quedó mirándolo.

—Las estrellas son como si alguien hubiera agitado un salero. —Volvió a mirar hacia arriba—. Tu turno.

Ella se echó a reír, tímida y agradecida. Lo tomó del brazo y él se lo consintió.

—Un collar —propuso ella—. Un collar de estrellas.

—Cerezas blancas.

—Granos de arroz.

—Granos de arroz sobre tinta.

—Esta noche tenemos el gusto de ofrecerles granos de arroz en tinta de calamar.

—Solo el cielo nocturno tiene pecas.

—La biopsia reveló una profusión de luces.

—Un sarpullido celestial... Esporas galácticas.

—Puaj.

—Una placenta.

—¿Quién es el padre?

—Solo lo sabe el presentador de *Lluvia de estrellas*.

—¿Y los hijos? ¿Las siete hijas de Atlas?

—No, los hijos somos nosotros.

Y se besaron.



## Capítulo 11

Jueves, 24 de agosto de 2006

Los Rudinsky vivían en una casa achaparrada de ladrillo de dos plantas que se alzaba junto a una barraca de judíos ortodoxos. Media docena de niños con tirabuzones y gabardinas a juego chillaban y corrían alrededor del césped agostado de su correspondiente mitad del patio. La mitad de los Rudinsky estaba traicioneramente plagada de productos de jardín. Para los chiquillos, el joven que serpenteaba por el jardín era tan invisible como un fantasma.

Slava llamó a la puerta, se oyó ruido de pasos apresurados y Vera abrió de par en par. Él exhibía una expresión apesadumbrada a cuenta de su último encuentro, pero ella lo recibió con una sonrisa afable. Llevaba unos pantaloncitos de terciopelo falso estampados con personajes de Hello Kitty. Al fondo, más allá de una recargada alfombra estilo persa y un flamenco lacado del que brotaban un haz de zarcillos rosas, las estrellas rusas del pop atronaban en la televisión.

—¡Ver-ka! —berreó alguien desde el piso de arriba—. ¿Quién es?

—¡Sla-va! —chilló ella.

Slava se esforzó por sonreír y entró en la casa. Vera echó a andar por las baldosas descalza, con la huella del mando de la tele marcada en el muslo. Sus piernas aún no habían abandonado la rotundidad de la adolescencia. Se sintió dolido momentáneamente: ella no se había molestado en arreglarse. Compartieron un silencio incómodo al pie de la escalera. En el salón, la botella de Chartreuse y las copitas de cristal de Bohemia vibraban al son de los cantantes con permanente que se desgañitaban por la tele. Por fin, la voz del piso de arriba volvió a hacerse oír: era la tía Lyuba. Slava sintió una nueva punzada al comprobar que iba a despachar con un adulto. Al fin y al cabo, había sido Vera la que había llamado para pedirle que fuera, aunque él también había pensado varias veces en llamarla.

—¡Slava!

La tía Lyuba llegó al rellano de la planta baja y lo envolvió con sus brazos blandos y arrugados. Él le devolvió el recibimiento y la abrazó a la altura del moño. Se estrecharon como si él acabara de volver de la guerra. Desde los brazos de la tía Lyuba, vio cómo Vera se escabullía en dirección al salón.

—¿Has visto a los meapilas de la puerta de al lado? —preguntó Lyuba, tras liberarlo—. Compramos esta casa hace un año y tres meses, ¿crees que esa mujer (Malka, Schmalka, como sea) se ha pasado a decirnos «Hola, bienvenidos al vecindario»? Yo cometí el error de ir una vez a su casa. ¡Necesitaba harina! Se puso pálida como la nieve. Lo único que hace es acarrear a ese ejército de creyentes de un lado a otro, hasta que Moshe vuelve a casa. Entonces ya no la ves. Le he pedido a Garik que por favor vaya a verlos. Esos niños me pisotean el jardín a diario. Pero

tengo que hacerlo todo sola.

La tía Lyuba cogió a Slava de la mano y se dirigió a la cocina.

—¿Has visto a nuestra Vera? —preguntó—. ¡Querida! —la llamó a voz en grito. Vera se asomó desde el salón—. Ahí la tienes. —La voz de Lyuba volvió a enternecerse—. No es la niña que recordabas, ¿eh?

Vera se sonrojó.

Lyuba le ordenó a Slava que se sentase en el banco rosa que rodeaba la mesa de la cocina y se zambulló en la nevera, exhibiendo el panderero. De allí fue sacando jamón envasado al vacío, muslos de pollo ahumado y una fuente de vinagreta de verduras color remolacha.

—Slava, has crecido medio metro desde la última vez que te vi —comentó ella desde el interior de la nevera—. Dime cómo te van las cosas. Llevo años sin verte.

—Poca cosa, tía Lyuba —explicó él—. Trabajo en una revista...

—Bueno, nosotros no nos quejamos —lo interrumpió ella—. Garik es taxista. Quería montar un negocio de limusinas. —Dejó de rebuscar en la nevera para calibrar cuánto sabía Slava de la pelea, aunque solo podía juzgarlo con la retaguardia—. Pero no funcionó. Él es geólogo, ya lo sabes. Estaba acostumbrado a trabajar en espacios abiertos, con rocas más grandes que una casa. Ahora se pasa doce horas al día metido en esa quesera. Deberías ver cómo tiene los ojos cuando vuelve a casa. —Cerró el frigorífico y se dio la vuelta—. ¿Sabes qué hace ahora mi marido el geólogo? Canta en el taxi. Para que le den más propina. Canciones de guerra rusas. Él, que fue geólogo jefe en el Instituto Nacional de Ciencias Geológicas de Minsk. —Señaló al angosto jardín trasero, salpicado, como si fueran cagadas de pájaro, de rocas de distintos tamaños con hermosas estriaciones—. Un día le pusieron una multa por traerse a casa ese bloque de obsidiana. Dios sabe dónde lo consiguió. ¿A que obsidiana es un nombre bonito? Parece un nombre armenio. ¡Vera!

Vera reapareció en la puerta de la cocina.

—Sí, querida madre.

—Tienes que vestirte —señaló Lyuba. Luego, se giró hacia Slava—. Sube con ella, Slavchik.

—¿Subir adónde? —preguntó él.

—Pero bueno, no me refiero a la habitación, ¡serás seductor, Slava! —rio la tía Lyuba con satisfacción—. Quédate en la puerta y habla con ella mientras se cambia. Vosotros, los jóvenes, tenéis mucho que contaros.

—¿El vestido de leopardo o la falda vaquera con la blusa de volantes? —preguntó Vera desde la puerta.

—Que elija Slava —sugirió Lyuba.

Siguió a Vera escaleras arriba, con la nariz pegada a sus muslos.

—Me alegro de verte de nuevo —comentó, por decir algo.

—Yo también —replicó ella, distraída.

—Debería dejar que te vistas tranquila —objetó él—. Luego hablamos abajo.

—No, no pasa nada —insistió ella—. Habla conmigo. —Entró en un dormitorio decorado con corazoncitos y tonos rosas. Se subió a la cama de un salto, se cruzó de piernas y acomodó la barbilla sobre una rodilla. Frente a ella había una carpeta con fotos de disfraces: marineros, doncellas, presos. Ella le indicó que pasara—. Habla conmigo dos minutos, luego me visto.

Él le preguntó por la carpeta.

—Trabajo —indicó con un gesto vago—. Tenemos un gran evento el lunes. Entonces, ¿estampado de leopardo o falda vaquera?

Bajó de la cama de un salto y hurgó entre cientos de perchas. Un montículo de zapatos se vino abajo y se desmoronó entre sus tobillos. Tacones bajos, de aguja, bailarinas, zapatos de salón, de plataforma, sandalias, botas altas, botines.

—Pero no vives con ellos —carraspeó él, pensando en el piso donde Vova el Boxeador la había dejado.

—¿Qué? Habla más alto.

El amasijo de ropa era como un bosque encantado: bloqueaba el sonido.

—¡Que si vives aquí! —chilló él.

—No, tengo un piso —aclaró ella.

—¿Por qué me has llamado? —gritó Slava. El armario era tan grande como el resto de la habitación.

El rostro redondo de Vera asomó del armario.

—¿A qué te refieres? Necesitábamos tu ayuda.

Slava recordó cuando Vera fruncía las diminutas cejas cuando supervisaba a Slava mientras él colocaba los precios en las cebolletas y las ciruelas de su supermercado infantil. Qué raro que los padres de Vera lo alabaran a él; en su memoria, ella era la más seria de los dos. Siempre le sudaban las manos cuando ella le encomendaba una tarea. Pero también podía ser una niña alegre. Un día, camino al mercado, se encontró un disco de ópera; en la portada, una cantante rolliza y pintarrajeada proclamaba su sufrimiento. Vera lo reprodujo una y otra vez, y hacía *playback* junto a su oído mientras los cantantes rugían en su estéreo de tercera mano. A él no le entusiasmaba la música, pero le encantaba mirarla.

Después de sonsacarle la opinión a Slava, Vera se decantó por el vestido de leopardo. Se embutió en él mientras Slava esperaba en la puerta. Al bajar por la escalera, los tacones se le hundían en la alfombra. Mientras tanto, Slava contemplaba fijamente su culo geoméricamente perfecto. Como buen caballero, había insistido en que ella bajara delante.

Al mismo tiempo que bajaban las escaleras, dos voces masculinas entraron en casa. Garik, el marido de Lyuba, cargaba con los útiles propios de un taxista cantante: una botella de dos litros de Pepsi medio llena de agua, un cojín para el asiento y varios ejemplares gastados del *Novoye Russkoe Slovo*. En la mano libre traía a Lazar, el abuelo de Vera. El anciano no pareció reconocer a Slava, a pesar de que habían coincidido en la cena el día del entierro de la abuela unas semanas antes, pero el tío

Garik le dirigió una sonrisa radiante.

—¡Slava, estás hecho un roble! ¡Mírate! —Se acercó y se abrazaron—. ¿Qué es más histórico: que los alemanes nos regalen dinero o que Slava Gelman se presente en esta casa? Hay que celebrarlo con una copa. Ven, vamos a comer. Lyuba, ¿por qué no está la mesa puesta? Papa, vamos a comer. Papa, ¡es Slava!

Cuando todo el mundo se dirigía a la mesa a tropel, a Slava le sonó el móvil. Se disculpó y salió al pasillo.

—He llamado al grande, pero no lo cogía nadie —saludó el abuelo.

—¿Qué grande? —dijo Slava.

—Al del cable. Me dijiste que podía llamarte al pequeño si no respondías al grande. ¿Estás durmiendo?

—No estoy en casa —contestó Slava.

—¿Alguna vez te he contado lo de Misha Grandé?

—¿Quién? No.

—A mi barbería venía un hombre que se llamaba Misha Grandé. Le había tocado un apartamento que era una caja de zapatos y vivía allí con su mujer y su madre. Les había rogado a las autoridades que le concedieran un piso más grande, incluso había intentado sobornar a un tipo. Por supuesto, dio con el único tipo de Minsk que no aceptaba sobornos. Entonces vino de visita oficial el sah de Irán.

—¿Me estás contando un chiste? —preguntó Slava.

—No, es una historia real, escúchame. El sah de Irán viene a Minsk. Y Misha sabe que la comitiva tiene que pasar junto a su casa, porque está junto a la única carretera que lleva al aeropuerto. Entonces, en mitad de la noche, Misha saca el colchón a la calle. Y cuando el sah pasa por la mañana, lo primero que ve es a Misha Grandé roncando. Como es natural, el sah quiere saber por qué hay un hombre durmiendo en plena calle.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Slava.

—Le dieron un piso más grande.

—Ah, pensé que le harían algo peor. Oye, no estoy en casa. Te llamaré más tarde.

—¿Estás con una dama?

—Sí, con una dama. Tengo que irme.

—Vamos a hablar como hombres. ¿Te la vas a llevar a la cama?

—¿Qué? No lo sé.

—Tienes que ponerte protección. Si se acuesta contigo, significa que también se acuesta con Ivan, con Sergei y con Isaac.

—¡Si es Vera! —exclamó Slava.

—¡Ajá! —exclamó el abuelo—. Ese es mi chico. Tiene el culo como una pera. Supongo que nos vemos luego.

—¿No era como un tomate? —señaló Slava—. ¿Cómo vamos a vernos? Después tengo que ir a casa.

—Da igual, tengo malas noticias.

Slava se puso tenso.

—¿Qué ha pasado?

—Volodya Kleynerman. El tío del tío Pasha por parte de madre. No lo conoces.

—¿Qué pasa con él?

—Han recibido una carta. Enviaron la solicitud hace mucho tiempo. La mandaron pronto.

—¿Y?

—Acaban de contestarles.

—Dios mío, cuéntamelo ya.

—Les han denegado la ayuda. Son «inelegibles». ¿Qué significa eso? ¿Pueden reclamar? ¿Y si envían otra solicitud? No lo comprendo.

—¿Y su historia era... verdadera?

—Y su historia era verdadera. En el Centro Judío me han contado que están intentando que prorroguen el plazo —le contó el abuelo—. Y que también están intentando ampliar los requisitos. La verdad es que no lo entiendo. Tienes que venir y hablar con alguien. Esos malditos alemanes... Volodya Kleynerman era comandante de tanque. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Cuántos comandantes de tanque del Ejército Rojo judíos conoces?

—Pero sabes que haber formado parte del Ejército Rojo no te da derecho a solicitar la indemnización —repuso Slava, aliviado—. Si fue eso lo que dijeron, es normal que no lo hayan conseguido. ¿Contaron la verdad?

—Tiene doscientos trozos de metralla en el cuerpo.

—Estoy seguro de que no son doscientos.

—Vaya, no se puede hablar contigo.

—¿Te has parado a pensar qué pasaría si nos pillan? —preguntó Slava.

—Soy un viejo, Slavik. Mi esposa acaba de fallecer, y los del Instituto de la Vivienda me van a subir el alquiler doce dólares este año. ¿No te lo había contado? La carta llegó el otro día. —Y añadió con resentimiento—: La tradujo tu madre.

—Eres un viejo, no hablas inglés. Solo te dedicas a babear en la manga de la camisa.

—Es que soy un anciano.

—¿Has pensado en lo que podría ocurrirme a mí? —preguntó Slava—. ¿Sabes lo que significa «presentar cargos»? ¿«Extradición»? —Esas palabras no las dijo en ruso.

—Sé lo que significa extra —repuso el abuelo débilmente.

—Sí, sabes lo que significa extra. Te preocupas por doce dólares. ¿Pero qué me dices de las tasas de mercado? No sabes lo que son las tasas de mercado. Te pueden quitar todo lo que tienes. La vivienda, Berta, todo.

—Bueno, no nos vamos a cagar encima ahora —terció el abuelo—. En los papeles no aparece tu nombre. Les diré que lo escribí yo y que me lo tradujeron en una agencia.

—¿Por qué necesitas todo esto? —preguntó Slava—. Israel vive como un prisionero político. Se diría que no ha utilizado la cocina desde que murió su mujer. Tiene unos pedazos de queso cheddar que dan ganas de morirse con solo mirarlos. Tú tienes un piso de un dormitorio por cien dólares al mes y también una mujer que te cocina. ¿Qué más quieres?

—Necesito que te enteres de cómo va la cosa esa de la elegibilidad. Podrías conseguir más gente si la amplían y posponen la fecha de entrega.

Slava cerró los ojos.

—Si amplían la elegibilidad —repuso débilmente—, quizá podrías haber conseguido la indemnización honradamente.

Pero eso no cambiaría nada. Nunca cesarían los engaños para conseguir más. Más, más y más.

—Berta ha enviado la carta y el affidavit esta semana —explicó el abuelo—. Es demasiado tarde. —Pronunció la palabra en inglés: effie-davey—. Los Katznelson vinieron a casa el otro día. Me contaron que les escribiste una carta excelente. Llevaba dos años sin verlos. Ni siquiera llamaron después del entierro.

—¿Te ves con gente que no te ha dado el pésame?

—Con los años se pierde fuelle, Slavik. Se iban a enterar de lo que es bueno si me pillan hace treinta años. ¡Si los hubiera cogido tu abuela! Pero vinieron, te lo aseguro. Trajeron flores, trajeron tu carta, querían ver la mía. Uno de los nietos tradujo su carta, ¡decían que no podía sacar las narices del diccionario! Pero la mía me gusta más, con las vacas.

—Los Kogan han venido, los Rubinshtein han venido —prosiguió—. ¿Te acuerdas de él, el bizco? Su hijo acaba de tener un niño, me han invitado a la circuncisión la semana que viene. Cómo me vas a decir que no quieres seguir haciendo esto.

—Maldita sea, ¿es que no lo ves? ¡Eso es lo que estoy intentando explicarte! —renegó Slava.

—Siempre he sido tu mayor admirador, Slavik. ¿Quién es tu admirador número uno?

Slava dejó caer los brazos.

—Olvídalo.

—¿Qué tal van tus progresos con Vera? —preguntó el abuelo en tono conspiratorio.

—Déjame en paz —rezongó Slava.

—Estás hablando con un hombre que es capaz de averiguar lo que se proponga. A esa chica le brillan los ojos.

—Lo que has visto es un kilo de máscara de pestañas, nada de brillos.

—Sabe cómo cuidarse sola, ¿qué hay de malo en eso? ¿Les has escrito la carta?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—¡Acabo de llegar! —exclamó Slava—. Esto no es como un pastel, que mezclas los ingredientes y sube la masa. Oye, tengo que irme.

—Buena suerte —le deseó el abuelo—. Eres mi única alegría en el mundo.

Garik y Lazar se habían sentado en la cocina mientras Lyuba y Vera se afanaban con los platos y los cubiertos. Al otro lado de la cocina, Lyuba se había detenido para admirar a su hija. Vera rodeó la formidable circunferencia de su madre y la besuqueó tres veces en el hombro.

—Déjame en paz, diablilla —dijo la tía Lyuba sin dejar de sonreír—. Slava, ¿cuántos años tienes? —Comenzó a colocar delante de los hombres unos platos decorados con una greca falsamente desgastada—. ¿La misma edad que Vera?

—Veinticinco —confirmó Slava—. Mi cumpleaños es el mes que viene.

—Cuando yo tenía veinticinco años ya le cambiaba los pañales a esta —dijo la tía Lyuba—. Y mírala ahora.

Todos escrutaron a Vera. Ella se ajustó el vestido. Sus pendientes de aro se columpiaron.

—No puedes comparar esta vida con la de allí —objetó el tío Garik—. Con veinticinco años ya tenías las respuestas a todas las preguntas.

—¿Lo de comer es para hoy o para mañana? —berreó Lazar Timofeyevich.

—¡Ya va, ya va! —gritó la tía Lyuba—. Solo tengo dos manos. Verochka, princesita, ¿crees que podrías preparar algo?

Vera se tiró del bajo del vestido.

—¿Muslos de pollo? —propuso.

—Sí, por favor. Usa ese cuchillo que se está secando. —La tía Lyuba se giró hacia Slava—. Creía que llegarías un poco más tarde, Slava. Pero voy a preparar un cordero para chuparse los dedos. Y para que lo sepas, Vera también sabe cocinar un poco; lo haría más a menudo si no estuviera tan ocupada con el trabajo. Por ahora solo sabe hacer salchichas y puré de patatas, pero estamos trabajando para mejorar.

—Hay un pequeño restaurante cerca de mi oficina —comentó Slava—. El tipo prepara un cordero celestial.

—¿Es uno de los nuestros? —preguntó el tío Garik—. ¿Centroasiático?

—No —repuso Slava—. Libanés.

—Ah —dijo Garik—. Un Alí Babá. —Levantó las palmas de las manos e imitó los movimientos de un derviche.

—Solo hay una solución a ese problema —opinó Lazar Timofeyevich—. ¡Matarlos a todos!

Vera soltó un grito histérico; evidentemente solía oír esta diatriba a la hora de la cena. Slava observó cómo hurgaba en los muslos de pollo; algunos trozos de grasa le decoraban las muñecas. Se subió con los dientes las mangas del vestido.

—¿Quién ha hablado de matar? —reculó Lazar Timofeyevich—. Por favor, no pongáis palabras en mi boca que no haya dicho. Me refería a «trasladarlos». Dadles un dinero y que se vayan a otra parte. Como si nuestra gente no hubiera sufrido ya

bastante, ¿encima ahora tienen que lidiar con esto también? Que nos dejen en paz.

—¿Pero dónde queda el Líbano? —preguntó la tía Lyuba—. Siempre me entra curiosidad cuando hablan sobre la guerra en la radio. ¿Es lo mismo que Libia?

—Está en Oriente Medio —informó el tío Garik—. La verdad es que son buenos cocineros.

—La receta del que yo digo lleva capas de pan de pita, una técnica especial que aprendió de unos judíos marroquíes —explicó Slava, intentando promover la solidaridad entre los pueblos.

—Oí una vez en la radio que los árabes son famosos por su hospitalidad —comentó Garik—. Te invitan a entrar en su tienda a tomar el té, pero, una vez dentro, te liquidan.

—Creo que eso es una leyenda —lo contradijo Slava—. Los árabes ya no viven en tiendas.

—No seas inocentón, Slava —le advirtió Garik—. Era de esperar, en este país te aconsejan que pongas tulipanes en los cañones de los fusiles.

Vera depositó una bandeja a rebosar de muslos de pollo en mitad de la mesa. La tía Lyuba agitó la cabeza con desaprobación.

—Muñeca, ¿cómo sirves una bandeja de esa manera? —La retiró y comenzó a decorar los bordes con ramitas de perejil—. *Voilà!* —exclamó un minuto después, depositando el plato sobre la mesa.

Todos comieron ensimismados. Los hombres se hacían sitio en la boca comprimiendo la comida en los carrillos con ayuda de los pulgares, mientras Vera rebañaba el plato con pan. Lyuba no se acababa de sentar: iba a por más pan, ahora a por más servilletas, luego a por más ajo. Ya comería tranquila cuando los hombres hubieran terminado. Del exterior se colaba el griterío de los niños jugando.

—Creo que es hora de encender la luz —opinó Lyuba, levantándose nuevamente—. Verochka, cuéntanos algo. ¿Qué tal el trabajo?

—Todavía es de día —se quejó Lazar Timofeyevich—. Estás malgastando la electricidad.

—Entonces deberías haber comprado una casa con ventanas —le recriminó Lyuba.

—Nada especial —comentó Vera—. Es un trabajo para una *boutique* de modas de La avenida X. Un concurso para la emisora de radio.

—Trabaja en relaciones súbditas —explicó Lyuba—. Pone en contacto a clientes rusos con empresas americanas. ¿No es así, palomita? Gana más de cincuenta mil dólares al año.

Vera se puso lívida.

—Pongo en contacto a clientes rusos con empresas rusas —la corrigió—. Solo he conseguido una cuenta rusa para América. En este país, madre, el salario es un tema privado.

—Slava es uno de los nuestros —zanjó Lyuba con un gesto de la mano.



—Es de locos —opinó Lazar Timofeyevich—. Si uno necesita pasta de dientes, va y compra pasta de dientes. No comprendo por qué hace falta anunciar la pasta de dientes.

—Aquí tienen cincuenta clases diferentes de pasta de dientes —le explicó Vera—. Necesitas que te ayuden a decidir.

—No necesito la ayuda de nadie para decidir —refunfuñó él—. Uno compra siempre la más barata.

—Y así se te caen los dientes —defendió Lyuba a su hija.

—Total, ya se me han caído —resopló Lazar.

—Como si los anuncios dijieran la verdad —objetó Garik—. Solo te muestran a una mujer en la ducha meneando el pelo.

—Eso no me supone ningún problema —alegó Lazar. Señaló las sobras de la comida—. Lyuba, recoge, por favor. Tenemos que ponernos a trabajar. Podemos tomar el té luego. Y apaga esas dichas luces.

Lyuba soltó el tenedor y se levantó a retirar los platos.

—Fuera, fuera —despachó a todos Lazar—. Dejad que los hombres hablen.

Slava observó cómo Vera, que aún estaba comiendo, se levantaba y se retiraba. No se giró para mirar a Slava. Lyuba no se marchó hasta que no hubo apilado todos los platos en el fregadero.

—¡Quiero dejar la mesa limpia! —exclamó en su defensa. Por fin, ella también se marchó.

Lazar estaba tan gibado que no podía mirar a Slava a los ojos. Tenía los labios violetas y la cara como un campo cubierto de nubarrones.

—Los veinticinco ya son una edad adulta —declaró con escepticismo.

—Queréis que seamos las dos cosas —opinó Slava—. Adultos y niños al mismo tiempo.

—Háblame cerca de esta oreja —le pidió, girándose. Slava repitió su comentario.

—Siempre, hasta cuando eras niño, antepónías la justicia a todo lo demás —le espetó Lazar—. En Italia no dejabas que tu abuelo se montara en el tranvía de la playa sin billete. Cuando cogíamos el tranvía para ir a vender al mercado, ninguno nos colábamos, pero no por el revisor, sino por ti. Habrías sido un buen comunista. Chico, cómo revoloteaban a tu alrededor. Cuando hablabas, toda la mesa se callaba. Cuatro adultos cerraban el pico para que pudieras hablar. En eso, Vera y tú sois diferentes. Ella no espera que el mundo sea lo que no es.

—Hablemos de la guerra —propuso Slava.

—Ya llegaremos a eso —dijo Lazar—. ¿Cómo te van las cosas en el terreno personal?

—Tranquilas —contestó Slava—. Hablemos de la guerra. Sé que no estuvo ni en un gueto ni en un campo de concentración, pero cuénteme alguna cosa. Me servirá de ayuda.

—Yo estaba en un batallón de trabajadores cavando trincheras. Luego me

obligaron a alistarme en infantería. Combatí en Stalingrado. Quedé sordo de un oído. Fin de la historia.

—Cuénteme algo más. Los detalles ayudan.

—¿De qué van a servir si no puedes mencionarlo? —Lazar golpeó la mesa—. Si estuviste en el gueto te dan la indemnización. Si te amputaron tres miembros en el frente no te dan nada. No te puedo contar cómo era el gueto. No estuve allí.

—Entonces cuénteme otra cosa.

—¡En este oído!

Slava lo repitió a gritos.

—Vale, te contaré algo más —accedió Lazar—. Te contaré una historia, aunque no sé si sabrás qué hacer con ella. Esto sucedió en los años cincuenta. En el cincuenta y dos, justo antes de que el loco la palmara. Las cosas se estaban poniendo muy feas para los judíos. Una noche, mi hermano Misha iba caminando hacia casa cuando unos borrachos comenzaron a chillarle: «¡Judíos, perros judíos! ¡Una fosa para todos los perros!». Misha no era de los que se callaban; él y tu abuelo se habrían llevado bien. Le sacó el ojo a uno. ¡Zas! —Lazar Timofeyevich chasqueó los dedos frente al ojo de Slava con una energía repentina—. Por algo así podían caerte diez años en la trena —continuó Lazar—. Y ¿qué hizo mi hermano mayor? Un amigo mío tenía un uniforme militar de la Revolución, un objeto de coleccionista. Se lo pedí prestado. Otro amigo mío estaba en una banda de música. Le pedí que viniera con el uniforme puesto. Y allá que fuimos a la casa del tuerto. ¿Me sigues?

—No —reconoció Slava.

—No te hagas el inocente, por favor —le recriminó Lazar—. Fingíamos ser policías. Entonces fuimos a casa del tuerto y enseñamos unas agendas como si fueran nuestras identificaciones. «Estimados ciudadanos: venimos siguiendo órdenes del comandante del distrito para solicitarles que retiren los cargos contra Misha Rudinsky y así permitir que las autoridades se encarguen de este gamberro por sus propios medios. Les prometemos vengar a su hijo de la forma más oportuna, ¿entienden? Si optan por utilizar los canales oficiales meterán a ese judío en la cárcel y le darán de comer todos los días. Si nos lo dejan a nosotros nos aseguraremos de que no vuelva a andar por sus propios medios. Habrá un judío menos zanganeando por el mundo».

—¿Funcionó? —preguntó Slava.

—No —contestó con amargura—. Nos dieron con la puerta en las narices.

—Oh.

—¿Crees que me detuve ahí? Le pedí a nuestro abogado que trajera al juez del caso a cenar a casa. Yo entonces tenía veintiséis años, Slava, era básicamente cinco minutos mayor que tú. Estábamos brindado por la madre patria y todas esas cosas, cuando, *khop*: le pasé disimuladamente un sobre blanco. Cinco de los grandes. Y a mi pequeño Misha le cayeron tres años en lugar de diez. Y podía sacarlo de la cárcel una vez al mes y llevarlo a casa para que comiera en condiciones y se cortara el pelo.

Slava asentía cortésmente. En el ocaso, a los ancianos de su antiguo barrio les

entraban unas ganas locas de relatar sus actos valerosos. Antes se habían contenido para no preocupar a los hijos con las terribles verdades de la vida. Pero ahora, en la última ronda, necesitaban desahogarse por todos los medios, como unos ladrones que se deshicieran del oro amenazados por un perseguidor que no admitía indultos. Al final se habían topado con algo más terrible que la perspectiva de alterar el sueño de sus hijos.

Lazar Timofeyevich cerró los ojos, tan lenta y pesadamente que Slava se figuró que esos párpados nunca volverían a subir. Cuando los abrió, le dijo:

—¿Crees que te estoy contando esto para poder pajearme una última vez? Te estoy contando esto para que entiendas cuál es la diferencia entre tu gente y los otros. ¿Quién es tu mejor amigo?

—¿Disculpe?

—¿Tienes algún buen amigo?

Slava pensó la respuesta. La única que se le ocurría era Arianna.

—No —admitió.

—En casa tenía diez amigos estupendos —explicó Lazar—. Chicos dispuestos a rebanarle el cuello a quien hiciera falta por mí. Todos judíos. Hasta el último de ellos. Ahora, si tienes algún amigo, ¿crees que haría eso por ti?

—No lo sé —repuso Slava—. La verdad es que no tengo... tantos amigos.

—Esa chica —continuó Lazar, señalando las escaleras— se plantará a tu lado y te defenderá como un tanque, Slava. Y tú que vives en las nubes, necesitas a alguien así. Puede que ella no sepa quién fue Sájarov, pero sabe lo que es la vida, sabe lo que es la lealtad. ¿Si te pillan haciendo lo que estás haciendo? Ella asumiría la culpa, lo haría por ti. A eso me refiero cuando hablo de los nuestros. Nómbrame una persona americana que estuviera dispuesta a hacer eso por ti y daré por terminada esta conversación. Nosotros os trajimos a este país, pero ¿significa eso que ahora todos somos americanos de golpe? Cuando compras cerezas en la tienda, ¿las coges de la caja sin mirar? No, eliges las mejores. Solo porque estamos aquí, ¿nos conformamos con vivir separados y llamar una vez a la semana para decir *jelou jauaryu*? Consigue un buen trabajo, compra una casa grande... Eso es todo lo que puede ofrecerte este lugar.

—Entonces, ¿se supone que debemos ser extranjeros aquí? —exclamó Slava—. ¿No fue bastante haber sido extranjeros allí también, que ahora queréis ser extranjeros en este país? Ese tipo de conducta se considera psicopatía.

—Todos nos volveremos americanos, Slava, no te preocupes —admitió Lazar—. Tus hijos serán casi americanos, y sus hijos verán los anuncios de champú sin saber que hay otra manera de entender la vida. Sucederá a su debido tiempo. No puedes adelantar acontecimientos.

—La vida es larga —objetó Slava.

—La vida no es larga —rectificó Lazar—. En el frente ya eras un soldado veterano con veinticinco años. Lyuba cambiaba pañales a los veinticinco, eso está

muy bien, pero a esa edad yo comandaba un pelotón del Ejército Rojo. Si tengo que reconocerles algo a esos chalados de la puerta de al lado que viven en la Edad Media es que tienen cinco hijos, seis hijos, siete hijos. Somos tan pocos, Slava. Siempre corremos el peligro de extinguirnos por un motivo u otro.

—¿Alguien le ha preguntado a Vera qué es lo que quiere? —inquirió Slava.

—Tienes que hablarme en este oído —repitió Lazar Timofeyevich con impaciencia.

—¿Está dispuesto a entregarle su única nieta a alguien que gana la mitad que ella?

—¿Qué? —gimió Lazar. Slava se preguntó si la sordera no sería un invento para usarla a su antojo. No les había causado tantas interferencias durante la cena.

—No importa —suspiró Slava—. Tengo que marcharme, Lazar Timofeyevich. Me espera un largo trayecto.

El anciano se encogió de hombros, demasiado cansado para continuar. Se levantó sombríamente y fue arrastrando los pies hasta el armario de la esquina. De él sacó un grueso sobre blanco y lo dejó caer frente a Slava sobre la mesa. Luego volvió a sentarse en su silla.

—Haz algo de provecho con él —le aconsejó.

—¿Qué es esto? —preguntó Slava.

—Tu comisión. Doscientos cincuenta.

—Gracias —repuso Slava—. No necesito ninguna comisión.

—Tu abuelo me advirtió que no te lo diera, pero tú eres el que se merece el dinero.

A Slava se le subieron los colores.

—Lazar Timofeyevich, debería haber esperado a que vinieran los demás —le dijo Lyuba en tono de reproche desde el umbral. Garik estaba a su lado. Dos niños escuchando a hurtadillas.

—¿Esperar a que venga quién? —preguntó Slava.

—Quién, quién —farfulló Lazar, como una vieja cotorra.

Sonó el timbre de la puerta, un lento ding-dong que resonó en las paredes de azulejos durante una eternidad. Todos se quedaron petrificados. Los mayores cayeron en la cuenta de que Slava no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. ¿Por qué le habrían mantenido al margen? Bueno, habían oído que ahora él guardaba las distancias con su familia. Jodidos niños, Dios les perdone el lenguaje: uno se desvive por ellos y a cambio te escupen en la cara. ¿Por qué estaban tan empeñados en emparejar a Vera con Slava? Esa había sido la única razón por la que habían accedido a que los Gelman fueran a su casa. El chaval no tenía la culpa de que sus padres — mejor dicho, el abuelo— fuera un capullo engreído. Pero de casta le viene al galgo. El chico era un bicho raro, a su manera, pero raro al fin y al cabo. Todo esto se les cruzó por la cabeza a los Rudinsky.

—Deben de ser ellos —anunció Garik.

—¿Quiénes? —preguntó Slava con un deje de histeria en la voz. Sabía la respuesta, pero rezaba por estar equivocado.

—Ellos, ellos —repitió Lazar con impaciencia.

Lyuba desapareció en el pasillo. Slava se levantó de un salto, Lazar lo siguió a menor velocidad. Cuando Lyuba abrió la puerta, los tres hombres se arracimaron en el vestíbulo tras ella, compartiendo una expresión apesadumbrada: Garik porque no sabía qué esperar de ese encuentro; por una parte, se sentía responsable del distanciamiento con los Gelman, pues todo había comenzado cuando les pidió el préstamo para las limusinas, aunque, por otra parte, era el más agraviado y el menos proclive a la reconciliación, pero estaba dispuesto a hacerlo por los chicos, claro; Lazar porque tenía un pie en el otro mundo y por tanto sabía, como también sabía su nieta, que este tipo de enemistades eran una chorrada; y Slava porque no daba crédito a lo que estaba sucediendo: primero porque su abuelo había cobrado a cambio de las cartas y, segundo porque, con toda probabilidad, los Gelman aguardaban al otro lado de la puerta. Sobre sus cabezas, los tacones de Vera taladraban las escaleras. Todavía llevaba puestos esos malditos zapatos tan sexis.

La puerta se abrió y, como era de esperar, dio paso a dos Gelman —padre e hija— y a un Shtut. El abuelo de Slava lucía una guayabera blanca y una expresión de desdén. La hija se había engalanado con una túnica multicolor. Más sobrio, su marido había escogido una camisa de manga corta. Cargaban con bombones, champán barato, el peso del mundo.

—¡Desde Nueva Jersey nos honran con su presencia! —exclamó Lyuba. Pretendía decirlo en plan broma, pero sonó más bien a desaire.

—¿Qué hacéis ahí fuera? —dijo Garik—. Estáis malgastando el aire acondicionado. Pasad, muchachos, pasad.

—Es Slava —señaló su madre, tan sorprendida de verlo a él como a los Rudinsky.

—Él ya está de este lado de la puerta —comentó Lyuba con coquetería.

El sujeto en cuestión examinó a su abuelo con una mirada furibunda.

—¡Me hace tan feliz que estéis todos aquí! —gritó Vera, y bajó corriendo los escalones restantes. Comenzó a ayudar a los Gelman con las bolsas y sacó zapatillas de andar por casa del armario. Apelotonados en el vestíbulo, los Gelman se desprendieron de su calzado obedientemente.

—Ya he retirado los platos de la cena, solo tengo que sacar la porcelana —anunció Lyuba.

Al abuelo se le inflaban las narices. Siempre lo invitaban a café y tarta después de una cena a la que no había sido convidado.

Estupefacto, Slava buscó a Vera con la mirada, pero ella lo evitaba.

—¿Por qué no nos sentamos en el salón? —propuso, y salió corriendo a la cocina en busca de provisiones. Slava la siguió sin decir nada.

Vera tenía las manos metidas en un armario. Dejó de hurgar y se giró para mirarlo.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Estás de broma, ¿verdad? —rezongó él. Los adultos pasaron en tropel por la puerta de la cocina de camino al salón. Lyuba estuvo a punto de entrar, pero Vera la despachó con un gesto de la mano.

—Saca la porcelana buena —le siseó Lyuba desde la puerta, guiñándole el ojo a Slava, como si estuvieran compinchados.

—¿Por qué no puedes dejar que lo solucionen entre ellos? —le recriminó a Vera.

—Porque son como niños, por eso —contestó Vera.

—Me marchó —dijo él.

—No te marchas —dijo ella—. Ayúdame. —Su expresión se dulcificó—. Por favor.

—Le está cobrando a la gente —exclamó Slava—. ¡A mis espaldas!

—Estoy segura de que lo hace por tu bien.

—¡Yo no quiero el dinero! —chilló Slava.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —oyeron que decían desde el salón. Vera y Slava se detuvieron a escuchar. Su discusión les había dado a los adultos materia para charlar. Alguien incluso se rio.

—¿Lo ves? —le dijo Vera entre dientes.

Los chicos aparecieron en el salón cargados con dos bandejas de platos y tazas de bordes dorados. Tensos y silenciosos, los adultos se sentaban apretujados en un tresillo. La aparición de los chicos les proporcionó tema de conversación.

—¿Y hoy qué se vende? —preguntó alguien.

—¿Cuánto cuesta el té? —añadió un segundo.

—Igual que en los viejos tiempos —anunció un tercero, porque aquello no se parecía en nada.

—Hoy es un día especial —se sumó Vera, divertida—. V&S Alimenti se complace en invitarlos a té con pastas.

—Hurra —repuso con precaución la madre de Slava.

Slava les deseó a todos lo peor. Después de depositar la bandeja en la mesa, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó el sobre blanco. Tras pasar por encima de los pies de Garik se lo plantó al abuelo delante de las narices. La conversación se detuvo. Su abuelo lo miró, temeroso y burlón.

—Creo que esto es tuyo —le recriminó Slava. El sobre blanco pendía entre ambos como un sol venenoso. El peso que los anclaba a una galaxia de rusos gordos.

—¿Podemos dejar los negocios para otro momento, por favor? —intercedió Vera. Le quitó el sobre a Slava de las manos, lo dobló por la mitad y se lo metió en el escote con un gesto de matrona—. Parece que me he ganado una tarde de compras gratis. —Todos se rieron.

—Qué agradable que hayáis querido venir —aplaudió Lyuba cuando todos se hubieron acomodado.

—¿Que nosotros queríamos venir? —se extrañó el abuelo.

—Vera nos dijo... —comenzó la madre de Slava.

—¡Oh, qué más da! —exclamó Vera—. Yo, tú, tú, yo... Estamos juntos, eso es lo que importa. Estamos todos juntos por primera vez después de casi veinte años.

—Bueno, todos seguís teniendo el mismo aspecto —comentó Garik, y volvieron a echarse a reír.

—Dónde nos hemos ido a meter, carajo —refunfuñó Lazar, sin rastro de hilaridad en la voz. Se refería a América.

—¿Sabíais que algunos se quedaron en Italia? —comentó la madre de Slava. Se dio un tirón de la túnica.

—Si tuviera que volver a pasar por ello me quedaría en Italia —afirmó Garik—. ¿Os acordáis de estos dos? —Señaló a Vera y a Slava—. Ahora mismo estarían hablando italiano.

—Pero nos va bien —interrumpió Lyuba—. Casi hemos terminado de pagar la hipoteca de la casa.

—Ellos tienen un Nissan Altima y también un Ford Taurus —anunció el abuelo, señalando a su hija y a su marido.

—Yo optaría solo por los japoneses. —Garik se sorbió la nariz—. Entiendo de estas cosas.

—Claro, como te pasas el día entero metido en un taxi...

—Requiere cierta habilidad —le recordó Garik al anciano.

—¿Barquillos? —interrumpió Vera—. También hay galletas y bizcochos. ¿A quién le apetece helado?

Mientras los adultos hablaban, Slava echaba cuentas. Había escrito veintidós cartas. Veintidós por doscientos cincuenta eran cinco mil quinientos dólares. Un tercio de lo que habían costado las tumbas. ¿O sería una escala móvil? Quinientos algunos, doscientos cincuenta otros. ¿Diría el abuelo: «Lazar, normalmente cobro quinientos. Pero si permites que mi chico se arrime a tu nieta, la del culo de pera, te lo dejo en doscientos cincuenta. Hazme un favor, no se lo digas. Es un muchacho sensible»?

No. Había sido Vera la que había cerrado el trato. Había llamado al abuelo de igual a igual: Pásate por casa, haz las paces y te compraremos una carta. Slava no pintaba nada, era una marioneta. Ella sabía que Slava no la dejaría en evidencia —¿tan pusilánime era?, ¿era su perrito faldero?— y si él allanaba el camino, los demás vendrían. Ella lo utilizaba a su antojo. En público, en casa de Stas y Lara, se comportaba como su sombra. En privado, conseguía lo que se proponía. Era tan dura como el abuelo, más dura aún. Por eso a él le gustaba: veía en ella un espíritu afín. Slava escribía las cartas, claro, pero el chico era caprichoso. Slava se imaginaba a Vera regateando con el abuelo, y al anciano encantado con sus tejemanejes. Aunque no quería parecer condescendiente y la había obligado a esforzarse. Atacaban y contraatacaban. Doscientos. Trescientos. Doscientos cincuenta.

Slava escrutó a Vera con asombro y desdén. Ella notó que lo miraba y se giró

desafiante. Luego sacó el sobre blanco y se lo entregó mirándole como un padre a un hijo. Él lo cogió.

Cuando volvió a centrarse en la conversación, todos berreaban como borrachos. Lo estaban. Vera pronto se había dado cuenta de su error. ¿Qué bizcochos? Lo que necesitaban era coñac. Sacó la mejor botella de la despensa de los Rudinsky, un Rémy Martin V. S. O. P. que alguien les había regalado mucho tiempo atrás (el abuelo les recordó que había sido él quien se lo había obsequiado, él). Vaciaban los vasitos, chupaban la rodaja de limón, volvían a vaciar los vasitos. Como un caballero, Garik pidió un brindis por la abuela de Slava. El griterío se calmó y todos observaron sus vasitos con desconsuelo.

—Es un buen cristal —comentó el abuelo.

Luego todos bebieron. En cierto momento, Slava anunció que debía marcharse. Todos se mostraron disgustados. Dijo que tenía que escribir una carta. Entonces las aguas se abrieron al paso del rey.



## Capítulo 12

Al salir de casa de los Rudinsky, Slava sintió un deseo imperioso de huir: a Manhattan, a casa de Arianna. Durante el mes que había pasado en Bensonhurst y Midwood había desandado cada paso que había dado en la dirección opuesta los dos últimos años. Había sucedido de manera imperceptible. Uno no advierte el momento exacto en que se hace de noche, aunque uno advierte la noche.

Echó a andar hacia el metro. El sol se ponía, los fluorescentes se encendían y arrojaban un pálido halo azul sobre las peras y las lechugas de los ultramarinos. Las mujeres pechugonas que dirigían el emporio de ropa de ocasión que recorría la calle Ochenta y Seis metían en la tienda los percheros que tentaban a los viandantes, y una abuela que estaba vendiendo *lepeshki* en una mesa plegable en la calle Veintidós cantaba en voz bajita mientras apilaba las cajas de plástico en un carro de la compra.

Slava acababa de echar a andar hacia la estación cuando lo vio. Cómo no distinguir a Israel Abramson —aspirante a literato, anticlerical y protagonista de la segunda carta de Slava—, que se disponía a cruzar la calle Ochenta y Seis. Con treinta y dos grados, lucía, gastado pero impecable, su uniforme del Ejército Rojo y algunas medallas, que se mecían al compás de su cojera.

Israel se enfrentó a la calzada de la misma manera que había hecho en la batalla de Járkov: pie izquierdo, hombro derecho, pie derecho, hombro izquierdo. Cruzó por mitad del tráfico la calle más concurrida de Bensonhurst, que tenía seis carriles contando las arterias laterales donde los coches aparcaban en doble fila, como quien avanza por un campo desierto. Un autobús le pasó rozando y le revolvió el pelo; él ni se inmutó. Slava tenía el corazón en un puño. Se dispuso a seguir a Israel a una distancia prudencial. No quería que muriera, pero tampoco quería avergonzarlo.

A Slava casi se lo llevan por delante también al cruzar la calle Ochenta y Seis. Unos jóvenes lo miraron sombríos a través de las ventanillas de un trasbordador espacial disfrazado de todoterreno.

—¡Apárrrrtate, subnorrrmal! —le gritó al pasar una cara desconfiada con los ojos ahumados—. ¡Te voy a matarr, ja! —Sus padres, aspirantes a americanos, habían conducido Cutlass de color mierda y Buicks azules oxidados, pero ahora se podían permitir comprar coches bonitos para sus hijos.

Israel renqueó por Benson Avenue, luego Bath, luego Cropsey. Casi habían llegado al océano cuando dobló la esquina. Finalmente se detuvo frente a un edificio de piedra con un modesto letrero: Templo Beth-El. Israel miró con pesar la montaña de escalones que conducían a las pesadas puertas de madera. Se apoyó en la barandilla de hierro que conducía a la puerta, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y comenzó el ascenso. Primero se apoyaba con la mano izquierda en la barandilla, luego llevaba trabajosamente el pie derecho hasta el siguiente escalón, arrastrando también el hombro derecho. Luego repetía la operación con la otra mitad. Se detenía en cada escalón respirando con dificultad.

Cinco minutos después —quizá fueron más, Slava estaba petrificado—, Israel trató de asirse al pomo de la puerta con dedos temblorosos. Tiró de él, estuvo a punto de tropezar y, por fin, desapareció en el interior. Slava salió de detrás del abeto esmirriado donde se había refugiado y lo siguió, subiendo los escalones de dos en dos. Cuando iba por la mitad, redujo el paso. Le parecía una crueldad subir tan rápido después de lo mucho que le había costado al anciano.

*Shabbat shalom.* En el interior, Israel iba cabeceando por el pasillo central de camino a la mesita donde ardían las velas votivas. Un hombre con kipá, que se movía como Pedro por su casa, observó a Israel con una sonrisa educada, mientras otros fieles cuchicheaban entre ellos en una esquina.

—*Shabbat shalom* —recitó Israel—. *Shabbat shalom.*

Aunque solo era jueves.

Los átomos de polvo flotaban en los últimos rayos de sol que se filtraban por las vidrieras del nivel de la galería que recorría las cuatro paredes, como si fuera un anfiteatro. Sobre este se elevaba una cúpula altísima. Slava siempre había creído que las iglesias tenían este aspecto. No había estado nunca en el interior de una sinagoga.

Israel se apoyó en la mesa de las velas y se giró hacia el rabino. El rabino hizo una inclinación de cabeza, abrió un secreter y sacó un chal blanco con flecos y rayas azules. Se dirigió hacia Israel, lo abrió con la precisión de un soldado desplegando una bandera y se lo colocó con suavidad al anciano sobre la cabeza y los hombros. Una vez el rabino se apartó, Israel le habló a la mesa.

—*Dos ist for mayn wife* —tronó en angloyidis.

La llama de la vela que sostenía en la mano se aproximó a la mecha de otra. Luego murmuró algo que Slava fue incapaz de oír. Israel se quedó donde estaba un minuto o dos, con la cabeza inclinada sobre las velas. Los flecos amenazaban con salir ardiendo.

Cuando terminó, se quitó el chal de los hombros y comenzó a unir los extremos con cuidado. El rabino permaneció apartado; estaba claro que había intentado intervenir en otras ocasiones inútilmente. Israel, tembloroso, se llevó la parte superior al pecho, como quien abraza a alguien. Juntó dos esquinas con la mano izquierda y, tras alisar el dobléz, unió las otras dos con la derecha. Le temblaban los dedos. Sujetando con ambas manos los extremos, giró el chal noventa grados y volvió a acercárselo al pecho. Repitió los mismos dobleces hasta que el chal fue un cuadradito azul y blanco apenas mayor que la palma de su mano, como una bandera para los caídos. Se lo entregó con delicadeza al rabino, lo besó en la mejilla y emprendió el camino de regreso, tirando de la puerta con todas sus fuerzas.

El rabino tuvo que llamar la atención de Slava por segunda vez. Este se había ocultado en un rincón, donde fingía estar llevando a cabo un minucioso estudio sobre las columnas y las vidrieras.

—Sí —contestó Slava—. Perdón, sí.

El rabino sonrió.

—Te preguntaba qué te trae por aquí. ¿Es la primera vez que vienes a una sinagoga?

—Una vez vi el interior desde la puerta —dijo Slava—. En Viena.

—¿La sinagoga de Viena? —inquirió el rabino. Tenía una barba clara y cuidadosamente peinada.

—No lo sé —admitió Slava.

—¿Era grande?

El rabino hizo un gesto de amplitud con las manos.

Slava asintió. La organización que ayudó a emigrar a los Gelman, que no les dejaba ni a sol ni a sombra, había organizado una excursión en autobús a una sinagoga.

—En Viena, antes de la guerra —explicó el rabino—, solo las iglesias podían ser construcciones exentas. Por eso, cuando construyeron esa sinagoga, tuvieron que conectarla a un edificio de viviendas. Y también tenían que parecerse en el sentido estético. En 1938, cuando los nazis desvalijaron las propiedades judías, se la saltaron. La tomaron por un viejo edificio de viviendas. ¿No es una historia increíble?

Slava asintió, pensando en alguna manera de huir. Su sombra se desvanecía con la tarde.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó el rabino, señalando la puerta.

Slava se encogió de hombros.

—Viene todas las semanas. He tratado de enseñarle. —Hizo un gesto en dirección al secreter donde se guardaba el chal de flecos—. Pero le gusta hacerlo a su manera. Ha visto más cosas de las que yo nunca veré, por eso lo dejo tranquilo. De vez en cuando le traigo un libro o algo de *matzo*. Celebramos aquí el bar mitzvá de su hijo. ¡A los treinta y dos años, nada menos!

—¿Yuri? —preguntó Slava.

—Entonces sí que lo conoces —convino el rabino.

Mierda.

—Soy su nieto —mintió Slava. Iba de mal en peor. Su corazón, un órgano siempre agitado, se le iba a escapar por la boca.

—No lo entiendo —admitió el rabino.

—Del segundo matrimonio —improvisó Slava.

—No tenía ni idea —repuso el rabino, enarcando las cejas—. Pero, sí, reconozco el parecido, claro. ¿Por qué te escondías?

—Ya sabe —dijo Slava—. Nos preocupamos. De que cruce la calle y esas cosas. Pero es un hombre orgulloso. No queremos avergonzarlo.

—Soy el rabino Bachman —se presentó el rabino, acercándose y tendiéndole la mano—. Debería haberme presentado desde el principio. Es maravilloso conocer a algún pariente de Israel. Me encantaría que vinieras alguna vez con tu abuelo. Puede que incluso... —Levantó las manos como diciendo que sabía que había pocas esperanzas—... ¿nos acompañéis alguna vez en algún oficio?

—¿Qué murmuraba después de dirigirse a su mujer? —preguntó Slava.

—No estoy nada seguro —se rio Bachman—. Tiene su propio idioma. Si tuviera que adivinar, diría que eran bendiciones. Para sus hijos y para sus nietos. ¡Para ti! —Volvió a echarse a reír—. Para su hijo. —El rabino cambió de postura—. Sé que tienen desavenencias. Israel ni siquiera vino al bar mitzvá. Pero aquí siempre será bien recibido, no entiendo qué sentido tiene marginar a la gente. Oye, apuesto que hablas ruso.

Slava asintió con cautela.

—Se me ha ocurrido una idea —le explicó Bachman—. Un *minyán*<sup>[6]</sup> ruso. Un rezo en ruso una vez a la semana. Comentado. Yo hablo en inglés, alguien como tú lo traduce al ruso. Atraeríamos a una multitud, ¿no te parece? Podemos incluir también un poquito de hebreo. ¿Te podría interesar algo así? ¿Hablarías con algunas personas? Quizá podrías empezar por tu abuelo. El vecindario ha cambiado mucho en la última década.

Slava se planteó la posibilidad de comenzar por su abuelo. El auténtico. Aquel día en la sinagoga de Viena, había agarrado a Slava de la mano y se habían separado del grupo subrepticamente, que esperaba de pie a que terminaran los rezos junto a su guía, un israelí con chaqueta de cuero. A Slava le dolían las tripas de la preocupación. Su madre y su padre no habían venido a la excursión, contentos de poder librarse. Solo estaban el abuelo y Slava, y se estaban saltando las normas.

Sin soltarle la mano, el abuelo había pegado la oreja a la puerta de la sinagoga. Al otro lado de la puerta había un grupo rezando. «Uuh-uuh-uuh», se mofó el abuelo, encogiéndose de hombros. Luego asió la aldaba de la puerta, tan larga como un torso, y metió la nariz por la abertura. Slava echó una ojeada pegado a sus pantalones, que olían a lana y naftalina. El interior era una habitación tan profusamente decorada como un palacio turco, donde los hombres se agitaban cuales epilépticos, zumbando como en una colmena.

El abuelo bajó la vista para dirigirse a Slava.

—Uuh-uuh-uuh —repitió, y se llevó un dedo a la sien. De locos—. Chico —le dijo con tal seriedad que a Slava le dieron otro vuelco las tripas—, aquí ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Vayamos a por un helado. El de vainilla te lo sirven como una salchicha.

—Pero no está permitido marcharse —susurró Slava.

—Nosotros, Slavik —el abuelo se inclinó, poniéndole la punta del dedo sobre la nariz—, podemos hacer lo que nos plazca.

Slava consideró lo que le había pedido Bachman. No, rabino, no podré ayudarlo a organizar un *minyán* con los abuelos, ya sea con el auténtico o con el falso. Con sus hijos cabría alguna posibilidad. Con los nietos, bastantes más. Pero esto, las velas, las oraciones chapurreadas, era por lo único que pasarían los abuelos. Los preliminares, el *forshpeis*. A Slava le entraron unas ganas imperiosas de oír la voz de su abuelo, el auténtico, como si él, como la abuela, también fuera a morir y no volviera a tener

oportunidad de hacerlo.

—Hablaré con él sobre el *minyán* —confirmó Slava—. Ahora debería marcharme.

—Me encantaría volver a verte por aquí —dijo el rabino.

Slava sonrió educadamente y se giró para marcharse. Casi había llegado a la puerta cuando echó la vista atrás.

—Dígame una cosa —le pidió—, ¿cuándo termina el luto cuando alguien fallece?

—¿La *shivá*? —dijo Bachman—. No conviene alargarla. El judaísmo no considera oportuno solazarse en el duelo. Podríamos decir que el duelo se vive intensamente, pero luego hay que pasar a otra cosa. Puedes encender una vela cada *yahrzeit*<sup>[7]</sup>, pero, por lo demás, vuelves a retomar tu vida. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No se puede pensar en la persona?

—Claro que puedes pensar en la persona. Puedes pensar en ella siempre que lo desees. Pero el ritual se da por terminado.

Slava sopesó sus palabras. Le parecieron oportunas. Le dio las gracias al rabino y se encaminó de nuevo a la puerta, acompañado del eco de sus pasos sobre las frías losas seudocatedralicias.

Cuando Slava abrió la puerta descubrió que Israel Abramson lo estaba esperando, inclinado sobre la barandilla de las escaleras y retroiluminado por el sol, como un dios artrítico. Los rayos le dotaban de un color rosado, como de bebé.

—*Privet, mal'chik* —dijo Israel. Hola, chico—. Te has tomado tu tiempo ahí dentro. ¿Estabais disertando sobre el alma humana? He pensado que te apetecería dar un paseo conmigo y ayudarme a bajar estos malditos escalones. Esta gente construye escaleras como si quisieran sentarse en el cielo.

Slava parpadeó, ajustando la vista después de la oscuridad del interior de la sinagoga. Quizá Israel fuera un producto de su imaginación.

Entonces, el rabino Bachman abrió la puerta de la sinagoga y salió a la luz del sol.

—Jelou, rrrafino —le gritó Israel, saludando con su manaza.

Slava notó que le empezaba a sudar la espalda.

—Israel —lo saludó el rabino.

Slava estaba a punto de hablar cuando Israel se le adelantó, al tiempo que le señalaba.

Slava cerró los ojos como si quisiera protegerse del golpe. Pero Israel gritó:

—¡Nieto!

Oh, mundo, que siempre nos sorprendes con nuevos misterios.

El rabino Bachman sonrió.

—¡Lo sé! Hemos hablado. Me va a ayudar con un proyecto. Posiblemente.

El rabino hablaba a todo volumen, como suelen hacer los americanos con la gente que no habla su idioma.

Slava se giró hacia Israel.

—Dice que... —comenzó a traducirle al ruso.

—¡Clarro, claro! —contestó Israel con la indiferencia propia del inmigrante soviético al que le importa un bledo enterarse del diálogo—. ¡Adiós, rrrafino! —Se despidió agitando los dedos engarfiados.

El rabino Bachman volvió a entrar en la sinagoga e Israel se enganchó del brazo de Slava.

—¿Ves estas, *mal'chik*? —Se señaló las medallas del uniforme—. Del cuarenta y cuatro al cuarenta y cinco estuve en una unidad de reconocimiento. Te pillé en la calle Ochenta y Seis. Menudo espía estás hecho, si por poco no cruzas la calle. Me tenías con el alma en vilo. Vámonos.

—¿Por qué le has dicho que era tu nieto? —le preguntó Slava.

—¿Qué te pasa? ¿Te da vergüenza?

—No —aseguró Slava—. No.

—Entonces qué hacemos hablando del tema, vámonos.

Slava acometió la bajada al ritmo de Israel. Visto de cerca era aún peor. Cada escalón le costaba la vida. En casa le había parecido un anciano robusto, casi atlético, pero el brazo que se apoyaba ahora en Slava era blando como la mantequilla, y la mano izquierda le temblaba en un sempiterno gesto de impaciencia. Ante ellos, el disco solar a punto de desaparecer despedía un resplandor ambarino y cansado.

—Vamos a hacer un descanso —propuso Slava cuando llegaron al pie de las escaleras—. Vamos a sentarnos.

—No te sientes en el asfalto, pillarás un resfriado —advirtió Israel.

—Pero si estamos como a cincuenta grados —protestó Slava—. Siéntate y descansa.

—Si me siento ahí no me volveré a levantar —objetó él—. Mira qué bajo está el escalón.

—¿No puedes descansar apoyado en la barandilla? Yo me voy a sentar.

—¿Qué eres, un jubilado? Vámonos.

—Solo un momento —suplicó Slava.

Se aseguró de que Israel se cogía de la barandilla y se sentó. Era un escalón bajísimo. ¿Solo importaba llevar a cabo el ritual de sentarse en un sitio incómodo para honrar al fallecido o se suponía que había que sentir algo también? Slava esperó, pero no sentía nada. La gente que tapaba los espejos, que se sentaba en asientos bajos, que encendía velas, ¿cómo llegaban a sentir lo que sentían? ¿Tenías que haberte criado en un entorno religioso? ¿Dónde estaba el truco?

Se oyó un estruendo de mil demonios a su lado. Israel se había sentado un escalón más arriba.

—Si estamos descansando, estamos descansando —aclaró.

—¿No te incomoda venir aquí? —preguntó Slava.

Israel se llevó los pulgares a la nariz y sorbió.

—¿Y adónde quieres que vaya si quiero cantarle una canción a mi mujer? ¿A la mezquita de la calle Ochenta y Seis? ¿Masjid Shmashid? No, yo soy judío. Si no subo

ahí, ¿crees que conseguiré que mi hijo vuelva? Hago lo que puedo.

—Eliges lo que más te conviene —comentó Slava con amargura.

—Supongo —dijo Israel—. Aunque yo no elegí que mi hijo se volviera un fanático y saliera pitando a Israel. De todas maneras, prefiero que sea feliz sin mí que infeliz conmigo. ¿Crees que lo hizo porque era infeliz? ¿Porque mi mujer y yo lo hacíamos infeliz?

Slava se giró para mirar a Israel. El anciano tenía el rostro contraído por la angustia. Slava hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Se han hecho estudios sobre este fenómeno —le mintió—. Ateos que vienen y se convierten. Es por culpa de otros factores. La familia no tiene nada que ver. ¿No eras también su padre en la Unión Soviética?

—Quizá tenga que ver con este lugar —sugirió él débilmente. Parecía al borde de las lágrimas.

—Quizá —coincidió Slava.

Israel asintió con el ceño fruncido. Slava se sacó el sobre blanco del bolsillo de los vaqueros. De tanto manosearlo, los bordes empezaban a ajarse. Se lo tendió a Israel.

—¿Qué es eso?

—Ha habido un malentendido —explicó Slava—. No sé cuánto te cobraría, pero aquí tienes un adelanto de doscientos cincuenta.

—Me costó doscientos cincuenta.

—Entonces estamos en paz.

—¿Pero entonces quién paga por tu trabajo?

—Voy sobrado. —Slava se levantó y le metió el sobre a Israel en el bolsillo del uniforme—. Vámonos. Me espera una larga noche.

—¿Todavía sigues narrando nuestras desventuras?

—Exactamente —afirmó Slava.

—¿Y qué pasará cuando todo termine? —quiso saber Israel—. El plazo expira la semana que viene. En realidad, ¿a qué te dedicas en esa revista donde trabajas?

—Cuando algún periódico pequeño comete un error, hacemos un chiste sobre la metedura de pata.

—En Rusia también teníamos de eso. A la capital le gusta reírse de las provincias. Así se siente capital.

Slava se encogió de hombros. Ese trabajo le parecía a años luz. Después de falsear aquellas entregas para «El Bocinazo», Slava había vuelto a rastrear titulares verídicos, más que nada porque tuvo una racha de suerte y, durante una semana o dos, los gazapos lo encontraban a él. Pero volvía a estar en dique seco y, en las últimas dos semanas, había colado un par de su propia cosecha. No importaba. El heroísmo con el que Slava había denunciado el declive de los periódicos de pueblo de todo el país con la invención del *Gazette* de Rinkelrinck (Arkansas) había pasado tan desapercibido en Arkansas como en *Century*.

—Iba a calentar un poco de sopa para los dos —propuso Israel—. Es de lata, pero excelente.

Slava se imaginó a Israel abrir el armario donde guardaba las donaciones de la sinagoga, sacar una lata de sopa demasiado grande para una persona —la escasez de relaciones humanas las suplía con los distintos sabores de sopa: zanahoria y jengibre, judías negras, verduras variadas—, y sorberla solo en la penumbra de su semisótano.

—La próxima vez —prometió Slava.

—Eso dijiste la última vez —protestó Israel, dolido. Slava sintió una punzada familiar de dolor. Israel enarcó las cejas—. ¡Ja! No te preocupes, estoy de broma. No eres de los que las pillan a la primera, ¿eh? —Le dio unas palmadas a Slava en el hombro—. Oye, ¿qué opinión te merecen los regalos?

—¿Los regalos?

—Los regalos. Los buenos ratos, las risas, una mesa surtida, una botella o dos. Mira que eres borrico.

—Cuando quiero pasar un buen rato, te llamo para que me hagas un cumplido.

—La autocompasión no le sienta bien a nadie. Quiero que te quedes con el dinero. Y que pases un buen rato.

—¿Cuántos meses tardaste en ahorrar esa cantidad? —preguntó Slava.

—Este es el mejor uso que puedo darle.

Por tercera vez esa tarde, Slava acabó aceptando el dichoso sobre.



## Capítulo 13

Slava arrastró su mala conciencia hasta casa. En el metro intentó pensar en algunas ideas para la carta de Lazar, pero no se le ocurrió ninguna. El anciano tenía razón; todo lo que le había sucedido (batallón de trabajadores, infantería, Stalingrado, sordera) era inservible. Además, Slava se había quedado sin ideas. Todas las entradas que había anotado en su cuaderno tras consultar los libros de historia estaban tachadas.

Eliyahu Mishkin, jefe del Judenrat; no, Epstein ya lo había hecho.  
Ordenan a 30 prisioneros rusos enterrar vivos a 45 judíos maniatados.  
Los rusos se niegan. Los 75 mueren.

El último grupo de supervivientes judíos cuando los libera el Ejército Rojo.

Himmler se siente indispuerto tras ser testigo del fusilamiento de 100 judíos. Bach-Zelewski dice: «Solo eran cien». Según Himmler, había que encontrar una manera más efectiva —más humana?!— de eliminarlos. Tanto para los alemanes como para los judíos (!). La idea de las cámaras de gas surge de ahí... Pero esto no me sirve, ¿cómo iba a saber algo así un recluso!?

La indelicadeza de la última entrada le provocó una arcada. ¿No sería un monstruo que utilizaba los detalles de la muerte como simples instrumentos al servicio de una historia? ¿Albergaba una vocación oscura que no sabía expresar de otra manera? A pesar de todo, en esos detalles estaba la clave de esos relatos, relatos que permanecían con él días después de haberlos escrito y que les reportarían dinero a las víctimas. ¿Dónde estaba entonces la indelicadeza? Cuando abandonó a su abuela sí que cometió una indelicadeza. Cuando decidió plantarse ante la falta de información y no escarbar más en la vida de ella, eso fue otra indelicadeza. Quizá uno solo es consciente de su falta de delicadeza cuando es demasiado tarde para hacer algo al respecto: véase la ignorada cuarta ley de Isaac Newton, concerniente a la gravitación y maniobras del alma.

¿Qué indelicadeza era peor, reverenciar a alguien falsamente creyendo que es un santo o conocer íntimamente el pecado de alguien? Y si no había forma de saberlo, lo mejor era inventarlo. Slava no había planeado que su abuela amenazara con la mirada a Shulamit para que ahogara al bebé. (Ella no habría sido capaz, ¿verdad? No se contestó). La abuela era una mujer fiera, todo el mundo lo decía, y él había intentado recrearla así, pero se le había escurrido de las manos y había comenzado a mirar a Shulamit en el sótano ella sola. (¿Significaba que la abuela habría ahogado a su

propio hijo?). Si querías escribir un buen relato, los hechos tenían que convertirse en instrumentos al servicio del relato. No podías escribir tratando los hechos con delicadeza.

Slava notó que un ciclista sentado un poco más allá lo miraba fijamente. De hecho, cayó en la cuenta de que llevaba mirándolo un buen rato. Tan pronto como Slava se giraba hacia él, el ciclista se concentraba en el móvil. ¿En qué parada se había subido? En la misma que Slava, estaba segurísimo. Una vez más, el corazón se le desbocaba. Exclusiva: «Un joven de veinticinco años sufre un ataque al corazón en la línea D. Mientras otros a su edad cambiaban pañales y comandaban pelotones en Stalingrado, dicho joven fue presa de la ansiedad tras ser puesto en busca y captura. “Ese muchacho se cagaba en los pantalones sin ningún motivo”, declaró Yevgeny Gelman, un filósofo, sentado en un incómodo taburete».

Entraron como una exhalación en la siguiente estación, calle Cincuenta y Cinco. Slava vigilaba al ciclista por el rabillo del ojo. El tren tardó una eternidad en detenerse. Por fin se abrieron las puertas. Slava esperó con el corazón en vilo. Aguanta, aguanta, aguanta. El revisor comenzó a anunciar la siguiente parada. Aguanta. Las puertas soltaron un pitido para señalar que estaban a punto de cerrar. ¡Ahora! Slava salió escupido de su asiento y saltó al andén justo cuando las puertas se cerraban, sin darle tiempo al ciclista a seguirlo. Slava, novato en estas lides, no pudo resistir la tentación de girarse para regodearse ante su perseguidor cuando el tren ya se iba, pero el ciclista se mordisqueaba una uña distraídamente.

Slava se sentó en el andén, solo, con la cabeza entre las manos. Sacó el móvil, llamó a su madre, que seguía en casa de los Rudinsky —ahora ella y la tía Lyuba eran las mejores amigas del mundo después de hablar largo y tendido—, y le pidió que le pasara al abuelo.

—¿Has hecho las paces? —le preguntó Slava.

—*Schnorrers*<sup>[8]</sup>.

—Métete en la cocina, por favor —le pidió Slava. Esperó hasta que el abuelo le hubo hecho caso—. ¿Cuánto tiempo llevas cobrándole a la gente?

—Lo he hecho por ti.

—No lo quiero.

—Cálmate. Van a ganar diez mil euros, ¿qué son quinientos comparados con eso?

—Entonces, ¿le has hecho una rebaja a Lazar? ¿Doscientos cincuenta?

—Un gesto de buena voluntad.

—No quiero volver a hacer esto —anunció Slava.

—Ya casi hemos terminado. El plazo acaba la semana que viene.

—No es por el dinero.

—¿Así que ahora no quieres hacerlo? No hace ni cinco minutos te gustaba. Cuando uno se compromete a algo, tiene que cumplir. Eso es lo que hace un hombre. Entonces, ¿qué? ¿No vas a escribir la carta de Lazar?

—Devuélvele el dinero.

—No le voy a devolver el dinero.

—Esa familia te odia. Precisamente porque haces este tipo de cosas.

—¿Quién dices que me odia? La gente me envidia. Desearían ser capaces de hacerlo.

—Eso no es verdad.

—Quién dice que no es verdad.

—Es verdad y punto.

—¿Qué tal te ha ido con Vera?

—La han vestido como a una muñeca para que la viera.

—¿Y qué? Es una mujer que sabe valerse por sí misma. Eso que hace, eso de las relaciones súbditas, ¿eso qué es?

—Relaciones públicas. No sé cómo explicarlo —reconoció Slava—. Es como la publicidad. ¿Conoces el anuncio de champú de la mujer que sale con el pelo como si le hubieran hecho un electroshock? ¿Que luego sale dando vueltas con el paraguas?

—¿Vera vende champú?

—No. No lo sé. Es solo un ejemplo.

—He ahí una buena chica, Slavik.

—Solo quiere que os reconciliéis, eso es todo. Está obsesionada.

—Se me parte el corazón de ver a Lazar así de enfermo. Tu abuelo está hecho un roble comparado con estos tipos.

—Si cada vez que llamo me dices que estás hecho polvo.

—Soy un hombre frágil y mi mujer acaba de fallecer, qué quieres que te diga. ¿Sabes cuánto he tenido que sufrir?

—Oye, ¿sabrías contarme cómo escapó la abuela del gueto? Algo, cómo lo consiguió, cómo terminó todo.

—Ojalá pudiera contarte alguna cosa —contestó el abuelo—. Te he contado todo lo que sé.

Esta conversación se había convertido en un ritual nocturno, un *minyán* para dos, lecturas del delgado libro que fue Sofia Gelman, Dreitser de soltera. Normalmente, siempre se desarrollaba de la misma manera —de verdad, ya se lo había contado todo a Slava—, pero Slava seguía llamando. Unas veces salía a la superficie de su mente oscurantista algún detalle, otras Slava llamaba solo para asegurarse de que su abuelo seguía con vida.

—Desearía haberla obligado a que me lo contara —confesó Slava.

—No lo hiciste precisamente porque la querías —replicó el abuelo.

**Por favor, describa minuciosamente dónde se encontraba el sujeto entre los años 1939 y 1945.**

**LAZAR RUDINSKY**

Poco después de que la guerra diera comienzo se organizó una red clandestina en el gueto de Minsk. Poníamos en contacto a los partisanos, nuestros intermediarios con el mundo exterior, y a trabajadores del gueto que podían afanar radios, yodo, cinturones para munición. Yo trabajaba en un taller de herramientas donde colaboraba en algo que podría definirse como subversión silenciosa. Mezclábamos arena con el lubricante que los alemanes utilizaban para limpiar las armas. Todos intentábamos aportar algo a la causa. Los zapateros les metían clavos en las botas. En el taller mecánico añadían esmeril al aceite de motor; les fundía los cojinetes cuando arrancaban sus Volkswagen.

Había una chica de mi barrio llamada Ada —ahora está muerta, que la tierra la acoja en su seno— a la que a veces veía cuando las columnas de trabajadores regresaban al gueto. Formaba parte de un destacamento que cargaba con leña para calentar el edificio que los alemanes utilizaban de cuartel general. A uno se le rompía el corazón al ver a estas chicas, nuestras chicas, más alguna traída de Austria o de Alemania (a estas últimas se las conocía como «chicas de Hamburgo», aunque podían proceder de cualquier parte del país). Los policías bielorrusos las obligaban a caminar por la calzada mientras la gente de la ciudad se burlaba de ellas y les tiraban fruta podrida desde la acera. No todos, también había personas que lloraban al ver a estas chicas judías tratadas como mulas.

Un día, Ada me hizo un gesto; corría marzo de 1943. Nos conocíamos de vista del barrio, pero ella no se juntaba con la gente de mi calaña. Yo era un «chiquillo de jardín ajeno», como se decía antiguamente. Quizá por eso ella acudió a mí en busca de ayuda.

En el cuartel general había un alemán, un tal Hauptmann Weidt. Trabajaba en el Servicio de Intendencia. Weidt se había enamorado de una de las chicas de Hamburgo, Ilse. Yo también la había visto. No tendría más de dieciocho años. Estaba tocada por la gracia de Dios: era una chica radiante. Weidt casi le triplicaba la edad. Una tarde, según me contó Ada, Ilse y ella iban empujando una carretilla cuando Weidt las acorraló en un portal y las encerró dentro de un armario. Pronto oyeron gemidos y ese pum-pum-pum que nunca se olvida. Estaban disparando a las chicas allí mismo, en el patio. Las habían obligado a desnudarse y las tirotearon una tras otra.

Weidt no sentía ningún apego por Ada, pero Ilse, que había quedado huérfana después de que enterraran a sus padres vivos, era prácticamente muda. Así, Ada, que sabía algo de alemán, pues al fin y al cabo se parece a nuestro yidis, se convirtió en una especie de intermediaria. Las llamaba

a las dos cuando era el momento de recoger los cupones de comida para el destacamento. Mientras Ada se atiborraba de estofado de ternera que Weidt había ordenado en el comedor como si fuera para él, Ilse y el alemán hablaban en voz baja, en un idioma que era lo único que compartían. Con el tiempo, Weidt decidió que quería sacar a Ilse de allí. No tenía el rango suficiente para hacerlo. La única manera de conseguirlo era entregándosela a los partisanos.

—¿Qué debería hacer? —me susurró Ada—. Él está a cargo de todo el equipo. Puede conseguir un camión para veinticinco personas.

—¿Cómo sabes que no es un truco? —pregunté yo.

—No lo sé —admitió ella—. ¿Por la manera de mirarla? El otro día me preguntó por qué mataban a los judíos. Yo no me lo podía creer. ¡Tendría que preguntártelo yo a ti, pedazo de tarugo! Dijo que los oficiales alemanes solían flirtear con las chicas judías durante la Primera Guerra Mundial, y que ahora tenía que obligarlas a cargar con leña.

Varios días después, los alemanes liquidaron el orfanato del gueto. Kube, *generalkommissar* para Bielorrusia, estaba de visita. Les tiró caramelos a los niños mientras los arrojaban vivos a una fosa y los cubrían con tierra. Era fácil encontrar una excusa para fugarse. Durante los días siguientes entablé contacto con una unidad partisana de Rusakovichi parcialmente integrada por judíos. Su reacción fue ambivalente, aunque el comandante dio luz verde. Weidt se negó a facilitarle la huida a tantos judíos, pero Ada era una chica testaruda. Dijo que los veinticinco o ninguno. Al final, accedió. Él también nos acompañaría.

Fui a hablar con mi padre, pero él se negó a marcharse sin Zeyde, y los partisanos no aceptarían a un anciano achacoso. Zeyde maldijo a mi padre, pero mi padre había dado el tema por zanjado. Antes de la guerra era transportista y fletaba cajas fuertes en un carro. Era la época de antes de los ascensores; subía a cuestras las cajas a la tercera o a la cuarta planta. Murió sin acudir ni una sola vez al médico. No era un hombre con el que sirviera discutir. Me dijo que me largara y que ellos me seguirían después. Al fin y al cabo habían sobrevivido hasta entonces. Era cuestión de tiempo que liberasen Minsk. Ya se habían enterado de las victorias en Moscú, en Stalingrado... Parecía una teoría razonable. Cuando hablaba, creías en sus palabras.

Iban a utilizar el camión bajo pretexto de cargarlo de cemento en la estación de tren, a las afueras de la ciudad. Los partisanos habían asegurado que nos esperarían en uno de los tres pueblos próximos a la estación. El conductor era un soldado raso alemán. No estaba enterado de los planes de Weidt, pero supongo que nos vino bien la obsesión alemana

por la jerarquía. Cuando pasamos de largo ante la estación no dijo ni una palabra.

Después de varias horas yendo de un pueblo a otro, nos topamos con una avanzadilla de la unidad en Rusakovichi, por donde habíamos pasado ya dos veces. Los partisanos cometieron un error: creyeron que el conductor era Weidt y se aproximaron con la guardia baja. Al soldado le dio tiempo a efectuar varios disparos, mató a un partisano e hirió a otro. Weidt le metió una bala en el cráneo antes de que los partisanos tuvieran tiempo de disparar sus armas.

Dormimos el sueño de los libres por primera vez desde julio de 1941, sin poder creérselo. Ada y yo pasamos la noche en una *zemlyanka* diminuta cubierta de hojas de abedul, con Ilse apretujada entre nosotros como una niña. A Weidt se lo llevaron a ver al comandante. Nos despertamos al oír gritos, creyendo que todo había terminado aunque no hubiera hecho más que empezar. Resultó que uno de los partisanos había perdido los estribos y estaba apaleando a Weidt. El fallecido en el encontronazo con el conductor del camión era su hermano. Weidt tenía las manos atadas; el comandante esperó un rato antes de intervenir.

Cuando nos levantamos, Weidt ya no estaba. Una chica que montaba guardia por la noche nos contó que se lo habían llevado al cuartel general de los partisanos; él les había suplicado que le permitieran despedirse de Ilse. Nunca volvimos a saber nada de él. Un mes después arrasaron el gueto de Minsk. Mi padre había elegido una terrible ocasión para equivocarse por primera vez en su vida. Cuando el comandante lo anunció, me senté en la hierba y no pude levantarme. Luego, cuando nadie miraba, cogí unas cuerdas y me alejé hasta llegar a un claro rodeado de árboles altos. Estaba probando la resistencia de las ramas cuando apareció Ada. Me había seguido. Lloré hasta empaparle la camisa. Era una prenda basta, hecha con la tela de un saco de patatas, y tenía la piel en carne viva del roce. Pero consiguió detenerme.

Un mes después recibí órdenes de unirme a una unidad móvil de combate y no volví a ver a Ada hasta después de la guerra, cuando regresé al barrio. Ella guardaba las distancias conmigo, como en los viejos tiempos, y nunca mencionó aquel día en el claro. Una noche, unos seis meses después del fin de la guerra, se celebró un baile en un pequeño club de Shornaya. En una pared había un boquete de una bomba, aún no había dado tiempo a repararla. Tres cuartas partes de Minsk estaban derruidas. De vez en cuando se notaba una corriente de aire. Yo estaba con mis amigos, Ada con sus amigas, pero en un determinado momento se me acercó.

—Ayúdame, Lazar —me pidió—. Allí hay un capitán que no deja de

pedirme que baile con él. Quiere acompañarme a casa. Estoy asustada.

—Y ¿quién soy yo? ¿Un matón? —le dije. Ella apartó la vista, resentida—. De acuerdo —accedí—. Yo te ayudo con el capitán, y tú me concedes una cita. —Ella se negó, así que volví con mis amigos, dejándola allí sola.

Ella volvió a acercarse.

—De acuerdo —accedió—. Una cita.

El capitán y yo nos conocíamos del barrio. Él vivía junto a los jardines Tatar. Los capitanes del Ejército eran unos tipos de cuidado, pero yo tampoco me quedaba atrás. Ahora seré un viejo pellejo, pero entonces me salían chispas de los pies cuando corría, se podía encender un cigarrillo con ellas. En el barrio yo era bien conocido. Total, que me acerqué, lo rodeé con el brazo y le dije:

—Capitán, quería darle las gracias.

—¿Por qué? —se extrañó él. Se notaba que estaba nervioso.

—Por no dejar sola a mi chica. —Señalé a Ada. Él se puso del color de la remolacha.

—No tenía ni idea. Perdóname, Lazar. Eres un hombre con suerte.

Esa noche acompañé a Ada a casa. Durante nuestra primera cita, no se acercó a mí a menos de un kilómetro. Pero accedió a una segunda. Me llevó un buen rato persuadirla: tardamos en casarnos dos años.

Pasaron cuarenta años. Estaba viendo la televisión cuando oí que Ada me llamaba a gritos. En el periódico salía un anuncio de una tal Ilse Shusterman que buscaba personas que hubieran estado internadas con ella en el gueto de Minsk. Ada fue en avión a Krasnodar para encontrarse con ella. Arrugas aparte, Ilse era la misma chica guapa de siempre, se había casado con un científico, ya había sido abuela y hablaba un ruso correcto. Antes de marcharse, Ada le preguntó si alguna vez supo algo de Weidt. Ilse le dijo que los partisanos le habían contado que había acabado en un campo de prisioneros de guerra alemanes. Allí había muerto, sin que se supiera la causa.

¿Alguna vez sintió Ilse algo por Weidt? Ada no se atrevió a preguntar e Ilse prefirió no contárselo. Lo dudo. Pero, gracias a ellos, Ada y yo compartimos cincuenta y siete años de nuestras vidas.

En el gueto de Minsk vivían ochenta mil judíos, casi todos fueron asesinados. Después de la guerra erigieron un monumento conmemorativo junto a una de las fosas; en la inscripción se leía que en aquel lugar habían muerto judíos, mientras que en otros sitios ponía «patriotas soviéticos», si es que se molestaban en poner una placa siquiera. Después de la guerra, el Gobierno declaró varias veces que iban a derruir el monumento y a cegar la fosa.

El *generalkommissar* Kube no vivió para ver el fin de la guerra. Su doncella, que formaba parte de la resistencia, colocó una bomba debajo de su cama y la programó para que explotara en mitad de la noche (¿con qué soñaría el hombre?). Tuvieron que despegar sus sesos del techo. Lamento que muriera en el acto.

Como Lazar quería que Slava se enamorara de su nieta, Slava le había escrito una historia de amor. El resto se lo inventó, cada detalle le iba llevando al siguiente. Al principio el proceso de escritura había sido mucho más minucioso: listas de detalles, esquemas, arcos narrativos. Siempre sabía qué iba a escribir a continuación. Sin embargo, los relatos eran mejores si no preparaba nada de antemano. En la vida real pudo haber sucedido tal cosa, pero ¿y en la carta? Puede que sí o puede que no. ¿Formaba todo parte de un plan concebido por Weidt para erradicar a los judíos más problemáticos para la administración del gueto? ¿Se libraría de sus ligaduras en mitad de la noche, mataría a palos al partisano que lo vigilaba y se fugaría con Ilse? ¿Había sido siempre un nazi incondicional o era un nazi que se había enamorado? Tenías que escribirlo para averiguarlo.

En sus cartas de solicitud, los ancianos solitarios de Midwood originarios de Minsk compartían momentos que nunca se dieron en la vida real. Si la abuela y el abuelo se enamoraban en la historia de Lazar, a algún otro le tocaba la sordera de Lazar. No obstante, otros detalles se perdían, se emborronaban, se falseaban. Madre, padre y Zeyde murieron cuando el gueto de Minsk fue arrasado: eso era lo que le había sucedido a la familia de la abuela, no le cabía duda, aunque el hecho apareciese en la historia de Lazar. Pero ¿seguro que su padre era transportista? Y el abuelo tampoco le había exigido una cita a la abuela a cambio de ayudarla a librarse del lascivo capitán, ¿o sí? Entonces, ¿por qué Slava lo había escrito de una manera diferente? Era lo que la historia le demandaba. El precio que le tocaba pagar a Slava era que, al final, no recordaba qué era cierto y qué era invención suya.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. La última vez que había sonado tan tarde había sido para anunciar el último viaje de la abuela al hospital Maimonides. Lo dejó sonar varias veces antes de cogerlo.

—¿Señor Gelmonn? —inquirió una voz nasal al otro lado de la línea—. Me consta... ¿Vyacheslav Gelman? ¿Slava Gelman? ¿Sam Gelman?

—¿Quién? —se extrañó Slava. Todos lo llamaban por el diminutivo. ¿Sam Gelman? Había utilizado ese nombre durante un año cuando estaba en el instituto.

—Vii-ya-ches-laf Gelman —continuó sondeando la nariz—. Un nombre tremendo e inusual. ¿Estoy llamando al número correcto?

—Sí, soy yo —afirmó Slava. Trató de frotarse la fatiga de los ojos—. ¿Quién es?

—Me llamo Otto Barber. Soy de la Conferencia de Demandantes Judíos contra Alemania.



A Slava se le heló la sangre.

—¿Señor Gelman?

—¿Sí?

—Podría prestarnos una inestimable ayuda.

—No lo entiendo —se excusó Slava.

—Señor Gelman, ha llegado a oídos nuestros un rumor acerca de algunas de las cartas de solicitud —prosiguió Otto Barber en tono conspirador—. Me gustaría hablar con usted del tema.

Slava se dirigió hasta el futón y se tumbó, como si así pudiera fingir despreocupación.

—No lo entiendo —repitió.

—Se lo explicaré todo, naturalmente —señaló Otto Barber.

—¿Cómo me ha localizado? —preguntó Slava, tratando de desviar su atención. ¡Si ya no iba a escribir más cartas! Era el fumador que deja el vicio un día antes de descubrir que tiene cáncer.

—¿Las páginas blancas? ¿Las páginas amarillas? Su número figura en el listín, discúlpeme.

¿De veras?

—Es muy tarde para llamar —le recriminó Slava, preguntándose a continuación si no se estaría delatando al mostrarse a la defensiva. Nunca había pensado que lo abordarían por teléfono. Siempre que iba caminando por Brooklyn miraba sin parar por encima del hombro. Qué estúpido por su parte, ¿qué creía? ¿Que la policía se le echaría encima con las sirenas puestas? Siempre sucede como menos te lo esperas.

—Coincido con usted, esto es de muy mala educación —consideró Otto—. Le ruego que me perdone. Soy como un roedor en una rueda: reunión número uno, reunión número dos... Tenemos reuniones para planificar reuniones. La verdad es que es bastante increíble: son las diez de la noche, ¿he cenado ya? ¡Claro que no! —Y soltó una risita.

Slava no contestó.

—Señor Gelman, ¡las cartas son falsas! —exclamó Otto—. ¿Se lo puede creer? ¿Sabe algo del tema, por favor?

—¿Por qué iba a saber yo algo del tema? —insistió Slava.

—¡Qué lástima! —bramó Otto, soltando otra risita—. Tenía los dedos cruzados, ¡se lo aseguro! Señor Gelman, me gustaría reunirme con usted para hablar del tema. Todo lo que pueda decirnos será de gran ayuda.

—¿Y qué les puedo decir? —se escudó Slava.

—Nunca se me ocurriría pedirle que viniera a vernos a las oficinas de la Conferencia, aunque es un edificio bonito y el café es gratis, ¿eh? Pero quizá usted y yo podamos vernos para tomar algo más fuerte. Si accede, ¡yo invito! Me estaría haciendo usted un favor, señor Gelman, puedo acercarme a donde prefiera.

—No sé qué puedo decirle —repitió Slava—. No tengo nada que ver.

—¿Nada que ver? —gritó Otto—. Ay, Dios mío, qué risa. Usted es un guasón, señor Gelman, como yo. Nos vamos a llevar bien. No, señor Gelman. ¿Tener algo que ver? ¿Qué? ¿Acaso escribió usted las cartas falsas? ¡Ja, ja, ja! No, señor Gelman, me gustaría contar con... su opinión experta. Usted es americano por los cuatro costados. Vive en el Upper East Side, trabaja en la revista *Century* —discúlpeme si le digo que la encuentro un tanto aburrida, ¡guárdeme el secreto!— y, aun así, entiende la psique de una persona rusa. Por qué alguien haría algo así, cómo lo haría. Porque a mí no me han formado para ejercer de... sabueso; he aprendido esta palabra hace poco. Lo cierto es que me siento, cómo le diría yo, sobrepasado.

A Slava le entró el pánico. Si se negaba a verse con Otto, el otro sospecharía aún más. Pero ¿por qué? Slava tenía todo el derecho del mundo a no implicarse. Había decidido poner tierra de por medio con su antiguo barrio, precisamente quería evitar verse envuelto en este tipo de enredos. No obstante, era estremecedor la de cosas que Otto sabía sobre él. ¿Cómo las había averiguado? No, Slava debía acceder a quedar con él. Bajo el pretexto de aconsejarlo, averiguaría todo lo que sabía el alemán. Además, tenía que eliminar todas las pruebas físicas, tirar los faxes de casa del abuelo, borrar los archivos de su ordenador...

Finalmente, había sucedido. A pesar de que, durante todas esas semanas, había temido y desechado esa posibilidad (¿por qué lo iban a pillar? No lo iban a pillar), Slava no se mostró sorprendido por las novedades al otro lado de la línea. En cierto modo era un alivio: por fin había sucedido lo peor, ahora podía concentrarse en combatirlo. Tenía que empezar por reunirse con Otto. Claro, no podía permitir que Otto fuera a verlo a su casa; no, no se lo pondría tan fácil. Pero resultaría raro que Slava se ofreciese voluntario a acudir a la Conferencia, eso era plegarse demasiado a los deseos del otro. Bien, se encontrarían en un bar. Slava ignoraría su cerveza y Otto empujaría el codo y hablaría más de la cuenta. Esa era la manera.

—¿Cuándo le viene bien? —preguntó Slava—. Yo puedo quedar mañana.

—¿Mañana? —exclamó Otto—. Gracias a Dios, mañana es viernes, ¿estoy en lo cierto? No, tómese el fin de semana libre, señor Gelman. Tampoco estamos resolviendo un asesinato, ¡ja, ja! La prisa no es buena consejera, ¿no es esa la expresión? ¿Está libre el lunes? El lunes por la tarde. Yo saldré a las seis, aunque intenten retenerme con cadenas. A esa hora termina la jornada en *Century*, ¿verdad?

Pero ¿cómo diablos había averiguado esas cosas? Slava se maldijo por mostrarse impaciente.

—¿A las siete? —propuso débilmente. A esa hora todavía sería de día, eso le daba más seguridad. Slava le indicó a Otto el nombre de un bar en su barrio. Si tanto interés tenía el hombre en que Slava lo asesorara, tendría que venir a su encuentro. El bar no era ni un tugurio ni un lugar de moda, era un sitio invisible, así lo prefería él.

—Es de lo más oportuno —exclamó Otto—. ¡Vivo en el mismo barrio! La zona de Yorkville tiene unas fantásticas raíces alemanas. ¡Me siento como en casa! —Mencionó una pastelería que preparaba *strudel* y una carnicería que llevaba

vendiendo salchichas alemanas desde los años veinte—. Si le digo la verdad, ya que somos sinceros, le confieso que el Upper East Side no me parece un vecindario idóneo para una persona con inquietudes. Es como la Florida de Nueva York, ¿verdad? Está lleno de universitarios borrachos y todos los demás vecinos parecen a las puertas de la muerte, ¡aunque tengan cuarenta años! De no existir la conexión con Alemania, no residiría aquí.

Slava continuaba procesando la información de que Otto y él vivían en el mismo barrio. ¿Lo habría visto Otto por la calle? ¿Habrían comido en el mismo restaurante? ¿Lo habría observado Otto desde el otro lado de la barra? Slava nunca se había molestado en mirar por encima del hombro en Manhattan, solo en Brooklyn. Y, sin embargo, ¡eran vecinos!

—Agh, señor Gelman, de verdad que le pido perdón. Son las diez de la noche y le estoy mareando con mis tonterías. Hablaremos de todo (de la guerra, quizá también de escritura) cuando nos veamos. ¡Estoy deseando! ¿Me perdona por haberlo llamado tan tarde?

No era una pregunta retórica. Slava se disculpó con el alemán a duras penas. Este prorrumpió en una nueva sucesión de exclamaciones. Solo después se despidió de Slava.

## Capítulo 14

Sábado, 26 de agosto de 2006

Slava se había pasado casi toda la noche revolviéndose entre las sábanas de su lado de la cama, agradeciendo más que nunca que Arianna durmiese a pierna suelta. Al fin se levantó, a una hora que ni siquiera había amanecido, y se sentó a la mesa plateada de la cocina, con las manos enlazadas: la viva imagen de la culpabilidad. Trató de sopesar sus opciones y, aunque en su desvelo no había hecho más que pensar en enfrentarse a Otto y había desarrollado en su cabeza una hipotética conversación como si de una carta falsa se tratase, ahora, en la mesa, tenía la mente en blanco. Se rio entre dientes con amargura. ¿Qué habría dicho la abuela del giro que habían tomado los acontecimientos? ¿Era ella cómplice de los subterfugios del abuelo? ¿Participaba con gusto o con vergüenza? Slava no era capaz de imaginarse a la abuela avergonzada, ni siquiera después de cometer un pecado. Y, aun así, era una mujer íntegra. Tan íntegra que él no se la imaginaba amando al abuelo por encima de su integridad. Pero era íntegra solo con sus seres queridos. En su agonía, Slava se retorció las manos, el cansancio le impedía pensar con claridad. Llevaba semanas escribiendo cartas sobre su abuela, pero, en momentos como ese, se sentía como si fuera una completa desconocida, como un territorio que crecía a medida que se exploraba. Con Arianna le pasaba lo mismo, advirtió con amargura. Peor aún: si la abuela le resultaba cada vez más desconocida, Arianna le resultaba más ajena.

Echó un vistazo por la ventana de la cocina para ver si había amanecido, pero poco se veía: la ventana daba a una de esas poéticas paredes de ladrillo tan frecuentes en Nueva York. El reloj marcaba las cinco y cuarto. Slava regresó al dormitorio de puntillas y sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros. Arianna ni se inmutó, pero el gato abrió un ojo gris y astuto. Slava se quedó helado, luego se burló de sí mismo: el peso de la culpa era tal que había estado a punto de darle explicaciones a un animal. Abandonó la habitación en un gesto de clara indiferencia dirigido a esa bola de pelo negro.

Tragó saliva mientras el teléfono sonaba. Debía de estar levantada, solía llegar a la farmacia a las seis y media, pero a las cinco de la mañana nadie llamaba para charlar. Cuando su madre cogió el teléfono, le temblaba la voz. Ya solo quedaba un viejo Gelman del que recibir malas noticias a estas horas intempestivas —¿por qué la gente mayor solo moría de noche?— y, aunque había llamado al abuelo por la noche (él se había quejado de los muelles del colchón, ¿serían esas las últimas palabras que compartirían?, qué inútiles y absurdas), su hijo tenía ahora más contacto con su antiguo barrio que ella. Él podría haberse enterado antes.

—Todo está bien, está bien —la tranquilizó él.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, todavía sorprendida si bien más tranquila. Nadie

había muerto, pero su hijo no la llamaba para hablar por hablar. Tenía que adaptarse a esta nueva revelación despacio, como quien asimila una enfermedad.

«Querida madre: ¿era tu madre una mentirosa, una tramposa? ¿Hacía la vista gorda mientras el abuelo traficaba con coches robados, pasaba oro de contrabando o vendía pieles en el mercado negro? ¿O es que ella era otra conspiradora, su compinche, su Bonnie? ¿Acaso su integridad solo afectaba a sus seres queridos? ¿Qué me diría que hiciera si estuviera viva?».

En lugar de eso, señaló:

—Se acerca el fin del verano.

—¿Slava? —se extrañó ella—. ¿Qué sucede?

—¿Te acuerdas de Mariela? —preguntó él.

—¿La hispana? —recordó ella. Slava y Mariela habían salido durante un año y medio mientras estaban en la universidad y habían cortado la relación (cosa rara el comportarse tan sabiamente siendo tan jóvenes) cuando empezaron a pedirle más de lo que esta podía ofrecer. Pero, durante varios meses, fueron inseparables: ella, hija de colombianos católicos, y él, hijo de judíos soviéticos, dándose el lote en una sala vacía del MET.

—Le hablé a la abuela de ella —le confesó él—. Entonces ya estaba enferma.

—¿Mariela? ¿La has visto?

—¿Sabes lo que dijo la abuela? —continuó él—. Me escuchó con atención. Luego me preguntó: «¿Sabe cocinar?».

Su madre dejó escapar un resoplido.

—Yo le contesté que no. Ya sabes cómo era Mariela... Ni siquiera tenía una olla donde hervir macarrones. La abuela se lo pensó, y luego me dijo: «Menuda inútil».

Su madre se echó a reír, su voz era ya menos cautelosa.

—¿Has ido a visitar su tumba? —le preguntó Slava.

—Todos los fines de semana —contestó ella.

—Quizá deberías pedir unos días libres en la farmacia —opinó él.

—No, no —protestó ella—. Así me mantengo ocupada. Cuando se trabaja en una farmacia se tiene la sensación de que no hay gente sana en el mundo. Lo normal es la enfermedad, no la salud. En cierto modo me hace sentir mejor —antes le preguntaba a Dios por qué solo ella estaba enferma—, pero luego me siento culpable. Y le hago a Dios una pregunta diferente: si hay tantos enfermos, ¿por qué tuvo que morir ella? Y me siento fatal, como si fuera una persona horrible. La verdad es que echo de menos a mi madre.

—Yo también la echo de menos —coincidió él.

—No puedes dormir —adivinó ella.

—No puedo dormir —confirmó él—. ¿Le habría parecido bien lo que estoy haciendo?

—Ella te quería tanto —dijo su madre.

—No te he preguntado eso.

—Nos quería a todos. Nunca le habría parecido mal algo que pudieras hacer.

—Qué bonito suena eso. Cuando me pilló con Lena la Cachonda, me arrastró de las orejas; todavía me duele.

—No sé qué me quieres decir, hijo... Estábamos teniendo una hermosa conversación.

Él se disculpó y se refugió en el silencio.

—Se está haciendo de día —comentó, al fin—. ¿Por allí también?

—Sí —contestó ella—. Sabes que el calor me vuelve loca, pero, cuando pienso en el otoño, me entran ganas de llorar. Morir en primavera es una injusticia, porque todo está empezando, y morir en otoño es una injusticia porque todo está acabando, y nadie debería morir en verano porque es verano. La gente debería morir en invierno. Solo en invierno. Ojalá me muera en invierno.

—Entonces la tierra estará helada y probablemente los enterradores te cobren más —alegó él, y se rieron de su chiste frugal, con la frugalidad propia de todos los inmigrantes.

—Tienes que irte —dijo él—. Llegarás tarde.

—Pues llegaré tarde —dijo ella.

—Les prestamos un servicio a los demás, ¿verdad? —exclamó él—. Tú les proporcionas medicinas para mantenerlos con vida, yo les proporciono ingresos.

—Me gusta la idea de que ambos estemos en el mismo bando —observó ella—. Pero me da envidia. Ellos pueden verte a diario. A nosotros nos has ignorado. A tu padre y a mí.

—Sois demasiado jóvenes para presentar una solicitud —trató de bromear él.

Ella se rio educadamente.

—No, es cierto, los abuelos son los que tienen historias que contar. Nosotros siempre creímos que, cuanto menos te contáramos, mejor. Quizá tus hijos recurran a nosotros.

—Salúdala cuando vayas al cementerio —le pidió él.

—Has recuperado tu ruso tan rápidamente —se admiró ella—. En realidad hablas mejor que antes. ¿No deberías ir tú también a visitarla?

—Yo la visito a mi manera —aseguró él.

Aunque ninguno de los dos, por razones distintas, quería terminar la conversación, se habían dicho todo lo que podían decirse sin discutir, así que se despidieron.

Regresó a la cama y se deslizó delicadamente en el interior para no despertar al gato, a pesar de su desavenencia previa. Estuvo escuchando obedientemente la respiración grácil de Arianna, en un intento de congraciarse con alguien o con algo. Ella dormía confiadamente, los labios ligeramente entreabiertos; el rostro, un camafeo ovalado. Descubrió una paradoja íntima: llevaba mirándola a diario desde hacía más de un mes, pero no sabía de qué color tenía los ojos. Sin embargo, ahora que tenía los ojos cerrados, no tenía dudas de que eran grises, un gris fulgurante,

aunque parecían más oscuros a causa de las espesas pestañas. Por eso, si le hubieran preguntado a Slava de qué color eran, habría dicho que negros, casi negros.

Antes de comenzar a verse con regularidad, ella siempre le sonreía con un gesto de satisfacción, cosa que lo irritaba; se estaba burlando de él, por estar siempre volcado en el trabajo. Con el tiempo, había llegado a entender que ese gesto era una forma de autoprotección, porque solía dar paso a un sentimiento de tierna alegría, incluso de admiración. Y, de manera periódica, también desembocaba en preocupación, en un intento fútil de refrenarse... Ambos estaban yendo tan rápido. Ahora era diferente. Cuando los párpados pecosos de Arianna se abriesen, el izquierdo con la marca de nacimiento dividida, ella miraría a Slava con dudas, con miedo. Él quería que ella continuara dormida, como en un cuento de hadas. Y, en medio de estos pensamientos, por fin el sueño lo venció.

*La soirée en honor de la revista Century se celebraba en casa de la primera chica que Slava Gelman había besado en América. Por aquel entonces, a Elizabeth Lechter le acababan de quitar el aparato y sus dientes resplandecían en una línea blanca perfecta que se distinguía desde el otro extremo de la habitación. No obstante, en esa velada no había ni rastro de Elizabeth, como si Century hubiera accedido a montar la fiesta en casa de los Lechter y se hubiera molestado en trasladarse hasta un suburbio de Nueva Jersey a condición de que los Lechter se esfumaran. Esto suponía un alivio para Slava porque no podía quitarle los ojos de encima a Arianna, que revoloteaba por la habitación con un vestido rojo entubado de media manga que le llegaba hasta la mitad del muslo, y no quería que Elizabeth se sintiera mal.*

*Por alguna razón, Beau llevaba puesta una capa malva con lunarcitos blancos. Avi Liss estaba solo, mareando un gin-tonic. Peter Devicki perseguía a la novia de Charlie Headey por el sofá de cuero blanco de los Lechter, mientras ella daba grititos y derramaban las copas en el sofá, para desconuelo y remordimiento de Slava. Beau le ordenó a Peter que se detuviera y Peter se marchó a deliberar con su jefe. Charlie Headey trató de deliberar con su novia, pero ella le hizo un gesto para que se largara. Había una piscinita infantil en medio del salón de los Lechter y ahí fue donde ella decidió descansar. Arianna la miraba con una sonrisa incrédula desde el otro lado de la habitación.*

*Sobre la chimenea de los Lechter había un póster enmarcado. En él se exhibía el artículo ganador de un reciente concurso organizado por Beau Reasons sobre las aventuras de un explorador urbano. Sobre el artículo, con la tipografía inconfundible de Century, el pie de autor rezaba: Peter Devicki. Slava, arrinconado en el otro extremo de la habitación, se ponía de puntillas para leer el artículo, pero no alcanzaba a verlo.*

*Cuando terminó de deliberar con Beau, Peter salió de la habitación. Cuando regresó llevaba un rotulador negro en la mano. «Qué cocina tan grande», comentó.*

«¡Por los Lechter!», gritó Beau. «¡Por los Lechter!», secundó el señor Grayson. «¡Por los Lechter!», gritó la novia de Charlie Headey. El resto de la habitación coreó el brindis.

Mientras la plantilla de Century brindaba por la familia Lechter, de Ridgewood, Nueva Jersey, Peter Devicki se subió junto al póster con el artículo de Slava, le quitó el capuchón al rotulador y tachó el pie de autor. Luego escribió encima: Slava Gelman. Una vez más, la habitación prorrumpió en gritos de júbilo. «¡Por Peter Devicki!», chillaban. «¡Por los Lechter!». «¡Por los Lechter y Peter Devicki!». Hasta Avi Liss se había levantado del asiento y alzaba su copa. El sofá blanco de los Lechter estaba ahora manchado por un charco multicolor de bebidas.

Slava estaba sentado sin poder moverse. No podía levantarse, aunque era lo que quería. Observó que Arianna, que había estado brindando con el resto del grupo, se dirigía hacia el póster y lo estudiaba como si se tratara de una pintura. Luego se giró y se encaminó hacia Peter, que estaba de pie ante una pared cubierta con ladrillos falsos en un intento de emular las paredes de ladrillo visto de la ciudad. Lo cogió del brazo, bajó la vista y comenzó a susurrarle cosas al oído.

A Slava lo invadió una horrible sensación. Tenía que intervenir pero no podía moverse. ¿Estaba ahí siquiera? Estaba ahí. Una persona se fijó en él. Su abuelo se fijó en él. Estaba de pie en un rincón del salón, como un niño al que hubieran castigado en clase. Slava sintió una punzada de irritación: ahora el viejo diría algo para avergonzarlo.

Su abuelo estaba empapado de los pies a la cabeza. Iba vestido con su ropa habitual: pantalones de pana y jersey de lana a pesar de estar en verano, pero estaba calado y tiritaba, le castañeteaban los dientes, oro contra el oro. Bajo los pantalones parecía que no había más que huesos, y las rótulas le castañeteaban. Las manos que asomaban de las mangas del jersey sí que eran carnosas. Se cubrió con ellas las pelotas y lanzó un grito de terror.

Slava se despertó sobresaltado y se golpeó la cabeza con la repisa que había sobre la cama de Arianna. ¿A quién se le había ocurrido instalar una repisa justo encima del lecho? ¿No primaba sobre su posible utilidad, fuera cual fuera, la inutilidad de golpearse la cabeza nada más despertarse, como Slava temía desde la primera noche que pasó con Arianna? Se dormía pensando en esta posibilidad y, cuando no soñaba con Peter Devicki, soñaba que se golpeaba la cabeza contra el estante, solo para despertar y darse cuenta de que no, que aún no. Finalmente había sucedido. Notó un dolor sordo en la nuca y la típica sensación de hastío cuando sucede algo que llevabas un tiempo esperando, mientras Arianna se revolvía en sueños.

Dormía como un tronco. Podría desatarse la guerra en West End Avenue y no se enteraría. Él tampoco podía quejarse de la repisa. Ella dejaba ahí sus libros y un vaso de agua por las noches. «¿No te preocupa que el vaso de agua se te caiga en la cabeza



en mitad de la noche?», le preguntó una mañana. «¿Hay algún terremoto previsto?», fue su respuesta. Él se vio obligado a recular con dobles sentidos sobre terremotos en la cama. En el coito posterior él se empleó con más energía de la habitual porque quería que el maldito vaso se cayera y así poder demostrárselo, pero este no se movió. La segunda vez que mencionó el estante, había dejado de ser divertido. La tercera, ella fingió no oírlo.

Arianna se había girado hacia él y le había echado una pierna hirviente por encima de los muslos. Su temperatura corporal alcanzaba unos niveles peligrosos durante la noche, una fiebre que solo bajaba al romper el alba, cuando Slava le masajeaba los dedos azulados hasta que estos recuperaban el color. Por este motivo no tenía aire acondicionado, solo ventiladores colgados con cadenas de un techo descascarillado lleno de molduras. Slava se pasaba la noche convencido de que los trastos de la repisa le machacarían la cabeza y el ventilador le destrozaría las piernas. ¡Por eso había tenido ese estúpido sueño! Dormía en un estado de ansiedad perpetua.

Ella se despertó.

—Hasta en sueños noto que estás enfadado. ¿Qué te pasa?

Él la miró.

—Acabo de golpearme la cabeza contra la repisa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Slava, por Dios, quitaremos la repisa. Tú ejercerás de manitas y la desmontarás.

—Necesito café —anunció él, por decir algo.

—¿Me preparas una taza? —dijo ella, tratando de pedirlo con amabilidad y volviéndose hacia la pared.

Él se cruzó de brazos y apoyó la cabeza con cautela contra el pérfido estante, su ofrenda de paz.

—¿Has tenido una pesadilla? —preguntó ella desde el otro lado de la cama, con la boca hundida en la almohada.

—Alguna vez te has planteado qué harías —le preguntó él— si alguien te dijera... Imagina que tienes dos hijos, y alguien te dice: «Solo puede vivir uno: elige».

—Dios, Slava. —Ella se incorporó y le miró—. No —se negó en tono monocorde—. ¿Te puedo contestar después del café?

Retiró el cobertor y se levantó. Él la observó dirigirse al baño, llevaba las mangas de la camiseta enrolladas. En algún momento había empezado a dormir con braguitas y camiseta, en lugar de con la desnudez habitual. Él se preguntaba ahora si no sería un pequeño gesto de distanciamiento. En cualquier caso, Arianna Bock en bragas y camiseta era mucho más guapa que la mayoría de las chicas desnudas. Apartó el cobertor y la siguió hasta el baño. El gato salió disparado tras ellos, sin querer perderse la acción.

Estaba apoyada en el borde del lavabo con las manos. Siempre que se apoyaba en

algún lugar similar, descargaba un pie sobre el tobillo contrario, formando un triángulo con las piernas. A veces, mientras ella lavaba los platos por la noche, él se sentaba a su lado en la mesa de la cocina y trazaba una línea con el dedo desde el punto donde se unían los tobillos hasta la punta del triángulo, en un bucle infinito.

Él se colocó tras ella y metió los brazos bajo los suyos. Ahora veinte dedos bordeaban el lavabo, unos azules y huidizos y otros aceitunados y más gruesos.

—La mitad del tiempo no sé por qué nos estamos peleando —se quejó ella. Se revolvió entre sus brazos y se giró para mirarlo—. Me paso el día pensando en eso. No quiero pasarme el día pensando en eso. Quiero estar tranquila. —Ya no tenía los ojos adormilados y también ella lo miraba con cierto hastío, como cuando sucede algo que llevabas un tiempo esperando—. Tengo miedo —confesó ella. Se escapó del cerco de los brazos de él y se sentó en el suelo de golpe, abrazándose las piernas. Se metamorfoseó al instante con los azulejos blancos.

Él se colocó a su lado y la tomó de la mano, frotándole las yemas azules de los dedos. El gato se encaramó en el borde del lavabo para poder oír desde las alturas.

—Si te sientas sobre baldosas frías —comentó, optando por la frivolidad—, nunca tendrás hijos. Eso dicen las viejas de los cuentos.

—Me gusta cuando me dices cosas así —señaló ella—. Nunca hablas sobre el tema.

—Los caballeros también tienen mucho que perder, según el abuelo.

—Mmm, qué cosas más sexis dices —suspiró ella—. ¿Cómo está con todo lo que está pasando?

—Está mejor de lo que asegura —opinó Slava—. Es un hombre afortunado. Las cosas no llegan a afectarlo porque no les presta la atención suficiente.

—No digas eso —le reprendió ella.

—Es la verdad —insistió él con resentimiento.

El peso del secreto lo abrumaba, un lastre estúpido, informe, sin centro ni bordes. Solo tenía que aguantar un poquito más. El plazo para las solicitudes expiraba en unos días, después sería libre y podrían volver a estar juntos como la primera noche. Slava no quería plantearse la otra posibilidad: que el malestar de ambos no tuviera nada que ver con su secreto. Que, simplemente, ellos fueran el motivo, que la magia inicial de su relación fuera una falacia que dejaba al descubierto la cruda realidad: que eran extranjeros para ellos mismos. Hasta cuando estaban en mitad de una discusión estaban deseando desnudarse pero, tristemente, él sabía que con eso no bastaba.

Pensó en Otto, la primera vez de los cientos que vendrían ese día, una pesadilla que no era una pesadilla. Se sentía como un mártir, con un fatalismo que le habían contagiado las víctimas del destino desperdigadas por el sur de Brooklyn: estaba predestinado a que lo atraparan. En *Century* podía inventarse ciudades enteras y periódicos sin hacer saltar las alarmas. Aquí, no. Puede que otros se librarán, pero él..., él pagaría por sus crímenes.

La lista de cartas que le faltaban por escribir antes de que expirara el plazo le quemaba en el bolsillo, a pesar de que los vaqueros estaban en el otro extremo de la habitación, como si esta contuviera los teléfonos de otras mujeres y no de octogenarios. Había leído que un grupo de supervivientes estaban intentando presionar al Parlamento alemán para que revisara los términos de las ayudas para que estas cubriesen a un mayor número de evacuados y, por primera vez, incorporasen soldados del Ejército Rojo. Quería que todo acabase y al mismo tiempo no quería.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntó ella—. Del estante.

—Oh. No. No, lo podemos dejar, de verdad.

—No, nos desharemos de él. Ya estaba aquí antes...

—No, no.

Dejaron de hablar a la vez.

—Pasa algo raro —manifestó ella, con una sonrisa forzada.

—Algo —coincidió él.

Él le tendió los brazos. Despacio, con cautela, ella se dejó abrazar. El gato saltó del lavabo, cayó de pie con un ruido sordo y se unió a ellos. Slava nunca había tenido animales, pero le gustaba el gato. Cuando Arianna y él no sabían cómo mostrar su afecto, podían mostrárselo al animal. Al felino no le importaba. Se apretujó entre ellos, una bola de pelos sencilla, tonta y eufórica, y soltó un bostezo enorme. Mientras, los dos humanos bromeaban sobre lo aburrida que había sido su discusión.

—Venga, hagamos algo —sugirió ella—. A menos que tengas que trabajar.

—Voy a tomarme el día libre —anunció él.

Ella emitió una exclamación de incredulidad.

—Tranquila —le advirtió él.

—Vamos a dar un paseo —propuso ella.

—Fuera hay casi cuarenta grados —protestó él.

—Eso nos da una pista —señaló ella—. Queremos aire acondicionado.

—Aquí hace fresco —alegó él, mirado la cama de reajo.

Ella sonrió.

—Más tarde. Vamos a vestirnos.

Se le pasó por la cabeza hacer lo mismo que había hecho ella aquel día unas semanas antes, cuando él tenía que marcharse a la biblioteca. Pedirle cinco minutos, quitarle la ropa y arrojarla a la cama. Ella le había mostrado que uno podía imponerse al otro de esa manera. El otro lo haría la próxima vez. El amor no se basaba en la igualdad, sino en el equilibrio. Mientras volvía a su lado de Manhattan en el autobús, se había sentido utilizado pero también más próximo a ella. De todas formas, no se imaginaba haciendo lo mismo ahora. Esta norma de su atribulado corolario permitía que este tipo de desequilibrio fuera posible cuando el resto de la relación era estable. Así había sido durante su primera semana, pero, ironías de la vida, había ido a menos a medida que pasaban más tiempo juntos. Se levantó y se vistió.

La ciudad, que les había parecido dulce y compasiva aquella primera noche mientras caminaban del bar Kabul a Los Francotiradores, parecía hoy convulsa y colérica. El termómetro pegado a la jamba de la puerta del edificio de Arianna marcaba treinta y siete grados. No obstante, el calor había vaciado las calles y estas presentaban el mismo aspecto que en un puente, dándole a Slava la sensación de que la ciudad les pertenecía temporalmente.

—¿Dónde vamos? —preguntó, llevándose la mano a la frente como si oteara las calles.

Encaminaron sus pasos hacia el Museo de Historia Natural. En las primeras visitas de los Bock de Brentwood a la ciudad con la pequeña Arianna, esta era siempre su primera parada: al Águila le gustaban las águilas (Sandra Bock, que no compartía su amor por la vida salvaje, los esperaba en la cafetería). La explanada del museo estaba desierta salvo por una bandada de palomas; las condenadas sobrevivirían al Juicio Final. En el interior reinaba una oscuridad sacerdotal, la luz estaba reservada para los antílopes disecados en pleno salto, y las excursiones de campamento se mezclaban con los grupos de turistas japoneses y alemanes, mientras las familias paseaban entre ellos con la libertad de los emancipados. Arianna se había vestido con unas sandalias, una camisa marinera de manga corta y unos pantaloncitos negros con una fila de botones dorados que terminaba justo donde en el borde de sus nalgas. A pesar de la penumbra, los hombres se las arreglaban para inspeccionar a este excitante espécimen, y las mujeres más aún. Slava se acordó del comentario del tío Pasha, que decía que las miradas de las mujeres eran las que contaban. Slava pensó en Pasha con un gesto hastiado y risueño.

Arianna, entrenada en sus paseos urbanos, atajaba entre la multitud. De vez en cuando tendía la mano hacia atrás para asegurarse de que Slava la seguía. Él iba detrás como un crío. Ella se detenía aquí y allá para hacer algún comentario sobre la cabra montesa, el lince o los coyotes que aullaban en las colinas de Los Ángeles. A Slava todos los animales le parecían iguales: cuernos, pezuñas, ojos avezados y grandes. Él la escuchaba con una sensación rancia. A sus ojos, ella era un sinónimo de la ciudad, pero a Arianna todo le resultaba familiar. A él le encantaba eso de ella: conseguía introducir un elemento sorpresa en su vida. Pero, dondequiera que fueran, la narradora siempre era ella. ¿Qué habría sucedido si él se hubiera pasado la infancia correteando por el Museo de Historia Natural en lugar de descifrando cartas y explorando el diccionario en su escuálido escritorio? ¿Sabría tanto como ella? ¿O era algo de su manera de ser?

Cuando se detuvieron ante una de las vitrinas, la rodeó por detrás con los brazos y hundió la frente en su clavícula. Ella dejó de hablar y reclinó la cabeza en el pecho de él. Se había alisado el pelo; él inspiró esa sequedad ahumada. Le retiró las puntas con los dedos y la besó en el cuello.

—Quiero marcharme —se oyó decir.

—¿Quieres volver a casa? —preguntó ella.

—Ahora me gustaría enseñarte un sitio —anunció él, antes de saber el destino, aunque tenía clara la intención.

Ella asintió con entusiasmo.

—Pero vamos a quedarnos así un minuto más.

En el exterior la humedad se les pegó al cuerpo al instante; él levantó el brazo para llamar a un taxi. Ella comentó que menudo lujo, pues siempre cogían el metro. Él se sonrojó, avergonzado. Quiso decirle que el Águila no le pagaba las facturas, pero se contuvo. ¿También había notado la observadora Arianna que habían pasado todas las noches del mes anterior en su apartamento? No, este desequilibrio no había despertado ningún comentario. Lo cierto es que él prefería el apartamento de ella. No tenía remedio, estaba hecho un lío. Le sostuvo la puerta mientras ella montaba en el taxi.

—¿Dónde me llevas? —inquirió ella.

—A capturar el momento —contestó él, mirando la piel tostada del cuello del taxista. La cogió de la mano a regañadientes.

Avanzaron en silencio. El Upper West Side se convirtió en Midtown, luego en Chelsea, en el West Village, en Battery Park —en plan despilfarro, optó por el túnel sin pensarlo mucho—, y, finalmente, en Brooklyn.

—¿Adónde vamos? —rio ella.

—¿No te encanta ir a la aventura? —comentó él fríamente, aunque había intentado que le saliera con naturalidad.

Se habían soltado de la mano, hartos de fingir que no estaban enfadados. Slava miraba por su ventanilla. Lentamente, la calle comenzó a resultarle familiar; en realidad, la conocía solo por el metro, comprendió con retraso. Lo habían asaltado aquí. El abuelo y la abuela vivían cerca por aquel entonces, antes de mudarse a otro piso mejor en Midwood, también subvencionado. El atracador era eslavo; no era judío pero era uno de los suyos, al fin y al cabo. Tenía bolsas moradas bajo los ojos por la falta de sueño y un cuchillo largo oculto bajo la camiseta. De hecho, era cómicamente largo, con empuñadura dorada, como un sable de circo. Tuvo la delicadeza de explicarle el motivo del atraco: su familia acababa de emplear sus ahorros en pagarle la fianza y ahora necesitaba pasta para pagarse un abogado.

A Slava lo acompañaba Igor Kraz, que luego sería proctólogo. Le había enseñado a Slava cómo dar patadas de kárate y cómo masturbarse con una almohada, así que le convenía juntarse con él. Igor iba enjoyado con diamantes. Slava nada más que llevaba un brazalete y una cadena de plata, y ambos finísimos, como insectos molestos. Las joyas no tenían nada que ver con ellos: simbolizaban el ascenso de sus familias en América. El abuelo se enfadaba con Slava porque este solo aceptaba llevar adornos de plata. «Podemos permitirnos algo mejor», insistía. «¿Por qué él lleva oro y tú solo plata? ¿Qué somos, unos pobretones?».

Cuando el atracador les pidió las joyas, ellos se las entregaron. El futuro proctólogo se había olvidado de todos sus movimientos de kárate. Y, cuando el ladrón

les preguntó su dirección para que mantuvieran el pico cerrado, le confesaron la verdad. El tipo debió de darse cuenta de que se había topado con un par de bobalicones, porque les dijo a los chicos que regresaran una hora más tarde a la misma esquina con mil dólares. Cuando llamaron a sus padres, lo primero que dijeron fue que necesitaban mil dólares.

Eran como les habían criado sus padres y abuelos. Hacían lo que les ordenaban, ya fueran padres o ladrones, tal y como les habían enseñado. Seguir las instrucciones al pie de la letra —no había más que dictar las normas— les proporcionaba la misma satisfacción primaria que comer una ciruela fría un día caluroso. Cuando era pequeño, la satisfacción de saberse obediente había llegado a tal punto que Slava era capaz de quemarse la lengua por beber el té demasiado caliente, solo porque así se lo habían dicho. ¿Cómo había llegado a convertirse en un falsificador? ¿Acaso la querencia por el fraude del abuelo lo había corrompido a pesar de los esfuerzos de los Gelman por hacer de él una persona obediente? ¿La sangre es la sangre y no se puede controlar? Quizá los Gelman, más viejos y más sabios, entendían este dilema y habían intentado atarlo en corto para protegerlo. Esta parte de él —su inconfundible alma corrupta— surgía solo cuando él se ponía fuera del alcance de ellos. Ardía en deseos de preguntarle a Arianna, pero sabía que ella diría algo que él no se había planteado, que conseguiría que lo viera desde una perspectiva distinta. Pero no podía. Dejó escapar un gemido y ella le estrechó la mano.

El taxi se detuvo en la calle Seis, en la zona de Brighton Beach. Ella abrió la cartera, pero él la detuvo y pagó la carrera. Aquí, gracias al viento del océano, el aire estaba menos cargado y el sol languidecía tras las horas de castigo de la tarde. Contemplaron Brighton Beach Avenue, mientras Arianna esperaba a que Slava le diera una señal. Él observó las almas en pena que pasaban a su lado, con piernas varicosas y arqueadas, papadas pronunciadas, vientres abombados como fruta madura. (¿Habría venido Otto hasta aquí para analizar con sus propios ojos con qué gente trataba en sus archivos, o habría preferido mantener las distancias?). Sí, no era fácil estar cerca de ellos. Las bolsas de redecilla llenas de tomates a precio de saldo, los corpachones torpes que ignoraban los semáforos en rojo, las andrajosas tiendas donde se traficaba con pieles, cintas de DVD y manicuras para poder exprimir un mísero dólar. Y estos eran los honrados. Después de cincuenta años de cautiverio soviético, habían acabado en este país sin apenas tiempo a que les dieran por el culo antes de dar con sus huesos en el cementerio Washington. Y hasta la tumba tenían que procurársela bajo cuerda. Ni siquiera llegarían a votar nunca.

—Siempre me preguntas —reveló Slava—. Aquí lo tienes. Aquí están.

—Enséñamelo —le pidió ella.

Caminaron sin rumbo. A Slava le venían a la mente hechos ocurridos largo tiempo atrás. En esta tienda su abuelo le compró un abrigo de visón a su madre sin pagar un solo dólar. El dueño de la tienda, un hombre cuya existencia dependía de sacarle hasta el último centavo al visón que el abuelo tenía entre manos, había

acabado rogándole que se lo quedara gratis, aunque Slava no se acordaba del motivo exacto o, más probablemente, era demasiado joven para entender estas maquinaciones, aunque era lo bastante mayor como para saber que los visones no eran gratis, y miraba a su abuelo desde abajo con admiración. Así era su abuelo. Arianna reiteró sus ganas de conocerlo. La gente siempre quería conocer al abuelo cuando les hablabas de él, comentó Slava.

Aquí había uzbekos, aquí tayikos, aquí georgianos, aquí moldavos. En este lugar podías hacerte la manicura y la pedicura por solo diez dólares (con esa información consiguió que Arianna enarcara las cejas). Estaban observando una fila de mujeres con un peinado idéntico lleno de laca que trabajaban en los sillones de un salón de belleza cuando Slava se detuvo en seco. Sin proponérselo, había llevado a Arianna a un vecindario donde había falsificado al menos media docena de cartas. Menudo *amateur*. Su corazoncito estaba herido; quería enseñarle a ella algo que solo él conociera y había cedido al impulso. ¿Cómo? ¿Que si había heredado el alma fraudulenta del abuelo? Slava era el dedo meñique de la mano de su abuelo, nada más.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Arianna.

—Solo quería enseñarte esto —repuso rápidamente—. Ya nos podemos ir. —Se maldijo una segunda vez. Se batía en retirada tan torpemente como había llegado.

—¿Qué? —exclamó ella—. Si acabamos de llegar. Quiero un té caliente al estilo uzbeko. Llévame, por favor.

Mientras caminaban por el paseo marítimo, trató de trazar un mapa con las casas que convenía evitar y escuchó a medias los comentarios de Arianna sobre el lugar. Donde él veía desesperación y malvivir, ella no veía más que otro número en el gran circo étnico que era Nueva York. Cuando pasaron por el supermercado, creyó ver a la anciana Anna Kots con un carrito de la compra, pero era una doble. Al llegar al *chaikhana*<sup>[9]</sup>, él le recomendó sentarse en una mesa del fondo, lejos de las ventanas. Arianna argumentó que hacía menos calor junto a las ventanas; estaban abiertas y se divisaba el mar reluciente lanzando destellos azules más allá de la playa.

—Creí que querías calor, como los uzbekos —protestó él, y ella obedeció.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó cuando se sentaron.

—Nada, nada —reiteró él.

—¿Te resulta raro estar aquí?

La llegada de una camarera ataviada con la tradicional gorra *duppi* le salvó. Le salía un pinganillo de la oreja.

—¿Trabajas para el FBI? —bromeó él en ruso. Ella se echó a reír: así se comunicaban los camareros con la cocina. Arianna esperaba una traducción, pero esta no llegó. No obstante, le pidieron que eligiese el té. Al darse cuenta de que a Slava lo acompañaba una americana, la camarera se comportó con más formalidad. Cuando regresó, dejó la bandeja en la mesa y sostuvo en alto cada elemento.

—Aquí *kuk-choi*, té verde, por favor... Aquí cucharas, por favor. —Sostuvo en

alto dos *duppi*: ¿querían ponérselas? Slava dijo que no, Arianna dijo que sí. La camarera se permitió una sonrisa y les dijo—: Yo dejo, vosotros elegir.

—¿Por qué sabe tu abuelo cómo se bebe el té uzbeko? —preguntó Arianna cuando la camarera se marchó.

—Allí es donde estuvo evacuado durante la guerra —contestó Slava con cautela.

—Se rumorea que podrían ampliar la elegibilidad para solicitar las indemnizaciones —comentó ella—. Salía en el periódico. Al final puede que cumpla los requisitos para ser beneficiario.

—Eso esperamos —contestó Slava, el doble de cauteloso.

—No me puedo imaginar cómo sería vivir allí.

—Con su edad te podían alistar a la fuerza. Se meaba encima en plena calle para que los reclutadores creyeran que era subnormal.

—Siempre hablas de él.

—Me has preguntado por él.

—Quiero decir que nunca hablas de tus padres. Y yo no hago más que hablar de los míos.

—De hecho, mi apellido es el de mi abuelo, no el de mi padre —reconoció Slava—. Supongo que ellos tomaban las decisiones. Me gustaría conocer al Águila.

—Sandra también tiene sus encantos.

—Lo cierto es que me gusta más oírte hablar de él.

Ella contempló el agua.

—¿Sabes qué? Llevo siete años en Nueva York y nunca había visto el océano.

—¿Qué tiene que ver eso con lo de antes?

—Siempre que leo *El extranjero* me imagino algo así cuando el protagonista mata al árabe en la playa. El agua es tan azul que es negra. Y el sol tan brillante que todo parece desvaído.

—¿Lo has leído más de una vez?

—Siempre releo los libros. Sobre todo si me obligaron a leerlos en el instituto. Es como un aparato de medida. Esto pensaba con diecisiete años, esto pienso ahora. Antes adoraba *Cien años de soledad*, mierdas chovinistas aparte. Pero el año pasado no me lo pude terminar. La mujer come tierra, la sangre del coronel regresa de la guerra hasta la casa donde nació... Demasiado melodramático. Esa soy yo ahora, no es culpa del libro, lo volveré a intentar dentro de un par de años. Creo que los buenos libros deberían traducirse al menos una vez cada generación. Tengo dos ediciones de *El extranjero*, una de 1948 y otra de 1982, ambas inglesas, y una americana de 1988. Son completamente diferentes. —Tomó un sorbo de té, sujetando la *piala* con ambas manos—. A García Márquez lo criaron sus abuelos. Me acuerdo de él cuando pienso en ti.

Él se echó a reír.

—Estás divagando. ¿Estás nerviosa?

Ella sonrió.



—Puede.

Él le tendió la mano. Ella puso la palma encima. Estaba caliente de sujetar el vaso de té.

—¿Estaría mi abuelo en lo cierto? —se preguntó Slava—. ¿Notas menos calor porque tienes el cuerpo caliente?

—No lo sé —contestó ella—. Vayamos fuera a comprobarlo.

El agua del océano era milagrosamente fresca a pesar de llevar dos meses resistiendo los embates del sol. Se podría nadar hasta octubre, si el astro seguía prodigándose. Arianna soltó un grito cuando el agua le lamió los dedos de los pies. La espuma le subía por las piernas. Por un momento, él se había olvidado de que el barrio era un campo de minas traicionero. Por un instante se sintió libre de toda responsabilidad.

—Huele a pescado —comentó ella.

—No, el pescado huele a mar —precisó él. Se echaron a reír. Ella le tiró espuma. Él se llenó la boca de agua y la persiguió para echársela por la espalda como un surtidor.

Se quedaron dormidos sobre la arena, Slava usó la camiseta enrollada de almohada y ella el pecho de él. Olía el salitre en su rostro entre sueños. Su último pensamiento antes de quedarse dormido fue: cuando estaba con ella era la mejor y la peor versión de sí mismo.

El sol se había escabullido cuando se despertó. Arianna seguía dormida, así que no se atrevió a moverse. La yema solar, a punto de desaparecer, lanzaba un último órdago de rosas, violetas y dorados, un ocaso que ese día de calor pegajoso no se merecía. Se acordó haber leído en uno de sus periódicos que las puestas de sol de postal estaban causadas en realidad por exceso de sustancias tóxicas en el aire. Igual que las cenizas humanas podían engendrar hermosos tomates de más de dos kilos. Igual que Yevgeny Gelman, Israel Abramson y Lazar Rudinsky engendrarían, al cabo del siglo, a una Arianna Bock. Entremedias se cosechaban pérdidas y fracasos.

Cuando ella se despertó, caminaron hasta la orilla, los márgenes del océano eran todo suyos, salvo por una pareja que se estaba dando el lote junto a un puesto de salvavidas. La tarde había adquirido un resplandor violáceo. Una farola solitaria los reclamaba desde el paseo marítimo. La arena bajo sus pies se había enfriado rápidamente, pero, si hundías en ella los pies, seguía estando caliente por debajo.

—Tú naciste allí —declaró ella, señalando hacia la penumbra.

—El océano me asusta cuando está a oscuras —confesó él.

—A mí también —confesó ella.

Le tomó de la mano y se internaron de puntillas en las frías aguas negras. Slava llevaba años contemplando el río desde el límite de su barrio, pero esta era la primera vez que pisaba el agua que rodeaba Nueva York por los cuatro costados. Si lo pensabas, el agua tenía tanta presencia como en Venecia o en Ámsterdam, pero aquí, esa barrera natural había sido relegada a un segundo plano. Cuando uno pensaba en

Nueva York no pensaba en una ciudad marítima. ¿Qué pasaría si subiera el nivel del agua, como aseguraban los científicos de vez en cuando? ¿Qué se hundiría antes? ¿Qué sería barrido por la corriente y qué lo reemplazaría? La idea de una ciudad diferente, una ciudad a la que pudiera contribuir, lo entusiasmó y le otorgó la valentía para adentrarse en el océano impenetrable.

## Capítulo 15

Lunes, 28 de agosto de 2006

El lunes apareció un artículo en el *Times* sobre una demanda judicial contra el Gobierno alemán interpuesta por un grupo que se hacía llamar Defensores de la Justicia Histórica. Los demandantes, representados por un abogado australiano que respondía al nombre —seguramente inventado— de Howard Settledecker, habían llevado a cabo «un llamamiento a los responsables de la gestión de las indemnizaciones para el Holocausto con el propósito de que revisaran los criterios de elegibilidad e incluyeran a aquellos supervivientes del frente del Este que nunca fueron recluidos en guetos ni en campos de concentración, pero que sufrieron igualmente las consecuencias de la invasión alemana».

Beau lucía tirantes y una camisa rosa. La marca de planchado en las mangas cortaba el aire. Los ojos le resplandecían después de un fin de semana de descanso, deporte y diversiones varias. Saludó a todo el mundo y encajó los pulgares bajo los tirantes.

—El número de otoño para este viernes —comenzó—. Quizá se retrase el tema de portada. Gruber todavía está en ello. Pero tiene que estar cerrado para el viernes. ¿Le parece bien a todo el mundo?

Todos asintieron.

—En el *Times* de hoy aparece un artículo sobre las indemnizaciones del Holocausto —continuó Beau—. ¿Alguien lo ha leído? Ya sabéis qué opino de que el *Times* se nos adelante, podríamos ignorarlo sin más. Pero, por si acaso, esta tarde habrá una rueda de prensa en el Museo Judío. ¡Howard Settledecker! ¡Menuda sorpresa! Señor Grayson, ¿cuándo fue publicado el perfil de este caballero que escribí yo?

—Lo comprobaré, señor Reasons —aseguró el señor Grayson—. En mil novecientos noventa y siete, me parece.

—¿Quién quiere ir? —preguntó Beau—. Quiero dos plumas.

Se levantó una mano familiar, con la manga de la chaqueta remangada hasta el codo.

—Peter —alabó Beau—, excelente. ¿Quién más?

No hubo respuesta por parte de los cubículos. Slava tenía la cabeza puesta en la reunión con Otto, trataba de imaginarse cómo enfocarla.

—¿Qué me decís de una revancha? —propuso Beau—. Señor Gelman, ¿nos hace el honor? Veamos en qué termina nuestro pequeño experimento.

Slava levantó la vista, sobresaltado. Notó que Arianna le clavaba los ojos en la sien. No entendía qué mensaje le estaba transmitiendo mediante telepatía. ¿Hazlo? ¿No lo hagas?

—¿Señor Gelman? —insistió Beau—. ¿Hace falta rogarle que acepte un encargo de *Century*?

El grupo se revolvió, inquieto.

Slava no respondía.

—Lo tomaré como un sí —concluyó Beau.

—¿Quieres que vayamos juntos? —propuso Peter—. ¿Compartimos un taxi?

Bajaron a la velocidad de la luz en el ascensor de cristal. En la calle, Peter se aproximó al bordillo y levantó el brazo.

—Hay un sistema para encontrar taxi más rápido —le explicó, una vez en el vehículo—. Buscas el edificio más grande de la calle y te adelantas a él. A mucha gente no se le ocurre. Se paran delante de su edificio y esperan sin más.

—¿En el edificio con más gente no se vacían también más taxis? —disintió Slava.

Peter se rascó los pelillos que le salían de la barbilla y admitió que Slava tenía razón.

Continuaron en silencio. Llevaban sin hablar desde la prueba. No es que antes hablaran mucho tampoco, pero ahora la distancia tenía un componente hostil. A la altura de la calle Treinta y Cuatro, Peter se giró hacia Slava.

—¿Podríamos pasar página? —Le tendió la mano—. ¿Crees que podríamos?

Slava asintió y aceptó la mano que el otro le tendía. A pesar de tenerla casi traslúcida, el apretón de Peter era seco y firme.

—Gracias —dijo Peter—. Me alegro.

—Cuéntame cómo lo haces —le preguntó Slava.

Peter lo miró sin entender.

—Te publican cualquier cosa que les das.

Peter echó la cabeza hacia atrás, complacido y exasperado.

—Me publican una de cada diez cosas que les doy.

—¿Y qué hace falta?

—¿Qué más da? —protestó Peter—. Si ni siquiera te gusta lo que escribo.

Slava, obligado a enfrentarse a la verdad, no contestó.

—Es una cuestión de estilo —puntualizó Peter—. Y no es tu estilo.

—Yo quiero que sea mi estilo —manifestó Slava.

—No quieres —lo contradujo Peter—. Si quisieras, lo sería.

A pesar del calor sofocante, la rueda de prensa se celebraba en el exterior. Slava no entendía por qué *Settledecker* había dejado pasar la oportunidad de dejarse fotografiar en el interior, junto a los vagones para ganado y las pilas de zapatos anunciadas en los carteles que bordeaban el camino de acceso al museo. Slava había leído en diagonal el artículo del *Times* antes de marcharse con Peter: *Settledecker* era australiano (y dueño de una cuarta parte de una región escasamente poblada del interior del país), y era el «cerebro sin escrúpulos que se ocultaba tras las campañas

de propaganda que se habían materializado en forma de resoluciones de Naciones Unidas, devoluciones de obras de arte requisadas y despidos en la universidad». Resentido, Slava se había negado a leer el artículo de Beau.

En un amplio estrado gris, Settledecker gesticulaba con sus largos brazos y se rascaba la barba. Iba vestido con un traje de tres piezas que le quedaba fatal. Le asomaban los tobillos cuando hacía un aspaviento especialmente vehemente.

—¿Por qué va vestido así? —advirtió Peter—. Parece un sastre sacado de un *shtetl*<sup>[10]</sup>.

Pronunció la palabra con esmero, como si la hubiera aprendido esa misma mañana leyendo la *Enciclopedia de la historia judía* en la biblioteca de los verificadores de datos.

Peter tenía buena intuición. Sin saberlo, estaba en lo cierto. El chaleco, la camisa a rayas, la fastidiosa barba deliberadamente desaliñada: sutilmente, Settledecker estaba evocando la imagen del judío pobre.

Junto al estrado habían instalado tres filas de sillas plegables negras donde se sentaba un nutrido grupo de pensionistas que pugnaban por no despeinarse con el viento sofocante del río Hudson. Los reconocías por las chaquetas baratas que les protegían de los bandazos de la brisa, por los dientes de oro que resplandecían bajo el sol de justicia, por las caras aturdidas... *Nashi*. Todos rusos.

Atónito, Slava anotó la siguiente observación en su cuaderno: bajo las chaquetas, llevaban uniformes de presos. Uniformes de presos a rayas. Podrían haber salido de una tienda de disfraces. Se habían bordado números en el pecho y se habían pegado con velcro unas estrellas amarillas. Algunos de los más viejos, preocupados por que no se vieran bien y no causaran el mismo impacto, intentaban, sin éxito, pegar las estrellas en las chaquetas.

Todos estaban comiendo: paquetes de galletas, bocadillos de queso, yogur. Junto a los asientos había una larga mesa cubierta por manteles blancos con bandejas de sándwiches y botellas de agua, lista para el ágape poscoital. El público se giraba de vez en cuando para asegurarse de que nadie se abalanzaba sobre la comida antes de tiempo. Al borde del césped, algunos jubilados tostados por el sol de Florida se detenían para grabar con sus videocámaras a aquellos coetáneos peor conservados.

—¿Por qué habrán puesto a todos estos viejos aquí con el calor que hace? —le preguntó Slava a Peter.

—¿Crees que podrían haber organizado la rueda de prensa en el interior? —replicó Peter, garabateando con precisión en su cuaderno—. Voy a dar una vuelta. —Y señaló las sillas con la cabeza.

Dos chicas estaban intentando pegar una pancarta que decía «Vivos en el recuerdo» en una valla tras el estrado. El viento la zarandeaba. Settledecker les gritó desde la tribuna, en medio de un subir y bajar de rizos. Al final, lo dejó y comenzó a darles instrucciones a los cámaras, que se desplegaban como insectos. Le indicó mediante gritos a una asistente que pusiera un peso encima de las torres de servilletas

de las mesas para que no se volaran.

Peter se había inclinado sobre un pensionista con cara de tortuga.

—¡Mira a ese *kikele*! —gritaba el viejo, señalando con una gorra marinera a Settledecker—. Ay, ay, ay. Hay que ver lo lejos que puede llegar un judío en este país.

Peter miró a Slava y sonrió sin entender, señalando con el boli a Caratortuga. Los Devicki, nobles polacos, habían consumido jabalíes y madera rusa, pero no se habían molestado en aprender el idioma. Peter se esforzaba por extraer de rincones recónditos de su cerebro largamente ignorados alguna palabra que usaran la abuela o el abuelo que compartiera una remota semejanza con el ruso. ¿De qué zona de Polonia procedían los ancestros de Peter? Slava tendría que preguntárselo. Hasta 1939, Minsk había estado situada en la frontera occidental de la Unión Soviética, por lo que los pueblos al oeste de la ciudad pertenecían a territorio polaco. De no haberse interpuesto la transliteración y la historia, Peter y él podrían haber sido compatriotas. Peter podría haber sido el gemelo eslavo de Slava.

Slava se disponía a acudir en su ayuda cuando una de las asistentes de Settledecker apareció ante ellos. Llevaba una blusa negra que daba calor con solo mirarla y se arrodilló frente al anciano. Se diría que Settledecker solo se rodeaba de mujeres. Peter le dijo algo a la chica y luego se giró hacia Slava con el pulgar en alto.

Finalmente todo estuvo listo: los mayores sentados, las asistentes en fila tras Settledecker, los cámaras mirando a través de sus visores. Settledecker se rascó la barba y se aproximó al micrófono bamboleando su modesta panza. Con cautela, le dio unos golpecitos al micro, como si fuera el primero que hubiera visto en su vida.

—Damas y caballeros —comenzó. Repasó las filas de sillas plegables—. Supervivientes —asintió. Se volvió hacia las cámaras y miró al infinito sin mediar una palabra. De repente el silencio era demasiado abrumador. Settledecker tosió. Luego volvió a girarse hacia las sillas. Los pensionistas estaban inmóviles. Settledecker puso los ojos en blanco y, girándose a medias, le siseó algo a una de las chicas tras él. Una de las asistentes bajó los escalones del estrado corriendo y le susurró algo a la mujer sentada en la esquina de la primera fila. *Oi-oi-oi*. La mujer se dio una palmada en la frente y le tiró de la chaqueta de nailon a la mujer sentada al lado. «*Poshli, Roza, my idyom!*». «Vamos, Roza, ¡en marcha!».

Toda la primera fila la siguió diligentemente. Luego la segunda, tras esperar con paciencia a que la primera se hubiera vaciado. Settledecker asentía desde la tribuna. La mujer en la cabecera, ayudada por la asistente, comenzó a subir al estrado. Roza y el resto la siguieron. Iban a desfilar como fantasmas tras Settledecker mientras él daba su discurso.

—Damas y caba... —Settledecker comenzó de nuevo, pero el pitido de un remolcador del Hudson lo interrumpió. Él abrió los brazos al cielo—. Comenzaremos, por supuesto, solo cuando Dios quiera. —Risitas del público—. Damas y caballeros —repitió. Se volvió un poco de nuevo—. Supervivientes. — Señaló a las cámaras—. Sí, los llamo supervivientes. Porque es lo que son. Voy a

plantearles una pregunta. A cualquiera de ustedes. Usted, caballero. —Seleccionó un cámara—. Imagine que su país (nuestro país) es invadido. Imagine que nuestros conquistadores (no se equivoque, eso es lo que son), que nuestros conquistadores no sienten demasiada simpatía por los americanos, pero a quienes realmente detestan son a los neoyorkinos. Oh, los odian a más no poder. Es difícil de imaginar, ¿verdad? —Otra ronda de risas—. El resto de América es más o menos autónoma, pero los habitantes de Nueva York son reclusos en campos de concentración. —Settledecker levantó la mano y comenzó a enumerar con los dedos—. Hambre. Enfermedades. Exterminio. Cámaras de gas. Entienden dónde quiero ir a parar. Caballero, ¿de dónde es usted?

El cámara al que Settledecker había señalado retiró la cara del visor.

—¡Del Bronx! —gritó en dirección al escenario.

—¡Del Bronx! —repitió Settledecker. Mientras, los prisioneros desfilaban tras él, con un gesto afligido de lo más profesional, sus cuerpos cansados y achacosos. No entendían ni una palabra de lo que se estaba diciendo. Alguien les había asegurado que si hacían esto podrían conseguir dinero. Ya habían empezado a echar cuentas mentalmente para saber lo que podrían comprar con esos euros. Un coche nuevo para el yerno. Una limusina para ganarse la vida. Lo bastante para ayudar a dar la entrada para una vivienda, porque los hijos de todos sus conocidos ya tenían casa propia. Si hacía falta, se arrastrarían por el estrado para conseguir la pasta.

—El Bronx es un campo de concentración, amigo mío —prosiguió Settledecker—. Su familia... ¿Tiene familia, caballero?

—¡Dos niños! —gritó el cámara. Se diría que aquella dinámica lo aburría.

—Dos niños —repitió Settledecker—. Y una mujer que los trajo al mundo, supongo. —Se detuvo de nuevo a esperar alguna que otra risa—. Bueno, imagínese que están en el campo de concentración del Bronx. Y una última pregunta, caballero, se lo prometo, ¿cuál es su nombre?

—Joseph Rumana —contestó el cámara—. Júnior. ¿Quiere saber lo que vamos a cenar también?

Los otros cámaras se echaron a reír. Settledecker sonrió ante el micrófono con indulgencia.

—Muchas gracias, caballero.

El cámara apuntó a Settledecker con el índice y apretó un gatillo imaginario. Era un infiltrado.

—Los Rumana están encerrados en el campo. Pero el señor Rumana, amantísimo padre y esposo, encuentra la forma de sacar a su familia, aunque él tendrá que permanecer solo en el campo. Su mujer y sus hijos se pasan los cuatro años siguientes vagando por el país, viviendo de sobras, repeliendo ataques, sufriendo las peores vejaciones. ¿Saben por qué? Porque las gentes de Utah y Texas han empezado a decir: «Que los invasores se queden con Nueva York. Así nos dejarán en paz». La guerra dura tanto tiempo que los chicos del señor Rumana se hacen lo bastante

mayores como para alistarse en el Ejército de los Estados Unidos. Combaten en las trincheras. La señora Rumana trabaja en turnos de veinticuatro horas en una fábrica de municiones.

»Y así pasan los años, damas y caballeros —continuó Settledecker—. Años. Todo termina. Antes vivían ocho millones de personas en Nueva York. Ahora solo dos. Imaginen esta ciudad solo con dos millones de habitantes. Lo sé, lo sé, habría espacio de sobra para pasear. Pero hablo en serio. Milagrosamente, el señor Rumana ha sobrevivido. Pesa un tercio de lo que solía pesar, padece enfermedades que la ciencia aún no conoce, ha visto cosas que ninguno de nosotros podría imaginar. Pero está vivo. Durante décadas, el señor Rumana tiene que manifestarse contra el Gobierno alemán para que pongan precio a su sufrimiento. ¿Es algo que puede medirse con cifras? No nos corresponde a nosotros responder. —Settledecker apuntó al cielo con el índice. Ahora que había entrado en calor, se balanceaba como un predicador—. Pero hay una cosa que sí podemos preguntarnos: las indemnizaciones alemanas solo cubren al señor Rumana. Así es; con lo que han tenido que padecer su mujer y sus hijos, todo porque los alemanes invadieron Nueva York, y no verán ni un solo centavo. ¡Y eso sucede sesenta años después! ¡La señora Rumana tiene ochenta y siete años! Le quedan pocos días en este mundo. Padece gota, artritis, glaucoma. A consecuencia de pasarse un día tras otro trabajando a oscuras, rellenando casquillos. Pero ¡no! El generoso Gobierno alemán cubre solo a aquellos (cito de los documentos oficiales) “coaccionados a ingresar en guetos, campos de concentración y batallones de trabajos forzados”. ¡Qué infamia, damas y caballeros! —Las palabras de Settledecker eran atronadoras, le temblaban las mejillas—. ¡Qué infamia! —aulló. Y, por un momento, fue fácil imaginar que su discurso no tenía guion. Parpadeó varias veces, mientras sus palabras aún resonaban. Los supervivientes habían dejado de desfilarse tras él. Remoloneaban junto al estrado, sin saber qué hacer.

»Pero ¿por qué recurrir a la ficción? —planteó en voz baja Settledecker, transportado por su llamamiento atormentado—. ¿Por qué no oímos los hechos por boca de los propios supervivientes? Entonces podrán decidir por ustedes mismos. No volverán a saber nada de mí. Decidan. Decidan si quieren enviarle una petición a su congresista, a su senador. La elección está en sus manos. Nadie más puede ayudar a estas personas, solo quedan sus palabras. Pero ¿quién alzaré la voz cuando vengan a por mí? Sí, por favor.

Settledecker, con ojos llameantes, se giró hacia el grupo de ancianos y le hizo un gesto a la mujer que estaba sentada en la esquina de la primera fila. La mujer era una tarta compuesta de pisos concéntricos de grasa que empezaban en el rostro y terminaban en la cintura. Pero llevaba las uñas aseadas y bien recortadas y unos gruesos pendientes de ámbar. Ladeó la cabeza débilmente.

—Sí, sí —le confirmó Settledecker, asintiendo—. Venga, por favor.

El orador bajó el micrófono. La tarta se encogió de hombros y se separó del grupo. Subió los escalones de la tribuna con la respiración entrecortada, mientras



Settledecker la tomaba del codo. El viento le había soltado algunos cabellos dorados. Flotaban alrededor de su cara como serpentinas, tan rubios que resultaba fácil imaginarla de joven. En 1941, esta mujer, igual que la abuela, debió creer que el mundo tocaba a su fin. Sus vidas no merecían caer en el olvido. Después de la guerra, la abuela fingiría estar de acuerdo con sus vecinos: el abuelo no era un pretendiente adecuado, era un sinvergüenza. Pero ella había perdido a sus padres y a sus abuelos y, en su cabeza, el abuelo era como una roca donde todos los males se estrellarían.

¿El abuelo se lo había contado a Slava o Slava se lo había inventado?

El padre de Slava, cuando empezó a cortejar a su madre, tampoco era el adecuado, esta vez por el motivo contrario. Era tímido y se escondía detrás de su mujer. Madre fingía estar de acuerdo con sus padres pero, en su cabeza, era un respiro frente a los dictados del abuelo-roca.

¿Qué lugar ocupaba Slava en esta secuencia? Su futura mujer, ¿les mentiría a sus padres sobre la clase de hombre que era su futuro marido? Según el modelo histórico, supuestamente le tocaba repetir el papel del abuelo, el de roca.

En la tribuna, la mujer que, a diferencia de Settledecker, era una auténtica novata tecnológica, pegó los labios al micrófono.

—Disculpa, por fafor —dijo ella—. Hablo no idioma.

La mujer miró a Settledecker. En la cara de este se leía un rictus de exasperación y rabia. Se giró y parpadeó ante la multitud. Por fin, encontró a la persona que necesitaba. Comenzó a chasquear los dedos.

La chica que había acudido al rescate de Devicki con Caratortuga comenzó a abrirse paso entre la multitud. Slava solo le veía media cara, que brillaba al sol por efecto del maquillaje. De perfil parecía una muñeca pintada, su culo en forma de pera se balanceaba embutido en la falda. Subió las escaleras y se giró para mirar a la multitud. Solo entonces Slava le vio bien la cara.

—Hola a todos —saludó—. Me llamo Vera. Yo traduciré. —Luego se giró hacia la anciana y le susurró en ruso—: Habla.

Los ancianos llenaban los bolsos con mitades de sándwich de pavo colocadas en diagonal. Trabajaban con una exactitud marcial, sin apenas mediar palabra. *Sima, syuda. Dai sumku. Net, te bez myasa* (Sima, ven aquí. Dame tu bolso. No, déjalo, esos no llevan carne). El marido quitaba las piedras que sujetaban las servilletas, la mujer separaba dos de ellas, el marido depositaba el sándwich en medio. Los que no tenían cónyuge trabajaban con amigos, vecinos, nuevos colaboradores.

—Así que esta es tu cuenta rusoamericana —le dijo Slava cuando Vera concluyó una serie de entrevistas junto a Settledecker.

—La misma —dijo ella, asintiendo—. Pensé que quizá vendrías.

—¿Por qué no me contaste nada? —le reprochó Slava.

—No es para tanto —repuso ella—. No es como lo que tú haces.

Él se dio la vuelta y contó las cámaras de televisión. Ella se encogió de hombros.

—Hace tanto calor —se quejó él—. ¿Por qué lo habéis montado fuera?

—Lo hemos intentado. Al museo no le gustó el truco de los presos. Querían colaborar, sí, pero dijeron que solo fuera. El trato fue hacerlo en el jardín. Extraoficialmente, ¿vale?

—Eso hay que decirlo antes —trató de bromear Slava.

—Tú eres el experto. —Ella se encogió de hombros.

—Todo esto ha sido idea tuya, no de él, ¿verdad? —inquirió Slava. Ella asintió—. Eres buena —se admiró Slava.

—¿Te sorprende? —replicó ella. Se tiró de la blusa con fastidio. Era demasiado gruesa para el tiempo que hacía, pero le resaltaba el pecho; era probable que Settledecker la hubiera obligado a ponérsela. Después de la ceremonia, las cámaras entrevistaron a Vera durante diez minutos mientras Settledecker echaba humo junto al estrado. Aunque quería ser el centro de atención, sabía que beneficiaría a sus intereses que la dejara sola frente a las cámaras.

—Slava, ¿por qué haces lo que haces? —le preguntó ella.

Slava agachó la cabeza.

—Ya no lo sé. De verdad.

—Entonces quizá no lo sabes todo —le regañó ella—. A veces puedes ser un melón. Mucho jugo y mucha agua. Sabes que podías haberme preguntado en casa por los recortes con los disfraces de Halloween. Pero no te interesaba. Te gusta menospreciarnos. Para que lo sepas, Slava, no me importa. Pero ¿ellos? Ellos son viejos, Slava. Están en un lugar que no comprenden.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —replicó él.

—Yo quiero que encuentren consuelo.

—Tú, tú —comentó con irritación—. No ellos.

—No sé qué quieres que te diga.

Slava apartó la vista. La mujer que antes llamaba a Sima gritó para preguntar si Sima había encontrado la tarta. Sima replicó que sí, que la había encontrado. *Fanechka*, gracias.

El viento le había ganado ese asalto al calor y, como estaban a la sombra, la sensación era agradable. Te podías imaginar que el mundo se había relajado.

—Gano la mitad de dinero que tú —precisó él—. Y quiero alejarme de todo esto. ¿Por qué tus padres quieren que acabemos juntos?

—Para ser alguien que quiere alejarse pasas mucho tiempo en el barrio.

—Es algo temporal.

—¿Estás seguro? —preguntó ella. Observó a los cámaras recoger los equipos—. Antes eras diferente. Creen que es una fase.

—Y tú piensas lo mismo.

—Todavía eres uno de los nuestros, Slava. Un tú raro es mejor que un americano. A ti por lo menos te entienden.

—¿Sabes lo que creo? —aventuró él—. Tú no quieres nada de esto. Son ellos los que lo quieren.

Ella le acarició la mejilla.

—Tú hablas y hablas —dijo ella—. Contigo es todo tan complicado. Te veré mañana.

—¿Qué pasa mañana? —quiso saber él.

—En casa de tu abuelo —explicó ella—. Van a reunirse todos. El plazo de solicitud acaba al día siguiente.

—Sé cuándo acaba el plazo. Nadie me ha dicho nada.

—Se les ocurrió la semana pasada en nuestra casa. ¿Tu abuelo no te lo ha contado? Creo que le da un poco de miedo llamarte. Pero puedes darte por invitado. Tú eres el autor.

—¿Mi abuelo ha invitado a gente a su casa? —se extrañó Slava. Ella debía de estar confundida.

—Es una idea bonita —opinó ella—. Una buena excusa para pasar tiempo juntos. Nuestros mayores están muy solos.

¿Su abuelo había invitado a los Katznelson, los Kogan y los Rubinshtein? ¿Él, que había tenido que soportar sus agravios durante todos estos años a base de orgullo? Claro que, seis semanas atrás, una llamada de un investigador de la Conferencia de Demandantes también habría sonado a disparate.

Slava miró en dirección a Peter, que merodeaba entre los ancianos, comunicándose con frases sueltas, medio en yidis, medio en inglés. Slava no iba a molestarse en entregar su artículo. Peter escribiría un artículo jugoso, pero él contaría lo que había pasado en realidad: las intenciones ocultas de los supervivientes, sus declaraciones. Para aquellos viejos era mucho mejor que Peter Devicki entregara su artículo. El suyo sería poco probable que viera la luz.

Se volvió hacia Vera. Por supuesto que iría.

## Capítulo 16

Otto Barber tenía el pelo revuelto, como un profesor loco, y unos largos mechones grises tremolaban bajo el ventilador que zumbaba sobre la barra. Alrededor de Otto, la gente joven bebía jarras de cerveza de un litro, pero el alemán había pedido la suya al estilo europeo, un tercio. Levantó el vaso y apenas se mojó los labios. Slava lo observaba desde la puerta y le vino a la mente un paseo que había dado con su padre en Italia. Después de deambular de un lado a otro, se habían detenido, Slava no sabía muy bien por qué, en el escaparate de una cafetería como otra cualquiera. En esta había un único cliente que se aproximó furtivamente a la barra de cobre. Era la hora del almuerzo y el hombre vestía un uniforme de cartero. Pidió un zumo; el padre de Slava, que tenía peor vista y peor italiano, le preguntó a su hijo de qué sabor era, y Slava contestó orgulloso, tras leer la etiqueta, que era pera, *grusha*. El camarero sacó una botella rechoncha de una nevera y cogió una copa baja de un estante. Luego depositó una servilletita cuadrada sobre la barra y puso encima la copa. Después sirvió la botella de zumo. Los dos hombres continuaron hablando mientras el camarero servía. Estuvo sirviendo el zumo por lo menos durante un minuto. Las últimas gotas se deslizaron por el cuello de la botella con una lentitud exasperante. Finalmente, la botella quedó vacía y la copa llena hasta el borde. Los dos hombres hablaron otro minuto antes de que el cartero extendiera la mano para alcanzar la bebida, como si no tuviera demasiada sed. Después tomó un sorbo, el zumo apenas si le rozó los labios, mientras el camarero desaparecía y dejaba al cartero solo en la barra. Abrió un periódico y, tanto Slava como su padre creyeron oír el crujido del papel doblado antes de que el periódico aterrizase junto al zumo. El padre de Slava se quedó mirando a su hijo y sonrió con resignación.

—¡Señor Gelman! —oyó Slava por encima del ruido del bar. Otto acudió a su encuentro con la avidez de un naufrago—. Entonces, es usted —apuntó con orgullo al llegar donde Slava.

—Puede llamarme Slava —dijo Slava.

—Mi asistente me ha contado que es un nombre con un gran significado —comentó Otto. Le estrechó la mano e incluso efectuó una ligera inclinación—. Ella también es emigrante soviética —se apresuró a explicar—. Lyudmila. Por favor, señor Gelman (Slava, perdón), no nos quedemos aquí parados como monigotes.

Señaló el fondo de la barra, donde el camarero estaba cubriendo la cerveza de Otto con un posavasos.

—¿Qué brebaje tomas? —le preguntó mientras se acomodaba en su silla—. ¿Lo he dicho bien? Como prometí, invito yo.

Slava miró al camarero, pero este estaba experimentando con la espuma de una Boddington y no tenía ningún interés en su conversación. Para no demorar el asunto, Slava le pidió una Boddington pero, con los nervios, le dio un codazo y la tiró sobre la barra. Cuando levantó la vista como pidiendo perdón, el camarero se encogió de

hombros.

—Por mí practicaría la Boddie perfecta hasta el fin de los tiempos —aseguró—. Pero me tienes que pagar la consumición igualmente.

—Yo pagaré —gritó Otto. El camarero secó la cerveza derramada con un trapo sucio y miró a la extraña pareja que tenía delante. Otto le pidió que se retirara con un gesto—. Señor Gelman, le voy a contar una historia —reveló—. Una vez, mi padre y yo quedamos a tomar el té. Yo acababa de terminar la universidad y aún no sabía cómo orientar mi vida. Todos los hombres de veintidós años tienen el mismo problema, pero en nuestro país, con un padre como el mío... Ya me comprende. Era un hombre serio, estricto, pero en un sentido positivo, y creía que eso de vagar sin rumbo era una estupidez. Mejor dedicarse a poner el mismo tornillo en una fábrica de coches una y otra vez, aunque no fuera un gran admirador de esas cosas, que vagabundear por las calles, tomar café y pensar en... ¿qué?

»El caso es que nos citamos para tomar el té. ¡Yo llevaba unas deportivas amarillas! Eran los setenta y yo me tenía por una persona atrevida, pero ¡era absurdo quedar con tu padre para discutir la dirección de tu vida calzado con zapatillas amarillas! —Otto dio una palmada sobre la barra, encantado con su candidez.

»Yo estaba tan nervioso, ¿sabe? La camarera nos trajo dos bonitas teteras y, ¿qué hice yo? Me la tiré entera encima. Encima de mis deportivas amarillas, encima de los vaqueros, de manera que parecía que (perdone la expresión) me lo había hecho encima. —Otto emitió un eructo cervecero y se disculpó.

»Creo que mi padre tuvo que contenerse para no agitar la cabeza con desaprobación. Me disculpé y fui al baño para asearme. Y, mientras tanto, la camarera había traído una nueva tetera... gratis, todo hay que decirlo, señor camarero, ¡ja, ja! No, estoy de broma, no pasa nada. Y ¿qué sucedió entonces, señor Gelman? ¿Qué se imagina? —A Otto le chispeaban los ojos anticipando la respuesta.

—¿Se derramó el té encima otra vez? —sugirió Slava con seriedad.

—¡Exacto! —gritó Otto—. Tristemente así fue. ¿Lo ve? Usted es un narrador. Sabe cómo termina la historia. ¡Pero lo cierto es que no termina así! —Lo apuntó agitando el dedo—. Mi padre se levantó de la mesa y yo pensé: se va a marchar indignado. Yo veía que la camarera se desternillaba detrás de la barra. Pero me tomó de los hombros. Y me dijo: *Ich bin fertig aber dir gehört die Welt. Sei dir selbst treu.* —Otto sonrió a Slava como si ambos hablaran el mismo idioma. Por fin, se rindió y lo tradujo—: «Soy un hombre acabado, a ti te espera el mundo. Sé fiel a tu extraña manera de ser». Era una cita literaria. ¿Pensaba yo que mi padre había leído en toda su vida? ¡No! —Otto apartó la vista y recitó—: «Soy un hombre acabado, pero usted es otro cantar; a usted la vida se la ha preparado Dios. Hágase un sol y todos lo verán. El sol, ante todo, tiene que ser sol».

Se giró hacia Slava. Con sorpresa, Slava se dio cuenta de que Otto esperaba una valoración de su relato. Slava murmuró un cumplido. Otto asintió con modestia.

—Señor Gelman, me encuentro, ¿cómo se dice? —Otto simuló que tenía las

manos atadas—. Pero, cuando cumpla los sesenta y cinco años, seré libre. Con una hermosa pensión. No le he confesado esto ni siquiera a mi mujer, pero se lo contaré a usted: llevo un libro en mi interior. Quizá usted pueda darme algún consejo. ¿No es la tarea más difícil de todas? ¿Organizar los pensamientos que tenemos en nuestro interior, detener ese flujo solo por un segundo? —Agitó la cabeza trágicamente.

—Me temo que no puedo ayudarlo si no tengo ni idea de lo que está pasando —terció Slava, tratando que sonara con naturalidad la frase que había practicado tantas veces. Lo que quería saber era qué hacía ahí sentado si no lo acusaban de nada, y cómo Otto había averiguado tantas cosas sobre él, pero no podía preguntárselo. Se aconsejó tener paciencia.

—Patético —se lamentó Otto, agitando la cabeza—. Preferiría hablar con usted de la vida y de los libros por escribir antes de... ¿Quizá sean los nervios? Le confesaré que no me dedico a esto todos los días. —Levantó los manos pidiendo paciencia—. Esto —y enarboló un dedo entre ambos—, no figuraba en la descripción de mi puesto de trabajo. ¿Quiere saber la descripción de mi puesto de trabajo? Pone: «aburrido, aburrido, aburrido; papeleo, papeleo, papeleo». —Se echó a reír—. Entonces, cuando me encontré esto sobre mi escritorio, le confesaré que me sentí entusiasmado. Espero que entienda que no me tomo este tema a la ligera, pero es muy excitante de vez en cuando salir de la rutina y jugar a ser Sherlock Holmes.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Slava. Desde otra mesa, un coro de vítores anunciaba que un valiente se había bebido un litro de un trago.

—¿Yo? —Otto se puso serio y triste—. Intento que el dinero les llegue cuanto antes a los ancianos. A veces se traspapela un documento, o un departamento está de vacaciones y, sin ninguna buena razón, el anciano ruso judío está esperando su dinero aquí en América y pensándose lo peor de los alemanes... otra vez. Yo, a mi manera... —Sus palabras se fueron apagando. Otto tenía un rostro ancho y bondadoso, casi cuadrado, con la mandíbula marcada, y desprendía un cierto aire académico por las gafas de búho caladas sobre una nariz gruesa, de boxeador retirado. En cuestión de superficie, superaba a la típica nariz judía, pero la forma distaba de ser semítica. Las narices judías se ampliaban verticalmente, mientras que las narices arias se ensanchaban hacia los lados.

»La complicación es la siguiente, señor Gelman —continuó Otto casi disculpándose—. Alemania es un país democrático. A veces demasiado. Es una especie de reacción a... a lo que pasó. En cualquier caso, es un país democrático y algunos miembros del Parlamento están en contra de esta ley. No porque sean antisemitas, señor Gelman, no saque conclusiones apresuradas. Solo dicen que, con todos los documentos que los soldados nazis destruyeron y con todos los documentos que las autoridades rusas se niegan a compartir, es imposible encontrar pruebas. Por ese motivo, es como si el programa de indemnizaciones llamase al fraude. Se puede compensar a los supervivientes, pero esta no es la manera.

—¿Y cuál es? —quiso saber Slava.

Otto extendió las manos.

—No lo sé, señor Gelman. No participo en el proceso de diseño de las leyes. Pero me gustaría hacer lo posible para evitar que *herr* Schuler de Niedersachsen diga: «Os lo dije».

—Y esto... —sugirió Slava.

—Esto equivale a un «te lo dije», sí. —Otto asintió—. Porque tengo este informe. Mi obligación profesional es investigar el informe. Si no puedo esclarecer nada, no tengo más remedio que informar a *herr* Schuler, que encabeza el comité en el Parlamento. Y después *herr* Schuler dará una rueda de prensa ante el Reichstag y después quién sabe lo que podría pasar. Probablemente la nueva propuesta para ampliar las condiciones de acceso a las ayudas acabe *kaput*. Por no hablar de las consecuencias legales a las que tendría que enfrentarse el culpable. Pero, si yo pudiera encontrar las falsificaciones por mí mismo... —Otto se clavó un dedo en el pecho—. La cosa sería mucho más simple. Las excluimos. Sería una «cuestión interna», como solemos decir. Haríamos como si nunca hubiera ocurrido. Si el que está haciendo esto confiesa qué solicitudes son falsas, podrá salvar las que sean reales. Él o ella, claro —se apresuró a añadir—. En estos tiempos, hay que ser políticamente correcto con la identidad de los criminales, ¡ja, ja! —Se inclinó hacia delante con aliento cervecero.

»Pero ¿sabe una cosa, señor Gelman? No me importa quién esté haciendo esto. Pero *herr* Schuler es más terco que una mula. Aunque lo que *herr* Schuler ignora, no le puede quitar el sueño a *herr* Schuler.

Slava se rio.

—Entonces, ¿está dispuesto a cometer otro fraude para evitar el fraude original?

—¿Fraude? —Otto se abalanzó hacia delante—. ¿Quién ha dicho que haya habido fraude?

Slava se quedó de piedra.

—Creí que había dicho que... —Estaba cada vez más pálido.

—¡Ja! —Otto se echó a reír y dio una palmada en la barra—. ¡Lo pillé! Le estoy tomando el pelo, ¡ja, ja! —Enterró la cara en el hueco del codo—. Lo siento, señor Gelman —se disculpó, emergiendo—. Esto es muy poco profesional. A veces me dejo llevar por la emoción con la investigación. No, usted tiene razón... Es un pequeño pecado para garantizar una solución más justa, así es.

—Y ¿por qué no paga sin más? —sugirió Slava—. Págueles a todos. ¿Qué más da si son falsas? ¿Y si hay mil falsas? ¿Y si les paga a todos, a todas las personas que están solicitando que se amplíe la elegibilidad, los soldados, los evacuados? ¿Y si les paga a todos y cada uno de ellos? Alemania no entraría en bancarrota y ni siquiera así les compensaría. No hay nada que pueda compensarles.

Otto lo miró con cara de reproche, como si estuviera ante un niño petulante.

—Señor Gelman, ¿sabe quién era mi padre? Era un soldado de la Wehrmacht. Y mi madre era enfermera y atendía a los enfermos heridos. Pero ese no es el motivo de

que me encuentre sentado aquí. No creo que el pecado se herede. Yo nací seis años después de que la guerra terminara. No negaré nada de lo que hizo mi padre durante la guerra, pero tampoco negaré que era un padre maravilloso. Y los soldados del Ejército Rojo, ¿no violaron a una mujer tras otra cuando entraron en Berlín? —Levantó una mano—. Señor Gelman, podemos continuar así hasta el infinito. Ese es el motivo de que exista una ley. Nací seis años después de la guerra, usted no era ni una imagen en la cabeza de sus padres. Sus padres ni siquiera existían entonces. El sufrimiento de sus abuelos le pertenece a usted tanto como a mí los crímenes de mi padre. —Puso las manos en alto—. Sé qué añadirá usted a este discurso: «Mis padres estuvieron a punto de no existir por culpa de gente como su padre». Lo sé. Es un discurso bien ensayado. Vayamos más allá del discurso. Tratemos de ver el problema en su globalidad. Entiendo que no puede hacerse justicia. Entonces, lo único que queda es la ley. Hablamos de personas que necesitan ayuda. Pues ayudémoslas.

—Pero ¿qué es lo que quiere de mí? —insistió Slava.

—Quiero entender qué impulsa a alguien a hacer esto, señor Gelman. Usted acaba de presentarme un argumento moral. Todos lo merecen, eso y más. De acuerdo. ¿Es ese el factor decisivo o hay otros?

—¿Por qué no? —dijo Slava.

—Bueno. —Otto alzó las manos—. No lo sé. Es como si fuera demasiado bonito. Demasiado fácil. El defensor moral.

—¿Usted no es un defensor moral? —le recriminó Slava.

—Agh. —Otto hizo un gesto como desechando la idea—. ¿Qué clase de defensor soy yo? Soy un chupatintas. Me aseguro de que no haya interrupciones, de que todos los papeles acaben donde tienen que acabar. Sí, es mi pequeña contribución, pero la moralidad es una palabra grande. Una palabra en mayúscula. Yo no soy un defensor moral.

—Con las cartas... pasa lo mismo —explicó Slava—. Un pecado pequeño a cambio de una solución más justa.

—No lo sé —admitió Otto—. Quizá. En realidad, el móvil no importa, lo que importa es encontrar las solicitudes falsas. Lo que pasa es que el móvil me provoca curiosidad. Comienzo a investigar esto y... Bueno, es más interesante que «pon este papel aquí, pon este papel allí». Por eso empiezo a pensar.

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó Slava, tentando a la suerte.

—Alguien llamó a la Conferencia.

—¿Quién? —inquirió Slava con indiferencia.

—Sabe que no puedo contárselo. Lo que dijeron fue: «Están falsificando las cartas». No dijeron cuáles. ¿Quién las está falsificando? Tampoco lo dijeron. ¿Por qué ha llamado? «Para hacer justicia». Esta parte no me la creo. Más bien se están desquitando con alguien por algo. Pero ¿significa esto que lo que dicen es mentira? No lo sé. ¿Qué cree usted?

Slava se encogió de hombros.



—No lo sé —contestó precavidamente—. Necesito saber más. —Se enderezó y se lanzó a la piscina—. Además, ¿por qué me ha llamado a mí? Estoy seguro de que hay expertos en la materia.

—¡Y uno puede ponerse en contacto con ellos en un minuto! —exclamó Otto—. En Alemania, para hablar con una persona así, tendría que presentar una solicitud ante el decanato, esperar una semana y luego rellenar otro formulario. ¿Aquí? Se encuentra el número directo del caballero en su página web. «Andrew Morton al habla». ¿Se lo imagina?

A Slava se le detuvo el corazón. Otto lo observaba como un lobo con las fauces abiertas.

—¿Y qué fue lo que él... le explicó...? —tartamudeó Slava, con la piel ardiendo.

—Supongo que era mi día de suerte —reveló Otto—. Porque este caballero me dijo que acababa de recibir una llamada a propósito del mismo tema de un periodista de la revista *Century*, llamado... llamado... Un segundo. —Otto se hurgó frenéticamente en los bolsillos hasta sacar un pósito arrugado—. Peter Devitsky.

—Devicki —lo corrigió Slava, con la cara descompuesta.

—Su colega de *Century* —afirmó Otto.

—No es periodista —rezongó Slava.

—Sí que lo es, señor Gelman —puntualizó Otto—. He buscado su nombre en internet y he encontrado varios artículos. Artículos breves, sí, pero firmados por él.

—¿Cree que él ha tenido algo que ver? —sugirió Slava, tratando de que no le temblara la voz.

—No —dijo Otto, negando la cabeza resueltamente.

Slava no estaba listo para acusar a Devicki de fraude, pero se sentía decepcionado por lo rápido que Otto había desestimado la posibilidad.

—Pensemos en ello juntos —propuso Otto—. Devicki es un apellido polaco. ¿Por qué iba a falsificarles cartas a los rusos un polaco? Ni siquiera pueden comunicarse.

—Los idiomas son parecidos —musitó Slava.

—Algo me dice que usted no es el mejor amigo del señor Devicki. —Otto soltó una risita, analizando la cara descompuesta de Slava—. No, señor Gelman, hay otra razón. Cuando uno lee los artículos del señor Devicki en internet, resulta inmediatamente obvio. No es él. No es ese tipo de escritor.

—¿Por qué no? —gimió Slava.

—Porque no. —Otto miró a Slava con cara de reproche—. Se lo demostraré. —Abrió la hebilla dorada de su maletín y extrajo un sobre blanco. Comenzó a sacar de él las cartas que Slava había escrito. Otto había marcado algunas palabras y frases con gruesos círculos rojos y asteriscos. Empezó a enumerar a gritos los nombres mientras iba arrojando una a una las solicitudes en la barra de madera combada—. ¡Shlomberg! ¡Feinberg! ¡Shpungin! ¡Abramson! —Levantó la vista hacia Slava—. Gelman.

»A veces hace cierta maniobra —explicó Otto—. La verdad es que me quito el

sombrero ante el autor. Mi sombrero está prácticamente por los suelos. La narración comienza con una expresión formal y luego, ¡bum! Luego se convierte en algo muy... No sé cómo se dice. *Umgangssprachlich*. Me encanta esta maniobra. Hace que el relato suene tan... Hace que olvides que estás leyendo una historia.

Slava estaba mudo, encogido en el asiento.

—Coloquial, creo —apuntó Otto—. *Umgangssprachlich* significa «coloquial». En cualquier caso, no es el estilo del señor Devicki.

—Entonces ¿de quién es el estilo? —preguntó Slava con la boca seca.

A Otto le brillaban los ojos de la emoción.

—¿De quién es el estilo? —repitió—. ¡Ja! Usted es un bromista, señor Gelman. ¡Está claro, el estilo es suyo!

Slava hizo acopio de todas sus dotes de mentiroso y se las arregló para reírse en la cara de Otto Barber.

—No tendrían forma de pagarme —replicó él.

—Fue muy astuto, señor Gelman, al hacerse pasar por Peter Devicki —continuó Otto—. Me llevó algún tiempo entender que no se trataba de Peter, que era una simple distracción. Y luego tuve que conseguir el organigrama de los departamentos de *Century*, repasar los miembros más jóvenes de la plantilla y estudiar los perfiles. Ese otro joven, Avi Liss... Es un tipo de lo más confiado. —A Otto se le iluminaron los ojos—. ¿Sabe cómo lo hice, señor Gelman? Llamé a la revista y dije: «Soy del anuario de los medios de comunicación». He aprendido una cosa de las cartas, señor Gelman: hay que incluir un detalle específico, como una pincelada de color. ¿Se habría creído mi historia del té si no hubiera mencionado las deportivas amarillas? A lo que iba, dije que necesitaba el organigrama para nuestro anuario. No sé por qué me derivaron a este encargado de puesta en página... ¿Qué significa eso? Pero le dije de todas maneras que le estaría eternamente agradecido si pudiera enviarme por fax el organigrama. En realidad, fue sencillísimo. —Otto meneó la cabeza otra vez, como si estuviera rememorando una hazaña de guerra. Se giró y, con la emoción, le dio un rodillazo a Slava—. ¿Sabe una cosa, señor Gelman? ¡Aquello era adictivo! Estaba como colocado. Uno cuelga el teléfono y dice: «¡Quiero más!». Quiero mirar a alguien a los ojos y contarle una enorme mentira y hacer que la otra persona asienta con vehemencia porque crea que acabo de decirle la verdad. ¡Eso es tener poder! Es el poder de Dios, señor Gelman. Es algo sublime. ¡Es peligroso! ¡Me convertí en él mientras duró la llamada telefónica! —Se inclinó hacia Slava con gesto de conspirador—. Además, creo que Andrew Morton se acuesta con su asistente.

—Se equivoca —le susurró Slava a su vaso. Sentía náuseas.

—Pobrecillo, le tiembla el labio —observó Otto.

Slava se llevó el dedo a los labios, pero estaban quietos.

—Se equivoca —repitió—. De lo contrario, ¿por qué no ha llamado a la policía?

—¿La policía? —Otto se echó a reír—. ¿Acaso estamos en la televisión? La policía. Quizá también debería llamar a nuestros abogados. No, señor Gelman, no

quiero hablar de cuestiones legales. Los abogados pueden hablar sobre cuestiones legales. Los periódicos pueden hablar sobre cuestiones legales. Nosotros hablaremos de seres humanos.

—¿Por qué no hace la vista gorda sin más? —insistió Slava.

—Porque me precio de hacer bien mi trabajo, señor Gelman. Y además, ¡está mi orgullo de detective principiante! Ahora necesito saberlo. Necesito la satisfacción de sentir que he cazado a mi presa. Usted me ha contagiado este ansia. ¡Soy su creación!

—Entonces exclúyalas todas —propuso Slava—. Todas las que tienen ese... ese... ese... *umgang*...

—Coincido con usted, es un idioma de locos. No, señor Gelman. Aunque haya probado el poder de Dios, no soy un fuera de la ley. No puedo excluirlas todas, ¿y si alguna fuera auténtica? Lo único que tengo son mis conclusiones. Esto no es una dictadura. Necesito pruebas. O pruebas o una confesión.

—Y no tiene ninguna prueba.

—Depende de a qué se refiera con prueba —consideró Otto—. No he encontrado la pistola humeante, pero tengo bastante para llamar a *herr* Schuler.

—A menos que consiga una confesión.

—A menos que consiga una confesión. Entonces podría encargarme del asunto como mejor me parezca. —Otto tomó un trago de cerveza. Su vaso continuaba casi lleno. Echó un vistazo al partido de béisbol en la tele encima de la barra—. Me gustaría entender qué hace el parador en corto —comentó—. Entiendo lo que hacen los bases, entiendo lo que hacen los bateadores. Tocar la bola, soltar el bate y a correr, de acuerdo. Pero ¿qué hace un parador en corto?

—¿A qué viene esta charada? —le espetó Slava—. ¿Por qué no llamar sin más y decir «eres tú»?

—¿Cree que no ha salido bien? —quiso saber Otto, un tanto dolido—. Recuerde, soy un principiante. Pero si le hubiera dicho por teléfono «¡Ajá! ¡Es usted!» o le hubiera pedido que nos viéramos de inmediato, me habría privado de una gran oportunidad. Oh, le estoy desvelando todos mis secretos de novato.

»No, señor Gelman. Si tuviera pruebas reales contra su persona, habría ido directo a por usted. No tengo ninguna prueba salvo un chivatazo anónimo y mis pesquisas, así que nos encontramos ante una cuestión de mala conciencia. ¡Es mejor permitir que aquel con la conciencia intranquila siga suelto, que aumente el peso de la culpa! A menos que usted sea un monstruo, un verdadero psicópata, en cuyo caso daría igual. —Contempló a Slava con coquetería—. Pero usted no es un psicópata, ¿verdad, señor Gelman?

»Además, me gustaría recordarle que he sido bastante impreciso con el asunto de las pruebas, bastante impreciso. Si le dijera que sí, que hay pruebas, no tenemos margen de maniobra. —Con sus manazas, Otto simuló un pez tratando de zafarse de un anzuelo—. Además, para bien o para mal, usted dejaría de preocuparse. Porque el asunto ya no estaría en sus manos. Dicen que en Sebastopol la gente tenía un miedo

terrible a que el enemigo atacase de un momento a otro con todas sus fuerzas y capturasen de golpe la ciudad. Pero cuando vieron que el enemigo prefería un asedio en regla, ¡se alegraron y se tranquilizaron! ¡La cosa podía demorarse dos meses!

Otto bebió un trago de cerveza filosóficamente.

—Aunque usted no lo sepa, le confieso que soy un estudioso de las campañas militares, señor Gelman. Es mi gran afición. Cuando uno visita el barrio de Brooklyn Heights, ¡camina por donde pisó el mismísimo George Washington! ¡Debajo de nuestros pies hay historia! La ciudad de Nueva York, ¡es una guerra, una guerra continua! En Berlín, a las clases bajas les interesa la verdad y la justicia, pero aquí en Nueva York solo les importa el dinero y el poder. A la gente joven no les interesa quedar con los amigos, tomar drogas o rayarle los coches a los ricos, ¡solo les interesa el dinero y el poder, ja, ja! Quieren derrotar a los de arriba con dinero y poder, pero solo para ocupar su lugar. ¡Quieren comerse las chuletas de los de arriba! Es una guerra que emplea otros métodos. No hay rebelión. Lo cual es una rebelión ya de por sí, ¿no le parece?

Slava no decía nada.

Otto se reclinó en su taburete.

—Alardear es de mala educación, señor Gelman, pero, por cómo le tiembla el labio, diría que he conseguido lo que me había propuesto.

Esta vez, Slava se contuvo y no se llevó la mano a la boca.

Otto suspiró.

—Qué lástima que alguien tan prometedor, con tanto talento, se haya visto obligado a trabajar anónimamente. Bueno, los solicitantes que han presentado las cartas lo saben, pero ambos sabemos que no es lo mismo. En realidad, usted quería que lo pillaran, señor Gelman. Dígame la verdad. ¿Las maniobras parecidas, los detalles? —Hurgó en el sobre—. Mire: ¡si son todos de Minsk! Una guardia nocturna por aquí, otra guardia nocturna por allá. Un transportista por aquí, otro transportista por allá. ¿Es que la guerra solo llegó al gueto de Minsk?

Slava lo ignoró.

Otto se encogió de hombros y se giró hacia la barra.

—Entiendo que se sienta tentado a mandarme al cuerno, señor Gelman. Si le entrego sus cartas a *herr* Schuler se convocará una rueda de prensa, la información se filtrará y aparecerá algún fragmento en *Die Zeit*, luego en el *International Herald Tribune*, en el *New York Times*... Estamos hablando de un público de millones de personas. Pero nadie sabrá quién es el autor. ¿Qué le ofrezco yo a cambio? Un lector. No son todos los lectores de *Die Zeit*, pero uno es más que cero. Una persona importa. Y, a diferencia de *herr* Schuler, yo sabré quién es el autor. Yo sabré que es usted. Y yo, se lo prometo, excluiré las solicitudes falsas pero respetaré las auténticas. Con el señor Schuler todas estarán bajo sospecha. Todas. Estoy seguro de que entiende las repercusiones, señor Gelman. Confiese ante mí cuáles ha falsificado y salve las que son reales. Si no confiesa, estará enviando a todas a la guillotina.

Slava lo miraba con cara de tonto. No respondía de lo que pudiera decir si abría la boca. Tenía que ganar tiempo. Salir de allí. Pensar. Pensar, por Dios.

—¿Señor Gelman? —dijo Otto.

—Lo entiendo —graznó Slava.

Otto devolvió el sobre al maletín y se bajó del taburete.

—Ellos disponen de menos tiempo que usted, señor Gelman —le advirtió—. Debe elegirlos a ellos. —Apoyó la mano en el hombro de Slava—. Lo estaré esperando.

## Capítulo 17

Martes, 29 de agosto de 2006

*La tierra es del color del chocolate, tan húmeda y esponjosa que podría untarse en el pan. Lo cubre todo: el café, la ropa interior, las cartas. Slava está escribiendo una carta. En yidis. Sus manos dibujan los trazos vigorosos y cuadrados, las letras se inclinan y se levantan. El comandante del batallón también está en la trinchera, fuma un Belomor con el filtro aplastado entre los dedos y se burla de la carta.*

*—Estás en deuda con los fascistas, judío. Si no estuviéramos pendientes de otras cosas, te colgaríamos por escribir cartas como esas. —Le lanza un puñado de tierra a Slava con poco brío, con un desdén amistoso—. Entonces es cierto lo que dicen —continúa—. Los judíos y los fascistas están compinchados. —Esta vez se ríe con tristeza, luego se pone serio, escupe.*

*A varios metros de la trinchera se alza una sencilla mesa de madera con dos mecedoras de respaldo alto que se sostienen trabajosamente sobre un montón de tierra-chocolate. La mesa está fabricada con los abedules bielorrusos que se alzan homónimamente a su alrededor. Las mecedoras, con cojines atados con lacitos al respaldo, son las primeras sillas que los Gelman tuvieron en América, halladas una afortunada noche en alguna acera.*

*Cada minuto, aproximadamente, la mesa y las sillas tiemblan a causa de una explosión distante. El tío Aaron —el hermano del abuelo, el que murió virgen, sin ser besado, que el abuelo quiso mutilar con un cuchillo de carnicero para que no lo llamaran a filas— está sentado en una de las mecedoras con los brazos cruzados, observando una caballa aceitosa encima de un ejemplar amarillento del Komsomol'skaia Pravda donde las letras empiezan a desdibujarse. Lleva la chaqueta del uniforme desabrochada. Del cuello asoma una mata de pelo.*

*El abuelo está sentado al otro lado de la mesa, enarbolando la mano derecha con gesto enfadado. Está intentando explicar algo. Tiene la mano izquierda alrededor del cuello, como si estuviera herido o intentara protegerse.*

*Aaron se enfada. Hace un gesto amplio con los brazos, como si dijera «Bueno, ¿y qué es lo que quieres de mí? ¿Cómo puedo cambiar eso?». El abuelo da un golpe sobre la mesa. «Vi gob ikh ikent visn funderuf?», pregunta en yidis. «¿Cómo iba a saberlo?».*

*Se oye otra explosión, esta vez más cercana; saltan terrones sobre la mesa. Slava agita las manos desde la trinchera, tratando de atraer su atención, pero están discutiendo y no se enteran. Trata de salir, pero la tierra está demasiado mojada y se deshace. El chocolate le mancha las manos. El comandante se echa a reír de nuevo y da un puñetazo en el suelo. Las explosiones se suceden. La caballa cae al suelo y se sumerge en un mar de chocolate. Slava grita hasta desgañitarse y se lleva la mano a*

la garganta.

*Finalmente, la mesa cae a un lado. Aaron todavía tiene las manos alrededor del pecho, pero él y el abuelo contemplan con pesar la tierra que flota entre ellos. Luego Aaron mira a Slava.*

*Su cara recuerda a la de un payaso: un rostro chato con una frente ancha y una nariz de patatita bajo unos luminosos ojos grises. Tiene el flequillo ondulado y manchurroneos de grasa de su ametralladora Degtyaryov. Es un rostro cansado, pero aún se adivina joven, el de un chico al que nunca han besado, y se ilumina al ver a Slava.*

*Se miran el uno al otro, preparándose para algo. Luego Aaron alza el rostro, como si hubiera encontrado lo que quiere decir, y se dispone a levantarse cuando cae la siguiente bomba. Un lluvia de tierra mojada. Como un arroyo con los sedimentos, arrastra un casco de soldado, caracteres yidis, dientes de oro.*

Slava se despertó en la cama nueva del abuelo. Ya había anochecido, solo se distinguía un resquicio de luz al pie de la puerta: al otro lado los Katznelson, los Aronson, todos los que habían aceptado la invitación del abuelo a venir a casa a cotorrear, mientras sus adjuntos, hijos y nietos, les daban los toques finales a sus solicitudes. Los documentos debían enviarse por correo certificado a la Conferencia de Demandantes a la semana siguiente. Los candidatos no esperarían a descubrir si el Gobierno alemán ampliaba los criterios de admisión para poder presentarse legítimamente.

En el camino desde el metro a casa del abuelo, Slava había ido buscando el cobijo de las sombras y se había girado de vez en cuando para comprobar si Otto Barber lo seguía echando el bofe. Después se trasladó al centro de la acera. Las razones para visitar a su abuelo podían ser del todo inocentes. Además, ya lo habían pillado. Era un hombre libre.

Poco a poco, el dormitorio fue revelando sus formas en la oscuridad: la cama nueva del abuelo; el armario donde aún colgaban algunas prendas de la abuela; las reservas de servilletas de papel, pediluvios y colutorios que el abuelo adquiría en la farmacia bajo cuerda.

Slava se levantó pesadamente y abrió la puerta del dormitorio; el volumen de las voces subió. ¿Cuánto tiempo había dormido? Había venido directo desde el trabajo. En cuanto cruzó el umbral, varias manos regordetas y enjoyadas le tocaron la frente mientras hacían comentarios sobre su palidez. «*On prosto ustavshi, skol'ko zhe on pishet, predstav'te! Otpustite ego, zhenshchiny!*». «Solo está cansado, imaginad todo lo que ha estado escribiendo; ¡dejadlo en paz, mujeres!». El abuelo lo observaba con inquietud, con la mano izquierda en la clavícula, igual que en el sueño. Últimamente le había dado por esa postura.

Había sido idea del abuelo: los que aún no habían enviado la solicitud se reunirían

en el mismo sitio la víspera de la fecha tope. Todos se sorprendieron de que el abuelo lo propusiera. Berta emprendió una expedición épica para comprar todo lo necesario para el banquete mientras la madre de Slava llamaba a todos los de la lista que él había elaborado con las cartas que había escrito. Nadie quería quedarse fuera por olvidar la fotocopia del certificado de nacimiento. Era razón suficiente: las enemistades y los malentendidos se dejaban de lado por una noche, los insultos se olvidaban temporalmente, las amistades difuntas revivían por un breve espacio de tiempo.

La emprendedora hija de no sé quién elaboró una lista de tareas y la pegó a la nevera (inicialmente la había pegado a la pared que el padre de Slava había pintado pero, temiéndose marcas, Berta la movió discretamente):

¿Has rellenado el formulario 88-J?

¿Has fotocopiado tu permiso de trabajo / certificado de ciudadanía / tarjeta de residencia permanente / pasaporte?

¿Has incluido dos testigos?

La chica copió de la lista que la madre de Slava había preparado los nombres de cada uno de estos extranjeros permanentes y dibujó una tabla. Antes de marcharse tenían que marcar todas las casillas. Junto a la lista había un taburete: clips, grapadora, carpetas, lápices. Era el centro de operaciones.

Inadvertido, Slava observaba a las visitas rebañar los platos y mojar los barquillos en té desde la puerta del salón. Anna Shpungin (Kishinev/Bay Ridge), Feyga Shlomborg (Riga/Sheepshead Bay), Borukh Feinberg (Gomel/Borough Park). Slava les había escrito cartas a todos: a los injuriados y los heridos, a esos monstruos procedentes de un lugar donde su descendencia nunca volvería a poner un pie.

Llevaban allí toda la tarde, y los responsables de las grapadoras y los formularios, la generación más joven, se habían ido sumando poco a poco, según su profesión: los fisioterapeutas primero, luego los farmacéuticos, seguidos de los publicistas y los contables y, finalmente, los abogados y los médicos. Ya eran más de las nueve. Todavía estaban esperando a los consultores de inversión.

¿Quién habría alertado a Otto Barber? ¿Habría sido Lyuba Rudinsky que, incapaz de olvidar sus antiguas rencillas con los endiosados Gelman, había decidido darles su merecido? ¿Habría sido alguien que Slava había rechazado, enfadado por verse privado de los beneficios que todos iban a conseguir? Quizá habían hecho un trato moral consigo mismos: dirían que alguien estaba falsificando las cartas pero no revelarían su identidad. O quizá Otto había mentido sobre las pesquisas en *Century* y el delator había denunciado a Slava directamente. Pero ¿por qué? Slava se detuvo. Cuando uno empieza a inventarse las cosas, todo está sujeto a dudas.



Slava entró en el salón y la conversación enmudeció. Una voz masculina exclamó: «*A vot nash pisatel'!*». «He aquí nuestro escritor». Todos empezaron a aplaudir, jóvenes y viejos, montando tal follón que se enterarían hasta los mexicanos del piso de abajo, y alguien —fue Garik, el padre de Vera, que había llegado con el contingente Rudinsky al completo— se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido, provocando las risas de todos. Vera también reía. Pilló a Slava mirándola y sonrió. Él también le sonrió. Para su sorpresa, lo consolaba y lo excitaba su presencia después de pasar la tarde con Otto.

En eso llegaron otros y, con su aparición, el momento pasó. Slava continuaba mirando la puerta por si aparecía Israel —si era capaz de ir cojeando hasta la sinagoga, bien podía venir cojeando hasta aquí—, pero ni rastro de él. Llegó alguien con un bebé que berreaba. El pequeño cabeceaba como un borracho. ¿Qué costumbres seguiría esta personita? ¿Le asquearía el *kvass*, le provocaría alguna sensación el olor a mantequilla y cebolla en una cocina de linóleo? Cuando estuviera en algún jardín colmado de verano, bebiendo una cerveza tibia, ¿volvería la vista para calcular, para disfrute de alguna chica americana de piel clara, cuánto le debía a la marga color chocolate de aquel lugar remoto? Cuando, de aquí a algunos años, su bisabuela, para la que Slava había falsificado una carta, falleciera y la carta de renovación de la indemnización llegara un mes después, ¿sería capaz de imitar las florituras de su firma? ¿O se regiría por la ley?

Cuando nadie miraba, Slava entró en el baño con una caja de cerillas y la página rayada del cuaderno con los nombres de todos los beneficiarios de las cartas. No tenía mucho sentido, pues Otto ya sabía lo que quería saber, pero aun así lo hizo. El papel ardía rápidamente y los bordes se rizaban, por lo que Slava tuvo que arrojarlo al lavabo y empezar de nuevo. Sería más difícil hacer lo mismo con la lista pegada en la nevera: la madre de Slava quería enmarcarla. Por allí andaba, abrazada a Lyuba Rudinsky como si fueran hermanas separadas largo tiempo atrás.

Slava salió del cuarto de baño. En el extremo del sofá beis de cuero había un hombre mayor sentado que no conocía sermoneando a un chico con cara de flipado vestido con una camiseta marca FUBU. No parecía que el chico hablara bien el ruso, pero estaba escuchando y asentía educadamente. Junto a ellos, una de las nietas ayudaba a la abuela a leer las letras de la camiseta del chico, una clase de idiomas improvisada.

—Fuu-buu —leyó la abuela sacando la lengua. Se la veía con ganas de aprender.

—Y entonces me dice: «¡Voy a ser escritor!» —oyó Slava que su abuelo le contaba a la mujer sentada a su lado en el otro sofá. Ella asentía, aburrída. Conocía la rutina—. ¿Qué te parece? Tenía ofertas de trabajo de... ¡Oye, Slavchik! —chilló el abuelo. Le hizo un gesto para que se acercara. Cuando se aproximó, el abuelo le agarró del antebrazo como si sostuviera un vaso de agua.

—¿De dónde ha salido esa afectación? —quiso saber Slava, señalando con la cabeza la otra mano del abuelo, con la que se tapaba la clavícula.

—No es nada, nada —repuso el abuelo, dejando caer la mano. Se volvió hacia la mujer—. De esta universidad, de aquella, de un banco, de un senador —continuó mintiendo él—. Todos se lo disputaban. Le ofrecieron sueldos de seis cifras. Pero Slava dijo: «Eso no es para mí. Cualquiera puede ser banquero. Yo quiero ser escritor. Quiero ayudarte, abuelo». Y nosotros le dijimos: «Nosotros haremos todo lo posible». ¿Verdad que no se lo tengo que explicar, Regina Alekseevna? «Cualquier cosa que necesites, te ayudaremos».

Regina Alekseevna asentía obedientemente.

El abuelo miró a Slava.

—¿Quién quería que trabajaras para él, Slavik? ¿Cómo se llamaba el senador?

—Schumer —inventó Slava—. El senador de Nueva York.

—¿No fue Kennedy? —comentó el abuelo, desilusionado.

—No, Kennedy no fue —dijo Slava, haciendo un gesto de disculpa con las manos.

—Bueno, como le decía —prosiguió el abuelo—. El tal Shuma quería que escribieran un libro juntos.

Mientras el abuelo continuaba con su fábula, Slava le acarició el cabello. Lo notó distinto a como se lo imaginaba, recio y seco en lugar de sedoso y joven. Cayó en la cuenta de que ese recuerdo tenía una década.

Slava sabía por qué el abuelo se llevaba la mano al cuello: era su talismán. Contra los escozores indefinidos de garganta, contra la enfermedad, contra la muerte. Slava quería ser quien se la apartara, quien se la devolviera al bolsillo de sus pantalones de pana, a la frente, para mantener el calor del ábaco mental con el que hacía sus cálculos: no, no era demasiado tarde para convertirse en empresario, en absoluto...

Una mañana, después de fallecer la abuela, Berta había encontrado al abuelo en la cama rodeado por un foso de sillas con el respaldo vuelto hacia él. «No, no, no», había exclamado Berta, precipitándose hacia la cama. «Eso no, eso no». Él ignoraba cómo habían ido a parar allí.

Quizá el abuelo había empezado a cubrirse el cuello antes de que la abuela muriese y Slava no había estado allí para darse cuenta. Quizá, en ausencia de Slava, el abuelo se había hecho viejo y su mente embustera era su único órgano sano. Si uno podía inventar, era porque estaba vivo. El abuelo lo estaba. ¿Qué le diría el abuelo a Otto Barber?

Slava lo sabía. El abuelo se encogería de hombros. Se mostraría deseoso de ayudar. Desafortunadamente, no tenía ninguna información que ofrecerle pero, si se enteraba de algo se lo diría, claro. El abuelo dejaría que enviaran las cartas a *herr* Schuler, así se los llevaran los demonios a todos. Y la abuela nos observaría con benevolencia desde el otro lado. ¿Cómo iba a ser si no? De haber querido detener al abuelo, lo habría conseguido. Slava no sabía muchas cosas de ella, pero conocía su poderío. Y no detuvo al abuelo. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? Ella no le mentiría a un amigo, pero ¿por qué respetar la ley? (¿Qué ley? ¿Dónde estaba la ley

cuando «liquidaron» el gueto de Minsk y con él a su madre, su padre y su abuelo?). Para una persona como la abuela, la única ley que existía era la de cada uno. Y el abuelo era el hombre que había elegido. Slava vivía en un país distinto. Aquí una mentira significaba algo distinto, a pesar de que era más fácil colársela a la gente gracias a la manía americana de imaginar lo mejor de sus semejantes. A su pesar, Slava había descubierto que aquí no era nada difícil mentir, por lo que sus embustes palidecían comparados con los del abuelo. La nueva patria exigía menos inventiva a Slava que la Unión Soviética le había exigido al abuelo. A Slava le resultaría fácil engañar a Otto Barber.

Slava le dio unas palmaditas al abuelo en la cabeza antes sedosa y un beso en la frente, un gesto cariñoso que le permitió zafarse de su brazo, pues el abuelo seguía empeñado en alardear de afecto ante Regina Alekseevna. ¿Y si Slava, el inocente Slava —su abuelo lo confundiría hasta el día de su muerte—, había entendido al revés la relación del abuelo con sus amigos? ¿Y si el abuelo los quería en su vida pero no podía tenerlos cerca porque en la guerra había mentido sobre su edad para retrasar que lo llamaran a filas? Siempre decía que había que tener cuidado con los registros oficiales de Moscú o de Minsk pero, en realidad, a los que había tenido que engañar era a los Katznelson, a los Kogan y a los Rubinshtein, convencerlos de que se había librado del reclutamiento por ser demasiado joven en 1943, el año fatídico en que Dodik Katznelson perdió un hermano, Grisha Kogan tres y Nina Rubinshtein tantos primos como para llenar el pueblo donde vivían antes de la guerra. Para el abuelo, los Katznelson, Kogan y Rubinshtein representaban un recordatorio perenne, largo tiempo después de abandonar la Unión Soviética. Por eso los odiaba. Por eso nadie lo visitaba. No quería a nadie cerca, no fueran a toparse accidentalmente con la verdad.

Como no tenía forma de explicárselo a Slava, se había inventado los desplantes y la distancia. Inventaba e inventaba, no había sido capaz de detenerse, hasta que terminó solo, sin amigos, sin nieto. Había sobrevivido a la guerra, pero a cambio había vivido mortificado por el resto de su vida por culpa de la mentira que lo había hecho posible. Vera había salvado al abuelo con los Rudinsky. Lo había engañado cuando nadie más podía, le había permitido reconciliarse sin tener que enfrentarse a la verdad. Slava lo había salvado con el resto.

Cuando los invitados comenzaron a marcharse era casi medianoche. Hubo muchos besos, abrazos, restregones contra cuellos sudados, promesas insinceras de llamarse más a menudo.

Slava observó a Vera mientras esta ayudaba a su abuelo Lazar a ponerse la chaqueta. Lazar tenía la mirada perdida. Temblaba mientras Vera lo llevaba por el pasillo como un rama indefensa con el viento. Cuando llegó hasta Slava en la fila de las despedidas —primero la madre, luego el padre, a continuación Berta en sustitución de la abuela, después Slava y el abuelo—, Lazar levantó una mano temblorosa y estrechó la de Slava, tirando de él con suavidad. Tenía la tez color

violácea, marchita y blanda, con los labios caídos. Le hizo una seña para que se acercara más. Slava acercó la oreja a la boca cubierta de saliva del anciano, creyendo que quería decirle algo, pero este se limitó a girar la cabeza para darle un beso en la mejilla. Tenía los labios lisos y secos. No dejaron más rastro que el imaginado por Slava.

—Toma —indicó Lazar—. Toma. —Levantó la mano derecha, sarmentosa y trémula, y le entregó un trozo de tela. Slava comprobó que era un rectángulo de tela blanca con una dirección, el tipo de distintivo que los judíos del gueto de Minsk se veían obligados a llevar bajo las estrellas amarillas. En él ponía «54 Krymskaya». Y debajo: «Rudinsky».

—Pertenece a mi tatarabuela —explicó Vera, inclinándose para hacerse oír—. La madre del abuelo. —A Slava le llegó su perfume: jazmín y miel. Le habló en ruso, para que Lazar la entendiera. Hablaba un inglés feo, anodino, a veces incluso incorrecto, pero su ruso era elegante como un palacio (al menos a oídos de Slava, pues lo hablaba mucho mejor que él). Él sintió que el idioma lo envolvía; por un breve instante, los dos se sintieron invisibles en el lugar más abarrotado del piso.

—¡Esto es un pasillo, no una discoteca! —gritó una mujer medio en broma unos puestos más atrás en la fila.

—¿Por qué no dejas que hablen los jóvenes, vacaburra? —la reprendió Lazar con un vigor inesperado. Luego murmuró—: Si perdieras unos kilos podrías pasar entre la gente.

Vera y Slava se echaron a reír.

—Quiere que lo tengas tú, eso es todo —resumió ella.

—¿Tienes que marcharte? —soltó Slava.

Ella se pensó la respuesta pero no por mucho tiempo.

—Cerca de donde vivo hay un bar —explicó. Le dio el nombre—. Allí te espero.

En el bar había sofás de terciopelo color rojo burdel y varios televisores donde pasaban deportes. Eran los únicos clientes. La camarera, una chica con una camiseta de tirantes verde oliva y pulseras de cuero en ambas muñecas, hojeaba una revista.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Vera. Se había sentado en una banqueta de respaldo alto, con la espalda arqueada. El bajo de la falda le lamía las rodillas.

—En alguien a quien le escribí una carta —aclaró Slava—. No ha venido esta noche.

—Ahora pasas mucho tiempo con ancianos —comentó ella.

—Dijiste que estaban muy solos —rezongó él.

—Vamos a traerte de vuelta al mundo de los jóvenes —propuso ella—. Vamos a bailar.

—¿Aquí? —se extrañó. Por los altavoces sonaba una canción satírica.

—Espera —dijo ella. Se levantó y fue a hablar con la camarera. Un momento

después, la música había cambiado.

—Creía que estaba deseando cerrar —se sorprendió él cuando Vera regresó.

—Una que sabe utilizar sus encantos —sonrió Vera.

—Tú sabes encandilar a hombres y a mujeres.

—Deja de hablar, Slava. Vamos.

Era una canción lenta. En un azul no sé qué. Slava deslizó las manos hasta la hendidura de la base de la espalda de Vera. La camarera levantó la vista, le guiñó el ojo a Slava y volvió a hojear la revista. No era el tipo de bar donde la gente bailaba.

—¿Te acuerdas de cuando te diste un porrazo en la cara contra un escaparate en Viena? —le preguntó Vera.

Slava probó a recordarlo, pero de Viena solo se acordaba de la sinagoga, los adoquines, el abuelo. Todos los otros huecos en el proyector de diapositivas estaban vacíos.

—Estábamos dando un paseo —relató ella—. Te detuviste porque viste unas ollas en el escaparate de una tienda. Eran muy bonitas, tenían dibujos de colores vivos. Te acercaste, creo que querías tocarlas. Y entonces: ¡pum! —Vera le dio una palmada suave en la frente—. El escaparate estaba tan limpio que no entendías que allí hubiera un cristal.

Ambos se echaron a reír. A Slava le hubiera gustado acordarse. Le gustaba ser la persona capaz de darle esa clase de alegrías.

Ella se apoyó en el pecho de Slava.

—Ahora eres tan serio —susurró, tan levemente que quizá no quisiera que él la oyera.

—Eso no es cierto —protestó él.

—Demuéstralo —le retó ella, mirándolo a los ojos.

Se separó de ella, la levantó en vilo y se puso a dar vueltas. La falda al viento parecía un acordeón. Ella se puso a dar gritos de júbilo. La camarera levantó la vista y volvió a sonreír.

Se dirigieron caminando al apartamento de Vera. Las farolas parpadeaban y zumbaban, jugando unas con otras en mitad del relente de la noche. Septiembre estaba a la vuelta de la esquina. En este barrio, Slava no había ido nunca caminando tan tarde a ninguna casa. Marcharse sí. Durante un mes, había pasado aquí más noches que en los dos últimos años juntos, pero siempre se marchaba temprano.

De Viena, Slava guardaba un único recuerdo, el de la tarde que atisbó el interior de la sinagoga agarrado a la pernera del pantalón del abuelo, mientras los austriacos desfilaban a su lado. ¿Cómo podían pasar por allí al lado con tanta indiferencia, había pensado Slava, los mismos que una vez desearon exterminar a todos los que acudían a rezar allí? Slava sintió lástima por los fieles. No quería mirarlos porque, de alguna manera, se ligaría a su destrucción. Entonces el abuelo los hizo desaparecer con solo soltar la puerta, llevándose un dedo a la sien para indicar que estaban chalados. A Slava se le deshicieron todos los nudos del estómago.

Los Gelman consiguieron marcharse de la Unión Soviética solo porque todas las partes implicadas habían acordado aparentar que emigrarían a Israel. El Gobierno soviético no entregaría ciudadanos soviéticos directamente a los Estados Unidos. Pero sí que entregaría judíos a Israel. A la URSS le resultaba menos humillante aceptar la «reagrupación familiar» que alegaban los refugiados para emigrar que el verdadero motivo: el descontento con el socialismo. Si uno no tenía familia en Israel, que era lo más habitual, se la inventaba. Aparecieron falsificadores de la nada que ofrecían a gente como los Gelman una tía Chaya en Haifa o un primo Mumik en Ashdod. Los falsificadores rellenaban declaraciones juradas a cuenta de estos Chayas y Mumiks ficticios solicitando al Gobierno soviético que dejara marchar a sus parientes. La oficina de visados soviética accedía sin armar escándalo.

Los países intermediarios —Austria, Italia— posibilitaban el subterfugio; después de urdir el engaño, los refugiados no podían coger un avión en Sheremetyevo que aterrizara en el JFK. Por eso, los Gelman cogieron un tren largo y lento en dirección a Viena, un mes después cogieron otro a Italia y varios meses más tarde el avión que los llevaría a Nueva York. En cada alto en el camino las mentiras se habían sucedido, de manera que la única verdad —que la gente que sufría abusos debía escapar del lugar donde sufría abusos— nunca llegaba a ser contada.

El abuelo ya era entonces un mentiroso —exactamente el mismo mentiroso— cuando se llevó el dedo a la sien esa tarde en Viena, y Slava, aun siendo niño, entendía que aquellas mentiras eran una verdad mejorada. Hasta que llegaron a América: allí la verdad equivalía exactamente a lo que se decía y nada más. Los términos habían cambiado en América. Aquí uno podía permitirse una televisión de treinta y dos pulgadas con un sueldo de conserje, como le recordaba a menudo Bart en el portal. Aquí uno podía permitirse la decencia.

Si alguna vez recorres una de las avenidas del sur de Brooklyn que copan las últimas letras del diccionario —Avenida U, Avenida Z—, te topará sin duda con un emporio del mueble. Dueños rusos, mentalidad europea. Collezione Eleganza, La Moda y, para tranquilidad de aquellos que les preocupa que la mentalidad europea equivalga al precio europeo, Almacén del Mueble Europeo de Saldo. En el interior hallarás sofás de cuero con los brazos tan anchos que podrían servir de otomana en tonalidades sutiles que van del ocre al tostado. Encontrarás mesas lacadas con patas cónicas y zafiros falsos incrustados; pinturas con todos los colores salvo los primarios y curvas, curvas por doquier.

Las estanterías de Vera eran curvas. Sus tulipas eran curvas. Su frigorífico habría sido curvo si el fabricante hubiera querido complacerla. El balcón, donde Vera terminó su *tour* del piso, estaba cubierto con césped sintético y más asientos de cuero.

—¿No se te estropean con la lluvia? —le preguntó Slava mientras contemplaban las casas vecinas, con alguna que otra cuerda de tender rompiendo la monotonía de

los techos embreados. Las plantas bajas eran pasto del polvo y de los tubos de escape, moradas humildes. Aquí en las alturas reinaban el silencio y el fresco.

—Los cubro con un plástico todas las mañanas antes de ir a trabajar —explicó ella.

—¿Y si te vas a algún sitio?

—Nunca voy a ningún sitio.

Vera sacó de su intimidante congelador una botella de vodka incrustada de hielo. Refulgía como si estuviera cubierta de diamantes y el líquido era meloso y ambarino.

Brindaron, se lo bebieron de un trago y picaron fresas congeladas arropados por el silencio. Slava estaba junto a la ventana oscura. Al otro lado, Brooklyn emitía los sonidos del sueño. Las primeras horas de la mañana y la noche, esos eran sus momentos favoritos, antes de que todo comenzase y después de que hubiera terminado.

—No puedo asegurarte —declaró él— si esto es real o se debe a que tú y yo recortásemos verduras de cartulina en Italia. Porque recuerdas cosas sobre mí que ni siquiera yo recuerdo. Porque, cuando yo digo «abuelo», tú piensas lo mismo que yo.

—Eso confirma que es real —contestó ella desde el sofá en ele.

—Nosotros recortábamos verduras de cartulina y nuestros padres nos las compraban con dinero de verdad. Tu abuelo y el mercado negro en Italia. Mis cartas. Tu rueda de prensa. No hacemos más que fabricar mentiras. Los alemanes al menos fabrican Volvos. Nosotros mentimos.

—Volvo es una marca sueca —repuso ella, indicándole que se sentara en el sofá.

Él continuaba mirando por la ventana.

—Tú estás al tanto de las cartas —dijo, finalmente—. Sabes dónde van a parar las solicitudes.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, con severidad—. Mírame, por favor.

—Alguien se ha chivado —anunció Slava, girándose.

Ella guiñaba para protegerse de la luz, mientras intentaba asimilar este nuevo giro de los acontecimientos. Dejó caer los hombros.

—¿Ha sido uno de los nuestros? —inquirió, preocupada. Sonaba convincente. ¿Sería genuina su desazón? ¿Estaba actuando, encubría a su madre? Se odió por pensarlo, pero ¿acaso era imposible? Él sabía cómo se las gastaba.

Slava se sentó a su lado. Le llegó el vodka mezclado con fresas de su aliento. Cada parte de ella tenía un aroma distinto, como los departamentos de unos grandes almacenes.

—No lo sé —confesó Slava.

—¿Lo sabe alguien más? —quiso saber ella.

Slava negó con la cabeza.

—Entonces... —Agachó la cabeza como si estuviera intentando entenderlo.

—Si les digo cuáles he falsificado, las excluirán sin montar escándalo. Como si

nunca las hubieran recibido. Eso es todo lo que pueden ofrecer.

—¿Y si no se lo dices?

—No tendrán más remedio que hacerlo público. Pasará a formar parte de una investigación oficial.

Vera exhaló lentamente y se recostó en el sofá.

—Si lo niego todo —prosiguió Slava—, adiós al plan de Settledecker también. Si esto se hace público, nadie va a aprobar una ampliación de los criterios de elegibilidad.

Ella se incorporó.

—Slava. —Le agarró el brazo con fuerza. Era una mujer sobria, intrigante, llevaba las riendas. Lazar Timofeyevich tenía razón sobre su nieta—. Tienes que decirles que no tienes ni idea de lo que están hablando. Sé cómo funcionan estas cosas. No van a dar una rueda de prensa. Ni hablar. Se limitarán a abrir una investigación interna. Lo dicen para que te sientas culpable. Es... ¿Cómo se dice? Lo de las cartas.

—Van de farol.

—Eso es. Si no pueden obligarte a confesar, no se arriesgarán a convocar una conferencia de prensa. Piénsalo. Si se acaba la Conferencia de Demandantes, adiós su trabajo, adiós su sueldo. Nunca van a atreverse. Echarán tierra encima. Si comienzas a decirles que sí a todo porque te sientes culpable, esto no acabará nunca. No te adelantes. No te hagas el *boy scout*.

Escrutó el rostro de Slava para adivinar qué pensaba, mirándolo como una madre. Se le destacaba una vena contra la sien, firme y lisa, un valle azul. Slava conocía todos sus ángulos.

—Todo va a salir bien —le aseguró ella—. Te lo prometo. Yo me encargaré.

Levantó la mano y le rascó traviesamente la barba incipiente. Las manos de él respondieron acariciándole la cara, el cuello, los hombros. Llevaba una blusa de seda escotada color azul oscuro, salvo por los puños de la camisa, que eran negros. Los hombros de Vera eran tan redondeados como su cara, igual de sólidos y carnosos. Cuando se desprendió de su falda, comprobó que llevaba los típicos pantis bastos soviéticos y nada más. Había necesitado tres años en *Century*, se maravilló Slava maquiavélicamente, para que una mujer se le insinuara, pero este botín estaba a su alcance unas semanas después de retomar el contacto con Vera. Ella era como el lenguaje que compartían: él no había hecho nada para ganárselo, pero era suyo igualmente. Le molestaba que ella lo aceptase con tanta facilidad. Pero estas eran las ventajas que podía esperar. Si Slava abandonaba sus misteriosas objeciones, esto sería lo que le esperara, o eso le decía la sima oscura entre las piernas de Vera.

Sus manos se detuvieron.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No puedo —contestó él—. Lo siento. —Se obligó a mirarla.

Ella lo observaba con ojos asustados y desconcertados. La mirada que siguió fue



de odio y asco, como si él hubiera incumplido sus obligaciones masculinas. Él le dirigió una sonrisa fea e inexpresiva.

—Eres un tipo triste, Slava —le recriminó ella, al fin—. Un hombre de barro. Espero que encuentres lo que buscas.

—Vera —él intentó sujetarla, pero ella se zafó—. Esto no es lo que quieres.

—Entonces me estás haciendo un favor —se burló ella.

Él se dispuso a replicar, pero ella lo detuvo con un gesto.

—Vete, por favor.

Se levantó para recoger sus cosas, aunque el tiempo parecía haberse detenido y su desnudez resultaba grotesca. Sintió que ella lo observaba. Luego se puso a mirar el teléfono. La incomodidad del momento era como un intruso.

La atmósfera de la calle era cálida y sofocante después de la nevera que era el piso de Vera. Slava se planteó llamar a Vova el Boxeador, pues Vova lo miraría con admiración cuando se detuviese ante esa dirección tan conocida; aunque, pensándolo bien, Vera le enmendaría la plana la próxima vez que viera a Vova. No, Slava quería alejarse de todo aquello. Detuvo un taxi normal. ¿Podía llevarlo a la calle Diecinueve con el West End, en Manhattan? El taxista no daba crédito, una carrera así a esas horas. Mientras avanzaban dando tumbos por las calles taciturnas, Slava pensó en Israel: la voz cascada, la garganta seca y la tos, las cejas en movimiento. También pensó en su abuelo. ¿Dónde estaban los ancianos cuando necesitabas su consejo? Pero eran las tres de la mañana, las calles estaban desiertas y nadie le respondía.

A estas alturas, el portero de noche de Arianna conocía a Slava de vista. Aunque llevaba sin ir varios días, al ser de Bratislava optó por concederle a Slava el beneficio de la duda, a pesar del destino adverso que habían sufrido los checoslovacos bajo el yugo soviético. Lo cual le ponía en un aprieto, porque eran las tres de la puta mañana y la hermandad de los eslavos terminaba cuando tropezaba con los escollos del decoro occidental.

—Llámela, llámela —le propuso Slava, leyéndole la expresión.

El bratislavo pulsó el botón de pausa del vídeo que estaba viendo con muchos aspavientos.

—Es tarde —subrayó.

El eslovaco miró a Slava con desagrado. Slava volvió a mentir, maldiciéndose por ello: un vuelo nocturno, se había retrasado la llegada, había llamado a Arianna a medianoche, ella se había ido a la cama, pero había dejado la cena tapada con film transparente. Fue el film transparente, el detalle concreto, lo que terminó por convencerlo. Otto tenía razón cuando decía que tenía que especificar que las zapatillas eran amarillas. Si dices que has visto elefantes volando frente a tu ventana, nadie te creerá. Pero si dices que has visto seis elefantes volando frente a tu ventana, es otra historia.

El de Bratislava sopesó sus opciones. Por supuesto, prefería dejar pasar a Slava antes que responsabilizarse de despertar a una inquilina. Slava supo que solo tenía que presionarlo un poco más.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Bujnak —contestó el eslovaco—. Vladimir Bujnak. Vlado, puedes llamarme. Slava le tendió la mano y se presentó.

—Lo siento —se disculpó, mirando las escaleras que estaba a punto de subir—. Lo siento.

Slava estuvo mucho rato parado delante de la puerta de Arianna. Luego tuvo que esperar otro rato más después de llamar al timbre. Tuvo que llamar varias veces.

Por fin, ella preguntó quién era, alarmada. Slava le dijo que era él, añadiendo un tono de disculpa. Sabía que el bratislavo estaría escuchando por la escalera. Ella abrió la puerta vestida con una camiseta que Slava se había dejado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó, con la voz cargada de sueño. Slava le sonrió tontamente. Ella lo miró con desconfianza, con miedo. Él trató de devolverle la mirada sin echarse a llorar. El gato, que también se había espabilado, se restregaba contra los pies de su dueña, escéptico y alerta.

—Ven a la cama —dijo ella.

Dejó la puerta abierta y retrocedió por el pasillo, mesándose la cabeza. Slava oyó armarios que se abrían, tintineo de vasos, gorgoteo de alcohol.

Slava echó a andar tras ella, mientras el gato le observaba atentamente las piernas. Antes de que pudiera cerrar la puerta, se escabulló al rellano de la escalera y Slava se giró para atraparlo. El animal agitaba penosamente las patas traseras en el aire, lleno de desdén.

—¿Vodka? —ofreció ella.

—Hoy a todo el mundo le ha dado por beber vodka —comentó él.

—Ah, ¿sí? —replicó ella—. ¿Y quién es todo el mundo?

—Antes de la guerra —relató él—, había un chico que se llamaba Pavlik Morozov. Se tomaba muy en serio el comunismo. Su padre había falsificado unos documentos. Entonces Pavlik se volvió contra su padre. ¿Te lo imaginas? Adivina qué sucedió después.

Ella agitó la cabeza con hastío.

—No tengo ni idea, Slava.

—Asesinaron al chico. La familia lo asesinó.

—¿Por qué me cuentas esto?

Se sirvió otro vaso, esta vez no lo llenó.

—Porque puedo ponerme en el lugar del falsificador. Pero también puedo ponerme en el lugar de la persona que delata al falsificador. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé, Slava —reconoció ella—. No sé de qué me estás hablando y ahora mismo no me apetece averiguarlo. ¿Podemos irnos a la cama?

—Se llama Vera —confesó él—. La chica que bebía vodka hoy.

Arianna lo observó con un gesto de impotencia. Se derrumbó en una de las sillas de la cocina, demasiado cansada para meter las piernas bajo la mesa. Se cubrió la cara con las manos y dejó escapar un gemido. Luego abrió algunas rendijas entre los dedos.

—Me preguntaba si sería algo así —reconoció ella. Soltó una risa malsana—. Y luego pensé: no. Menudo cliché.

—No ha pasado nada —afirmó él—. Esa es la verdad.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con la misma expresión de asco.

—No he estado fuera por eso todas estas noches.

—¿Ah, sí? —repitió ella—. Entonces, ¿dónde has estado?

Él le respondió con honestidad. Se lo contó todo. Empezando por la llamada de su madre, el entierro, la cena del día del entierro, lo que el abuelo le había pedido, y Beau y Vera y Otto y el resto. Las palabras le salían torcidas. A esas horas no podía contar una buena historia.

Ella debió de perderse igualmente en su relato porque, a decir verdad, era completamente inverosímil. Se olvidó de quitarse los dedos de la cara y lo escuchó así, sentada y parapetada. Cuando terminó, ella le dijo:

—Comienzo a plantearme que habría sido mejor que te follaras a otra. —Se retiró las manos de la cara y dejó escapar una risotada histérica—. ¡Pues sí que te lo tenías callado! —Hizo amago de beber, pero tenía el vaso vacío—. Estoy demasiado cansada para esto —musitó, cubriéndose de nuevo la cara.

Cuando volvió a abrir los ojos, él estaba tirado en el suelo de la cocina, junto a sus piernas.

—Lo siento —musitó.

—¿Por qué te estás disculpando conmigo? —le dijo ella sin ningún entusiasmo.

—Perdóname, perdóname —le suplicó. Trató de abrazarla.

—No —le advirtió ella, enarcando las cejas. Él se retiró pero siguió sentado en el suelo como un borracho. Continuaron donde estaban sin hablar, acompañados por el tictac del reloj de pared.

—Estoy contando cuántas veces me has mentido en este último mes —dijo ella al fin—. Quizá seas el mayor embustero que haya conocido nunca. Y mira que los he conocido con talento.

—En esto no te he mentido —aseguró, señalándose a los dos.

—Por extraño que parezca, sé que eso es verdad. Es extraordinario. Las personas que no saben enfrentarse a los hechos son dignas de estudio.

Él se incorporó y apoyó las palmas contra la mesa. Esperó hasta que ella lo miró.

—Eres completamente distinta a cualquier persona que he conocido —le confesó—. Sé que sientes lo mismo por mí. Pero, cuando estamos juntos, hay veces que somos infelices. Y no se debe solo a lo que acabo de contarte —mientras lo decía, supo que había sido persuasivo porque no le había hecho falta ser servil. No había dicho más que la verdad.

Ella no respondió.

—Me gustaría intentarlo —afirmó él—. Me gustaría intentar ser la clase de chico capaz de querer a una chica como tú.

—Pues sé el chico que me quiere —repuso ella. Tiempo después, se le ocurrió que quizá solo le estaba corrigiendo. Sin embargo, en ese momento, sonó como si lo perdonara a regañadientes.

Volvió a sentarse en el suelo. Esta vez, ella le dejó que apoyara la cabeza en el muslo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se preguntó ella, acariciándole el pelo.

—Tengo que decir la verdad —anunció, mirándola.

Ella le tomó del rostro.

—Tienes que decir la verdad —reiteró ella.

## Capítulo 18

Miércoles, 30 de agosto de 2006

Dos días antes del cierre del primer número de otoño, los empleados júniores de *Century* se revolvían inquietos al pensar en las vacaciones, tan inquietos como los Gelman cuando limpiaban las ventanas y enceraban los suelos la víspera de Año Nuevo en Minsk. El número incluía el reportaje italiano que Arianna estaba verificando; una serie de artículos sobre la vuelta al cole; un artículo sobre la moda otoñal; el artículo de Peter sobre la rueda de prensa; un artículo sobre béisbol escrito por el caballero circunspecto y eternamente vestido con jerséis que había firmado la mayor parte de los artículos de béisbol del siglo anterior y, por último, comentarios por cuenta de Beau sobre la llegada del otoño.

En la cubierta aparecería una ilustración especialmente encargada para la ocasión: una dama con coleta y nariz respingona montada en un coche que desafiaba las leyes de la metafísica sosteniendo en la mano el número en cuestión, mientras los árboles del fondo mudaban de color y la carretera se extendía hasta el infinito sin ninguna sutileza. Era una obra de Serge, uno de los muchos artistas con seudónimo que trabajaban para la revista. Serge no era capaz de pintar si no estaba completamente desnudo, algo que la revista descubrió con disgusto el año anterior durante un evento a beneficio de los lectores, el clásico contempla-a-los-artistas-pintar-reproducciones-de-portadas-famosas.

Después de soltar el bocinazo semanal (un 66,67 por ciento veraz) en el escritorio de Paul Shank, Slava notó que se sentía extrañamente ligero y algo inquieto. Distintos emisarios especiales habían sellado y enviado las últimas solicitudes desde varias oficinas de correos esa misma mañana (Berta, que se tomaba más en serio el asunto que todos los judíos juntos, había coordinado los envíos). Slava se sentía como si estuviera enviando soldados al matadero. Solo le había hablado de Otto a Arianna, aunque a saber lo que había ido contando Vera, ya fuera para vengarse o por pura preocupación. Se asomó sobre la mampara y estuvo observando a Arianna hasta que ella se dio cuenta.

—Lárgate antes de que te manden más trabajo —le recomendó ella.

Él asintió.

—Irás pronto, ¿verdad? —Se refería a ver a Otto.

Él se lo prometió. Se estiró sobre la mampara y le acarició la sien. Ella se puso tensa pero luego se relajó.

Manhattan es el trono imperial desde donde parten las líneas de metro hacia Brooklyn como destacamentos de una armada. La armada soviética es de color yema: las

líneas D, N, R, F, B, Q, en dirección a Bensonhurst, Bath Beach, Midwood, Gerritsen Beach, Mill Basin. El resto —la 2 (roja), la 5 (verde), las azules que coquetean con Queens, las marrones que excretan en Williamsburg y Bushwick— son los trenes de otros países.

Los últimos días de agosto: el domingo del verano. El puente del Día del Trabajo era lo único que separaba a la gente de la enfilada de rebajas de otoño, cambios de armario y compras. Durante unos días más, los altavoces del comercio americano — andenes de metro, costados de los autobuses, marquesinas, emisoras de radio— continuarían con sus anuncios sutiles y dulces de barbacoas, piscinas, escapadas de verano y ofertas de última hora.

La puerta de Israel estaba cerrada con llave. Nadie contestó al timbre ni a los aldabonazos en la puerta. Slava pensó en dejarle una nota, pero luego se abrió una puerta de la planta baja y salió de ella una anciana en bata. Slava la saludó en ruso y le preguntó por el vecino del bajo. Los ojos azul glacial le dedicaron una mirada risueña, sin entender.

—¿Conoce a Abramson? —insistió Slava—. Vive en el bajo. Estatura baja. Cejas gruesas. —Enarcó las suyas.

—Cuando me mudé a este vecindario, hace cincuenta años —manifestó la mujer en un inglés rudimentario—, vivían muchos inmigrantes aquí. Polacos, como yo. Alemanes, irlandeses, italianos, húngaros, croatas, de todo. Nunca creí que podríamos comunicarnos en nuestro idioma con el primero que nos encontráramos por la calle.

Slava se quedó cortado. Estaba a punto de repetir la misma pregunta en inglés cuando ella lo detuvo con un gesto de la mano.

—El señor Abramowitz está en el hospital —le explicó—. Lo ingresaron el fin de semana. No sé si será algo serio, pero he tenido que llamar a la familia.

—¿En el hospital? ¿Por qué? —preguntó Slava, como si uno fuera a un lugar así por gusto.

—No lo sé —contestó ella—. Él mismo llamó a la ambulancia. Lo encontraron tirado en el suelo. Los paramédicos me dejaron la nota que había escrito.

Slava, de piedra, trató de asimilar la información. Lo único que se le pasaba por la cabeza era: «Estoy a punto de perder a otro».

—Cuando era joven fumaba mucho, ¿sabes? —comentó la mujer—. Una vez lo pillé fumando aquí, en las escaleras. Le dije que no debía hacerlo. Temía que creyera que le estaba recriminando que fumara en las escaleras. Pero me entendió. Volvió después con un trozo de papel. Creo que le había pedido a alguien que se lo escribiera. Decía: «La vida es un asco si uno no se fuma un cigarrillo de vez en cuando». Nos echamos unas buenas risas.

—¿Ha tenido que llamar a la familia? —quiso saber Slava—. ¿A Israel?

—Oh, sí. Me costó un poco entender cómo iban los códigos. —Una corriente de aire atravesó la píceas que había sobre sus cabezas. A pesar del calor que seguía haciendo, el otoño remoloneaba junto a la puerta.

—¿Sabe en qué hospital está ingresado? —preguntó Slava.

—En el Maimonides —contestó ella—. Menudo jaleo se armó en la calle.

—¿Le debe algo por la llamada? —se ofreció Slava.

—Oh, no —contestó ella—. El hijo aceptó el cobro revertido.

Slava estaba en una parte de Brooklyn donde los taxis amarillos no abundaban, pero tenía la tarjeta de Vova guardada en la cartera. No acertaba a marcar el número. Se obligó a detenerse y a inspirar hondo. La tranquilidad que le había invadido esa mañana al saber que su encuentro con Otto se aproximaba —cortesía de Arianna— se había evaporado. Al fin, consiguió llamar.

—Tengo que llegar al hospital, Vova —gritó Slava cuando el boxeador cogió el móvil.

Vova se dirigió a él con una solemnidad que lo tranquilizó. Como buen taxista de los confines de Brooklyn, donde la gente moría a todas horas, Vova estaba acostumbrado a llamadas como esta.

—Estoy ahí en diez minutos —aseguró. Y cumplió su palabra.

Mientras el viejo sedán crujía y gruñía por las calles llenas de baches, a Slava solo le venía a la cabeza la imagen de Israel tendido en una camilla de hospital. Cómo no lo habían llamado, pensó Slava, dolido. Pero ¿por qué iba a llamarlo nadie? ¿Quién era él para Israel? Lo había visto dos veces en su vida, y una había sido por casualidad. Él era el autor de las cartas, no formaba parte de la familia. No era necesario. Pero iba a plantarse en el hospital de todas maneras.

—Oye, una cosa —le comentó Vova—. Siento sacar el tema ahora, pero ya que estás aquí...

—Claro —accedió Slava a regañadientes.

—El tema es el siguiente —explicó Vova—. ¿Alguna vez has oído hablar de Nueva Orleans? ¿Dónde coño está eso?

—Por ahí por el sur —contestó Slava.

—Ah, vale. Se lio la de Dios con lo del huracán el año pasado. ¿Te suena?

—Me sorprende que te suene a ti.

Vova lo escrutó desde el espejo retrovisor.

—No infravalores a los de tu sangre, *chuvak*.

—¿Y entonces? —dijo Slava.

—Entonces hay una oportunidad, una oportunidad jugosa, no sé si me entiendes. —Vova esperó para saber si debía continuar. Lo hizo de todas formas—. Un montón de casas se vinieron abajo después de la tormenta. Si una de ellas es tuya, puedes conseguir dinero. Un pastón.

—¿Sí? —masculló Slava.

—Hay como sesenta mil casas. Algunos dueños están solicitando la indemnización para sacarle la pasta al Gobierno y otros no. Porque están muertos, porque se han largado, por lo que sea. Entonces puede rellenarse una solicitud, hay que pasar un proceso, la verdad es que no conozco los detalles, eso no es lo mío, por

eso lo quería comentar contigo. Por lo visto no es difícil conseguir que te pasen la escritura de las casas abandonadas. Y así poder optar a la indemnización.

—¿Y de qué te ocupas tú? —quiso saber Slava.

—Yo me encargo de organizarlo todo —señaló Vova—. El papeleo no lo entiendo.

—¿Por qué no dedicas tus esfuerzos a un negocio legal? —le recriminó Slava.

Vova lo estudió en el retrovisor.

—¿Debería arrepentirme de habértelo contado? No me obligues a arrepentirme. Ni siquiera me has dado la oportunidad de explicarte los detalles. Tú te llevarías una tajada, claro. Pongamos un cinco por ciento, pero estoy dispuesto a darte un diez por ciento por ser tú, porque sin ti no podemos hacerlo, eso lo entiendo. Hay gente que no valora el tema del papeleo, pero yo no soy de esos. Y puedes darte una vuelta por allí, el vuelo corre de mi cuenta. Date una vuelta, inspírate. Allí hay unas señoritas africanas que te cagas. ¿Alguna vez te lo has montado con una chica negra?

—No —contestó Slava.

—Es otro mundo, no tiene nada que ver con... —Señaló la calle, como refiriéndose a Vera.

—¿Por qué me estás contando todo esto? —preguntó Slava.

—Tú eres el que escribe las cartas, ¿no? El experto en papeles.

—¿Es que nadie es capaz de guardar un puto secreto? —se lamentó Slava.

Vova se echó a reír.

—Ya sabes cómo somos.

—¿Y cómo somos, Vova?

—Vivimos en el mundo real. Piénsatelo, ¿vale?

—No lo haré —afirmó Slava—. Lo siento, no es nada personal. Tu secreto está a salvo conmigo. Si tú guardas el mío.

Vova lo sopesó.

—Ya veo. Bueno, admiro una conversación de hombre a hombre.

Vova volvió a concentrarse en el volante. Conducía en silencio, rumiando la respuesta de Slava. Luego le tendió una rama de olivo:

—Conozco una buena floristería justo al lado del hospital. Llegaremos en cinco minutos. —Y así fue.

Una vez en la acera, Vova le tendió la mano a través del hueco de la ventanilla.

—Sin rencor —aseguró—. La oferta era una muestra de respeto. Espero que el enfermo se ponga bien.

Slava le estrechó la mano con energía, como si la fuerza del poderoso apretón de Vova pudiera transferirse al enfermo.

En el vestíbulo del hospital Maimonides, Slava era el único con un ramo de claveles blancos, rosas y rojos. A la abuela le gustaban los claveles y, al pensar en



enfermedades, siempre se acordaba de ella. Ahora, aquellos capullos rizados colgando de esos tallos enclenques le parecían irrisorios, demasiado femeninos para ese hombre curtido de la habitación 317. El día que falleció la abuela, los rayos del sol caían con una furia infernal, como si el astro hubiera sufrido una sobrecarga. Ese día, sin embargo, hacía el mismo tiempo que en uno de los anuncios de *Century* que Avi Liss estuvo a punto de cortar: un sol suave; una mesa de madera estrecha y larga con mantel blanco; niños rubísimos jugando en mitad de la brisa; un ágape faraónico en la mesa infinita. A las puertas del hospital, el bendito sol refulgía sobre una larga fila de floristerías, panaderías y carnicerías judías revestidas de añejo hormigón. El Brooklyn donde vivían los judíos soviéticos era tan feo como los bloques de apartamentos que habían dejado atrás en la Unión Soviética. Quizá esa fuera la razón de que vivieran ahí.

En un monitor de la habitación 317, una cometa verde y puntiaguda atravesaba velozmente un cielo oscuro. Que fuera puntiaguda era buena señal. Israel estaba dormido. Su cabezota, arrugada como una pasa, se abría y se contraía con la respiración y un arroyuelo de saliva le bajaba hasta la barbilla. Una novela de Gógol en el pecho y parecería que estaba en su casa echando una siesta. Slava se lo imaginó chupándose el dedo, pasando la página y derrumbándose de un ataque al corazón. Pero no había sucedido así. Israel había dejado escrita una nota con instrucciones. Esa parte no encajaba.

Slava enfiló el pasillo. El Maimonides le parecía desierto, como si le perteneciese solo a ellos, como si todas las enfermedades del mundo fueran las suyas. Era un lugar destartado y, aun así, agradable: la pintura se descascarillaba en las esquinas del techo y el mostrador donde trabajaban las enfermeras estaba rayado y abombado.

—¿Me puede explicar qué ha sucedido? —Slava alcanzó a una enfermera apresuradamente—. Abramson. Habitación 317 —señaló.

—¿Abramson? —repitió ella. La voz denotaba más alquitrán que mil cigarrillos juntos, aunque tenía los dientes resplandecientes y blancos. Repasó una tabla con el dedo—. Oh, cariño, se pondrá bien. La presión sanguínea es normal, todo está en orden. El corazón está roto, pero no es nada médico.

Slava la miró sin entender.

—Se siente solo —sonrió la enfermera—. Viejo y solo. Lo vemos todo el tiempo. Cumple setenta o setenta y cinco, la familia está lejos. La aseguradora debería inventarse un código para ellos. Ahora me tengo que ir, cariño, tengo que cambiarle la vía.

Slava regresó a la habitación. El sol entraba a raudales por el ventanal. Resultaba de lo más extravagante estar enfermo con un tiempo así. Israel abrió un ojo, como un buzo que surgiera de las profundidades.

—Oh, mierda —maldijo, y volvió a cerrarlo. Luego lo volvió a abrir—. ¿De dónde has salido? —preguntó, entre toses.

—¿Estás enfermo, sí o no? —preguntó Slava.

—¿Yo? Lo que estoy es cansado, joder —repuso Israel, cerrando los ojos de nuevo. Finalmente, los volvió a abrir.

—¿Y tú dices que mi abuelo se merece un Oscar? —lo reprendió Slava.

—Han dicho algo sobre... —comenzó a preguntar Israel.

—¿Yuri? Va a venir —afirmó Slava. No tenía ni idea, pero Israel no tenía por qué saberlo.

—Ni que fuera el mismísimo Mesías —suspiró Israel.

—Bien jugado —opinó Slava.

Israel levantó la vista para mirar a Slava.

—Estoy a tu merced —se rindió él.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo siento, Slava —se disculpó Israel. Se le escapó un lagrimón, pero luego se detuvo como si, al igual que su dueño, estuviera demasiado cansado para continuar—. Sí, envidio a tu abuelo, pero no porque tenga una enfermera las veinticuatro horas, sino porque tú vives en la misma ciudad.

—Entonces, te gustaría marcharte con Yuri a Israel —dijo Slava.

—Si me quisiera, sí —afirmó Israel—. Moriría en la patria judía. No sería tan malo.

—¿Dónde preferirías morir? —quiso saber Slava.

—En Minsk. No quiero que la inscripción de mi lápida esté ni en inglés ni en hebreo. En ruso: «Aquí yace Iosif Abramson. Fecha de nacimiento, fecha de defunción. El té le sabía amargo, como la existencia». Soltó unas cuantas risotadas roncadas.

—Estás tentando a la suerte, Israel.

—Ya he vivido bastante —refunfuñó Israel—. Déjame que vea a mi hijo una vez más. Va a venir, ¿verdad?

—Seguro que sí. —Slava tomó la mano seca y gruñona del anciano—. No tienes que marcharte, ¿sabes? Iré a comer sopa a tu casa.

—Tú ya tienes abuelo —repuso Israel.

Miraron por la ventana el sol desmedido.

—¿Harás lo que te diga? —le preguntó al anciano.

Israel enarcó una ceja.

—¿El qué?

—Tú hazme caso. Levántate y vístete.

—No lo entiendo.

—«Te seguimos, Gógol». ¿Quién dijo eso? Ese es vuestro problema: no decís las cosas en serio. Os llenáis la boca con palabras grandilocuentes, pero no valen una mierda. Venga.

—Pero se supone que mi hijo va a venir.

—¿Crees que Israel está a dos horas de aquí? Estaremos de regreso antes de que llegue.

—¿Adónde me llevas?

—Tienes que confiar en mí.

—¿Y si se entera la enfermera?

—Así que cuando tu pellejo es el que está en juego te comportas como un llorica. Demuéstrame que tienes pelotas, Israel. Demuéstrame que no te escondes detrás de los jóvenes con tus palabras elocuentes.

Mientras Israel echaba una meada, Slava hizo una llamada de teléfono.

—¿Quieres que vuelva? —preguntó Vova al otro lado de la línea—. Puedo estar allí en diez minutos. —Vova siempre tardaba diez minutos. Pero Slava necesitaba que cambiara de coche—. ¿Lo dices en serio? —se extrañó Vova. Eso iba a costarle más caro.

—Lo sé, tú hazlo —le ordenó Slava con impaciencia.

—¿No habrás cambiado de opinión sobre nuestro acuerdo, verdad? —preguntó Vova—. Podría subir tu porcentaje a un quince.

Cuando Israel hubo terminado, Slava lo ayudó a sentarse en la cama. Si bien el viejo estaba fingiendo su enfermedad, tampoco estaba para tirar cohetes. Israel se puso en manos de Slava y aguardó con timidez a que le quitara la bata azul. Estos viejos, a pesar de haberse tirado a medio Minsk, con sus dos millones de personas, eran tan pudorosos como niños.

Israel se quedó desnudo salvo por unos calzoncillos a cuadros. La panza blanca, que parecía tan prominente cuando estaba vestido, era un simple reborde sobre el elástico de la ropa interior. La piel de la barriga era tan suave como la de un recién nacido. Mientras Slava sacaba la ropa de Israel de la taquilla, el anciano cruzó los pies como un chiquillo y se miró con perplejidad las uñas de los pies.

Slava le puso los pantalones, primero una pernera y luego la otra, mientras Israel se hacía el inútil. Luego la camiseta interior; a Israel le costó pasar los brazos, tajadas de salmón pálido, por el hueco de las mangas. Después fue el turno de una camisa de manga corta veraniega, seguida de un par de calcetines y de las zapatillas blancas.

—Hemos terminado —anunció Slava, repasando su trabajo—. Listo para tu primer día de cole. Vamos.

Se asomaron por la puerta como dos ladrones. Solo había una enfermera en el mostrador.

—Espérame —le indicó Slava a Israel. Se acercó donde estaba la enfermera y comenzó a preguntarle por la sala de oraciones, situada en el extremo contrario del pasillo adonde Israel se tenía que dirigir para tomar el ascensor. Cuando la enfermera se giró, tras dirigirle Slava la mejor de sus sonrisas, Slava le hizo un gesto con la mano a Israel y este se fue cojeando hasta los ascensores, situados a la vuelta del pasillo. Cuando Slava se reunió con él un momento después, Israel levantó los pulgares.

—No ha estado mal —comentó—. ¿Adónde me llevas?

Había que reconocerle el mérito a Vova. Había tardado diez minutos, como había

prometido, y otros cinco para cambiar el sedán por una limusina. Hasta se había agenciado una gorra de plato, el muy bribón.

—¿Qué coño es esto?

Israel se detuvo en seco al ver el vehículo: negro, lustroso, depredador, hermoso.

—Dijiste que querías ver Manhattan —dijo Slava—. Si te vas a mudar a Israel, esta es tu oportunidad.

Mientras Slava acomodaba a Israel en el asiento trasero, Vova echó una carrera hasta la licorería de la manzana (floristerías, panaderías, licorerías...; estos establecimientos proliferaban en la manzana donde se encontraba el Maimonides, una muestra de que el mercado americano ofrecía unas ventajas considerables) y regresó con una botella de Asti Spumante, un espumoso que cualquier ciudadano soviético prefería a un buen champán.

Lo vieron todo. Slava también vio muchas cosas por primera vez, aunque gracias a Arianna, ahora entendía las conexiones entre los monumentos. La Estatua de la Libertad, el edificio Chrysler, el Empire State, Times Square, el Rockefeller Center, la catedral de Saint Patrick, Central Park. En los semáforos, Slava animaba a Israel a que sacase la cabeza por el hueco del techo. A su alrededor, el hervidero de gente de la Quinta Avenida, tan sublime y grotesca, los ignoraba.

—¡Qué mujeres! —gritó el viejo—. ¡Mira qué mujeres!

Slava levantó la botella de Asti Spumante y los dos brindaron por las mujeres de la Quinta Avenida, mientras los turistas se detenían a sacarles fotos en su limusina, aunque los nativos pasaban de largo con su indiferencia característica.

Subieron hasta Riverside Park. Slava le pidió a Vova que se desviase para ver la estatua del presidente Ulysses S. Grant. Slava le contó al anciano todo lo que sabía del presidente americano. Israel atendía como un colegial.

—Quiero bajarme —pidió—. Quiero sentirla bajo mis pies.

Mientras Vova hacía tiempo, ellos pasearon cogidos del brazo por el césped de Riverside Park sin soltar la botella de espumoso. Se sentaron en un banco y bebieron de la botella como dos pordioseros.

—Entonces, así es como es —dijo Israel.

—Así es como es —corroboró Slava.

—Es frondosa.

—Como un manojo de espinacas.

Aullaron como niños.

—Así es como te vas a gastar los doscientos cincuenta dólares, ¿no? —protestó Israel.

—Las limusinas rusas cuestan menos que las americanas. Me sobra un buen pico.

Sus gritos y su actitud mendicante atrajeron la mirada de un policía que pasaba por la acera al otro lado del parque. El consumo de alcohol en lugares públicos atraía más la atención de la ley que los escaladores espontáneos del patrimonio urbano. Slava arrojó la botella vacía de Spumante en los arbustos y se apresuraron a regresar

al coche.

La enfermera de guardia del Maimonides estaba que echaba humo cuando les puso la vista encima a los dos, que salieron de los ascensores de la tercera planta mondándose de la risa. Comenzó a pegar gritos y a tirar de Israel, que se sujetaba del brazo de Slava. Israel le dio unas palmaditas en su brazo uniformado.

—Guapa —le dijo en inglés—. Señorrra simpática.

Su falso nieto y él se echaron a reír otra vez, aunque Slava le soltó el brazo. La enfermera escoltó a Israel hasta la 317, con Slava detrás.

—Debería impedirte la entrada —le siseó al joven mientras metía al viejo en la cama.

—Solo necesito un minuto más —sostuvo Slava.

—Como le pase algo, no nos hacemos responsables —le advirtió, enfadada, al salir.

—¡Es un poco tarde para eso! —le gritó Slava.

Se quedó junto a la cama de Israel.

—¿Necesitas un libro?

—He venido preparado —comentó Israel, señalando la taquilla con la cabeza—. Acércate.

Slava se inclinó sobre la cara de Israel. Olía a sótano, a champiñones, a tierra. Israel le tomó de la mano y, levantando la cabeza, le plantó un beso en la frente con los labios azulados.

—No la enviaste dentro de plazo, ¿verdad? —preguntó Slava.

—Puede que haya sufrido un pequeño ataque —puntualizó Israel—. Pero de la cabeza estoy perfectamente.

Slava sonrió.

—Vete ya, hijo mío —se despidió Israel.

## Capítulo 19

Jueves, 31 de agosto de 2006

La sede en Nueva York de la Conferencia de Demandantes Judíos contra Alemania estaba situada al lado de las oficinas de proyectos económicos y fundaciones alemanas, como si estas no pudieran desempeñar correctamente su tarea sin un recordatorio de los males que sus ancestros habían causado. ¿Dónde había estado este hombre de cabello gris sobre el que pendía la espada de Damocles? ¿Qué había hecho? O qué no había hecho.

La mujer de la recepción llevaba tanto colorete que sus mejillas parecían dos dunas y lucía un moño negro con un pasador de circonitas. Estaba hablando con alguien por teléfono en susurros y en ruso. Lyudmila, se leía en un cartelito. Olía a ropa limpia recién sacada del armario. Al detectar a Slava, extendió una uña con manicura en dirección al sofá de cuero rojo sin interrumpir la conversación. Slava trató de poner en orden sus pensamientos, pero, como estos se resistían a quedarse quietos, se conformó con observar la moqueta color avena.

Diez minutos después, todavía no le habían hecho caso. Estaba claro que, por lo que concernía a Otto, Slava se podría haber marchado al fin del mundo sin llamar la atención de nadie.

Cuando fue a informarse con Lyudmila, ella indicaba «le recibirá muy pronto, por favor» y volvía señalar el sofá de cuero rojo, donde Slava volvió a hundirse abatido.

Cuando por fin le hicieron pasar al despacho de Otto, el hombretón se adelantó a recibirlo, le estrechó la mano a Slava calurosamente y le pidió disculpas por la espera.

—Todo está patas arriba por culpa de las obras —explicó, estrujándole la palma a Slava.

Este volvió la vista al vestíbulo sin entender. Antes no había notado nada fuera de lo normal.

—No, nada importante, nada importante. —Otto le hizo gestos para que entrara. Le dirigió una sonrisa radiante a la recepcionista, como si fuera todo un logro que un personaje como Slava visitase su despacho—. Gracias, Lyudmila. —Se volvió hacia Slava—. ¿Le gustaría un café, un té?

—Café —musitó Slava, y Lyudmila asintió, la viva imagen de la eficiencia.

Los bajorrelieves vagamente clásicos de los paneles de madera del despacho de Otto Barber le proporcionaban cierta autoridad conservadora que la misma moqueta color avena y los sofás horteras se encargaban de mermar. Parecía como si la recepcionista hubiera hecho una excursión a las tiendas de muebles del sur de Brooklyn. Un triunvirato de banderitas —Alemania, Israel, Estados Unidos— decoraba el escritorio de Otto.

Slava se preguntó por qué le habría tocado a él un alemán si la Conferencia también empleaba a rusos. ¿Habrían realizado algún estudio para determinar que uno de los suyos tendría menos éxito? ¿Habrían argumentado que el sujeto mantenía un «alejamiento voluntario de su comunidad» en el informe? «El señor Gelman mantiene una actitud combativa hacia las personas de su comunidad. Quizá sería más productivo que su interlocutor fuera alguien neutral o ajeno a su entorno». Él mismo les podría haber redactado el informe.

Después de dejar a Slava en un sillón de cuero al otro lado del escritorio, Otto se hundió en el suyo y señaló al panel del aire acondicionado tras él.

—¿Hace demasiado frío? En el fondo, soy un hombre del Ártico.

Slava negó débilmente con la cabeza.

—Señor Gelman, no puedo ocultar cuánto me emociona verlo. Pero ¡quizá debería estar usted aún más emocionado! —se rio Otto.

—¿No le preocupaba que huyera? —preguntó Slava, en un intento de mostrarse desafiante.

—¡Eso sí que es gracioso! —exclamó Otto—. Es muy gracioso que piense de esa manera. No, sabía que no huiría.

—¿Por qué es gracioso? —se interesó Slava—. ¿Por qué estaba tan seguro?

—Bueno, quizá fuera usted inocente —se rio—. ¡Parece que ni siquiera ha considerado esa posibilidad!

Slava agachó la cabeza.

—El que tiene las pruebas es usted —repuso con sorna.

—¡Falso! Las tiene usted. Usted tiene el poder. Si yo le hubiera dicho «Preséntese aquí mañana», ¡habría sido patético! No está en mi poder obligarle a hacerlo. Usted tenía que venir cuando lo deseara.

Slava tenía la frente sudada, pero no se atrevía a secársela para no delatarse.

—Además, he leído que un buen investigador nunca se precipita. Amaga, esa es la palabra. ¡Y luego se abalanza como un jaguar! —Otto se irguió en su silla—. ¡Quizá le estoy atrapando! Como a un pez. Cómo se dice...

—Morder el anzuelo —refunfuñó Slava.

—Eso es —aprobó Otto, volviéndose a sentar.

Lyudmila entró con una bandeja con todo lo necesario para un café. La cucharita tintineaba contra la taza de porcelana. Desapareció tan silenciosamente como había llegado. Otto se frotó el entrecejo.

—¿Cuando vino aquí se trajo la porcelana? —preguntó Slava, incorporándose. Tosió penosamente y trató de concentrarse.

Otto levantó la vista.

—¿Cómo dice?

Slava señaló la taza de café.

—¿Es alemana?

—No. Para ser sinceros, no lo sé. Pero puedo averiguarlo —se ofreció Otto,

inclinándose sobre el interfono.

—Teníamos un juego de porcelana alemana cuando vivíamos en la Unión Soviética —explicó Slava—. Mi abuelo coleccionaba porcelana. Este juego de café alemán era su favorito. Azul cobalto con los bordes dorados. Tuvo que dejar muchas cosas atrás porque no nos permitían llevárnoslo todo, pero el juego de café estaba fuera de duda. Mi abuela lo envolvió en papel de periódico. El paquete ocupaba como media persona. Lo acarreamos por toda Europa.

—Ajá —asintió Otto.

—Cuando por fin aterrizamos en el JFK, nos relajamos —continuó Slava—. Mi tío había ido a buscarnos al aeropuerto. Todo el mundo lloraba y se abrazaba. Quería demostrarnos que era un hombre importante, que podía hacerse cargo de las cosas. Entonces cogió el bulto y lo lanzó al carrito del portamaletas. Nos quedamos helados. Todos pensamos lo mismo.

—No —profirió Otto—. Se rompió.

—Solo una taza. Cuando llegamos a casa de mi tío, mi madre y mi abuela fueron a comprobarlo al dormitorio. Solo se había roto una taza. El resto estaba bien.

—Vaya, qué buena suerte —comentó Otto—. Como sabe, las manufacturas alemanas son soberbias. Si mi padre pudiera oírme ahora. Su deseo era que trabajara para el sector privado, no para el gobierno.

Slava no contestó. Era desagradable pensar que el padre de Otto también había sido padre.

—Bueno, señor Gelman, se ha dado prisa. Prácticamente ha venido corriendo —arguyó Otto—. Dos días ha tardado. ¿A qué se debe? ¿La culpa le hace cosquillas en los pelillos de la nariz?

Quizá fuera una expresión alemana.

—Quería ayudar —musitó Slava con un hilo de voz.

—Sí, estamos hablando de algo muy importante —añadió Otto. Se levantó del sillón y caminó hasta la ventana. El cielo volvía a estar encapotado, veleidades del final del verano—. Cuéntemelo, señor Gelman —dijo Otto con gravedad—. Cuéntemelo todo.

Slava se quedó escuchando los bocinazos amortiguados que llegaban desde la calle.

—¿Qué cree que debería hacer a continuación, señor Barber?

Otto se dio la vuelta.

—¿Va a dejar la revista, señor Gelman? Creo que puede hacer lo que le plazca. Esto es indigno de usted. Quizá debería probar suerte en otra parte. La ciudad de Nueva York no parece su hábitat natural.

—Me gustaría conocer Lubbock, en Texas.

—Podría ser. Es diferente a Nueva York, desde luego.

—¿Lo conoce? —se sorprendió Slava.

—Estoy seguro de que tampoco ha visitado la Estatua de la Libertad. Los que



estamos de paso nos interesamos de manera distinta por el país que la gente que vive aquí. Pasé dos semanas en Texas visitando las localizaciones de la guerra con México. En Texas son de armas tomar, ¡ja, ja! Permítame decirle que Lubbock tampoco es el paraíso, señor Gelman, no vaya a decepcionarse.

—Están instalando un sistema de bicis públicas —apuntó Slava, desolado. Se quedó mirando el café, arrepentido de haber forjado una camaradería efímera entre ellos. Tenía que dirigir la conversación al tema principal—. Se lo contaré todo, señor Barber —aseguró—. Pero primero quiero darle una última oportunidad para hacer lo correcto.

Otto sonrió desafiante.

—¿Y qué oportunidad es esa, señor Gelman?

—Págueles a todos —propuso Slava—. Porque es su responsabilidad. O porque puede. El destino ha querido ponerle en una situación aventajada para hacer lo correcto.

—¿Diría usted que me encuentro en una situación aventajada? —se extrañó Otto—. Nunca la definiría así. No se la desearía a nadie. Señor Gelman, por favor, no me diga que no se ha dado cuenta de que estoy manejando este asunto de una manera distinta a como lo manejarían mis superiores. —Agitó la cabeza con incredulidad—. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Qué se siente al sentarse a escribir una de estas cartas y pensar: «No, este detalle no es lo bastante macabro». Necesito encontrar algo más macabro? Se dice «macabro», ¿verdad?

—No es difícil encontrar anécdotas macabras —repuso Slava—. Pero uno tiene que elegir. Esto es macabro y me encaja, esto no.

—¿No le da escalofríos?

—No —mintió Slava—. Lo que me da escalofríos fue lo que les hicieron a ellos.

—Entonces usted hace de comisario del sufrimiento.

—Y usted de proveedor. ¿Quién es mejor? Los alemanes me han proporcionado demasiado material de trabajo. Piensan en esa época y la ven como un museo, una aberración de la historia, pero sigue habiendo gente que pasa por lo mismo. Los turcos en Alemania. Los negros aquí. Los judíos sufren en todas partes del mundo menos en Israel y en América. Las cosas han mejorado, ya no hay linchamientos y no te rompen las rodillas por ser un puto judío en el Ejército Rojo. Pero, en alguna parte, la historia se repite.

—No use esa expresión, por favor.

—¿Es sensible, Otto? Menuda profesión ha elegido si es sensible. Mi abuelo se refiere continuamente a los «putos judíos». «Que te entierren con los putos judíos con tal de que vivas entre rusos», suele decir. ¿Lo había oído antes? Le gusta demostrarle a su enfermera que es abierto de mente. Ella se siente incómoda, como usted. No, Otto. Este hombre perdió a su familia, perdió la pierna, perdió el oído, perdió la cordura, pero no puede solicitar la indemnización porque era soldado. Este otro estaba en el gueto y huyó: esa persona sí puede. ¿Quién es el comisario entonces?

—¿Pero no es raro tomar el recuerdo de aquellos hechos y usarlo en beneficio propio?

Slava se echó a reír.

—Un rico que ha ganado su dinero Dios sabe dónde va y le echa un sermón a un pobre sobre el honor. ¿No es un poco raro dedicarse a matar a la gente y luego hacer conmemoraciones con el mismo esmero? El dinero es para viejos patéticos que solo entienden de dólares.

—Me decepciona que haya cambiado de opinión.

—He cambiado de opinión. La culpa puede ser o no ser suya, pero he cambiado.

—Lo decía en serio cuando he dicho que se merece algo mejor.

—No tiene por qué contarme quién llamó, Otto. Pero dígame si fue uno de los nuestros.

Otto sopesó este nuevo trato.

—¿Y después me lo contará? —preguntó.

—Después le contaré todo.

—Vale —confirmó Otto.

—¿Joven, viejo? —quiso saber Slava.

—Señor Gelman...

—Diría que viejo.

—Sí —confirmó Otto.

Ambos rumiaron esta información sin decir nada. Luego Slava preguntó:

—¿Quiere que le cuente cómo funciona?

—Estoy muy interesado —dijo Otto—. Tengo tantas ganas de zanjar el asunto como usted, señor Gelman.

—Yo no quiero zanjarlo —mintió Slava—. Acababa de empezar cuando me llamó.

—¿Significa que quiere continuar?

—El detective es usted, ¿no?

Frunciendo el ceño, Otto sacó una tarjeta de un cajón del escritorio y garabateó algo. Al ver que el bolígrafo no colaboraba, lo arrojó a la basura con irritación y la punta retumbó en la papelera.

—Estaba tan animado la última vez que lo vi —recordó Slava—. Se estaba riendo, como si solo fuéramos dos amigos charlando en un bar.

—¿Tiene muchos amigos, señor Gelman?

Slava apretó los labios. Mentalmente contó a Arianna, a Israel y a su abuelo.

—Sí —dijo—. La media de edad roza los cien años.

—Me gustaría recordarle, señor Gelman —señaló Otto—, que las cosas podrían haber sido muy diferentes. Estoy intentado mostrar sensibilidad. Estoy intentando ayudar.

—Lo sé. —Slava agachó la cabeza—. Por eso le voy a confesar todo. —Se enderezó en la silla, con expresión abatida—. No sé qué le habrán contado —dijo tan

quedamente que Otto tuvo que acercarse para oírlo. Los ojos del alemán relucían ante la expectativa de que Slava tirara de la manta. Este se mostró determinado a pesar de la aparente derrota—. Pero voy a suponerlo. —Trató de mirar a Otto a los ojos pero se contuvo voluntariamente—. ¿Le ha hablado Lyudmila de estos viejos? Su vida se basa en la envidia. Tenía razón: el chivato quería ajustar cuentas. Donde solían vivir escaseaban hasta las cosas más básicas. Si encima eras judío, tocabas a menos todavía. Pero siempre había un tipo que tenía más que tú. Porque sabía sobornar a la gente adecuada. Conseguía jamón en la trastienda, el mejor corte antes de que pusieran el resto en el mostrador, que igualmente estaba medio podrido. ¿Entiende adónde quiero llegar?

—Lo escucho con gran interés —aseguró Otto.

—Pues ese tipo era mi abuelo —confesó Slava—. El tipo que tenía más que los demás. El tipo que tenía porcelana alemana. ¿Sabe lo que significaba tener porcelana alemana? De Alemania Occidental, no del Este. La porcelana de la Alemania del Este se habría roto antes de empaquetarla. Pero él nunca supo mantener la boca cerrada. Era el mayor fanfarrón del mundo. Lo sigue siendo. No podía evitarlo. Eso cabreaba a la gente.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Otto con el ceño fruncido.

—Me gusta más cuando nos lo tomamos en serio —comentó Slava—. Se diría que usted se toma esto a broma, brincando a mi alrededor, jugando a los detectives. Pero estamos hablando de gente a la que quiero. Estamos hablando de gente que ha sufrido, señor Barber. Gente que come una latita de sopa seis veces en semana a menos que reciban el paquete de la sinagoga. Aunque sean unos embusteros, se merecen un respeto.

A Otto se le veía apesadumbrado.

—Señor Gelman, lamento de todo corazón que interpretara así mi comportamiento. Le ruego que perdone...

—Yo falsifiqué —lo interrumpió Slava—. En eso estaba en lo cierto. Es un alivio admitirlo. Pero se equivoca en los detalles. —Señaló con un gesto de cabeza la pila de solicitudes sobre el escritorio. Las había falsificado todas. Podía recitar de memoria pasajes enteros—. En realidad solo falsifiqué una. Falsifiqué la de mi abuelo. Él estuvo en Uzbekistán, no en el bosque. A la mañana siguiente llamó a todo el mundo. A las verdaderas víctimas, personas que habían estado en el gueto, en el bosque, en los campos de concentración. Les contó que yo había escrito su carta y diez más, que ellos ya se habían quedado atrás. No puede imaginar cuánto me costó intentar convencer a esas personas, que son desconfiadas por naturaleza, de que estaba mintiendo. Una llamada telefónica tras otra, toda la mañana. En confianza, ese día había una mujer durmiendo en mi cama, muy guapa, por cierto, y ni siquiera me di cuenta de que se había marchado, de lo ocupado que me tenían. No me dejaban en paz. Entonces hice un trato. Aunque sus historias fueran reales, no les escribiría las cartas. Pero les enseñaría cómo escribirlas. Por eso ha visto las frases similares, las

maniobras. ¿Sabe lo que dicen de los rusos, señor Barber? Que no inventan nada, pero que copian mejor que nadie. El sushi que se coma en Moscú es mejor que el sushi de Tokio. Siguieron todas las pautas. Las siguieron al pie de la letra.

Otto lo miraba petrificado.

—Me negué a escribirles las cartas porque la ley, como bien dice usted, es la ley —continuó Slava—. Pero, si le soy sincero, ojalá no me hubiera negado. Su ley es un simple charco comparado con todo lo que ellos tuvieron que pasar. Por culpa de su país. Por su culpa, Otto, porque ustedes son todo lo que queda de sus verdugos. Al final, no lo hice. Aun así, no pude negárselo a mi abuelo. Se trata de la familia. Espero que entienda lo que le digo.

Otto se apoyó en el escritorio y observó a Slava entre divertido y admirado. Se oía el ruido de la calle, doce pisos más abajo. El café negro relucía en su taza de porcelana, se le había formado una membrana aceitosa en la superficie. Por fin, Otto dejó escapar una larga bocanada de aire.

—Lo entiendo perfectamente, señor Gelman —anunció—. Pero eso no cambia lo que tengo que hacer. He de denegarle la indemnización a su abuelo.

Slava asintió.

Otto se cruzó de brazos. Le asomó a los ojos una expresión extraña, desdén mezclado con regocijo.

—Gracias por su sinceridad —le dijo.

—Me ha costado mucho reconocerlo —manifestó Slava.

Otto le dirigió una sonrisa triste.

—He aprendido mucho de usted, señor Gelman. Es usted libre.

En la mesa del comedor, que había regresado a su extensión normal después de abatir los lados, el abuelo contaba sus pastillas: ramipril celeste, meclozina blanca, clopidogrel rosa. Cada caja se correspondía con un sobre lleno de recetas. El abuelo juntaba varias pastillas de cada pila, anotaba la cifra en un trozo de papel y, a continuación, se chupaba el dedo.

Slava había venido directamente desde el despacho de Otto. Era más fácil estar ahí, frente al abuelo, que en otra parte. Había lloviznado y la noche había refrescado. El aire acarreaba un incipiente olor a hojas muertas. En la cocina, Berta cortaba y troceaba, preparando conservas y escabeches para el largo invierno.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Slava al abuelo.

El abuelo terminó de escribir una cifra.

—Hay que saber cómo ganar dinero —comentó, sin levantar la vista.

—¿Cómo? —quiso saber Slava. Si le llevabas la contraria, si le decías «No, eso es imposible, eso no lo puede hacer nadie», podías conseguir sonsacarle la respuesta que querías.

—Cómo —bufó él. Luego, en su inglés macarrónico, dijo—: Yo no roba, ¿okey?

—Entonces sí que sabes hablar inglés —rezongó Slava—. Podrías haber escrito tu carta tú solito.

El abuelo cogió una caja de infusión para la próstata y comenzó a demostrar sus dotes con el idioma.

—Sin *zú carr*. Sin *glutin*. —Entrecerró los ojos—. Sin con-serr-fan-tes. ¿Qué es eso?

—Sin productos químicos.

—Mmm. —Y dejó la caja sobre la mesa con escepticismo.

Berta apareció en la puerta de la cocina con dos platos, uno lleno de fruta y otro con pasteles.

—Hora de picar algo, jovencitos —dijo ella—. Tenéis que recobrar fuerzas.

—Eres un ángel, Bertochka —le agradeció el abuelo. A Slava le dijo—: Es un ángel.

—A un hombre se le conquista por el estómago —afirmó Berta, entre risas.

—Hemos notado, Slavchik, que vienes más a menudo por aquí. —El abuelo le guiñó un ojo y Berta y él se echaron a reír. Slava se unió a ellos, sirviéndose un dulce triangular.

—Disculpad la interrupción, hombres, vuelvo a la cocina —anunció ella.

—Alguien tuvo una cita con Vera Rudinsky —comentó el abuelo como si nada. Y le guiñó el ojo otra vez.

Slava se echó a reír porque no podía hacer otra cosa.

—¿Tiene una casa bonita? —preguntó el abuelo.

Si Slava le contestaba que sí, el abuelo se pondría celoso, si le contestaba que no, el abuelo la criticaría. Slava no contestó nada.

—Entonces, ¿cómo fue? —El abuelo le guiñó nuevamente.

—No es asunto tuyo —le contestó Slava afablemente—. No pasó nada.

—¿Fuiste a su casa y no pasó nada?

—Sí. No pasó nada. Primero hablamos y luego me marché.

El abuelo puso cara de decepción.

—Slavik —susurró. Por la boca entreabierta se entreveía el brillo de los dientes de oro—. Dime que no es verdad.

—Es verdad —confirmó Slava.

La cara del abuelo se había vuelto amoratada.

—Slava, por Dios. ¿Estuviste en casa de una chica y no ocurrió nada?

Slava no contestó, se limitó a esperar. Déjale que caiga.

—No te creo —dijo el abuelo—. Dime la verdad. Serás... —Se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Lo hiciste, ¿verdad? ¿Te comportaste como un hombre?

Slava observó largamente el rostro atormentado del abuelo.

—Sí —mintió—. Me comporté como un hombre.

—¡Ese es mi chico! —gritó el abuelo. Pegó un alarido para que Berta lo oyese desde la cocina—. ¡Mucho cuidado con este, chicas! ¡No tiene ni un pelo de marica!

—Se giró para mirar a Slava con gesto de triunfo, pero Slava no era capaz de mirarlo a los ojos y apartó la vista con frialdad. El gesto triunfal del abuelo pasó a ser de remordimiento. Nunca entendería a su nieto. Con un dedo carnosos, comenzó a perseguir migajas invisibles por el hule.

Al fin, Slava se levantó de la silla arrastrando las patas ruidosamente por el parqué. El abuelo miró al chico, arrepentido de haber cometido otro error. Había visto a Slava tres veces en un solo mes, tres veces más de lo que lo había visto el año anterior, y por culpa de su boca su nieto volvería a alejarse de él. Se alejaría por motivos que nunca llegaría a entender, pero se alejaría, lo sabía.

Pero no sería así. Slava se acercó al lado de la mesa donde estaba el anciano y le rodeó la cabeza con el brazo. El abuelo le estrechó la mano al nieto.

—Te quiero —balbuceó el abuelo con un nudo en la garganta en un idioma que no era el suyo.

Te quiero. Yo no roba.

El bratislavo del vestíbulo de Arianna se mostró aliviado al ver a Slava tan temprano. Le dirigió una sonrisa radiante que dejaba al descubierto una muela torcida.

—¡Tiempo bueno! —rugió, señalando el exterior—. ¡Más fresco!

Slava se esforzó por sonreír y subió las escaleras. Alguien estaba horneando una tarta: por la escalera flotaba un espeso aroma a mantequilla, azúcar, horno. Como la última vez, remoloneó ante la puerta. Como la última vez, escuchó los sonidos al otro lado, como un intruso. ¿Había venido buscando únicamente absolución? Eso no era lo que quería. Quería poder decir la verdad, aunque fuera a una sola persona.

Oía música procedente de su portátil y a ella cantando a ratos. De vez en cuando, le decía algo al gato. Por fin, llamó con los nudillos. Ella abrió la puerta y bajó y levantó la mirada con premura; lo hacía siempre que estaba nerviosa. Como normalmente no comunicaba cómo se sentía, él tenía que descodificar sus gestos. Muchas veces se equivocaba, pero acertaba otras tantas, algo significativo teniendo en cuenta que se conocían desde hacía tan poco tiempo. Seis semanas atrás, ella era una sombra voluptuosa al otro lado de la mampara.

—Viene de aquí —se sorprendió él, olisqueando el aire.

—Cuando estoy inquieta hago repostería —explicó ella—. ¿Quieres pasar?

Él entró y la abrazó. Saboreó todos los ingredientes en su lengua: tarta de limón. Ella lo miró y volvió a bajar la vista. Cuando lo hacía, se le formaba una arruga poco favorecedora alrededor de la boca, como si estuviera resentida con él por haberla puesto en una situación incómoda: si su interpretación era correcta, ella quería que se lo contara todo de inmediato.

—No lo he hecho —confesó.

Ella se separó.

—¿Qué quieres decir?

—O sí lo he hecho, pero no del todo.

Enterró la cabeza en el pliegue del hombro de Arianna. Ella lo apartó y le levantó la cara para mirarlo. Pronunció su nombre. Era una pregunta.

El gato ofreció sus servicios de experto en distracciones, subiendo las patas delanteras a la rodilla derecha de Slava y observándolo con expectación. La razón, solo el gato la sabía. Slava ignoró la expulsión y se dirigió hacia el sofá. Una vez allí, le contó lo que le había dicho a Otto Barber.

Se esperaba que ella se compadeciese de él, pero su expresión permaneció impasible.

—Eso no fue lo que acordamos —señaló con frialdad.

Él se frotó los ojos.

—Slava, lo prometiste. Lo juraste. Tú mismo lo dijiste. Los dos estábamos de acuerdo.

—No tiene nada que ver contigo —objetó él.

—Pero me has obligado a implicarme. Podrías haberme dejado al margen, pero te plantaste aquí, me metiste de lleno. ¿Lo sabías? ¿Sabías ya lo que ibas a hacer cuando me lo prometiste?

—Si hubiera continuado mintiendo te habrías sentido aún más traicionada. ¿Te he implicado solo por el hecho de contártelo?

—Tienes razón, Slava, esta situación es muy injusta para ti. Siempre tratas de hacer lo correcto, pero el mundo es incapaz de darse cuenta.

Él soltó un gemido exasperado.

—¿Sabías lo que ibas a hacer cuando me prometiste que dirías la verdad? —le preguntó ella—. Respóndeme a eso. ¿Viniste aquí solo para compartir el peso de la culpa?

—No —negó él—. No lo creo. Yo... —Sintió que lo invadía una gran tristeza—. Estoy intentando ser sincero.

—Eso no importa, ¿sabes? —repuso ella con desaliento—. En el momento en que lo supiste, no viniste a verme. No me lo contaste.

—Probablemente no lo supe hasta que entré en su despacho —se defendió él—. Te lo estoy contando ahora. Arianna, por favor.

—Oh, lo sé —exclamó ella, cubriéndose la cara.

Se cruzó de piernas y se quedó mirando por la ventana mientras se mordía las uñas. Él nunca la había visto hacerlo. En la ventana, un viejo árbol se balanceaba tímidamente bajo la brisa. Un pájaro del tamaño de un dedo, de plumaje esmeralda iridiscente, se posó en una rama orgulloso de su exiguuo tamaño, colocando la cabeza en un espléndido ángulo. A consecuencia, la rama se balanceó un poco. A diferencia de las ventanas de Slava, que daban a un patio, las de Arianna se abrían a la ciudad. En su casa se sentía más tranquilo pero también más solo.

—Vete, por favor —le pidió ella—. No tengo fuerzas para insistir.

—Arianna —susurró él—. No.

—Me encanta cuando dices mi nombre —dijo ella—. Casi nunca lo haces. Una vez lo dijiste cuando estábamos haciendo el amor... Estabas en otro mundo, te habías olvidado de que yo estaba ahí, por eso me llamaste. Me encantó.

Él volvió a tirarse en el suelo junto a ella.

—Arianna, se acabó. ¿No lo ves?

Ella contrajo la cara y se llevó un dedo al ojo.

—¿Es que no lo ves tú? No me llevaste contigo cuando entraste en ese despacho. Acordamos que dirías la verdad. Pero no lo hiciste. En el último momento, cambiaste de opinión. Me dejaste plantada en la puerta, no te preocupaste por nadie más que tú. ¿Cómo iba a ser si no? Llevas tanto tiempo respondiendo ante Dios sabe qué. ¿Por qué es tan difícil ver estas cosas desde el principio? Ahora mismo no estás a la altura de esta relación, Slava. Y no quiero verte así. Vete, por favor.

Se le revolvió el estómago. Se tambaleó cuando fue a levantarse. Estaba tan acostumbrado a que ella fuera comprensiva que no supo qué hacer cuando dejó de serlo. Consiguió musitar su nombre, lo único que podía decir.

—Ahora mismo no puedo hacer esto —zanjó ella—. Hablaremos mañana... O la semana que viene. Vete, por favor. Sé bueno conmigo y vete.

—Tú tampoco eres una *girl scout*, Arianna —farfulló él—. ¿No dices siempre que eliges lo que más te conviene? Tú también te saltas las reglas.

—¿Que no lo soy? —contraatacó ella—. Yo respeto las reglas, Slava. Las reglas que tenemos entre nosotros las respeto.

Él estaba perplejo. ¿Cómo iba a saber que esta regla en concreto era la única inquebrantable para ella? Había tantas otras que no importaban. Él era capaz de seguir unas instrucciones —estaba dispuesto a hacerlo, de verdad—, pero ¿cómo iba a conocerlas si nadie se las había proporcionado! Una vez más, se encontraba ante un enigma que todos menos él sabían descifrar. Y los demás se sentían un poco avergonzados de que fuera así.

—¿Sabes una cosa, Slava? —le dijo ella sin mirarlo—. Cuando empezamos y nos llevábamos la contraria todo el rato, me gustaba. Prefiero discutir cuando conozco a alguien interesante. Además, yo notaba que esos desacuerdos eran una especie de envoltorio y que, por debajo, éramos iguales. Pero me equivoqué, Slava. Somos diferentes... Hasta la médula.

—Pero yo quiero ser como tú.

—Pero yo no estoy buscando a un aprendiz. Y tú no estás buscando a un maestro. —Ella suspiró con fuerza y fue hasta la cómoda. Cuando regresó, sostenía un número antiguo de *Century*.

—Feliz liberación —dijo ella.

Era un número de hacía años, el primer ejemplar de *Century* que él había leído en la Biblioteca Hunter.

—Lo he robado —confesó ella—. Del archivo. —Se rio con ferocidad.

Él no quería. Llevarse lo equivalía a cerrar un trato. Pero no se atrevía a



desobedecer. Se le derritió el corazón cuando tocó las viejas páginas ocreas.

—«Ahora despliega sus alas y emprende el vuelo» —citó con amargura.

Él volvió a pronunciar su nombre, pero ella lo miró con una expresión tan impotente, tan enloquecida, que comprendió que la única manera de demostrarle su afecto era marchándose. Y, con la revista en la mano, se fue.

## Capítulo 20

Sábado, 14 de octubre de 2006

¿Qué dicen los textos sagrados acerca de visitar a los difuntos en *sabbat*? ¿Se considera trabajo y está prohibido realizarlo el día sagrado o se considera descanso? No hay ninguna Arianna a quien preguntarle. Puede que Slava no esté deseando conocer las respuestas, pero las acabará averiguando. Tiene que prepararse para enseñar a los que vengan después de él.

Desde el andén del metro, las filas de lápidas parecen chiquillos convocados a una asamblea. De cerca, las tumbas de los judíos americanos son tan diferentes a las rusas como dos hermanos que sus padres miran sin dar crédito, preguntándose cómo han podido salir tan distintos. Las tumbas americanas exhiben unas lápidas enormes, donde solo aparece: «Fisher (1877-1956)». Las rusas son más pequeñas, pero están decoradas profusamente: cantos labrados, rosas trepadoras, coronas de múltiples picos y, grabadas en la losa, debajo de unas puestas de sol bajo unos candelabros que la familia del fallecido nunca prendió estando él en vida, pueden leerse inscripciones como estas:

«Te extrañamos, querido, como la tierra extraña a la lluvia».

«No hay espacio para las palabras, mas los pensamientos vuelan libres».

«Un torbellino maligno ha assolado la tierra y te ha arrastrado al otro mundo».

«Hijito, ¿por qué nos dejaste tan pronto?».

Al sepulturero con ínfulas de Seurat que había tallado al estilo puntillista el rostro de este pobre difunto no se le había escapado ni el bigotillo incipiente. Dieciocho años. Accidente de tráfico. Él es la taza y el plato de porcelana que se rompieron al llegar, el resto del juego tendrá que continuar incompleto. Qué bendición morir siguiendo el orden natural.

Por los montones de flores se adivinan los aniversarios. El cementerio ha puesto carteles advirtiendo de los peligros del agua estancada y del virus del Nilo Occidental, por eso la mayoría de las flores son de plástico, un gesto de obediencia cívica poco habitual. En cualquier caso, estas duran más y requieren menos cuidados.

Las tumbas recientes se distinguen por los paneles de madera que cubren la lápida, envueltos en celofán para protegerlos de la lluvia, encajados sobre la tierra recién removida. Una familia judía de origen soviético no suele esperar a que pase un año para descubrir la lápida, como dicta la costumbre judía, pero tampoco la erige inmediatamente, como habría sucedido en la Unión Soviética. Es una especie de oscuro pacto entre los dos mundos que solo entienden los miembros: esperan un mes o dos.

El descendiente secreto de Slava, el de la lata de cerveza y el acento nativo, ¿cuánto esperaría? Según los jasídicos, tres generaciones de ancestros protegen a los

recién casados bajo la *jupá*, el palio nupcial. Slava preferiría invertir esta creencia: que tres generaciones de descendientes futuros protejan la tumba. Mientras recorre la calle de los Tulipanes y se aproxima a la sepultura de su abuela, sin flores pero provisto de un cuaderno, su descendiente aguarda junto a la lápida.

¿Cómo te explicaré cómo vivíamos, allí y aquí? ¿Te contaré que allí pasábamos las noches en un salón —no había otro sitio adónde ir—, temerosos pero protegidos, inseguros pero felices, cautelosos pero francos? ¿Que aquí reutilizábamos las servilletas de papel, que las cajas de los manuales de instrucciones se guardaban por si acaso y que ordenábamos las facturas con una contabilidad más que dudosa? Pero tienes que saberlo, pues tú eres mi repuesto, al igual que yo soy el de ellos.

En la distancia, un cortacésped gañe en manos de un jardinero. A pesar del sonido se oye —les mintieron— el traqueteo del metro al pasar por las vías. El sonido atraviesa el suelo y la vibración se transmite a los pies.

El par de tumbas que Slava tiene ante él tienen el tronco común. «Gelman», se lee en el plinto. El lado del abuelo está en blanco. En el de la abuela han grabado el poema. También han dibujado su rostro con el mismo estilo puntillista; el Seurat del cementerio debe de tener el monopolio. La losa del abuelo es negra, la de la abuela es color tostado, como un caballo bayo. La lápida de él es ligeramente más alta que la suya, le saca el hombro.

El césped ha crecido a ambos lados de la tumba. A los pies de la lápida hay briznas recién cortadas. Los jardineros han debido pasar desde la última vez que vinieron el abuelo y Berta. El abuelo no habría consentido que estuviera sucia y Berta habría recogido las briznas con sus uñas color madreperla.

Slava se sienta en el camino enlosado que discurre junto a las tumbas y saluda a su abuela. Decide que no necesita hablar con ella de menudencias. Tendrán una conversación distinta. A él le gustaría volver a conocerla, sus últimos encuentros no han sido auténticos. ¿Cómo? Abre su cuaderno. La página en blanco lo observa con escepticismo. Bastantes dudas tiene él ya. Toca el papel con el bolígrafo, lo retira, vuelta a empezar. Su insidiosa imaginación le susurra una nueva traición. Él la escucha, espera, escucha, vuelve a posar el bolígrafo sobre el papel.

*P: ¿Te he traicionado por inventarme todas esas cosas?*

*R: ¿Qué? No digas sandeces.*

*P: Me gustaría que fueras sincera conmigo.*

*R: No, no lo has hecho.*

*P: Solo he venido a hablar contigo. Es la única razón.*

*R: Entonces, ¿por qué has traído el cuaderno?*

*P: Es mi manera de entender las cosas. Tú vivirás en él.*

*R: Vivo en tu corazón.*

*P: No se puede confiar en el corazón, un cuaderno es para siempre.*

*R: Esa no es la razón. Pero no importa. Escribe, escribe.*

*P: Cuando te escapaste del gueto, ¿sabías que no volverías a ver más a tus padres?*

*R: No. Nuestra cabeza no está preparada para la muerte.*

*P: ¿Te dio miedo ir al bosque? Solo tenías quince años. Me pongo en tu lugar con quince años.*

*R: Yo era una niña de ciudad, claro que estaba asustada. Pero no recuerdo estar asustada. Estás tan aterrorizada que no sientes... nada. Te mueves porque hay algo en tu interior que se pone en movimiento, no sabes qué es. Luego, al día siguiente, durante algunos minutos, parece como si todo fuera normal, absolutamente normal. Aparece el antiguo tú y las cosas son igual que eran antes...*

*P: ¿Qué debería contar sobre ti? Al abuelo y a mamá.*

*R: Él no puede vivir sin tu admiración. Y ella... Llámala, aunque no tengas ningún motivo.*

*P: ¿Quieres que te traiga algo?*

*R: Eso es lo que decíamos cuando íbamos de viaje y llamábamos: «¿Quieres que te traiga algo?». No..., estás aquí. No necesito nada más.*

No es ella, porque ella nunca habló así. Pero ya no está viva para contestar por sí misma. Por eso tendrá que vivir de esta manera adulterada, así es como él la debe imaginar. Él no puede dejar de imaginar. Si ella ha de vivir, vivirá como la suma Slava+abuela, por fin unidos en un único ser.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! —le grita una mujer que avanza apresuradamente por el camino, con el puño medio levantado. Su atuendo ya es invernal: abrigo recio y boina—. Muchacho —repite sin aliento cuando se acerca—. ¿Qué haces ahí sentado en las losas? Vas a pillar un resfriado y luego, ¿qué? ¿Qué diría tú...? —Escruta la tumba, examina los años de nacimiento y de defunción—. ¿Qué diría tu abuela? Contéstame.

Slava sonríe y se levanta.

—Gracias —dice.

—El tiempo está cambiando —le advierte ella—. Es la época en la que estamos más expuestos. Cuídate. Dios te bendiga por venir a ver a tu abuela.

Cuando desaparece por un caminito, Slava vuelve a sentarse en el suelo, pero no en las losas; al fin y al cabo, lo ha prometido. Se sienta en el césped, sobre la tumba vacante del abuelo, junto a la abuela. Las losas ya transmiten el frío del otoño, pero el césped está despreocupadamente cálido, como si el verano nunca fuera a terminar. Piensa en Arianna, en ellos dos tumbados en el césped agostado de Bryant Park, él con la cabeza apoyada en el muslo de ella, el saxofón sonando en el otro extremo del parque, en los milagros que se ocultan tras la cotidianidad.

Arriba, el mundo es infinito y azul. Slava pasa la mano por encima de la tumba de

la abuela. El césped es corto y raspa como la cara del abuelo el día que no se ha afeitado. Las carnes blandas y arrugadas de la abuela eran tan poco apropiadas para proteger el frágil interior que, la última vez que tuvo fuerzas para salir de casa, los hijos de otra familia —grandes como toros, encantados de verla tan bien de salud como para acudir a la fiesta— la abrazaron con tanto ímpetu que le rompieron dos costillas.

Los claveles de plástico que llenan el jarrón de la tumba de la abuela son demasiado recios para balancearse con la brisa, pero junto a ellos ha crecido un tallo verdoso y delgado coronado por una borla de pelusas blancas. En los prados que rodeaban Minsk era costumbre arrancar el tallo y soplar la borla como si fuera una vela. Slava solo es capaz de recordar el nombre de la flor en ruso. Un momento antes de esparcir las pelusas sobre los restos de su abuela, se convence de que no buscará la traducción en el diccionario, se jura que nunca lo hará. Las volutas blancas se posan como nieve estival. *Oduvanchik*.

## Agradecimientos

En primer lugar quiero dar gracias a mi abuela. Era la mejor de todos nosotros. Después quiero dárselas a mi abuelo. Un amigo me dijo en una ocasión: «Serás más listo que él, serás más culto que él. Pero podría aplastarnos a los dos con el cojón izquierdo». Poco más se puede añadir.

Gracias a mis padres, por quererme tanto y no rendirse nunca.

A Polina Shostak, una mujer de una fortaleza singular, y a la familia Shostak/Golod, la última que queda.

Gracias a Alana Newhouse, por ser una fuente de inspiración. A Annabelle, por la oxitocina. A los Liguori de Rhode Island, mi segunda familia, y un recuerdo especial para Antoinette Parise, que amaba a Robert Frost.

A los amigos que leyeron los borradores, con los que discutí de trabajo y me apoyaron, especialmente a Rob Liguori, Nicole DiBella, Vance Serchuk, Amy Bonnaffons, Chad Benson, Luke Mogelson, Kseniya Melnik, Julian Rubinstein, Ellen Sussman, Meredith Maran, Jacob Soll, Joshua Cohen, Tom Bissell, Ben Holmes, Dan Kaufman, Jilan Kamal y Justin Vogt, Joshua Yaffa y Kate Greenberg, Will Clift, Andrew Meredith, Rebecca Howell, Louis Venosta, Vica Miller, Joseph DiGiacomo, Michelle Ishay y Michael Cohen, LuLing Osofsky, Jules Lewis, Anne Gordon y Andrew Garland, Teddy Wayne, Arthur Phillips. Mi especial agradecimiento a Susan Wise Bauer, una mujer que desafía las categorías y una de las personas más brillantes, generosas e interesantes que conozco.

A mis profesores: Lawrence Weschler, Brian Morton, David Lipsky y, especialmente, a Darin Strauss y Jonathan Lethem, dos de los mejores maestros que he tenido (además de buenas personas). No solo son mis maestros sino también mis mentores, algo poco frecuente en estos tiempos. He conocido a estas personas gracias al Máster de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York, coordinado por la incomparable Deborah Landau, mucho más que una mecenas. A la lista de profesores y mentores hay que añadir a Joyce Carol Oates, que fue profesora mía primero y después siempre me recordó; a Star Lawrence, que fue la primera en darme una oportunidad; a William Zinsser, que tiene más que ofrecer siendo invidente que la mayoría de los que gozan de buena vista; a Vera Fried, alias la Dinamo Rosa, y al gran Jim Harrison, que hizo que quisiera ser escritor.

Quiero darle las gracias también a las residencias de artistas y organizaciones que ofrecen tan generosamente su tiempo y su espacio y que brindan su apoyo de tantas maneras: el programa de residencias de Norton Island en Maine; el Fine Arts Work Center de Provincetown (un agradecimiento especial para Salvatore Scibona, por su perspicacia y su apoyo); la Fundación La Napoule en Francia; Mesa Refuge en Point Reyes Station; la New York Foundation for the Arts; la Fundación Albee de Montauk; Wildacres Retreat de Carolina del Norte; Blue Mountain Center en las Adirondacks; Brush Creek Art Foundation de Wyoming; el programa Djerassi de

artistas residentes de California. Lo que hacen por los artistas estas personas e instituciones no tiene precio.

A Henry Dunow. Dicen que con tu agente literario sucede como con tu media naranja: es arduo encontrarlo pero, cuando sucede, es como si estuvierais destinados. Gracias, Henry. Tu trabajo es excepcional y verte en acción es como asistir a una clase magistral. Tienes toda mi gratitud y mi admiración. Gracias también a Betsy Lerner y a Yishai Seidman.

A Terry Karten, por ser un mecenas de una especie rara: por tener fe, sabiduría, visión y un gusto impecable. Gracias por darme tu bendición, tu manera de dirigir es modélica e inspiradora.

Le envío toda mi gratitud a Elena Lappin, que siempre defendió esta novela con su generosidad y su humor.

Por último, quiero hacer un reconocimiento a aquellos que sufrieron las penurias de una vida en la Unión Soviética. A pesar de todas sus imperfecciones, ellos también son supervivientes.

## Nota del autor

La línea que separa la realidad y la ficción, la originalidad y el robo, es tan delgada como la que existe entre la verdad y la justicia. En la práctica, mi cultura adoptiva es consciente de ello, pero en la teoría... somos transgresores en privado y puritanos cuando nos pillan, lo cual ya es en sí una sabrosa maniobra de autoengaño. Esta realidad afecta a la literatura al igual que afecta a la política o la concesión de hipotecas. En ocasiones hay que esforzarse por recordar que, a menudo, la ficción son hechos reales novelados y envueltos en artificio, y que la no-ficción es inevitablemente una reinención de lo que realmente ocurrió (me estoy robando a mí mismo estas palabras, de una reseña que escribí en una ocasión). Por supuesto que hay líneas divisorias, pero son más borrosas de lo que creemos. La vida es pecado y el arte es robo. Doy fe de los míos en esta novela y sirvan también de tributo a los autores que me han marcado.

La frase «Cada mañana, los hombres soviéticos se envolvían en lino soviético y gritaban a los cuatro vientos del otoño tirreno en su jerga mestiza: “*Russo producto! Russo producto!*”» apareció previamente en «Paid in Persimmons», un relato que escribí para la revista *Departures* (octubre, 2007).

«Estudió la clavícula de Arianna, oh traicionero tirachinas». Le agradezco a Kseniya Melnik que me dejara robarle la expresión. Una versión diferente aparece en el relato «Kruchina», en *Snow in May: Stories* (Henry Holt, 2014): «Masha contempló el esbelto cuello de Katya, que despuntaba en el escote del camisón, al que también se asomaba el tirachinas de su clavícula y unos hombros fibrosos salpicados de un polen de pecas rubias, como las de su madre».

«Agosto/ eres una alucinación erótica» es una cita del poema «Heat», de Denis Johnson, publicado en *The Incognito Lounge and Other Poems* (Carnegie Mellon University Press, 1994).

«La niebla violeta/ navega sobre nuestras cabezas» pertenece a la canción «No te apresures, conductor», del artista pop ruso Vladimir Markin.

El título «Viajes inverosímiles a ninguna parte» hace alusión a «Expensive Trips Nowhere», el título de un relato de Tom Bissell recogido en *God Lives in*



*St. Petersburg and Other Stories* (Pantheon, 2005).

La expresión «banderola de humo» está tomada del relato «Islas», de Aleksandar Hemon, recogido en *La cuestión de Bruno* (Anagrama, Barcelona, 2001).

«[Las notas de Slava sobre] los libros de historia» alude al ensayo *Innocence in Hell: The Life, Struggle, and Death of the Minsk Ghetto*, de David Guy. La tercera entrada alude un episodio revisionista ampliamente difundido después de la guerra. El libro de Guy resultó ser una valiosa fuente de información (*Innocence in Hell: The Life, Struggle, and Death of the Minsk Ghetto*, trad. Nina Genn, autopublicado, Nueva York, 2004).

«[Sus ojos, de] un gris fulgurante, aunque parecían más oscuros a causa de las espesas pestañas» es una variación de una cita de *Anna Karenina* (Lev N. Tolstói, *Anna Karénina*, trad. Víctor Gallego, Alba Editorial, Barcelona, 2010). La cita original reza: «Sus brillantes ojos grises, que parecían oscuros por las espesas pestañas, se detuvieron amables y atentos en el rostro de Vronsky...».

«Soy un hombre acabado... El sol, ante todo, tiene que ser sol» es una cita de *Crimen y castigo* (Fíodor Dostoievski, trad. Sergio Hernández-Ranera, Akal, Madrid, 2007).

«Sé fiel a tu extraña manera de ser» está inspirado en el poema de Louis Simpson «The Cradle Trap» (*At the End of the Open Road: Poems*, Wesleyan University Press, 1963). La estrofa original dice: «Sé fiel, sé fiel / a tu extraña manera de ser».

«¡Es mejor permitir que aquel con la conciencia intranquila siga suelto, que aumente el peso de la culpa!». Dostoievski, *Crimen y castigo*.

«Dicen que en Sebastopol la gente tenía un miedo terrible a que el enemigo atacase de un momento a otro con todas sus fuerzas y capturasen de golpe la ciudad. Pero cuando vieron que el enemigo prefería un asedio en regla, ¡se alegraron y se tranquilizaron! ¡La cosa podía demorarse dos meses!». Dostoievski, *Crimen y castigo*.

La «sima oscura» hace referencia a una expresión que utiliza Chang-Rae Lee en su novela *En lengua materna* (Anagrama, 2001).

El fragmento «si dices que has visto elefantes volando frente a tu ventana, nadie te creerá. Pero si dices que has visto seis elefantes volando frente a tu ventana, es otra historia» está basado en una entrevista con Gabriel García Márquez (Peter H. Stone, “The Art of Fiction”, n.º 69, *The Paris Review*, n.º 82, invierno, 1981). No se menciona quién tradujo la entrevista. En el original aparece: «Por ejemplo, si vas diciendo que hay elefantes volando por el cielo, la gente no va a creerte. Pero si dices que hay cuatrocientos veinticinco elefantes volando, probablemente la gente te crea».

«El té le sabía amargo, como la existencia» está tomado de *El reparador*, de Bernard Malamud (trad. J. Ferrer Aleu, Sexto Piso, México D. F., 2007). En el original aparece «Así sabía más amargo, como la existencia», en referencia al té.

«Slava se podría haber marchado al fin del mundo sin llamar la atención de nadie». Dostoievski, *Crimen y castigo*.

«He leído que un buen investigador nunca se precipita... ¡Y luego se abalanza como un jaguar!». Dostoievski, *Crimen y castigo*.

«Ahora despliega sus alas y emprende el vuelo» es una línea del poema de Mary Oliver «The Summer Day» (*New and Selected Poems*, Beacon Press, 1992).



BORIS FISHMAN (Minsk, Bielorrusia, 1979) emigró a Estados Unidos cuando tenía nueve años. Es licenciado en Literatura Rusa por la Universidad de Princeton y ejerce como periodista, ensayista y crítico literario para *The New Yorker*, *The Wall Street Journal* o *The Guardian*. Una vida de repuesto, su aclamada primera novela, galardonada con el premio VCU Cabell First Novelist 2015, con la medalla Sophie Brody 2015 de la American Library Association y traducida a una decena de idiomas, le ha valido comparaciones con Saul Bellow, Henry Roth o Bernard Malamud.

# Notas

[1] Literalmente, significa «aperitivos» en yidis. También se usa en sentido figurado, como equivalente a «porción». (*N. de la T.*) <<

[2] Tipo de trigo sarraceno que se come habitualmente en Rusia y Ucrania. (*N. de la T.*) <<

[3] Plural de *goy* en hebreo, literalmente «nación», término que se emplea para denominar a los no judíos. (*N. de la T.*) <<

[4] Refugio subterráneo cavado en el suelo y camuflado con una cubierta de ramas y hojas. (*N. de la T.*) <<



[5] Plural de *zhib*, persona inculta o chabacana en yidis. (*N. de la T.*) <<

[6] Literalmente, «número» en hebreo. Indica el quórum necesario para formar una congregación en la que pueda rendirse culto público. (*N. de la T.*) <<

[7] Aniversario que conmemora al fallecido en la fecha hebrea de su muerte, cuando se acostumbra a encender una vela que arde durante todo el día. (*N. de la T.*) <<

[8] Plural de *schnorrer*, en yidis «gorrón», «pedigüeño». (N. de la T.) <<

[9] Casa de té tradicional propia de los países de Asia Central. (*N. de la T.*) <<

[10] Poblado judío del Este de Europa. (*N. de la T.*) <<